

Cristina González

Siempre hay un

roto

para un descosido



**Siempre hay un roto para un
descosido**

Cristina González

Para todo el que necesite perdonarse a sí mismo.

Índice

CRISTINA GONZÁLEZ

PARA TODO EL QUE NECESITE PERDONARSE A SÍ MISMO.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

EPÍLOGO

Capítulo 1

Villafranca es un pueblo muy pequeño. No llega a los cien habitantes. En Villafranca habitualmente hace frío y llueve: se encuentra muy al norte. Villafranca tiene unos edificios de piedra muy pintorescos y una plaza justo en su centro que es la base de operaciones de las cotorras del lugar.

En Villafranca existe una maldición, o al menos eso creen los pueblerinos, porque de una época hasta entonces, no hay un médico de familia que haya durado más de un año en su centro de salud (que cuenta en su plantilla con un médico, un enfermero y una señora que se encarga de gestionar las citas y demás trabajo administrativo).

Puede decirse, y no sería mentir, que ese centro de salud es un edificio de lo más normal que ni está embrujado ni en él habitan espectros de pacientes fallecidos anteriormente. Tampoco existe la presión asistencial que puede encontrarse en las grandes ciudades y no hay un jefe que esté controlando la cantidad de medicamentos que se recetan ni a cuántos pacientes se deriva al especialista. Visto esto, se supone que el centro de salud de Villafranca es el paraíso para cualquier médico de familia que aspire a una vida tranquila y llena de paz.

Sin embargo, no hay año en el que no haya que buscar un sustituto de manera abrupta e inesperada. En los últimos diez años, los últimos diez médicos se han evaporado por los siguientes motivos: un despertar espiritual que lo impulsó a viajar por la India, otro se perdió en el monte haciendo senderismo un domingo y nadie volvió a saber de él, el siguiente sufrió un ICTUS mientras le hacía el electrocardiograma a una mujer que estaba en pleno infarto agudo de miocardio, otro descubrió que su vocación real no era la medicina, no supo en realidad cuál era su verdadera vocación, sólo se dio cuenta de que la medicina no era lo suyo, el quinto año el médico se atragantó con su propio chicle y murió asfixiado mientras colocaba un vendaje a un esguince, el sexto año la doctora se quedó embarazada del alcalde y amenazada de muerte por la mujer de éste, huyó al otro extremo del país, al séptimo año llegó un doctor de ochenta años que se resistía a la jubilación

como la micobacteria de la tuberculosis se resiste a los antibióticos (fue el único que aceptó el puesto) que curaba los resfriados con exorcismos y las lumbalgias con agua bendita, entonces los habitantes de Villafranca no tardaron en hacerle creer que el demonio había poseído a una mujer a unos doscientos kilómetros de allí (con tal de quitárselo de en medio), el anciano doctor se marchó y nunca regresó. Durante el octavo año, no hubo médico de familia. Absolutamente nadie quiso aceptar el puesto, así que todo el peso cayó sobre el anciano veterinario, que se dedicaba a mandar a todo el mundo a las urgencias del hospital de la capital más cercana "por si acaso". Después de aquello el veterinario se jubiló y se fue a vivir a la costa. Afortunadamente al año siguiente, una doctora se instaló en el pueblo con su marido y sus dos hijas y la situación recobró la normalidad, hasta trescientos sesenta y cuatro días más tarde, cuando las niñas, recién entradas en la adolescencia, suplicaron a sus padres el regreso a la ciudad con sus antiguas amigas. Bien, el puesto volvió a quedarse vacante hasta que el décimo médico, un hombre de mediana edad casado, ocupó su lugar. Todo parecía ir sobre ruedas hasta que, justo el día antes de cumplir el año como médico de Villafranca, descubrió a su mujer engañándolo con el alcalde (que seguía siendo el mismo desde hace diez años), así que es fácil imaginar lo que sucedió.

—Es una pena —dice Paquita mientras termina de tejer una bufanda.

—Era el más guapo —responde Pepa mientras mira (adivina) el horizonte a través de sus avanzadas cataratas.

—Pues a mí me sigue doliendo el hombro, así que tan bueno no era —se queja Charo.

Las tres señoras están sentadas en un banco de la plaza. A las siete y media de la tarde de mediados de agosto, las tres llevan un jersey de punto fino porque se ha levantado la brisilla que viene de las montañas y ya empieza a refrescar.

De pronto unos cascos resuenan y aparece una chica joven (la habitante más joven del pueblo) montada sobre un magnífico caballo gris de crines blancas.

—¡África! Vas a coger frío —dicen las mandamases del pueblo—. Ponte una chaqueta, mujer.

—Tengo calor, no he parado de moverme —dice sonriente la joven veterinaria—. Vamos Pan, hay que ir a casa —le susurra al oído al animal, quien reanuda la marcha contento.

África vive en lo alto de una colina, en una preciosa casita blanca rodeada de una pradera verde y cercada por una elegante verja negra. Desde allí tiene una vista panorámica de todo el pueblo y de las montañas que lo rodean. Para ella no existe placer mayor que tomarse el café por las mañanas viendo como empieza a asomar el sol entre las laderas verdes.

No está sola, en absoluto. Cuatro perros se encargan de hacerle compañía de día y de noche: un husky siberiano (Boomer), dos perritas de agua (Sol y Luna) y por último su adorado Rey, fruto de una curiosa mezcla entre pitbull y labrador. Detrás de la casa tiene lo más parecido a un establo, donde Pan duerme por las noches y descansa por las mañanas. África le da de comer todos los días, lo cepilla y lo mima. Por la tarde, cuando ha terminado de pasar la consulta veterinaria, si se encuentra con suficiente energía y no ha tenido que ayudar a parir a ninguna vaca, sale con él a pasear por la montaña.

Ahora que está de regreso, lo lleva a su establo escoltada por su manada canina que ladra, gime y ruge para llamar la atención de su dueña. África decide cepillar las crines de Pan antes de cenar.

El doctor del Pozo se baja del taxi comarcal acompañado por una maleta más bien grande. Paga los quince euros que le debe al taxista y pronto lo ve alejarse de allí. Se dice a sí mismo que debería estar agradecido al cielo por haber firmado un contrato más o menos decente, porque tal y como están las cosas para los médicos de familia recién salidos de la residencia... En fin.

El doctor del Pozo, con sus veintiocho años recién cumplidos, no cree en cuentos ni en mitos como el de Villafranca. Es un hombre demasiado serio, pulido y escéptico como para pensar que una maldición lo obligará a marcharse de allí (vivo o muerto) al año siguiente. Camina por la plaza y las tres señoras lo miran con una curiosidad casi enfermiza.

Él aprovecha la oportunidad para preguntar por el casero que le ha alquilado la modesta casita en la que se han alojado otros médicos, otras veces.

—¿Dónde encuentro a Manolo?

Charo sonrío: "Este sí es guapo y tiene pinta de saber de hombros".

—¿Tú eres el médico que nos han mandado ahora? Pareces demasiado joven —pregunta Pepa con un tono inquisitorial.

—Y usted demasiado vieja —responde él con una sonrisa burlona.

Pepa abre los ojos y se lleva la mano al pecho, ofendidísima. Pero al doctor del Pozo le da igual. Y es que Pepa aún no sabe que entre los puntos fuertes del nuevo médico de Villafranca no se encuentran precisamente ni la amabilidad ni el sentido de lo políticamente correcto.

Capítulo 2

Curiosamente, cuando un nuevo doctor llega al pueblo y pasa la consulta por primera vez, casi todos los habitantes de Villafranca tienen la costumbre de acercarse al ambulatorio para "saludar" y "darse a conocer".

Por eso, hoy lunes cuando el doctor del Pozo abre la puerta de su consulta a las nueve de la mañana sufre lo más parecido a una crisis de ansiedad al ver agolpadas a unas ochenta personas en la sala de espera. Cierra la puerta de golpe y se aferra al pomo mientras piensa en una estrategia para espantar a tantísima gente.

—Bueno, haré como siempre... —concluye él.

Se ajusta la corbata al cuello de la camisa y se recompone. Abre la puerta y sus ojos azules parecen congelar todo lo que mira. Más de uno se sobrecoge. El doctor del Pozo mira la lista que ha imprimido hace unos minutos y dice en voz alta el primer nombre.

—Agustina Flores.

Agustina, una señora de unos sesenta y ocho años con sobrepeso y diabetes (lo normal en el ecosistema de atención primaria) se levanta sonriente de la silla y entra en la consulta exultante de felicidad: ha sido la primera en llegar.

El doctor del Pozo cierra la puerta y se sienta al otro lado de la mesa.

—Y bien —dice secamente fulminando a su paciente con sus ojos de hielo.

La pobre Agustina deja de sonreír al momento y empieza a titubear.

—Pues... Bueno... Yo, quería saludarle y comentarle que estamos muy contentos de tenerle entre nosotros, ya sabe que aquí es difícil encontrar un médico que dure mucho tiempo y nos conozca bien... —coge carrerilla.

Pero entonces el doctor del Pozo agría el gesto y ella se calla de repente.

—Que qué le pasa, doña Agustina —pregunta él, incisivo.

Agustina tiembla, pero no pierde de vista el motivo por el que viene al médico: ah, sí.

—Verá, es que cuando tengo tos, se me escapa el pis —dice ella.

—¿Ha tenido usted hijos? —pregunta él con indiferencia.

—No, señor —responde Agustina.

El doctor del Pozo la mira de arriba a abajo y, sin pudor alguno, concluye en voz alta:

—Entonces es que está usted muy gorda.

En ese momento, Agustina deja de temblar y se levanta de la silla presa de la indignación.

—Y usted es un impresentable —grita ella con voz chillona y lágrimas en los ojos antes de salir de la consulta dando un sonoro portazo.

El doctor del Pozo suspira, satisfecho, mientras tacha el primer nombre de la lista. Después se levanta y abre la puerta de nuevo. La masa lo mira entre furiosa y asustada. Dice el siguiente nombre:

—Francisco Romero.

Al instante se levanta un señor de unos sesenta y algún años y una mujer que, si al doctor del Pozo no le falla la intuición, tiene pinta de ser su esposa. Entonces el médico de ojos azules se estremece por dentro: no le gustan los pacientes que vienen de dos en dos, como si el centro de salud fuese el arca de Noé.

Francisco y su mujer se sientan mientras el doctor cierra la puerta.

—Mire, yo quiero ser claro, a mí estos temas no me dan vergüenza, doctor. Yo soy de los que pienso que al médico hay que contárselo todo y no mentir. Mentirle al médico no es bueno, ¿sabe? Además hay cosas que pueden parecer que no son importantes y luego lo son. Y a mí eso me preocupa doctor. Yo creo que usted me entiende, ¿verdad?

El doctor del Pozo se prepara mentalmente para escuchar algo truculento: como que su paciente se haya metido en una orgía caníbal y se halla cogido la sífilis, la gonorrea y el tétanos al mismo tiempo, por ejemplo.

—Haga el favor de ir al grano, don Francisco —dice el doctor del Pozo con impaciencia.

—Pues que a mi Paco no se le levanta. ¡Hala, ya está dicho! —grita de pronto la mujer en un acto de desesperación, porque, claramente, a su marido le daba una vergüenza tremenda reconocerlo, de ahí que divagase tanto.

El doctor del Pozo, cuyo humor sarcástico e hiriente no se molesta en esconder todo lo que debiera, suelta una risa malintencionada y dice por lo

bajo:

—Pues no me extraña.

Entonces la mujer se levanta, ofendidísima al igual que doña Agustina y abandona la consulta, eso sí, dejándose al marido dentro.

—¿Sabe qué, doctor? —pregunta don Francisco en voz baja y con una sonrisilla traviesa—. Tiene usted toda la razón, no hay quien la aguante.

Pero el doctor del Pozo no sonrío.

—Entonces no haberse casado con ella —responde él—. Dígame ¿usted fuma, bebe? ¿Toma pastillas para la tensión y el colesterol?

—Sí a todo —responde Francisco, aún con esa sonrisa boba en la cara.

—Pues entonces no le eche la culpa de todo a su mujer —responde el doctor del Pozo—. Y haga el favor de dejar de fumar o algún día se le juntará un infarto con un tumor y será ella quien tenga que buscarse un marido nuevo.

Don Francisco, que si hay algo que no soporta es que le digan que no fume, se incorpora de la silla con la cara roja de la rabia y se marcha de la consulta hecho un toro bravo.

De nuevo, el doctor suspira y tacha el nombre de la lista.

Entonces se asoma a la sala de espera y llama al siguiente.

—María de los Dolores García Ansiosa.

Loli le levanta de la silla y entra en la consulta mirando al suelo, muy nerviosa (haciéndole el honor a su apellido).

El doctor del Pozo la observa y sospecha un poco qué es lo que va a encontrar. Cierra la puerta y se sienta en frente de María Dolores.

—Cuénteme —dice él.

Ella levanta la mirada y dice muy nerviosa:

—Pues no sé qué me pasa doctor. Verá es que siento en el cuerpo algo que me sube y luego me baja... —lo acompaña haciendo un gesto con las manos.

Entonces el doctor del Pozo, renegando mentalmente de todo el pueblo y sus malditos habitantes, dice en voz baja:

—Hay que joderse...

Capítulo 3

África se despierta con los primeros rayos de sol. Su cuarto es una habitación abuhardillada y su cama se encuentra justo bajo el gran Velux, a través del cual puede ver las estrellas de noche y la luz la sorprende por las mañanas.

Suspira, ha dormido realmente bien. Salta del colchón y camina tranquilamente hacia el baño donde se lava la cara y desenreda sus mechones oscuros y rizados con los dedos de las manos. Después, envuelta en su bata, baja unas escaleras de caracol hasta llegar a un salón-cocina que en su momento África decoró de manera sencilla y en colores pastel. Enciende la cafetera y saca un brick de leche de la nevera. No tarda en tener una taza de café calentita entre sus manos mientras mira a través del ventanal las montañas, hoy cubiertas de una espesa y misteriosa niebla.

—Parece sacado de una novela —dice ella en referencia al paisaje.

Se acaba el contenido de la taza y se hace una tostada con aceite. Aún es pronto. Son las ocho y media y no tiene a su primer paciente hasta las diez: es un gatito con diarrea.

Cuando ha desayunado, África sube de nuevo al piso de arriba y se da una ducha de agua caliente. Se encarga de untar de mascarilla para cabello rizado toda su melena y mientras hace tiempo para que ésta penetre bien en el cabello, se enjabona con un gel de aceite de argán que huele maravillosamente bien.

Después se viste con unos vaqueros claritos de talle alto y una camiseta de manga larga negra que le llega por la cintura. Se calza unas deportivas y baja al "sótano", que está acondicionado como una pequeña clínica dividida en cuatro estancias: una para hacer radiografías, otra como quirófano, otra como consulta, con la camilla de metal, un frigorífico para guardar medicamentos, el termómetro, el fonendo, y algunos de libros de consulta. La cuarta habitación es la sala de espera con unos cuantos asientos y el mostrador.

Abre las persianas y enciende los ordenadores. Después se pone la camiseta del pijama encima de la suya de manga larga (pues allí aunque sea

agosto, hace frío hasta bien entrado el medio día). Barre el suelo de su pequeña clínica y friega. No le lleva más de cuarto de hora la limpieza general. Finalmente, entra en la consulta y repasa en el ordenador algunas actualizaciones sobre la leishmaniosis canina mientras hace tiempo hasta que llegue su primer paciente.

Inesperadamente y antes de la hora, se escucha la puerta y África tiene la sensación de que varias personas han entrado en la sala de espera. Rápidamente se levanta, pensando que puede haber ocurrido algún accidente y que por tanto, se trate de una urgencia.

Pero entonces se encuentra con Agustina, Dolores, la mujer de don Francisco y Charo. Están sentadas cada una en un asiento con rostro compungido y visiblemente nerviosas.

—¡Hola, África! ¡Qué guapa estás hoy! —dice Dolores sonriente, enseñando su dentadura postiza.

África sonríe sintiéndose completamente desorientada.

—Buenos días a las tres —responde ella con amabilidad—. ¿Las puedo ayudar en algo? ¿Charo, su perro está bien?

Charo sonríe sardónicamente y asiente con la cabeza.

—¿Puedo pasar yo primero? Es que mi periquito no está bien... —dice entonces Agustina.

La joven veterinaria arruga el entrecejo, confundida. Juraría no haber visto nunca un periquito en los dos años que llevaba allí atendiendo a las mascotas de todo el pueblo.

—Sí, está bien. Pase, Agustina. Ahora atenderé al resto —se encarga de decir África.

Cierra la puerta de la consulta mientras la improvisada dueña del supuesto periquito toma asiento.

—¿Y bien? ¿Qué le sucede al periquito? —pregunta África con un interés renovado.

—Bueno, no te ofendas, bonita... Pero en realidad vengo por mí. El periquito era una excusa para no levantar sospechas entre mis amigas —dice Agustina en voz bajísima.

—¿Por usted? —pregunta África imitando ese mismo tono de voz—. Pero Agustina, usted que yo sepa no es un animal y yo sólo atiendo animales, ¿no ve

que no puedo ayudarla en ese sentido? Tal vez necesite atención médica.

—¡Oh! ¡No me hable de médicos! ¡Los odio! Y este último que ha venido... No te lo recomiendo, es el demonio encarnado. Lo peor. Satán —exclama Agustina ya en voz alta, sumamente indignada—. Por eso vengo a pedirte ayuda a ti, porque el médico que tenemos ahora es un indecente, impresentable, desagradable... Me faltan adjetivos.

África, cuyos grandes ojos oscuros ahora están muy abiertos y fijos, procesa lentamente la información que recibe.

—Bueno, doña Agustina, entienda que los médicos son personas y a veces... A veces no tienen un buen día —improvisa la joven.

—¡Me llamó gorda! Y no quiero contarte las barbaridades que les ha dicho a los demás... Uf, no sé en qué facultad habrá estudiado este señor...

—Bueno, bueno... Haga el favor de calmarse, quizá esté amargado o tenga problemas personales... A lo mejor tienen que aprender a ser tolerantes con él y procurar sacar lo importante de sus palabras. ¿Por qué fue a verle?

Agustina suspira.

—Tengo incontinencia, hija —confiesa la señora apurada—. Sobre todo cuando toso o me río... Es horrible, soy la meona oficial de Villafranca y no sé qué hacer.

La joven veterinaria piensa un minuto sobre el problema y se le ocurre una solución.

—Quizá necesite ir a urólogo para que valoren si necesita una cirugía... Eso suele tener solución cuando se opera y bueno, perder peso también puede ayudar, ya sabe que perder peso es bueno para todo... —dice África intentando recavar conocimientos almacenados en su cerebro.

—¡Eres un cielo, hija mía! Ahora mismo voy a ir a ver al doctor Infierno para que me mande al especialista, le diré que usted misma está de acuerdo.

Entonces Agustina sale exultante de la consulta dejando a la joven veterinaria muy perpleja y sobre todo, intrigada. De pronto unos dedos finos de unos sesenta años llaman a la puerta y la nariz de la mujer de don Francisco (Ramona) asoma por la rendija de la puerta.

—¿Puedo pasar, África?

África, enmudecida, asiente con la cabeza, sin saber muy bien qué ocurrirá a continuación. Su nueva paciente se sienta frente a ella y la joven veterinaria

pregunta en un arranque impulsivo:

—Esto tampoco tiene que ver con su periquito, ¿me equivoco?

Entonces, Ramona esboza una tímida sonrisa.

—Bueno, no con esa clase de periquito —contesta ella pretendiendo ser enigmática.

—¿Y a qué periquito se refiere entonces? —pregunta África estupefacta.

Ramona entonces mira hacia el suelo y murmura:

—Al de mi marido.

—Virgen santa y dígame, ¿qué pretende que haga yo con el periquito de su marido, Ramona?!

—Bueno, ¿por casualidad los perros no necesitarán... Esa pastillita mágica? Eh... ¿Cómo se llama?

—Los perros no utilizan Viagra, al menos no para ese fin, Ramona. ¿Le han consultado al médico?

—Sí, verá... Es un hombre muy desagradable —responde la apesadumbrada esposa de don Francisco.

África hace una mueca. Otra vez. ¿Pero qué clase de persona pasa consulta en el centro de salud? ¿Acaso han traído a Risto Mejide, pero con bata?

—Mire, deben hablarlo con él, por desagradable que sea, esa medicación que usted me pide es delicada y a veces interacciona con algunas pastillas... Sería recomendable que remitiesen a su marido al urólogo —insiste la veterinaria, aún noqueada por la situación tan disfuncional que está viviendo.

—Bueno, gracias, haremos lo que podamos...

Y Ramona se levanta de la silla y se va.

Entonces Dolores se abalanza al interior de la consulta de África y con temblores descontrolados se sienta en la silla y la mira con el rostro compungido.

—Mire, doctora, ¿la puedo llamar doctora, verdad?

—Bueno, si quiere... Llámeme África, es mi nombre de pila.

—Oh, que agradable es usted, ya me siento mejor. El nuevo médico es espantoso.

África tuerce la boca en un gesto de desesperación. No ha estudiado la carrera de veterinaria para arreglar incontinencias, impotencias... Y a ver lo

que viene ahora.

—Dígame que viene por su mascota —casi suplica la joven.

—No tengo mascota. Vengo para que me ayude usted, ya que aunque no es médico como tal, sabrá algo más de medicina que el resto del pueblo, aunque supongo que un poco menos que el médico, al cual, todo sea dicho, no quiero ni ver. Es un hombre de lo más maleducado, insolente, indiferente e inmisericorde que hay.

—Vaya —musita África imaginándose al doctor como un señor sesentón con las mismas gafas de sol que aquel crítico demencial de *Operación Triunfo*.

—Verás, hija... Yo siempre he tenido problemas de ansiedad, depresión, celotipia y un poco de hipocondria, pero me llevan los psiquiatras del hospital, solo que hasta dentro de dos meses no tengo consulta de revisión y últimamente me encuentro mal.

—¿Y qué le pasa, Dolores? —pregunta África en tono de susto.

—Pues ya se lo he dicho al médico, pero, ¿sabe qué ha hecho? ¡Reírse en mi cara! A carcajada limpia, oiga.

—Bueno, Dolores, cuénteme, aunque no le aseguro que pueda ayudarla.

—Pues es muy sencillo, ayer me levanté con una sensación muy desagradable... Tengo algo en el cuerpo que me sube y me baja... A veces estoy arriba y a veces estoy abajo, ¿entiendes, hija? Me siento como en una montaña rusa.

—¿No tendrá usted vértigos o mareo?

—Ah, no, de eso nada. Si sé lo que tengo, que llevo con esto ya muchos años. Es ansiedad, pura y dura, nervios... Verás, es que el Sálvame del otro día se puso muy tenso... Voy a tener que dejar de ver ese programa, hija mía...

África, que veía que Dolores cogía carrerilla para hablar sin parar, se propuso detenerla antes de que le arrastrara a su bucle cotorril.

—Bueno, bueno. Entonces ya se ha dado usted misma la solución, ¿no cree? Quizá necesita un tiempo de ocio más relajado, como escuchar música clásica o hacer pilates...

—No, doctora, lo que necesito es una caja de pastillas, que me ha caducado la receta electrónica y no puedo ir a comprarlas, pero como este médico es tan insolente no tuve tiempo de pedírselo, que a fin de cuentas es a lo que yo había

ido a la consulta.

—¿Pero no fue porque tiene algo en el cuerpo que le sube y le baja? — pregunta África, que ya empieza a marearse.

—Sí, pero eso me pasa siempre, hija. ¿Entonces tú no me puedes recetar esas pastillas?

—Me temo que no, Dolores —responde la veterinaria rezando porque su siguiente paciente tenga cuatro patas y pelo por todo el cuerpo.

Entonces Dolores se levanta con aires de indignación y emite un "de verdad" por lo bajini antes de desaparecer por la puerta de la consulta.

"Madre mía", piensa la veterinaria.

África apoya los codos sobre la mesa y entierra su cara entre las manos mientras realiza una inspiración profunda. Desde luego, no está preparada, ni quiere estarlo, para ser el médico de cabecera de Villafranca.

—¿Puedo pasar, África?

Entonces, la joven levanta su cabeza haciendo que sus rizos oscuros y definidos se desplacen hacia atrás y descubre a Charo. "No, por el amor de Dios, ¡más no! Por el Universo, por Snoopy...", suplica para sus adentros.

—Qué remedio... —dice en voz bajita—. Dime que vienes por tu perro.

—Sí, claro ¿por qué, si no? Necesito la pastilla para desparasitarlo.

De repente, África siente una oleada de alivio que destensa uno a uno todos sus músculos. Menos mal. Se incorpora de la silla y rebusca en una de las cajas los comprimidos de praziquantel.

—Aquí tienes.

Charo guarda el pequeño blíster en el bolso y le extiende a África un billete de diez euros. La joven sale de la consulta y los guarda en la caja registradora que tiene en el mostrador.

—Por cierto —dice Charo mirando fijamente a la veterinaria a través de sus diminutas gafas—. Me ha salido un lunar muy feo, ¿podrías echarle un vistazo?

Entonces África eleva la mirada al techo y cuenta hasta diez.

Capítulo 4

El doctor del Pozo, sin saber como, se ha dejado convencer por dos amigotes de la universidad para salir a las fiestas de San Martín, un pueblo más grande que Villafranca, que está a una media hora en coche y en el que esta noche habrá música de pueblo dirigida por alguna orquesta ambulante que tocará canciones de hace cincuenta años, garrafón del malo, y ancianos de ochenta años bailando como si tuvieran veinte aun a riesgo de romperse una cadera (o las dos).

—Quita esa cara Javi, tío. Eres un amuermado —le dice Jose, un cardiólogo recién salido de su formación especializada que trabaja en uno de los hospitales más grandes de Madrid y que ha viajado unos seiscientos kilómetros para pasar el fin de semana con su amigo, que aunque se niegue a reconocerlo, está hecho una mierda, trabajando en un pueblo de mierda, viviendo en una casa de mierda y todo, en general, de mierda.

—Claro, para ti es fácil. Vives en la ciudad, tienes un trabajo de puta madre, tu novia es un cañón y tu coche puede coger los cien kilómetros por hora sin escupir una fumata blanca por el tubo de escape.

—Eres un exagerado, macho —responde Quique, el otro amigo, que va en el asiento de atrás cotilleando los cds de música ilegal que tiene su amigo Jose en su BMW—. Jose es un pijo que siempre estará ahí para recordarnos a todos lo que no somos y deberíamos ser, así que no te agobies.

Quique desertó de la medicina mientras estudiaba para el examen MIR. Ahora estudia periodismo y es un escritor Indie de novela negra superventas en Amazon. No tiene novia, ni quiere. Nunca ha querido. Es más, él reconoce que lo que le ocurre es que quiere a demasiadas mujeres al mismo tiempo y que no es que no tenga novia porque no pueda, es que ninguna chica está de acuerdo con su filosofía poliamorosa. En fin. Que Quique es un viva la virgen de mucho cuidado que ha caído de pie y no se sabe cómo.

—No sé cómo me he dejado convencer para esto —farfulla Javier del Pozo, médico de cabecera de Villafranca, hoy por la noche Javi, un hombre de

veintiocho años que sale de fiesta con sus amigotes sólo para que dejen de darle la murga.

—A ver, tío —dice Quique—. No sé de qué te quejas: tienes trabajo, tienes casa, eres médico, ganas dinero, eres guapo... Lo que pasó, pasó hace mucho, olvida tío o toda tu existencia se va a convertir en basura. Porque es lo único que vas a atraer hacia ti con esa actitud que tienes.

—Adivina quién se va a convertir en el próximo autor Bestseller en libros de autoayuda —se ríe Jose.

—Pues no se me había ocurrido, tío. Tiene mucho tirón —responde Quique, que se lo ha tomado en serio. Muy en serio.

—Me aburrís, sois lo peor y os odio. Me tenía que haber quedado en casa —les dice Javi a sus dos amigos.

—Jo tío, es lo más bonito que nos has dicho nunca —responde Quique—. Por cierto, en San Martín, además de adultos mayores frágiles de riesgo, también hay chicas jóvenes ¿verdad?

El doctor del Pozo resopla y pone los ojos en blanco. Se teme que va a tener que conducir él a la vuelta.

—Mira que precioso... —dice África mientras sostiene un cachorro de labrador recién nacido entre sus manos.

Nora, una labradora de cincuenta kilos, acaba de dar a luz cinco cachorros en San Martín. Lo peor ha sido tranquilizar a la pobre perra cada vez que sonaba uno de los petardos de las fiestas del pueblo. Gracias a Dios han cesado a tiempo para que la criatura pudiera relajarse lo suficiente como para parir semejante camada.

—Malditos petardos —dice Sara, la dueña—. Qué mala suerte que haya coincidido con el parto de la pobrecita Nora.

Se arrodilla al lado de la veterinaria y acaricia a otro de los cachorros mientras éste se encuentra mamando leche de su madre. Sara tiene treinta años y curiosamente también está embarazada (a penas de tres meses) y vive con su novio, Cristian.

—Sí, menos mal. Oye, ¿me dejas quedarme con uno de estos pequeñines?

—pregunta África, que se está encariñando peligrosamente con la pequeña perrita que tiene entre los brazos.

—Por supuesto que sí. No hay nadie mejor para tener uno de mis cachorros que tú. Oye, ¿te quedas a tomar algo?

África tuerce el gesto. Está cansada, tiene una novela en la mesilla de noche que está a punto de terminar y la verdad, promete ser mucho más interesante que lo que pueda encontrar en las fiestas de verano de un pueblo perdido en medio de una montaña.

—Creo que me iré a casa... Hoy he tenido un día de lo más surrealista —dice ella evocando los momentos vividos con Dolores, el periquito del marido de Ramona y la incontinencia de Agustina.

—Venga Afri, quédate esta noche a tomar una copa, son las fiestas, verás que lo pasas bien —insiste Sara con una sonrisa de ilusión extremadamente persuasiva—. Por fi...

Entonces África claudica.

—Está bien, pero sólo una copa, sin alcohol y me voy.

—¡Ya serán un par y bien cargadas! Sabes que puedes quedarte a dormir si quieres, así no tienes que coger el coche para volver a Villafranca.

—No te pases...

—Es que, como yo no puedo beber, lo vas a hacer tú por mí.

África se ríe. Esta Sara y sus ideas.

Capítulo 5

Se escucha música, muchas luces iluminan el pueblo, huele a cubata y la gente baila. Hay niños corriendo por la plaza y padres sentados en algunas terrazas charlando. La noche es cálida pero corre una brisa agradable. Finales de agosto. África suspira. Su amiga Sara, después de insistirle que se quedara a las fiestas, se ha empezado a sentir algo revuelta (el embarazo) y ha subido a su casa "un momento"

"En media hora estoy de vuelta, en cuanto suelte todo lo que llevo dentro", ha prometido apurada.

África entonces se queda sola sentada en una terraza de sillas y mesas metálicas, con una cerveza sin alcohol a medio terminar delante y pocas ganas de esperar allí a nadie durante media hora. Deja un billete de diez euros encima de la mesa, se levanta y decide dar un paseo a la orilla del río, que se encuentra a unos quince minutos andando de la plaza.

Según se aleja del tumulto, el silencio comienza a inundar el ambiente. No tarda en escuchar el murmullo del agua que corre río abajo. Por fin llega a uno de los puentes y entonces se apoya en la barandilla para mirar el reflejo de las farolas sobre la superficie. Lo cierto es que San Martín, a pesar de ser un pueblo pequeño (aunque más grande que Villafranca), tiene un gran río que lo parte por la mitad sobre el cual se construyeron tres elevados puentes que tienen una caída de varios metros hasta llegar al agua. África respira hondo. Allí huele a tranquilidad y a ausencia completa de estrés.

Por eso le gusta vivir en el campo y por eso su abuelo, al fallecer, le dejó en herencia la casa en la que ahora vive. Así fue más fácil huir de sus padres y de la mala costumbre de éstos de intentar buscarle un novio con dinero, heredero de algo y que cumpliera los requisitos para ser el marido de la heredera de los marqueses Del Olmo De Alcántara Fernández.

—En fin —susurra ella en la penumbra—. Estoy mejor así.

Entonces escucha unos pasos a su lado. Se gira y ve a un hombre bastante más alto que ella, de ojos claros aunque por la falta de luz no sabe precisar de qué color. Camina despacio y observa el paisaje con indiferencia. Alguien que

ha bebido de más, piensa África mientras desvía su atención de nuevo hacia el río.

El doctor del Pozo, que se ha bebido al menos ocho cervezas, observa la altura del puente respecto del río y calcula que será suficiente. Está cansado de sufrir y de sentirse mal. Él sabe que no se merece todo lo que tiene, sabe que se portó mal y que no ha pagado debidamente por ello. Y la verdad, no se le ocurre otra manera. Ve a una mujer que está absorta en sus pensamientos y piensa que no se dará cuenta, le está ignorando.

Javier se agarra a la barandilla y cruza al otro lado. Mira el precipicio y permanece agarrado. Se va a liberar, piensa él. Se siente demasiado culpable, todos los días, a todas horas. Es demasiado para él.

De pronto África se sobresalta, sin saber por qué se da media vuelta y ve al mismo hombre de antes en una posición que revela las intenciones que tiene. Va a saltar. Sin pensarlo, corre hacia él y con la barandilla entre ambos, le abraza por la cintura.

—Quieto, no lo hagas por favor —le pide ella, que nunca jamás se había enfrentado a una situación semejante.

—No sabes nada de mí. No te metas, si supieras cómo soy, me dejarías tirarme —responde él con la voz arrastrada.

—Has bebido mucho, hueles a alcohol —responde África—. Creo que te estás dejando llevar por un impulso, intenta pensar, por favor —contesta África sin saber muy bien si eso se hace así o le está dando más ánimos para que se tire.

—Lo cierto es que el suicidio siempre me ha parecido algo para cobardes —responde él—. Pero estoy tan cansado de sufrir. No quiero vivir así.

—¿Y por qué sufres? —pregunta África, que se siente tentada de dar un grito para pedir ayuda, aunque sería inútil, nadie la oiría con la música.

—Porque me porté mal y alguien que no lo merecía pagó las consecuencias —contesta el doctor del Pozo.

—¿Y crees que si te tiras al río solucionarás algo? —pregunta la veterinaria, tratando de hacer reflexionar a un hombre impulsivo, borracho y que tiene un grave problema con su estado de ánimo—. Quizá tu sufrimiento sea una señal para que hagas cambios en tu vida. Es más fácil redimirse vivo que muerto, ¿no crees? —continúa ella.

Javi de pronto comienza a racionalizar. ¿Pero qué está haciendo? Se dice a sí mismo. Se siente como si acabara de despertar de un mal sueño. Se ve a sí mismo agarrado a la parte externa de la barandilla de un puente de al menos doce metros de altura.

—Suéltame, te prometo que no voy a saltar —dice entonces.

África no confía en él y no le suelta.

—Dame la mano y si saltas, caeré contigo —pone ella como condición.

Javi consigue girar la cabeza lo suficiente como para verla de cerca. África le sonrío con tristeza y él, en su trance alcohólico piensa que está frente a un ángel. Le coge la mano y con su ayuda, regresa de nuevo al puente, a salvo.

Entonces se da media vuelta y camina hacia un banco de madera que hay cerca y se sienta. La veterinaria no sabe muy bien qué hacer. Tiene miedo de dejarlo solo y que vuelva a intentarlo de nuevo. Después de pensarlo un par de segundos, decide acercarse y sentarse a su lado.

—Dios, soy idiota —dice él—. Siento haberte hecho pasar un mal rato... Creo que he bebido demasiado y... No sé lo que hago —se disculpa Javier.

Ella le sonrío con ternura.

—Todos tenemos derecho a pasar malos momentos, no tienes por qué disculparte. Aunque me gustaría que me prometieras que nunca vas a volver a intentar... Ya sabes.

Él la mira y se queda aturdido por la intensa mirada de la joven.

—Te lo prometo —dice el doctor del Pozo.

África pone su mano sobre el hombro de él.

—Sentir culpa no es útil —dice ella—. La mayoría de las cosas malas que hacemos las personas son por pura ignorancia... Deberías perdonarte y ser comprensivo contigo mismo.

—No puedo perdonarme, ya lo he intentado —dice él mirando hacia el suelo.

—Perdonar no es olvidar ni ser indulgente... Perdonarse es entenderse, comprenderse y tener en cuenta el error para no repetirlo en el futuro. No te fustigues más.

—Te prometo que no me tiraré, tranquila. Confía en mí —dice él de nuevo.

Se miran con cierta intensidad. Algo se quiebra en el ambiente y la

veterinaria vuelve a dedicarle una sonrisa amable al desconocido.

—Está bien —dice ella—. Confío en ti.

Entonces África se levanta y se marcha de nuevo en dirección a la plaza con la esperanza de que su amiga Sara haya recuperado su integridad estomacal. Aunque no puede evitar girarse un par de veces para mirar hacia el banco y comprobar que él continúa allí sentado.

No se sabe cómo (quizá guiados por el pobre ángel de la guarda que lleva a la gente borracha a su casa), pero los tres amigos: Jose, Quique y el doctor del Pozo, consiguen regresar de vuelta a Villafranca y subir hasta la casa del médico para dormir: uno en el sofá, el otro en el suelo y Javier en su cama, hasta bien entrado el medio día.

Este último no tarda en caer en sueño profundo donde aparece una mujer de cabello largo y rizado que sonrío y le acaricia la cara con cariño.

—Confío en ti —dice ella misteriosa.

Él agarra su mano y la besa. Pero entonces, cuando eleva la mirada, ve a otra de cabellos rubios, ojos verdes... Y entonces se despierta bruscamente envuelto en un sudor frío y desagradable.

—¡Javi, tío hay un señor en la puerta que no para de llamar al timbre! —grita Quique desde el sofá.

Javier del Pozo se levanta de la cama y se arrastra hasta la puerta. Antes de abrir se mira a sí mismo y comprueba que lleva ropa puesta: la misma del día anterior, que debe de despedir un olor francamente mejorable.

Abre.

—Doctor, no sé si sabe quien soy. Mire, mi mujer está muy rara, debe usted venir a mi casa para visitarla porque nos está desesperando.

Se trata de un hombre de unos cincuenta y algún años, que habla muy deprisa y se ve que tiene cierta urgencia.

—Pero si es domingo —dice Javier—. Pueden llamar a emergencias o llevarla a un hospital, entienda usted que si está grave yo aquí no tengo medios para ayudarla —dice él.

—No, si no es problema de vida o muerte, creo. Es que si usted no la ve yo no me quedo tranquilo.

Javier respira hondo y trata de ignorar su dolor de cabeza con todas sus fuerzas.

—Déjeme darme una ducha en cinco minutos. Ahora salgo.

Le cierra la puerta y se va al baño. Mientras se asea y se afeita, aparecen en su cabeza unos ojos oscuros y una melena muy rizada. Recuerda parcialmente lo que ocurrió la noche anterior, pero le resulta tan descabellado que no sabe si es real o fruto de un mal sueño causado por el alcohol.

Se viste con un vaquero y un jersey fino de color negro. Después se calza unas botas de montaña y deja a sus amigos durmiendo mientras él, cargado con su mochila que lleva el fonendo, el esfingomanómetro, la linterna y el martillo de reflejos, acompaña a ese señor angustiado hasta su casa.

—¿Me puede concretar un poco qué le ocurre a su mujer?

—Pues verá, lleva toda la noche intentando provocarse el vómito y no lo consigue. Ahora dice que está mareada y que se encuentra muy mal y que la cena le ha sentado espantosamente.

—Quizá sólo sea un virus digestivo o algo le ha sentado mal —dice Javier, que para variar, ha dejado de lado su mala leche y está procurando tranquilizar a ese pobre hombre.

—No, le digo que está muy rara.

Por fin llegan a la casa en la que vive el matrimonio: es una casita antigua, de un solo piso y de paredes de piedra. Al entrar huele a madera antigua y a detergente. El señor guía al médico hasta el cuarto de baño, en el que hay una mujer de unos cincuenta años envuelta en una bata rosa con cara de preocupación.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunta el médico.

—María —responde ella.

—Cuénteme María, qué le ocurre.

—¿Es usted el médico ese del que todo el mundo se queja? —pregunta la enferma de muy malos modos.

Javier pone los ojos en blanco y responde con resignación:

—Me temo que sí, pero también soy el que ha venido a verla y me temo que

no tiene mucho donde elegir.

—Vamos, Mari, no seas tonta. Cuéntale al doctor —le anima su marido, que está preocupado y harto a partes iguales.

—Pues mire doctor, yo quería saber si comer arena es malo para salud.

El doctor del Pozo se queda momentáneamente en blanco. ¿Comer arena? ¿Quién come arena? Los niños, se supone. Eso debe de ser de pediatría. Sí, de pediatría. Aunque no recuerda a nadie que haya muerto por comer arena. Javier se da cuenta de que no entiende a qué viene la pregunta.

—¿Pero usted cómo se encuentra?

—Yo me encuentro perfectamente —dice María—. Pero mire, mi Antonio y yo nos fuimos al Caribe hace cuatro años.

Javier no sabe si la situación que está viviendo se debe a la resaca y a su imaginación o a que realmente está empezando a descubrir la causa de que no haya médico de familia que resista más de un año en ese lugar.

—Entiendo —responde él atónito—. ¿Y qué tiene que ver con lo que ocurre ahora?

—Pero déjeme acabar, hombre.

—Vale, vale. Discúlpeme —dice Javier.

—Pues cuando fuimos al Caribe, me traje un frasquito de arena de coral, ¿sabe? Es una arena que no se calienta con el sol, y me hacía ilusión tenerla en casa.

—Muy útil, desde luego —ironiza el doctor del Pozo en voz alta.

—He dicho que no me interrumpa.

Javier resopla, pero guarda silencio.

—Entonces mi Antonio, que desde que se ha prejubilado hace un par de meses, se ha dedicado a ordenar a fondo la casa, es decir, a cambiármelo todo de sitio porque de repente no está a gusto con el orden que había antes.

—No exageres Mari, sólo te estoy ayudando a limpiar.

—Tú calla, que contenta me tienes Antonio. Pues mire doctor, ayer compré unos filetes de pollo de corral, riquísimos. Es una pena. El caso es que a mí me gusta empanarlos y hacerlos a la plancha. No sabe usted cómo me salen de buenos.

—Seguro, no lo pongo en duda —dice Javier en tono indiferente.

—Lo que ocurrió fue que mi querido Antonio puso el frasco de arena del Caribe en la cocina pensando que era el pan rallado. Y yo, pues claro, me confundí y utilicé la arena para empanar los filetes. Y entonces me empezó a extrañar que no se pusiera doradito el pan con el calor de la plancha... En resumen, que cuando me quise dar cuenta ya me había comido medio filete.

Javier del Pozo mira fijamente a María, la señora que se ha comido un filete empanado con arena y ha solicitado una visita urgente del médico del pueblo por esa misma razón. Entonces se da cuenta de que no sabe qué demonios hacer con ella.

Quizá debió haberse tirado al río la noche anterior.

—Hay que joderse —murmura para el cuello de su camisa.

Capítulo 6

Es lunes para todo el mundo en Villafranca. También para África, que se despierta cuando un rayito de sol se cuela por el Velux. Luna se sube en la cama y le lame la cara. La veterinaria se da media vuelta y mete la cabeza bajo la almohada. Por su mente, que se debate entre levantarse y alargar el sueño unos minutos más, se desliza la imagen de un hombre que está a punto de saltar al río. Después aparece Agustina pidiendo Viagra para su marido, ¿o era Charo?

—Brrrr... —gruñe ella—. Espero que hoy no venga nadie que no pregunte por un animal... —susurra.

Luna no se rinde y se sienta al lado de su dueña, sobre el colchón para echarle la zarpa.

—Luni, me has arañado gordita —le dice ella—. Anda, ya me levanto.

África retira el sencillo edredón nórdico blanco, destapándose y se incorpora. Un escalofrío la recorre, ya que tiene la costumbre de dormir en ropa interior y nada más levantarse siempre corre a ponerse una bata polar de color crema que le llega hasta los pies. Se la ata a la cintura y disfruta de su suavidad. Decide desayunar antes de ducharse. Hoy tiene especial hambre ya que el día anterior, domingo, lo pasó galopando con Pan por la montaña y a penas comió un bocadillo en todo el día. Por la noche, cuando se fue a dormir ya estaba demasiado cansada para cenar.

Como de costumbre, saca el brick de leche de avena de la nevera, le añade una cucharada de café soluble, otra de azúcar moreno y calienta la taza durante treinta segundos en el micro. Corta un par de rebanadas de pan duro y las introduce en la tostadora.

—Ya sé... —dice en voz baja.

Como hoy tiene hambre, saca un tomate natural del cajón inferior del frigorífico y después lo trocea con un cuchillo. Luego lo tritura con la batidora, añadiéndole aceite, sal y medio diente de ajo.

Cuando tiene su desayuno en la mano, se dirige al pequeño sofá, donde se

encuentra durmiendo a Boomer (el husky) y a Sol (la otra perrita de aguas). Están apoyados el uno encima del otro.

—Dormilones, hacedme un hueco en el sofá —dice ella.

Y antes de llevarse la tostada a la boca, tiene Rey mirándola con unos ojos perturbadoramente tiernos y pedigüños.

—Ah, ya sabes que tú tienes que comerte el pienso. Si no hay pienso, no hay comida de humanos, Rey... No pongas esa cara. No, me niego, no me convences.

Rey gimotea pero África sonríe y le ignora. Y es que, cada vez que Rey prueba algo que no sea pienso, se pasa el día en cuclillas en una esquina de la finca.

La veterinaria observa el reloj de la pared. Es una magnífica pieza de unos treinta centímetros por cuarenta, de madera blanca sobre la cual están dibujados unos bonitos números en negro. Son las ocho y media. Se apresura a terminarse el desayuno y sube a la ducha, pero no sin antes contemplar, por un instante, las montañas desde su inmenso ventanal.

El doctor del Pozo acaba de empezar a pasar la consulta del lunes. Y, curiosamente, los pacientes no han salido gritando ni echando pestes. Y tampoco nadie ha dado ningún portazo (todavía).

Javier se siente extraño. No sabría especificar qué es lo que le ocurre por dentro esta mañana. Ha vuelto a soñar con el puente y el río. Y con esos brazos que le sujetaron. Suspira y se reconoce a sí mismo que se siente culpable por haber intentado aquello. Fue un acto de cobardía (aunque estuviera borracho como una cuba). Sin embargo, gracias a eso ahora se empieza a plantear que quizá necesite ayuda de algún tipo. Tal vez necesite a alguien con quien compartir sus malas experiencias. Quizá alguien que sea capaz de no juzgarle y de comprenderle. Y que no sean sus amigos, claro. Porque ellos no son imparciales: siempre estarán de su parte aunque él se haya comportado como un magnífico egoísta.

—Mariano Rajoy —vocea el doctor del Pozo en la sala de espera—. Rosario García, la siguiente.

Entonces un hombre bajito, joven y sin barba entra en la consulta. La gente se ríe por lo bajo y Mariano parece muy consciente de ello.

Javier mira el nombre en la lista de nuevo, como si le hubiese sorprendido que aquello saliera de sus labios. Se encoge de hombros, fascinado por las casualidades de la vida y cierra la puerta de la consulta.

Se sienta frente a su paciente.

—Cuénteme.

—Bueno, no me pasa nada. Sólo venía a decirle que, por favor, si es tan amable, cuando alguna vez vea mi nombre en la lista, llámeme Pepe.

El médico observa a la persona que tiene en frente y piensa en la cantidad de collejas que podría repartir en un día si fuera legal.

—Pero usted no se llama Pepe —responde el doctor del Pozo con tacto—. Se llama Mariano.

—¡Ni lo mencione! Nada tengo yo que ver con ese corrupto.

—Bueno, que dos personas se llamen igual no quiere decir que sean lo mismo. Creo que no debería sacar el tema de quicio... Señor Rajoy —añade Javier con un pelín de mala leche.

En la consulta se hace un silencio pesado. Por un momento el doctor del Pozo imagina a su paciente con gafas, barba, traje hablando descoordinadamente en el congreso de los diputados de los muy españoles, mucho españoles. Contiene una risotada.

—No vuelva a llamarme así, nunca.

Y Mariano Rajoy se levanta y se marcha de la consulta dando un sonoro portazo.

Entonces entra Rosario García (Charo para la gente de Villafranca) en la consulta. Una mujer de mediana edad, bien arreglada y sonriente. Parece normal. Javier se estremece. La gente que parece normal no le gusta. Porque al final nunca son del todo normales.

—Cuénteme —dice el doctor del Pozo.

—Pues me ha salido un lunar en el cuello y la veterinaria me ha dicho que convendría que me lo viera un dermatólogo. Me pregunto si sería tan amable de enviarme al especialista.

Javier arruga el entrecejo.

—¿La veterinaria?

—Sí, una mujer encantadora que sabe mucho.

—Sí, de animales —responde el médico—. Voy a mirar ese lunar.

—Mejor no lo mire, doctor —dice de pronto la paciente.

—¿Y qué pretende que le diga al dermatólogo en el informe si no he visto lo que le ha salido?

—Pues la veterinaria ha dicho que es irregular, feo y que sangra un poquito. Con eso debiera de bastar.

Javier fulmina con la mirada a Rosario García y se imagina repartiendo otra colleja (una de tantas).

—No, no basta. Se lo tengo que ver.

—Pues no se lo consiento, no señor.

—¿Pero qué le ocurre?

—Pues que ya sé lo que pasa aquí. Como usted me mire el lunar y no le parezca malo, no me va a querer derivar al especialista, porque son ustedes unos rácanos y no quieren gastar en sanidad. Así que o me deriva o no me deriva. Y le digo que como tenga cáncer le pongo una denuncia.

Javier anota palabra por palabra todo lo que le llega a sus oídos.

—Pues denúncieme. No pienso mandarla al hospital si no me deja ver el lunar.

—¡Será posible! Es usted una persona muy poco razonable —esgrime Charo con elocuencia—. Me voy a ir ahora mismo a ver a la veterinaria y se lo voy a contar. Ya verá. ¡Esto saldrá en los periódicos!

—¿De verdad no va a dejar que le mire el cuello? —pregunta el médico con incredulidad—. ¿Sabe que es mi trabajo, no? A mí me pagan por mirar su maldito lunar. A la veterinaria no.

—Pero usted es un borde y no dan ganas de venir a verle.

Entonces Charo se levanta y se va, indignadísima. Al final, como de costumbre, no era del todo normal.

Javier reprime un grito de furia y mira el siguiente nombre de la lista.

Vaya lunes.

—Muy bien, buen perrito, eso es... —dice África mientras saca el termómetro del culete de un gigantesco mastín.

El animal jadea. Después carraspea y tose.

—Oh, tiene fiebre —le dice a la dueña.

La veterinaria alarga sus manos enfundadas en unos guantes hasta el cuello del animal y lo palpa en profundidad. Tiene los ganglios inflamados.

—Quizá le tengamos que dar algo de antibiótico —comenta África en tono distraído mientras ilumina las pupilas del perro. Bien, se contraen. Simétricas —. Estupendo.

—Uf, Thor es malísimo para tomar pastillas.

África sonríe.

—No pasa nada, puedes partirlas por la mitad y las metes dentro de un buen trozo de salchicha. Es un truco muy bueno —le dice la veterinaria.

Thor baja de la camilla metálica de un salto y se hace un ovillito en el suelo. Sí parece que se encuentre mal. África se sienta en su mesa y escribe las recetas. Después le cobra la consulta a la dueña de Thor y ésta se lleva al pobre mastín casi a rastras.

A la veterinaria a penas de la ha dado tiempo de pestañear cuando escucha la campanilla de la puerta que alguien ha abierto con más fuerza de lo normal.

—¡África! —grita Charo fuera de sí—. ¡No me quiere mandar al dermatólogo!

De repente entra otra mujer y se une al coro.

—¡Ni a mí al urólogo! Dice que una veterinaria no va a decirle lo que tiene que hacer. ¡Será posible! ¡Qué hombre más desagradable!

—¿Tú no podrás hacernos un informe para que vayamos al hospital por urgencias? —pregunta entonces Charo.

África observa a las dos mujeres, atónita. No, desde luego que ella no quiere decirle al médico lo que tiene que hacer, pero antes que desentenderse de los problemas de estas dos mujeres, prefirió recomendarlas que les viera un especialista.

—No puedo. Yo soy veterinaria. Trato animales. Veo animales. No personas. Os tendréis que entender con el nuevo médico vosotras. No puedo hacer más, lo siento.

Y cuando África se da media vuelta, escucha que Charo y Agustina gritan al unísono:

—¡Pepe! ¿Qué haces aquí?

Pero Pepe camina directo hacia África.

—¡Y esa cara! ¿No me digas que a Milú le ha pasado algo? —pregunta ella, preocupada.

—Ah, no. Mi gato está bien. Es por mí. Mira, acabo de ir al médico... Ya sabes que mi nombre pues... En fin, no lo uso nunca. Y el nuevo médico me ha llamado señor Rajoy.

África se sonríe pero ante la mirada furiosa de Pepe, se muerde la lengua en vez de enseñar los dientes.

—Bueno, pero ¿qué tengo yo que ver con eso?

—No, tú nada. Sólo quería preguntarte una cosa de la toxoplasmosis esa... Es que mi mujer está embarazada y no se lo he podido contar al médico porque ha sido muy grosero conmigo... Y el caso es que no sé si es buena idea que ella conviva con el gato... Por eso del pis de gato... Ya sabe...

—¡Alto ahí! —grita África, que ha llegado a su tope—. ¡Ya estoy harta! En este pueblo hay un médico y es el que hay. Os guste o no.

—No nos gusta, no.

—Desde luego que no.

—Ni un poquito.

—Me da igual. Yo no puedo ayudaros.

—Bueno, pero le he dicho a mi mujer que venga para hablar contigo de la toxoplasmosis...

—¿Qué? No, no, no. Yo tengo trabajo.

—Pero...

—¡No hay peros! Ahora mismo me voy a ir al centro de salud a arreglar esto.

África aprieta los dientes y sale decidida de la consulta, camino del establo.

—Si yo tengo que atender a sus pacientes, él va a tenérselas que ver con mis animales.

Capítulo 7

África cabalga carretera abajo, en dirección al centro del pueblo. Si se hubiese acordado a tiempo, se hubiera recogido el pelo y ahora sus rizos negros no le molestarían tanto. Frena a Pan y lo lleva al paso por las calles de Villafranca. No tarda mucho en llegar hasta un edificio de piedra, pequeñito, que casi podría confundirse con una modesta capilla antigua. Dicha construcción no es otra cosa que el reducido centro de salud. La veterinaria se baja del caballo y con las riendas en la mano, se adentra en el interior del edificio. La gente murmura y observa atónita al magnífico animal que sigue a la veterinaria del pueblo.

—¡África! No puedes entrar aquí con el caballo —exclama Mari Fe, la administrativa del centro.

—Te dejo gratis las dos próximas desparasitaciones de tu gato, Mari Fe —dice ella con un tono tal que la pobre mujer hubiese sido incapaz de negarse de cualquier manera.

—Y un bote de champú...

—Eso al cincuenta por ciento —añade África.

Los pacientes de la sala de espera se ríen por lo bajo y miran a la veterinaria; unos con admiración y expectación y otros con ganas de embutirla en una camisa de fuerza.

Pan relincha y ella se asegura de que no haya nadie tras las patas traseras del animal, por si las moscas.

Javier del Pozo sale de la consulta con la lista en la mano y recita los siguientes tres nombres, pero nadie osa mover el culo del asiento ante la que está apunto de montarse en el centro de salud de Villafranca.

África carraspea sonoramente obligando al doctor a desviar la mirada hacia ella.

Javier, que lleva una mañana demasiado surrealista para su gusto, se choca con unos ojos grandes y castaños que lo miran con agresividad. Pero que le

resultan vagamente familiares. El instante que dura el cruce de miradas se hace eterno para ambos. Él no puede evitar fijarse en aquella mujer en su conjunto. Lleva unas botas de montar embarradas y un vaquero entallado que marca perfectamente su cintura. Y... Lleva en la mano las riendas de un caballo. Un caballo que está en la sala de espera de su centro de salud. Con sus cuatro patas, y todo.

—Hay que joderse... —murmura, cual mantra.

África le sostiene la mirada, retadora. Curiosamente también siente esa extraña sensación de familiaridad. ¿Dónde ha visto antes a ese hombre?

—Le ruego que saque a ese animal de la sala de espera, señorita —arranca a decir Javier, procurando que no le tiemble la voz.

—¡Oh! Por supuesto, vamos Pan.

África sonrío sarcástica mientras pasa caminando junto al médico e introduce al caballo en la misma consulta.

—Voy a tener que llamar a seguridad —amenaza entonces el doctor del Pozo, quien advierte con cierta impotencia que está perdiendo el control de la situación.

—¿A quién? ¿A Paco? ¿Sabe que su mujer vino a preguntarme por un lunar el otro día a mi consulta veterinaria?

—¡La del lunar! ¡Es usted! ¡Usted le dijo a esa mujer que tenía que enviarla al dermatólogo!

África se da cuenta de que medio pueblo está observando la escena a través de la puerta abierta de la consulta.

—Cierre la puerta —ordena ella.

—Ni lo sueñe. Márchese ahora mismo.

—Cie-rre-la-puerta. AHORA.

El médico obedece sin pensarlo. Respira hondo y se sienta en la silla, como si se tratara de un paciente más. África lo imita, sentándose frente a él. Pan relincha y Javier se sobresalta.

—En qué puedo ayudarla —dice el médico, intentando recordar dónde estaba la pestañita en el ordenador para hacer un volante de derivación a las consultas de psiquiatría del hospital.

Se miran y África reprime un escalofrío. El médico de familia, pese a ser

desagradable y borde, es exageradamente guapo. Ella piensa que deben de tener casi la misma edad.

—Mi caballo está resfriado, verá, estornuda muy a menudo.

Javier observa de nuevo a la veterinaria. Ve como uno de los rizos de ella cae cerca de su pecho, al lado de un sutil escote que remarca las curvas femeninas. Traga saliva y se regaña a sí mismo por no tener la cabeza fría.

—Soy médico, me temo que no atiende a... caballos —dice, devolviendo su mirada a los ojos femeninos.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! —exclama ella de pronto poniéndose en pie—. ¿Le he dicho que yo, siendo veterinaria, recibo visitas de personas que están enfermas? ¡Me piden ayuda! Fíjese. Qué cosas pasan aquí en Villafranca.

Javier entrecierra los ojos.

—La gente de este pueblo es muy particular, desde luego —responde él.

—¿Sí? ¿Usted cree que en los demás pueblos no hay señoras obesas que tienen incontinencia urinaria? ¿Y usted cree que el médico las manda para casa diciéndolas que están como focas y que adelgacen?

—Perder peso ayudaría, sí —dice él.

Ahora es África la que relincha.

—Mire, creo que voy a ser clara porque usted está muy desorientado, por lo que veo.

—Ah, usted trae un caballo a mi consulta y soy yo el que está desorientado. Me sorprenden sus razonamientos paradójicos.

La joven veterinaria pierde ligeramente los nervios y se levanta de la silla, rodea la mesa hasta quedar frente al médico para inclinarse sobre él y mirarlo fijamente a los ojos, muy de cerca.

Javier traga saliva ante la cercanía excesiva de ella. Los ojos oscuros lo taladran y de pronto ¡clic! Se da cuenta. Es la chica del puente. Está seguro. El olor es muy parecido. Una mezcla de vainilla, gel de baño y detergente. Y la voz.

—Espero no volver a ver a ningún paciente suyo en mi consulta, por su bien.

Pero Javier ha desconectado de la conversación. Su mente está en el puente, junto al río y recuerda cómo los brazos de ella lo abrazaron. Tiene

unos ojos muy bonitos. "Confío en ti", le había dicho. No le dio las gracias. Le hubiese gustado agradecerse y quizá, tomar un café con ella.

—Gracias —dice Javier sin querer.

África se aleja dos pasos del médico y lo mira confundida.

—¿Gracias? ¿Gracias? ¡Dios la colleja que te daría si no fuera ilegal!

El doctor del Pozo la mira sorprendido. Él también piensa eso muy a menudo cuando tiene delante a algún que otro paciente.

—Gracias por irte ya —rectifica él, volviendo a la Tierra. No puede permitirse el lujo de que ella lo reconozca en esta situación.

—Mira, no quiero ver ni un paciente tuyo en mi consulta. Mi padre es el director médico del hospital más cercano y te juro que como alguien más venga pidiéndome viagra para su marido, la próxima visita que tendrás no va a ser sanitaria, sino de recursos humanos. ¿Me has oído?!

Pero el doctor del Pozo sonríe burlón. Aunque por dentro desea que ella se marche cuanto antes. No quiere que lo reconozca. Bajo ningún concepto.

—La niña de papá va a tener que llamar a papá porque en el cole se meten con ella. ¿Has sido así toda tu vida? Deberías irte. Tengo cosas que hacer. Pacientes que atender, o si no se marcharán todos al veterinario para que resuelva sus problemas.

África abre mucho los ojos, está cabreadísima, pero por lo visto no sirve de nada.

—Sí, me largo.

—Haces muy bien.

—Te lo he advertido. Luego no vengas llorando.

—Como una magdalena, tú tranquila.

Ella aprieta uno de sus puños mientras con la otra mano gira el picaporte de la puerta.

—¿Sabes que tienes muy mala leche? —pregunta ella.

—Por supuesto.

—No me extraña que tus pacientes huyan de ti. Tal vez deberías comprarte un perro para que te suavice el carácter —murmura ella.

—Te lo prometo. Me compraré un perro —afirma él para darle la razón como a los tontos.

—Mierda de puerta... —susurra ella—. El picaporte se ha atascado.

Javier resopla, nervioso y se levanta de la silla.

—Déjame que lo intente, a veces se pone rebelde.

Sin querer, las manos de ambos se rozan y se hace el silencio. Pero, al fin, la puerta se abre y África se lleva a Pan del centro de salud.

El doctor del Pozo cierra de nuevo y echa el pestillo. Ahora no puede atender a nadie. Se esfuerza por normalizar la respiración y recuperar el dominio sobre sí mismo.

—Que me compre un perro, dice. ¡Un perro! —exclama fuera de sí—. Joder... Y encima está buena.

Sacude la cabeza. No, no está buena. Es guapa, tiene unos ojos muy expresivos. Le salvó la vida, entre otras cosas. Pero tiene muy mala leche, casi tanta como él.

—Lo mejor será que me olvide del tema. No estoy para aguantar chorradas —afirma poco convencido.

Y hace pasar al siguiente.

Capítulo 8

—No mamá, no iré... Sí, ya sé que es importante. Diles de mi parte que les deseo lo mejor. Sí... Tengo que trabajar, mamá... Voy a colgar... Sí... Venga... Hasta luego.

África le da un sorbo a su taza de café y deja el móvil sobre la mesa. No piensa ir a la cuarta boda de su tía. Se niega. Además en la bodas siempre tiene que andar quitándose moscones de encima que su madre ha elegido para ella. Y está cansada de que su progenitora se meta siempre que puede con su situación sentimental. ¡No, mamá! No tengo novio. Y cuando lo tenga, si es que algún día sucede eso, seguro que no te gustará. No te gustará porque no será rico, ni tendrá padres reconocidos, ni famosos. No te gustará porque no vestirá de etiqueta ni te hará la pelota tanto como esperas.

—En fin, es un caso perdido —dice África mientras enciende su Kindle.

Mira a sus pies y contempla a sus cuatro perros durmiendo unos apoyados en otros. Todos a su alrededor. Rey gime en sueños mientras le convulsionan ligeramente las patas. Luna está panza arriba y una de sus orejas le está tapando el ojo a Sol, la otra perrita de aguas. África sonrío enternecida.

—¿Para qué quiero un hombre teniéndoles a ellos? Al menos no me dan disgustos.

Y se sumerge en la novela. Se trata de una novela romántica histórica en la que la escritora no hace más que resaltar los fabulosos y penetrantes ojos azules del protagonista masculino y África, sin querer, visualiza al médico en todo su esplendor. Recuerda su olor a hombre recién duchado y su pelo rubio limpio. Llevaba camisa. Sí y le quedaba muy bien la bata.

—Basta —dice ella.

Cierra el Kindle con violencia y se termina el café de un trago. Repasa mentalmente la conversación con el médico. ¿Por qué narices ha tenido que amenazarle con llamar a su padre? ¡Qué ridículo! África sabe que no llamaría a su padre ni por la salvación de su alma. Sólo lo hace en su cumpleaños y en

navidades. Y gracias.

—Soy idiota —dice en voz baja.

Mira el reloj, son las siete de la tarde. No tiene nada que hacer. La consulta está limpia, Pan está cepillado y bien alimentado. Ha estado jugando con sus perros un buen rato... La cocina está impoluta y la cena está hecha: un pisto que dejó en la cazuela a medio día.

—Me voy a dar un baño —dice.

Sube al piso de arriba por las encantadoras escaleras de caracol y coge los altavoces para Ipod que tiene en su mesilla para llevarlos consigo.

Enchufa el reproductor y abre el grifo de la bañera.

África sonríe al mirar el baño. Hizo muy bien al gastar aquel dinero en reformar la casa a su gusto. Tiene una gran bañera moderna, a parte del plato de ducha y el suelo es de terrazo oscuro. Enciende un par de velas aromáticas mientras añade sales de baño al agua. El velux del baño muestra unas nubes oscuras que se ciernen sobre Villafranca. Empiezan a caer goterones sobre el cristal y el baño entero huele a lavanda. Lluve fuera. Calor dentro.

África disfruta de esa sensación mientras se quita la ropa y se sumerge en el agua caliente. Suena Rachel Platten en los altavoces.

—Love you're not alone... Cause I'm gonna stand by you... —canturrea África con los ojos cerrados.

De pronto visualiza el puente y el río. Y aquel hombre. Esos ojos que con la luz de las farolas parecían claros y esa expresión de desesperación enmarcada en una barba de un par de días. Y luego el médico. Esos ojos. La barba...

África se incorpora hasta quedar sentada en la bañera.

—¡Es él! ¡Sí! Claro... ¿Y por qué iba a querer quitarse la vida? —se pregunta en voz alta—. Está claro que alguna clase de trauma tiene... Nadie es tan desagradable porque sí.

La veterinaria vuelve a recostarse en la bañera y esta vez aprovecha para sumergirse y empapar sus rizos. Adele canta Hello mientras ella se pregunta si el médico la habrá reconocido.

—Espero que no —susurra.

Cierra los ojos y se deja llevar por la música. Relaja sus músculos. No tarda en sonar The greatest, de Sia.

Javier hace pasar al último paciente del día. Son las cinco de la tarde y doña Luisa entra a la consulta muy nerviosa.

—Cuénteme Luisa —le invita a hablar el médico de Villafranca.

—Doctor, ¿usted cree que las posesiones demoníacas se heredan? Ya sabe, si son cosa de familia...

—Sí, claro, como todo —responde él sarcástico.

—Mire, usted no me engaña, yo no creo en esas cosas.

—¿Entonces para qué me pregunta algo así? —dice el médico de muy mal humor.

Javier se afloja el cuello de la camisa. Está cansado y aturdido. La mañana ha sido particularmente intensa y sus neuronas ya no responden igual. De hecho no sabe si doña Luisa es real o un producto de su perversa imaginación. Aunque en Villafranca nunca se sabe, claro.

Cada vez comprende mejor por qué ningún médico de familia dura allí más de un año.

—No, mire... Le voy a explicar.

—Se lo agradezco —responde el doctor del Pozo, observando a aquella curiosa mujer que tiene frente a sí.

—Mi madre falleció ayer...

—Lo siento mucho.

—No me interrumpa, doctor.

—Lo siento, otra vez.

—Chist, calle. Verá, estábamos todos sus hijos en el hospital, somos ocho, rodeándola en su lecho de muerte. Por fin dio su último aliento y la enfermera llamó al médico para certificar la defunción... Ya sabe, trámites.

—Sí, trámites.

—Pues en ese momento mi madre empezó a moverse. Convulsionaba. Sin parar —en ese momento doña Luisa abre mucho los ojos y mira fijamente al doctor del Pozo, que se siente como si estuviera protagonizando una peli mala (muy mala) de Halloween.

Javier estruja su cerebro y entonces recuerda. Sí, se lo explicaron una vez. Puede ser...

—¿Su madre llevaba un marcapasos o algún aparatillo parecido? — pregunta él.

Como un desfibrilador automático implantable (o DAI, para los amigos).

Doña Luisa asiente muy seria, con cara de estar muy sorprendida.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque probablemente a alguien se le olvidó desactivarlo en el momento. Y claro, cuando alguien fallece... Su corazón obviamente no mantiene el ritmo normal... Así que el aparato no para de dar chispazos para ver si responde...

—Así que mi madre no está poseída. Ni su alma peligra, es lo que me quiere decir. ¿Me equivoco?

—Exacto doña Luisa. Se trata de su DAI... Seguramente ya lo habrán desactivado. ¿No vio cómo lo hacían?

—Uy, no. Yo me fui corriendo de allí. Me entró un miedo, doctor...

—Bueno, pues puede irse tranquila. El demonio no ha tenido nada que ver con esto.

—A propósito, doctor... Ya que estoy aquí.

Javier agría el gesto. Odia esa frase: ya que estoy aquí. Esas palabras junto con: ya de paso, otra cosa que le voy a comentar y ¡ah, se me había olvidado! deben de ser las más temidas por todos los médicos de familia que tienen una lista de espera kilométrica y una sala de espera que parece un concierto de Bon Jovi.

—¿Sí, doña Luisa? ¿Ya que está aquí...? ¿Sabe? Son las cinco de la tarde y yo estoy sin comer.

—¿Me podría recetar el Orfidal para dormir? Ya se me están acabando — pregunta doña Luisa ignorando el último comentario del médico.

Javier del Pozo suspira. España es uno de los países Europeos que más medicamentos hipnóticosedantes consume. Y quién es él para llevarle la contraria a las estadísticas. Le da al botón de imprimir.

—Aquí tiene.

—Si aún no ha comido le puedo traer un poco de ensaladilla que hice ayer, seguro que le encanta.

—No se moleste, gracias —responde Javier secamente.

Y doña Luisa se marcha medio contenta, medio ofendida.

Javier por fin se quita la bata. Y coge su cazadora de cuero. Después se desabrocha el botón superior de la camisa y respira. Aunque no ha comido aún, no tiene hambre.

Decide pasar por casa para ponerse cómodo y después ir a dar un buen paseo. Necesita despejarse.

No tarda mucho en llegar caminando hasta su pequeña morada. Se ducha rápidamente y sustituye su ropa formal por un chándal negro y un jersey gris. Se come una manzana y después se mete el teléfono en el bolsillo. Comprueba que lleva bien atadas sus New Balance azules y sale de nuevo a la calle.

Su primera idea es recorrer el pueblo para hacerse un mapa mental de dónde está cada cosa (algo que increíblemente no ha tenido tiempo de hacer desde que llegó hace ya más de una semana). Con las manos en los bolsillos, pisa el suelo empedrado de Villafranca y admira las bonitas casas. Casi todas son blancas o de piedra. Llega hasta un gran estanque sobre el que cruza un puente, también de piedra, pero mucho más pequeño que del que intentó tirarse el fin de semana pasado.

—Parece que hay una pequeña Suiza aquí escondida —susurra él mientras se recrea en la magnífica vista de las montañas cubiertas por nubes oscuras y algodonosas.

Javier se descubre a sí mismo relajándose por primera vez en mucho tiempo. Quizá no haya sido tan mala idea aceptar el trabajo allí arriba, en ese pueblo alejado, donde nadie le conoce.

Piensa en la veterinaria. Sonríe. Y se da cuenta de que no sabe cómo se llama. Aunque tal vez no debería de importarle.

A lo lejos ve la torre de la Iglesia del pueblo. Él no se considera creyente, ni fiel, ni nada por el estilo, pero en ocasiones, cuando la culpa le corroía por dentro, se ha sentido muy tentado de acercarse a uno de los templos para hablar con el cura o con quien estuviese allí. El caso es que Javier es consciente de que tiene muchas heridas dentro y no sabe con quién hablar o qué hacer para cerrarlas y que cicatricen bien. Desde luego, no necesita a nadie que lo juzgue y condene, y tampoco a nadie que le diga que no es nada, que son cosas que pasan (como sus amigos).

Vuelve a mirar hacia la iglesia. ¿Por qué no? No tiene nada que perder.

Todo el mundo tiene derecho a buscar consejo, hasta en los lugares más insospechados.

—¿Hola? —pregunta al entrar.

Su voz rebota contra las paredes. Los bancos están desiertos y las luces apagadas. Sin embargo, la luz se cuele por las vidrieras y deja ver unas preciosas columnas que enmarcan el retablo.

Una figura vestida con pantalones vaqueros y una camiseta sale de la sacristía.

—¿Sí?

—¿Es usted...?

—El cura, sí.

—Soy Javier —dice él con inseguridad—. ¿No lleva... ya sabe, la túnica?

—La sotana —se ríe—. Es que me iba a marchar ahora a tomar una caña con unos amigos.

—Sí. Ah, perdón. Entonces volveré en otro momento.

Javier observa a aquel hombre tan curioso (como todas las personas de Villafranca). Debe de tener unos cincuenta años, lleva una barba gris a lo Gandalf y sonríe con espontaneidad.

—¡No, por favor! Si has llegado hasta aquí es que necesitas algo. Ven, siéntate y cuéntame.

—Bueno, padre... Yo tengo que decirle que en la vida he venido a misa y no soy especialmente creyente... Lo que sé es por mis abuelos...

El sacerdote esboza otra sonrisa espontánea.

—Pero te sientes mal y no sabes a quién acudir, ¿no?

Javier suspira.

—Sí. He hecho cosas malas. He sido egoísta. Y hay gente que ha sufrido mucho por mi culpa.

—Hijo mío, todo el mundo comete errores en su vida. Nadie está libre. Lo que diferencia a las personas es si son capaces de aprender de ellos o no. Si te sientes mal, si piensas que tienes que cambiar algo de ti mismo, es porque tienes conciencia.

—Pero no puedo volver atrás y deshacer el pasado... Eso es imposible.

—Es imposible para todos. Pero puedes mirar hacia delante y al igual que

causaste sufrimiento, ahora puedes crear felicidad a tu alrededor.

Javier centra su mirada en sus pies, incapaz de mirar al sacerdote a los ojos.

—Yo no valgo para hacer feliz a nadie.

El sacerdote observa al médico del pueblo y frunce el ceño.

—A lo mejor es que nadie te ha hecho feliz a ti nunca. Quizá eso sea la raíz de todos los problemas.

Y entonces el sacerdote se levanta del banco.

—Ahora sí me voy a tomar una caña. Vuelve otro día si necesitas hablar — se despide, dejándolo solo en la iglesia.

Javier lo observa marcharse. No puede evitar pensar que se trata de un cura algo particular (respecto a la imagen mental que tiene él de cómo debería ser un cura). En fin, los caminos del señor son inescrutables, como se suele decir.

Se queda diez minutos más allí sentado, respirando silencio. Por fin, se levanta y sale de la parroquia. Y decide andar. Hasta donde le aguanten las piernas. A la salida del pueblo encuentra un sendero que sube hacia la montaña. Mira el reloj. Son casi las siete. Calcula que puede andar media hora de subida y media hora de bajada, ya que a finales de agosto, tarda en anochecer.

Ni por un instante deja de observar la vegetación y el paisaje. Y es que, el Norte de España es maravilloso. Camina a paso ligero y nota que empieza a sudar. Pero sonrío. Se siente libre, allí alejado del mundo, donde puede empezar de nuevo.

De pronto escucha algo. No tiene muy claro qué es. Otra vez. Javier se gira. Agudiza el oído. Parece un gemido débil. Lo escucha de nuevo y camina en esa dirección.

Y entonces lo ve. No lo puede creer. ¿Cómo ha llegado esa criatura hasta allí arriba?

—No, no puedo hacerme cargo. Es imposible.

Y se da media vuelta. Pero entonces vuelve a oír un gemido y lo que parece un ronroneo débil. Se gira a mirarlo de nuevo. Es un cachorro, aunque no sabría definir la raza. Parece mezcla de labrador con otro perro. Desde luego es adorable. Y está solo y...

—Cojea —dice el médico.

Se agacha junto al animal y le toca la pata. El cachorro la retira con un aullido de dolor.

—No soy veterinario, pero diría que esa pata necesita que le hagan una radiografía —dice.

El perrito le mira y gime. Entonces el médico cede.

—Está bien, está bien.

Se quita el jersey, quedándose en manga corta y pasando un poco de frío y envuelve con él al cachorro para llevárselo en brazos. Tiene media hora de camino andando de vuelta a Villafranca.

Y de pronto, se pone a llover. Javier aprieta el paso, no quiere correr porque podría escurrirse y golpearse con alguna piedra. Al final, pasados veinticinco minutos, ha llegado hasta la altura de la parroquia y se encuentra al párroco, que ya está de vuelta.

—Corre, que dicen que viene tormenta de rayos —le advierte al médico.

—¿Usted sabe dónde vive la veterinaria?

—¿África? Sí, claro. Es esa casa blanca que ves allí, en lo alto de la colina.

Javier mira hacia donde señala el dedo del párroco. Calcula que tendrá que andar por lo menos diez minutos más hasta llegar. Y que cuando llame al timbre, probablemente estará calado hasta los huesos. Bueno, ya está calado hasta los huesos.

Capítulo 9

África tiene los ojos cerrados. El vapor flota por el cuarto de baño, haciendo que la habitación entera parezca una preciosa sauna que huele a sales de baño. Adele sigue cantando a voz en cuello, aunque a veces se turna con Sia y de vez en cuando con Rachel Platten. Un trueno resuena y los cristales de las ventanas vibran. La veterinaria se sobresalta y abre los ojos. Los perros están ladrando, probablemente estén asustados, piensa ella. Pero entonces escucha los gruñidos de Rey y al instante sabe que hay alguien llamando al timbre. Un perro es mejor que una alarma, desde luego.

Sale de la bañera y mientras tiritita, se pone por encima su albornoz. Se pregunta quién puede estar llamando un viernes casi a las ocho de la tarde a la puerta de su casa. No recuerda haber quedado con ninguna amiga... Aunque igual su madre... Uf, odia las visitas sorpresas de su madre. Baja las escaleras.

A medida que se acerca a la puerta oye el timbre que suena una y otra vez, como si alguien lo estuviese aporreando con ansiedad. África decide encerrar a los perros en el pasillo, para que no apabullen a ladridos a quien quiera que sea.

Mira por la mirilla y no puede creer lo que está viendo. Abre inmediatamente y deja pasar al médico empapado.

—Madre mía, ¿estás sorda? Llevo media hora llamando ahí fuera.

—Buenas tardes, doctor —saluda ella seria—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Por primera vez, él se da cuenta de que la veterinaria está tan empapada como su camiseta, sólo que ella va cubierta con un esponjoso albornoz bajo el que es posible que no lleve nada puesto. Retira la mirada inmediatamente.

—Sí, he traído esto —dice sin mirarla.

Y entonces, Javier saca un pequeño bulto bajo su brazo. Desenvuelve su jersey aparece un precioso cachorro que también está empapado. África recoge rápidamente en sus brazos a la pequeña criaturilla y lo lleva al sofá con ella.

—¿Qué le ocurre? Por cierto, cuando te dije que te compraras un perro, no iba en serio... —dice la joven mientras acaricia al animalito.

Javier pone los ojos en blanco, con impaciencia.

—Está cojo, lo encontré en el monte esta tarde mientras daba un paseo.

—¿Estaba solo? ¿No viste al resto de la camada? ¿Y la madre?

—Sólo estaba él —responde Javier con sequedad.

De pronto África se percata de que el médico está tiritando y de que le chorrea la camiseta. Y, aunque una parte de su ego tiene ganas de ser borde y desagradable con él por la discusión que han tenido esa misma mañana, y por cómo está portándose él ahora mismo, la África buena y cariñosa que lleva en su interior se adelanta.

—Espera, voy a traerte una toalla y una manta. Quédate aquí con el cachorro, ahora vengo —dice ella mientras corre escaleras arriba.

El animalillo se reboza en la alfombra y Javier se agacha para acariciarlo. Sin embargo, el médico no quiere moverse mucho porque toda su ropa va dejando un rastro de agua allá por donde él pasa. Al momento África está de vuelta con una gran toalla azul y un pijama muy grande que ha encontrado en un cajón.

—El baño es esa puerta de ahí. Este pijama es de mi hermano, de cuando mis padres lo obligaban a venir aquí de adolescente... Creo que te valdrá... Tengo una secadora, así que puedes darme tu ropa y dentro de media hora estará lista para que te la puedas volver a poner —dice ella.

—Gracias —dice él, aturdido—. Ahora, salgo.

¿Por qué está ella siendo amable con él... Cuando él está portándose como un perfecto mendrugo maleducado?

Y cierra la puerta del baño, sumido en esa interesante reflexión. Javier se mira en el espejo. Su cabello rubio, está oscurecido por el agua y su camiseta chorrea. Mira fijamente a los ojos de su reflejo y respira hondo. Se quita la ropa y la deja echa un montón en el plato de ducha. Después se seca con la toalla y se pone el pijama, que está calentito y le sienta realmente bien. El pantalón es negro y la parte de arriba, de manga larga, roja. Antes de salir observa el baño. Se trata de un lugar pequeño con el espacio bien aprovechado. Hay un frasco rosa de colonia en el estante del espejo. El médico esboza una pequeña sonrisa, pero no tarda en volver a adoptar su

semblante serio y malhumorado habitual.

África se sienta en la alfombra y toquetea la pata del cachorro. El animal gime y se aleja unos centímetros de ella cojeando.

—Ven, gordito... Ven conmigo —susurra la joven.

No tarda mucho en tenerlo completamente relajado entre sus brazos. Le rasca la tripita y el cachorrito ronronea de gusto.

—Ahora me vas a dejar que te mire esa patita, ¿a que sí, precioso? Eso es... Muy bien.

África palpa los huesos despacio y con suavidad. No se da cuenta de que Javier del Pozo ya ha salido del baño, enfundado en el pijama de su hermano y que está mirando la escena. Y se siente... Raro.

Tiene que reconocerse a sí mismo que piensa que el cachorro es muy afortunado. La veterinaria está siendo muy cariñosa con el perro y a Javier no le importaría que también lo fuera con él. Le agrada mucho la voz suave de ella y la manera que tiene de acariciar al animal. Es puro amor.

Sacude la cabeza. Está pensando estupideces, para no variar.

—Ya estoy...

Ella se gira y posa sus ojos negros llenos de vida sobre él.

—Ahora pongo tu ropa a secar.

—Eh... Oye, perdona por haberte hablado así al entrar... Estaba nervioso, empapado y el pobre perro...

África se levanta de la alfombra con la criatura en brazos. Sorprendida ante las inesperadas disculpas del médico, sonrío. No se le olvida la escena del puente y una parte de sí misma quiere indagar y por qué no, ayudar, a un hombre que ha intentando quitarse la vida. Tal vez ese mal humor intrínseco tenga alguna causa y quizá, también algún remedio. Porque claramente, está muy amargado. Y además, parece sorprendido de que ella le haya tratado con amabilidad. A lo mejor estaría bien sorprenderle un poco más.

—No te preocupes, lo entiendo. Perdóname tú a mí por amenazarte con llamar a mi padre, estaba enfadada porque un montón de gente ha venido a mi consulta, como si yo fuera el médico y me sentía impotente por no poderles ayudar.

Mientras, África coge la ropa empapada del médico y la lleva a la zona de cocina, donde al lado de la lavadora, tiene la secadora. Decidió instalarla

porque en Villafranca llueve casi todo el año y es muy difícil que se seque la ropa en condiciones.

La pone a funcionar y se gira.

—¿Quieres algo de café caliente? Tienes que estar congelado.

—No, gracias. ¿Puedo dejarte aquí al perro? No tengo sitio en mi casa.

—¿Al perro? Primero vamos a bajar a mi clínica, hay que hacerle una radiografía y tal vez tenga que escayolarle la pata. Y después te lo llevarás contigo, a tu casa. Yo tengo aquí cuatro perros y un caballo, doctor —explica ella sonriente—. Además un cachorro tan adorable no te va a venir mal para suavizar ese carácter que tienes.

—¿No te gusta mi carácter?

—No he dicho eso.

—Ah, disculpa —dice él con ironía.

—Oh, disculpas aceptadas —responde ella.

Entonces, África se inclina y recoge al cachorro en sus brazos, que gimotea porque seguramente le duele algo y mucho.

—Sígueme —le dice al médico.

La veterinaria se cuela por una puerta que da a unas escaleras que descienden al sótano (que no es otro que su clínica).

Javier lo mira todo con curiosidad. La camilla metálica, la mesa de despacho, una sala con otra camilla y un aparato de rayos, instrumental diverso y paños verdes. Después en la mesa, lee una placa en la que pone: Doctora África del Olmo.

—¿Te llamas África? —pregunta él en un impulso.

—Sí, ¿por? —ella se gira y sonrío ante la repentina curiosidad del médico.

Javier, que no sabe muy bien por qué ha preguntado una estupidez semejante, responde con otra estupidez:

—Nada, porque estás en albornoz...

Ella parece darse cuenta de pronto. Se mira y emite un pequeño grito que al médico le parece de lo más gracioso.

—Espera, ahora vengo.

Le deja al cachorro en sus brazos y sube corriendo a su casa. A los dos minutos baja vestida con su pijama de veterinaria, dispuesta a examinar a

fondo al cachorro.

Lo sitúa en la camilla metálica y le da una galletita de perros.

—¡Bien! Muy buen perro... Eres muy bueno —le dice ella mientras le acaricia el lomo con suavidad.

—¿Por qué le dices eso? Si no ha hecho nada...

—¿Tú crees? Míralo, está sentadito y quieto... Yo creo que eso hay que reforzarlo, ¿no?

—Bueno, tú eres la que entiende —responde Javier con suficiencia.

África resopla, un poco cansada de ese tono. Coge una jeringa y la llena con una ampolla de sedante. Con mucho mimo, se la inyecta al cachorro en el culote, que no tarda en quedarse completamente frito. Lo inspecciona con cuidado de nuevo, bien la fractura es cerrada y no hay herida contaminada.

—¿Le has dormido?

—Claro, para hacerle la placa.

—Ah.

Lo deposita en la camilla de su salita de rayos, coloca la patita en la posición correcta para visualizar bien los huesos, conecta la máquina y sale del cuarto. Cierra las puertas y pulsa el botón. Ya está.

Se dirige hacia el ordenador y abre el programa de rayos.

—Oh, vaya... —susurra ella.

—¿Está roto? —pregunta Javier preocupado.

—Ven, mira —responde África.

Los dos observan como la parte distal del fémur del animal está partida, justo en la epífisis.

—¿Le vas a poner una férula? —pregunta él.

—No, necesita fijación —responde ella, resuelta.

—¿Le vas a operar? ¿Ahora?

—No, yo no tengo equipo quirúrgico. Le tendríamos que llevar a una clínica más grande, con urgencias de veinticuatro horas.

—¿Y dónde hay una de esas en medio de la montaña? —pregunta Javier impaciente.

—En la ciudad hay una. Yo trabajé allí al principio. Tengo un buen amigo...

Voy a llamarle.

África se levanta y coge el móvil. Marca un número y sale del despacho para hablar por teléfono en la sala de espera. Mientras, Javier se acerca al cachorro y lo acaricia con suavidad. Lo cierto es que es precioso. ¿Pero cómo iba a quedárselo? Él trabaja casi todo el día y además, los cachorros tienen fama de roer los muebles y la casa que en la que vive es de alquiler... Y es más que probable que a su casero no le guste la idea de meter un perro en ella.

—Ya está. Te esperan para dentro de un par de horas —dice África contenta.

—¿Hoy? —pregunta Javier incrédulo.

—Sí, claro. No vas a tenerle con la pata rota tres días... ¿No crees?

—No puedo quedarme con él. Eso sí que no. Además, no tengo coche, ¿cómo voy a recorrer cincuenta kilómetros a estas horas en mitad de la montaña? ¡Con un perro! Ningún taxista me dejará subirme a su taxi con un perro.

África sonríe para sus adentros.

—¿Cómo le vas a llamar? —ironiza África mientras sube las escaleras de vuelta a su casa.

—¿Dónde vas? —pregunta Javier con nerviosismo—. ¿Cómo que cómo le voy a llamar? ¿Estás loca? No sé nada de perros, nunca jamás he tenido mascota. Y ni mucho menos me voy a ir ahora a un veterinario de urgencias... ¡Mañana trabajo!

—Voy cambiarme de ropa y tú deberías hacer lo mismo —grita desde el piso superior.

Javier se mira y recuerda que está en pijama. Su ropa debe de haberse secado ya, o eso espera. África no tarda en bajar de nuevo, vestida con un vaquero clarito y un jersey blanco de cuello alto ajustado. También se ha calzado unas alegres botas de agua fucsias.

En la mano lleva la ropa del médico, que ya está seca.

—África... No puedo quedarme con él. Lo digo en serio.

Javier posa sus ojos azules en la veterinaria, quien arruga el entrecejo con tristeza.

Sin embargo, ella sabe lo que tiene que decir, sabe qué botón apretar.

Es mejor redimirse en vida, ¿no? Eso le dijo en el puente para que no saltara.

—Ahora eres la única familia de esta pobre criatura. Míralo... Está sólo y te necesita. Tú puedes darle un hogar y hacerle feliz. ¿Cómo le vas a llamar?

El médico, que tiene la sensación de que África ha pulsado alguna recóndita tecla dentro de su alma, mira al cachorro con nuevos ojos y lo acaricia. Podría intentarlo. Crear felicidad, ¿no?

—Y yo podría llevarte en mi coche, si quieres. En una hora estaremos allí y son las nueve de la noche, no es tan tarde...

—Está bien. Voy a cambiarme... Pero no te prometo que lo vaya a adoptar... De momento sólo le arreglaremos esa pata —responde él con dignidad.

Quince minutos después, África se encuentra al volante de su todoterreno y el médico en el asiento del copiloto con Bistec en brazos.

—¿Bistec?

—Sí, al menos de momento —responde el médico.

—Está bien, pero que sepas que yo soy vegetariana.

—Eso explica muchas cosas —comenta él.

—Cállate —gruñe ella.

—Las damas primero —contesta Javier.

—Mírale, qué caballeroso parece ahora.

El médico de Villafranca sonríe para sus adentros. En el fondo, es divertido.

Capítulo 10

—Estás muy callado —dice África mientras toma una curva detrás de otra. Las curvas de la carretera que sale de Villafranca son poco aptas para vertiginosos y mareadizos.

—Estoy bien —responde el médico con seriedad.

—¿Y el perrito?

—Bien —dice él con poco entusiasmo.

Después de la siguiente curva, que África toma como si estuviese corriendo el Dakar africano, el doctor del Pozo contiene un suspiro.

—Joder, no vayas tan rápido, que este coche no tiene estabilidad —casi suplica él.

Ella ríe.

—¿Pero qué dices? Si voy a cuarenta.

—Mira, podría vomitar en cualquier momento, ¿era eso lo que querías oír?

África entonces levanta el pie del acelerador.

—Podrías haberme avisado antes, no quiero ni imaginarme cómo puede quedar la tapicería del coche...

—Tu humanidad me conmueve.

—Por algo soy veterinaria. El médico eres tú —responde ella con cierto sarcasmo.

Por fin llegan a una carretera secundaria mejor trazada, más rectilínea y con iluminación. Javier empieza a respirar con más fluidez y se siente agradecido de seguir vivo y con el estómago dentro de su cuerpo.

—¿De dónde eres? —pregunta África, tratando de romper el silencio incómodo que reina entre ambos desde el comentario del vómito.

Javier, que sin darse cuenta, lleva unos minutos acariciando las orejas del cachorrito que va dormido en su regazo, casi se sobresalta al oír la voz

femenina.

—De Madrid —responde él con un deje de sequedad en la voz.

—Oh, Madrid. ¿Estudiaste en la Complutense?

—No, en Alcalá.

—Mira, como mi hermano pequeño.

De nuevo, se extinguen las luces de la carretera y África aminora la velocidad. Lo cierto es que hay carreteras secundarias que están muy dejadas de la mano de Dios y que de noche, son algo peligrosas.

—¿También estudió medicina? —pregunta Javier, siguiendo la conversación.

—Sí. Mi padre está encantado con él —comenta ella con cierta amargura.

Javier deja de mirar al perrito y observa a la chica que conduce. Sólo puede ver una parte de su rostro, la que le muestra la escasa iluminación que se desprende de los paneles de velocidad y revoluciones. Está seria y se ha callado, por lo que el médico decide cambiar de tema.

—¿Cuántos perros dices que tienes?

A África se le escapa una sonrisa. No hay nada como pensar en sus amigos peludos de cuatro patas. Ellos consiguen que se olvide de todos sus males.

—Cuatro.

—¿Y cómo se llaman? —pregunta Javier, quien no ha pasado por alto el cambio de humor.

—Boomer es el huscky. Luego están Sol y Luna, son dos perritas de agua españolas y por último Rey, es un cruce, y es precioso.

—¿Y no querrías tener uno más? —pregunta él.

—No, ese cachorrito es tuyo. Le has rescatado, eres su gran amor ahora mismo —dice ella casi riéndose—. Además en un par de meses tendré otro cachorro... La perra de mi amiga Sara ha tenido una camada y prometí quedarme con uno.

—Oye, esto... África, verás. Yo no sé nada de perros. No tengo ni idea. Nunca he tenido uno. No sé qué comen, cómo se les enseña a no hacer pis y caca en casa. Tampoco sé cómo adiestrarlo... No sé ni dónde comprar una correa.

—Bueno, yo soy veterinaria, puedo ayudarte con todas esas cosas.

—Trabajo ocho horas al día, no puedo estar con él todo el tiempo.

—Él no necesita que estés a su lado las veinticuatro horas. Mientras tú trabajas, él duerme... Aunque ahora de cachorro, igual es un poco más trasto y rompe algo... Pero es lo normal, luego se les pasa.

—¿A qué te refieres con lo normal?

África se encoge de hombros.

—Pues, no sé. Lo normal. Como roer unas zapatillas o hacerse pis debajo de la mesa... Son como niños pequeños, luego aprenden y se convierten en señoritos.

—¿Señoritos?

—¡Mira! Las luces. Qué bonita la ciudad desde aquí.

Vuelve a haber iluminación en la carretera. Ya hay más tráfico y se puede ver una bonita panorámica de los edificios desde ese lado de la montaña. Tardan diez minutos en llegar y aparcar frente a la clínica veterinaria de 24h.

—¡África! ¡Ven aquí, preciosa! —exclama un hombre de unos treinta años que lleva puesto un pijama blanco lleno de dibujos de perritos.

—¡Hola, Rafa! Qué bien te veo. ¡Estás increíble!

La veterinaria se echa en brazos de ese hombre y ambos se funden en un cariñoso y cálido abrazo mientras Javier del Pozo contempla la escena con impaciencia y cierta frustración. Obviamente, África no iba a saludarlo así cuando se lo ha encontrado empapado en la puerta de su casa. Ni son amigos, ni se conocen y además, habían discutido esa misma mañana.

—Bueno, ¿qué me traes? —pregunta el tal Rafa.

La veterinaria le dedica una preciosa sonrisa al médico, a quien se le sube el estómago a la garganta sin saber muy bien por qué.

—Te presento a Javi, es un buen amigo mío. Ha salido a correr hoy y se ha encontrado a esta adorable criatura en mitad de la montaña. Solito y temblando.

¿Buen amigo? Javi levanta una ceja. Sí, súper bueno. Su confidente de toda la vida, vaya.

—A ver, déjame que lo vea. Está un poquito aletargado.

—Ya, le he puesto un sedante hace un rato para hacerle una placa. Te la he traído en un pendrive para que la veas.

—Estupendo —sonríe el tal Rafa sin mirar si quiera al doctor del Pozo—. Acompañadme.

El veterinario guía a la pareja a través de un largo pasillo hasta llegar a unas escaleras, por las que desciende. Una vez abajo, abre la puerta de una de las consultas.

—Pasad. Deja al perro sobre la camilla —le dice a Javier con indiferencia.

Rafa enciende el ordenador e introduce el pendrive en el puerto USB. Veinte segundos después, él y África analizan juntos la radiografía del cachorro.

—Sí, lo mejor va a ser intervernir. Programaré la intervención para mañana por la tarde. Y dentro de tres o cuatro días lo podréis recoger. O, ¿vais a llevarlo a una protectora? Imagino que te lo quedarás tú Afri... Con lo que eres.

—Pues... En realidad no sé qué voy a hacer... Quizá Javi...

África mira de reojo al médico, pero al ver que éste no se pronuncia (ya que no se está enterando de la conversación porque el tal Rafael habla para el maldito cuello de su camisa),

—Bueno, puedo buscar alguna familia que quiera adoptarlo... —dice Rafa un poco más alto—. O quizá me lo quede yo, sólo tengo una perrita y no le vendría mal la compañía...

Entonces, el doctor del Pozo, movido por un instinto que ni él comprende; quizá por conseguir la atención de África o quizá por evitar que el perro que él ha rescatado acabe en manos de otro, da un paso hacia delante:

—¿De qué hablas? ¡Pero si es mi perro! —exclama Javier con seguridad.

Rafa de pronto parece darse cuenta de la presencia del médico y lo mira sobresaltado.

—Vale, vale... Campeón, no te ofusques tanto.

África empieza a reírse ante semejante escena.

—¿No decías que tú no sabías nada de perros, doctor del Pozo?

Javier frunce el ceño y dice en tono suficiente:

—Aprenderé.

—Bueno, pues le diré a la auxiliar que se lo lleve a ingresar —dice Rafa.

El veterinario se levanta y de pronto le da un fuerte abrazo a África. Ella lo recibe, sorprendida, pero no lo rechaza.

—Te dejas ver poco por aquí —susurra Rafa en su oído, gesto que no le pasa desapercibido al médico—. Deberías venir a verme más. ¿Qué fue de esas copas que nos tomábamos en la universidad?

Se separan y ella sonríe.

—Estoy muy ocupada últimamente —dice ella.

Y es cierto: si no es una vaca pariendo, es un toro con una cornada o un gato con diarrea o un perro intoxicado... O su madre llamando por teléfono para ir a bodas de tías jubiladas o pacientes de un médico borde que huyen del centro de salud... En fin, la vida cotidiana.

—Mira, creo que esto es una gran oportunidad para invitarte a cenar mañana por la noche. ¿Quieres? Así nos pondremos al día.

África mantiene su sonrisa pero guarda silencio durante unos segundos. Está buscando una excusa, de eso está seguro Javier.

—Está bien. Mañana, ¿en la sidrería de Arturo? Me encanta ese sitio.

Pues no, no era una excusa. El médico se atraganta y empieza a toser.

—Eso que huelo son ganas de pulpo a la gallega, ¿eh? —continúa Rafa, el veterinario de los huevos.

—Totalmente —dice ella sonriendo.

Javier se exaspera, pone los ojos en blanco y mira al pobre cachorro, que dormita apaciblemente en la camilla metálica. Ojalá alguien le pusiera un sedante de caballo a él también para no tener que ejercer la función de sujetavelas.

—Bueno, yo mañana trabajo y es tarde, África. Nos tenemos que ir —dice él de muy mal humor.

Rafa, cuyo rostro hasta el momento había mostrado una expresión de amabilidad y simpatía, ahora parece una acelga avinagrada que ha sido rociada con pis de camello.

—Eh, relájate, macho. ¿Este tío es tu amigo? Joder, Afri...

La veterinaria se ríe.

—Sí, en el fondo es buena gente. Pero tiene razón, mañana trabaja y ahora tenemos que volver a Villafranca, ya sabes que es más de una hora de coche.

La expresión de Rafa se vuelve a relajar y entonces le da un beso en la mejilla a África. Después se acerca a Javier y le estrecha la mano con fuerza.

—Y tú relájate tío, o te va a dar algo —dice el veterinario guiñándole un ojo.

—Sí, ya me relajo. Estoy muy relajado, de hecho.

Se miran fijamente con desconfianza. Javier piensa que Rafa es un baboso que va detrás de África, que, claramente, ha accedido a cenar con él por pena.

Rafa, por otro lado, piensa que Javier, para ser solo un amigo de África, se toma demasiadas confianzas con ella.

Casi se gruñen como dos pitbulls machos sin castrar. Entonces África carraspea y se corta la conversación mental de ambos.

—Despídete de Bistec, nos vamos ya —le dice ella al doctor del Pozo mientras acaricia al cachorro—. Adiós pequeñín, sé bueno.

Javier, que no pierde de vista al tal Rafael, se acerca a Bistec y le acaricia una de las orejitas con suavidad. El animal sigue somnoliento y le dirige una mirada de cansancio a su nuevo dueño.

—Recuerda que hay que ponerle el chip y empezar con las vacunas. También hay que desparasitarlo —le dice África al veterinario.

Él sonríe.

—Puedes estar tranquila, me encargaré de todo. ¿Mañana a las nueve en la sidrería?

—Está bien —responde ella sonriente.

Entonces África sale de la consulta y Javier la sigue.

Ya en el coche, el médico resopla con fastidio.

—Si no os hubiérais puesto a tontear, habríamos tardado la mitad. Mira qué hora es... Yo mañana madrugo, ¿sabes?

A África se le escapa, sin querer, una risotada.

—Pero no entiendo de qué te quejas, ¿no se supone que hemos venido a que atiendan bien a tu perro?

—Bueno, es mi perro ahora. Antes, no.

África sigue riéndose mientras arranca el motor. De pronto se queda seria y pensativa. Entonces pregunta:

—Es verdad, ¿a qué ha venido ese cambio de opinión tan repentino? Pensaba que no querías adoptar al pobre Bistec.

—No sé ni por qué se me ha ocurrido ese nombre... —reflexiona el médico en voz alta.

—¿Por qué va a ser tu mejor amigo? —pregunta ella con una gran sonrisa.

Javier guarda silencio. La verdad, es que no sabe qué responder. Sólo que cuando el tal Rafa de las narices ha dicho que iba a adoptar al cachorro, no le ha gustado nada la idea. Y antes que eso... Pues prefería quedarse con él.

—Porque necesito compañía. Un perro... Me vendrá bien —miente él.

Miente, pero como un auténtico bellaco. Lo último que le apetece a Javier ahora mismo es la compañía de nadie. Y mucho menos, si a esa compañía hay que enseñarla a hacer pis y caca en la calle y a no morder los muebles.

—¿Te sientes sólo? —pregunta entonces África.

Javier pega un brinco en el asiento.

—¿Yo? ¿Qué tontería es esa?

—Como dices que necesitas compañía...

—Bueno, es una forma de hablar, tampoco lo saques de contexto... —se defiende él.

—Ah, vale —responde África.

—¿Vale? ¿O sea, que no me crees?

Ella entrecierra los ojos. Ahora mismo van por un tramo de oscuridad completa, lleno de curvas y fatal señalizado. Por un momento, la veterinaria se arrepiente de haber cogido el coche tan tarde. Lo cierto es que no suele recorrer esa carretera muy a menudo y hay que tomar un par de salidas que no recuerda bien. Y, aunque con la luz del día, se apaña más o menos para orientarse, ahora le resulta completamente imposible.

—Creo que me he perdido —dice ella de pronto.

Javier la mira, preocupado.

—¿Estás segura? Pero si llevas viviendo aquí... ¿Cuánto?

Entonces, Javier se percata de que no sabe nada de ella.

—Desde que mi abuelo murió... Hace un par de años. Y no suelo venir

mucho por aquí cuando es de noche. Lo siento, ¿vale?

—Eh, tranquila, no te estoy echando la culpa —responde él.

—Ya, bueno. Voy a sacar el móvil, a ver si Google Maps nos saca de dudas.

África frena y deja el coche a un ladito de la carretera, sobre una pequeña explanada de maleza que crece junto al asfalto.

Se inclina sobre el lateral de la puerta del conductor y coge su smartphone.

—Oh, no —dice ella.

—¿Qué? —pregunta Javi con ansiedad.

—Olvidé ponerlo a cargar esta mañana...

—¿Sin batería? Espera voy a sacar el mío.

África, mientras tanto, busca un adaptador que compró el otro día para cargar el teléfono en el mechero del coche pero...

Está encima de la mesa, en su casa. En el salón. Aún envuelto.

Qué desastre.

—Mierda. No me he traído el móvil. Debí de dejarlo en casa antes de salir a correr —dice el médico—. Vaya dos estamos hechos.

África suspira.

—Bueno, todos los caminos llevan a Roma, ¿no? Aunque hagamos más kilómetros, acabaremos por llegar —dice ella.

Gira la llave y el motor chirría como si fuese a arrancar.

Pero no lo hace.

Prueba a girar la llave otra vez. El mismo sonido. Como si una hiena se estuviese riendo de ellos desde debajo del capó.

—No —dicen los dos a la vez.

—Venga, pequeño —dice África mientras intenta arrancar de nuevo.

Pero nada.

—No va a arrancar, ¿verdad? —pregunta Javi con resignación—. ¿Qué hacemos? ¿Vamos a pie?

África le da un golpe al volante, cabreada.

—Ya es la segunda vez que me lo hace este mes... Voy a tener que comprarme otro.

—Yo creo que eso ahora es lo de menos...

—¿Lo de menos?! ¿Crees que quiero pasar toda la noche aquí metida contigo?

Javier tuerce el gesto.

—¿Conmigo? ¿Y qué tengo yo de malo? ¿Crees que a mí me apetece llegar tarde mañana a la consulta y que haya cien personas en la sala de espera con ganas de quemarme vivo?

—Dudo que vaya tanta gente a verte. Eres un borde insensible que trata a la gente a patadas —suelta África, que se ha dejado llevar por un brote de ira momentáneo.

—Te sorprendería ver cuánta gente está deseando que la trate a patadas.

—¿Sabes? Si trataras mejor a la gente a lo mejor no tendrías ganas de suicidarte.

Entonces se hace el silencio.

—Tienes razón, no tienes por qué aguantarme toda la noche si no quieres — responde él con indiferencia.

El médico abre la puerta y se baja del coche. Echa a andar a ciegas, en la oscuridad. Sin saber hacia donde se dirige exactamente. Pero eso da igual. Sólo quiere alejarse.

Capítulo 11

Por suerte, la veterinaria llevaba una linternita en la guantera.

—¡Javier! ¡Eh! ¡Espera! —grita África con el poco aliento que le queda.

Ha seguido corriendo la dirección que ha tomado el médico, con la intención de encontrarlo, pedirle perdón, y convenirlo de que vuelva al coche.

Estar a oscuras, en mitad de un bosque, en una montaña, no es buena idea. Ella sabe que hay jabalíes, lobos y algún que otro oso pardo (que ahora al parecer están repoblando la zona).

Le está apuntando directamente con la linterna.

—Déjame, ¿qué es lo que quieres? Sólo fui a tu casa para que ayudaras a ese pobre animal. No quiero saber nada más de ti. Vete al coche —dice él muy serio.

—No es seguro que estemos aquí a estas horas. Hay lobos por aquí, ¿sabes? Tienes que volver conmigo —intenta convencerlo África—. Lo siento, ¿vale? Estaba enfadada. A veces es muy difícil tratar contigo.

—¿Conmigo? ¿Y tú qué? Metiste al caballo en mi consulta. Eso no lo hace la gente que está bien de la cabeza —responde él en tono hiriente.

—¿Ves? Eres incapaz de comportarte de una manera razonable.

—¿Razonable? Oye que impidieras que me tirase del puente una vez no te da derecho a regañarme como si fuera un niño pequeño. No sabes nada de mí. ¡Nada! —grita él preso de la ira.

De pronto un silencio que lo llena todo inunda el bosque, mientras los ecos de la voz masculina se van fundiendo con la oscuridad.

África da un paso atrás.

—Está bien —susurra ella.

La veterinaria se da media vuelta y comienza a caminar de regreso hacia el coche.

Javier respira profundamente, tratando de calmarse. ¿Cómo se va a calmar? Claramente, su vida es una mierda. Una mierda enorme.

No habla con sus padres desde... ¿Novia? Nunca ha estado enamorado. La verdad es que las mujeres fueron su pasatiempo preferido hasta... Pero no, nunca quiso a ninguna de verdad. Tal vez es que era demasiado egocéntrico como para ser capaz de amar.

Una persona demasiado egoísta es incapaz de sentir amor. Y si siente cualquier otra cosa que se le parezca, será eso: una emoción placentera y engañosa que no es amor.

—Odio mi trabajo. Odio a mis amigos. Mis padres me odian. Mi hermano no puede odiarme porque ya no está... ¿Por qué no me tiré de aquel puente? Ah, sí... Por esa loca que no tiene ni idea y le encanta meterse donde no le llaman —dice él.

Mira a su alrededor, no vaya a ser que haya alguien que le haya escuchado además de los árboles, que gracias a Dios, no van a responder. Después dirige su mirada al cielo. Sólo puede ver un pedacito que escapa a las ramas de los árboles. Pero lo poco que vislumbra, está repleto de estrellas. Y es que, la contaminación lumínica que hay en Madrid le impedía ser testigo de semejante maravilla.

Por un instante, se olvida de todo el contenido gris de sus pensamientos y disfruta de lo que la naturaleza le ofrece. Javier juraría que no ha visto tantos puntitos luminosos juntos en su vida. De pronto, piensa que tal vez sería buena idea comprar ese telescopio que lleva meses esperando en su carrito de Amazon. Podría utilizarlo allí, en Villafranca. Hay un velux en el baño por el que podría mirar las estrellas con él.

De pronto una ráfaga de viento golpea las ramas de los árboles, haciéndolos rugir. El médico está tiritando. Ha debido de bajar la temperatura bastante. Entonces escucha algo que no tiene nada que ver con los árboles. Es un eco... De un grito.

—África —dice asustado.

De nuevo escucha otro grito. Y otro más. Javier corre en esa dirección todo lo rápido que puede, evitando tropezar en la oscuridad.

Al torcer por un recodo de la carretera, ve la luz de una linterna que está tirada sobre el asfalto.

—¡África! ¿Dónde estás?

—¡Javi! —grita ella desde unos metros más hacia delante.

Él coge la linterna del suelo y sigue la voz de la veterinaria. La encuentra apoyada sobre la carrocería del todoterreno, está temblando.

—Javi... Calla... Nos está mirando... Me ha mordido... —susurra ella.

Él dirige la luz hacia donde señala África y entonces ve un increíble lobo que debe de pesar unos cuarenta kilos, como poco. Sus ojos rasgados están clavados en las dos personas que tiene delante y gruñe.

—¿Y ahora qué se supone que hay que hacer? Tú eres la que entiende de animales, joder —dice el médico, nervioso.

—He intentado asustarlo, le he gritado y le he lanzado la linterna cuando ha ido a morderme, pero debe ser que mi voz no le asusta lo suficiente.

—¿Tengo que gritarle como te he gritado antes a ti? —pregunta el doctor del Pozo.

—Sí, y si lo hacemos los dos mejor. Agita la linterna y grita —susurra África—. A la de tres... ¡Tres!

Entonces los dos comienzan a gritar como si estuvieran discutiendo, mostrando agresividad hacia el lobo. El animal al principio se resiste, pero después sale huyendo con el rabo entre las piernas.

—Abre el coche África, date prisa.

Ella pulsa el mando a distancia. Las luces del coche parpadean y se oye el chasquito de apertura.

Al momento Javier abre la puerta de los asientos de atrás y ambos entran al interior del vehículo. Cierran y respiran aliviados.

—Tú eras médico, ¿verdad? —pregunta África.

—Mmm, creo que sí —responde Javier con una media sonrisa.

—Me gustaría que le echaras un vistazo a esta herida —responde la veterinaria—. Enciende la linterna otra vez.

Javier ilumina el antebrazo de la veterinaria y lo examina con cuidado.

—Te ha clavado bien los colmillos... ¿Te duele?

—Bastante... Por suerte, cuando le he dado con la linterna, se ha asustado y

me ha soltado.

—Habría que darte un par de puntos y ponerte un antibiótico —dice él—. Pero tendrá que esperar a mañana por la mañana, me temo.

—Ya... Me duele.

—¿Tienes una botella de agua o algo con lo que limpiar la herida?

África recuerda que el otro día metió una botella de agua en el coche con la intención de rellenar el cacharro del limpiaparabrisas (cosa que al final no hizo), así que es probable que la botella continúe dentro del maletero.

—Creo que sí, atrás.

Como es un todoterreno, Javier se las apaña para desenganchar la rejilla que separa la zona del maletero de los asientos traseros y saltar al maletero.

Ve una manta y la coge, con la idea de que ambos necesitarán abrigarse hasta que salga el sol. Hace un barrido con la linterna hasta dar con una botella de medio litro llena de agua.

—Bueno, esto servirá.

Se las apaña para volver a los asientos traseros, trepando por la tapicería.

—Ten cuidado, vas a rayar el cuero —le regaña África.

—¿Todavía estás de humor para seguir siendo tan mandona? —pregunta él con fastidio—. Trae ese brazo.

Lo único que les ilumina es la escasa luz de la linterna, que Javier ha enganchado en un reposa cabezas para que ilumine homogéneamente el pequeño habitáculo.

—Vas a mojar las alfombrillas —dice África.

—Ya se secarán —responde él—. ¿O quieres salir fuera con nuestro amigo peludo?

Ella pone los ojos en blanco.

—Vale. Tú ganas.

—Oye, es tu brazo. Si quieres no hacemos nada.

—¡Eres un coñazo de tío! Joder, esto duele —dice de pronto cuando Javier echa el chorro de agua sobre la herida sin avisar.

—Ya está. Aunque me temo que mañana vas a ser la primera privilegiada del día en entrar a mi consulta.

—Qué ilusión —murmura ella.

—África, mírame —dice él muy serio.

A la veterinaria le da un vuelco el corazón al tener tan cerca esos ojos azules. O más que cerca, que la están mirando así.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Tengo mala cara? —pregunta ella exaltada.

—No. Tienes una cara preciosa, pero necesito que, al menos, durante unas horas, tengamos una tregua. ¿Vale? Ninguno de los dos va a ser desagradable y capullo hasta mañana, ¿te parece bien? Porque si no, este coche va a convertirse en el escenario de un crimen. Y no quiero imaginarme qué dirán las viejas del pueblo si se enteran de que la veterinaria me ha asesinado en un arranque de ira.

Javier sonríe por primera vez desde que África lo conoce. Entonces ella nota sus latidos en las carótidas y el estómago a la altura del esternón.

—Vale —responde—. Prometo que no seré una capulla hasta mañana. Pero sólo hasta mañana, ¿de acuerdo? —dice África, reponiéndose momentáneamente de la impresión que le ha causado el médico al sonreír.

Tiene una dentadura perfecta, por cierto. Basta, África... Se dice a sí misma.

—De acuerdo —dice él—. Y ahora ven aquí, vamos a taparnos con esa manta o nos congelaremos.

África mira la manta y se da cuenta de que para que los dos quepan bajo ella, van a tener que apretujarse mucho.

—No, tápate tú. Yo no tengo frío.

Entonces Javier se ríe.

—Hace cinco grados ahí fuera y aquí dentro, como mucho diez. Llevas una chaqueta de punto y debajo una camiseta de tirantes. Y no has parado de tiritar desde que has subido al coche.

—Bueno, podemos poner la calefacción.

—Te recuerdo que el coche no arranca.

—Mierda, es verdad —dice ella, cada vez más nerviosa.

—Oye, no muerdo. Y no nos queda otra.

África suspira y al final accede. Agarra la manta y la despliega. Después se arrima al médico y se recuesta sobre el costado izquierdo de éste. Nota que

los músculos de ese hombre están bastante definidos y procura, por su bien, no pensar en ello.

—Estás helada —comenta él, con aparente tranquilidad.

Pero Javier del Pozo también ha notado las curvas femeninas sobre él y ha tenido que hacer un verdadero ejercicio de represión. Claro, es una mujer. Es guapa, aunque insoportable. Pero no deja de ser una mujer guapa. Respira hondo y África nota el pecho del médico subir y bajar con una amplitud mayor de la normal.

—¿Estás bien? —pregunta ella.

—Sólo tengo sueño —miente él.

—Ah, vale —dice África.

—Oye, ¿de qué conoces a Rafa?

—Salí con él un par de meses... En primero de carrera...

—¿Y qué pasó?

—Que no me gustaba lo suficiente y le propuse que fuéramos sólo amigos —responde ella, recordando aquello que pasó hace tantos años.

—Pues él no quiere ser sólo tu amigo.

África se acurruca un poco bajo la axila del médico y descubre que está muy agusto ahí abajo. Eso sí, no va a responder a más preguntas.

—Buenas noches, Javi —dice, sin querer, el nombre de él y éste nota un escalofrío que recorre su espina dorsal.

—Buenas noches.

Capítulo 12

El cielo comienza a clarear alrededor de las siete de la mañana. El azul pasa de ser oscuro para transformarse en un color pastel pálido que anuncia los primeros rayos de sol. A esa hora hace mucho frío en las montañas del Norte de España. Por eso África está tiritando en sueños y se abraza con más fuerza al médico, quien también está, aparentemente, dormido. Sin querer, o queriendo pero en un estado de duerme-vela semiinconsciente, Javier enreda sus dedos en los rizos negros de África. Están suaves, y huelen a champú. Sonríe en sueños.

Al no haber un despertador que les alerte de que los minutos van pasando, transcurren al menos un par de horas más bajo esa manta. La veterinaria tiene la cabeza apoyada en el regazo del médico y éste ha dejado una mano sobre el vientre de ella y la otra enredada en su cabello.

Y qué a gusto están.

Ninguno se da cuenta de que ya son las diez. Y ninguno se da cuenta de que hay alguien aporreando la ventanilla del coche.

—¡Eh! ¿Estáis bien?

—Déjame Charo, que voy a intentar abrir. Tengo una horquilla...

—Qué dices Agustina, loca. Si están dormidos. Vamos a seguir, a ver si se despiertan.

Entonces llega Pepe y le arrea un bastonazo al techo del todoterreno.

—¡Buenos días, dormilones!

Los dos pegan un brinco y se miran asustados. Por un momento, África se da cuenta de lo cariñosa que estaba abrazando la cintura musculosa del doctor del Pozo y él tarda unos cuantos segundos en desenredarse de los rizos oscuros de ella. Sin embargo, deciden no hablar del tema. Por decidir, deciden incluso no mirarse a la cara en al menos un par de horas (o años).

—Mierda, mierda, mierda... —dice ella susurrando—. Vamos a salir publicados en la gaceta de Villafranca...

Le falta poco para llorar. Como su madre se entere de que la han encontrado durmiendo encima del médico dentro del coche... Uf, va a parecer que tiene diecisiete años.

—¿El pueblo tiene periódico propio? —pregunta Javier espantado.

—Sí y se llama Agustina News, joder. Es esa señora que tiene los morros pegados al cristal. Mañana todo el mundo sabrá que el médico y la veterinaria se han liado.

—¡No nos hemos liado!

—¡Pues claro que no, idiota! ¿Pero cómo explicas esto?

El médico mira a su alrededor y dice en voz alta:

—¿Se ha roto el coche?

África suelta una carcajada.

—Ya. Pues hala, ve tú a explicárselo.

Javier le hace un gesto a la señora para que se despegue de la ventanilla y respira hondo.

—Esa mujer me suena.

—Sí, es esa pobre mujer a la que llamaste foca obesa por tener incontinencia.

Javier se queda serio de pronto.

—Mierda —dice él.

África se desliza hacia los asientos de delante.

—¿Qué vas a hacer?

—Intentar que el coche arranque.

—Anoche no arrancaba, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

—Porque no quiero ir al pueblo escoltada por todo el equipo de Sálvame Deluxe. ¿Tú qué crees?

Entonces, la veterinaria gira la llave y el todoterreno se pone, milagrosamente, en marcha.

—Ahora ya si que no vamos a poder decir que se ha roto el coche, ¿sabes?
—dice Javier, mientras se desliza también a los asientos de delante, ante las curiosas, impactadas y penetrantes miradas de los vecinos de Villafranca.

—Hay que salir de aquí, como sea. Luego les pones a todos hasta arriba de

diazepam y problema solucionado —dice ella.

Pero no les da tiempo a reírse de la broma. Un minuto después aparece el pueblo ante sus mismísimas narices.

—Estábamos aquí, si no hubiese parado el coche... —susurra ella pasmada.

—Podríamos haber llegado andando en apenas diez minutos... —responde el médico.

—Eso explica por qué Pepe nos estaba atizando con el bastón el techo...

—¿Por qué? —pregunta Javier.

—Porque han salido a dar su paseo mañanero. Son las diez.

El médico se lleva las manos a la cabeza.

—¿Las diez? ¡La consulta empezaba hace dos horas!

—Tranquilo, no te quejes tanto. La gente estará pensando que la maldición de Villafranca te ha afectado antes de lo normal...

De pronto África pisa el freno y deja el todoterreno en punto muerto.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunta Javier de mal humor—. ¿Tengo que conducir yo?

África hace un gesto de dolor y se mira el antebrazo. Sangra un poco y la herida se ha puesto algo fea. No sabe cómo es posible que no se haya fijado antes.

Quizá la adrenalina que le ha subido al ver a Agustina, Charo y Pepe, ha impedido que le prestase atención a la mordedura nada más despertarse.

Javier observa la lesión de la veterinaria y frunce el ceño.

—Sí, voy a conducir yo. Vamos primero al centro de salud y arreglamos ese brazo —afirma resuelto.

—Vale —responde África en voz bajita.

Javier piensa que le debe de doler mucho esa herida para que ella haya apartado de pronto el carácter explosivo al que lo tiene acostumbrado.

—¡Llevo aquí dos horas! ¿Se puede saber qué ha ocurrido?

—¡Yo también llevo dos horas esperando!

—¡Esto es una vergüenza! ¡Para esta sanidad pagamos impuestos todos los

españoles! ¡Repito: vergüenza!

Así está la sala de espera cuando el médico entra en el centro de salud intentando (sin éxito) pasar inadvertido. África le sigue.

—¿No va a atendernos doctor? Hemos llegado antes que ella —dice Paquita—. Lo siento África, hija, pero esto va por turnos, como en la carnicería.

Y el centro de salud, va a parecer una carnicería dentro de poco si no se explican rápido y bien.

África quiere sonreír pero en su lugar le enseña el brazo a doña Paquita, quien expresa una mueca de dolor y asco al mismo tiempo.

—Me ha mordido un lobo, si no les importa, el doctor sólo tardará unos minutos en solucionarlo —dice ella con la mejor sonrisa que puede.

De pronto, los habitantes enfermos (o frequentadores asiduos del centro de salud) sueltan una exclamación de sorpresa y los reproches se desvanecen, dando lugar a buenos deseos de recuperación y a un nuevo cotilleo de esos que alimentan a los pueblos pequeños durante décadas.

Quizá dentro de unos años, alguien en Villafranca le contará a sus nietos con todo lujo de detalles que la veterinaria del pueblo fue atacada por un lobo y que el médico fue a rescatarla y la trajo en brazos, subida en un caballo mientras él hacía el pino al mismo tiempo. Es lo que tienen las leyendas, todo se exagera.

África, sin dar muchas más explicaciones, pasa a la consulta. Cierra la puerta. Lo primero que hace Javier es avisar al enfermero y pedirle ampollas de anestésico local, una jeringa, suero fisiológico en grandes cantidades y clorhexidina. Después se lava las manos exhaustivamente ante la atenta mirada de África, que está, misteriosamente, disfrutando de ver al doctor del Pozo tan concentrado con el jabón de manos.

Ella sonríe al ver el semblante de concentración del médico. Está serio y las cejas se fruncen levemente. Se ha subido las mangas por encima de los codos y frota sus antebrazos con antiséptico. Después se seca con papel esterilizado y se pone unos guantes (también estériles). El sol se cuele por la ventanuca que está justo encima de la pila, atraviesa la rendija de la persiana e impacta en los ojos claros de Javier.

—Siéntate en la camilla —ordena él.

África se levanta de la silla y camina unos pasos hasta una camilla cubierta por una sábana de papel. Se sube con la ayuda de un escalón.

—Extiende ese brazo.

La veterinaria pone el antebrazo sobre un soporte cubierto por un paño verde y Javier comienza a lavar con suero la herida.

—Esto te va a doler un poco —dice él sosteniendo en la mano una jeringa con anestésico.

Con un cuidado y cariño que le sorprenden bastante a África, el médico inyecta el líquido en varios puntos alrededor de la herida, de manera que toda la zona queda insensible en cuestión de un minuto.

Con la ayuda de unas pinzas adecuadas, Javier retira toda la suciedad restante del tejido y después reparte clorhexidina con la ayuda de una gasa estéril. Una vez que le parece que está todo lo bastante limpio, abre el diminuto paquetito que trae el sedal para coser y con una soltura más que suficiente, le da un par de puntos a la mordedura.

África emite un profundo suspiro y Javier la mira de reojo.

—¿Te mareas? —pregunta él.

—No, no... Es sólo que me duele un poco.

—Bueno, a lo mejor te he puesto poca anestesia... ¿Te pincho más?

—No, es peor otro pinchazo que el punto que te queda por dar —concluye ella.

A Javier, sin venir mucho a cuento, se le escapa media sonrisa. ¿Es que está contento?, se pregunta África al ver el gesto.

—Ya está —dice él—. Siéntate en la silla, todavía tengo que recetarte un antibiótico y algo de analgesia.

África se baja de la camilla de un brinco y vuelve a la silla de madera, una de las dos que hay al otro lado de la mesa del médico. Javier se sienta en frente y enciende el ordenador. No necesita preguntarle el apellido para buscarla en la base de datos. Lo vio el día anterior en la mesa de la consulta veterinaria y desde entonces se ha quedado grabado en su memoria: África del Olmo.

Sabe que no debe, pero sus ojos se van solos hacia el historial anterior de ella. Observa que sólo hay una visita anterior. Es de hace dos años. ¿Cuando acababa de venir al pueblo? O sea, de dos médicos antes que él.

Pincha sobre la nota y ésta se abre en la pantalla. La escribió una doctora.

"La paciente refiere sintomatología ansiosa: falta de aire, palpitaciones, mareos, sensación de desrealización y llanto espontáneo".

"Se realiza electrocardiograma cuyo resultado es normal. Auscultación cardiopulmonar normal. No otros datos llamativos en la exploración."

"Se pregunta por situación personal y refiere conflicto familiar pero rehúsa dar detalles."

"Se pauta ansiolítico y se especifica que es para resolver puntualmente la situación."

"Si se repite el episodio, deberá volver a consulta".

Y no volvió. No debió de volver a repetirse... Y si lo hizo, prefirió sobrellevarlo como pudo.

—¿Tanto se tarda en recetar un antibiótico? —pregunta África de pronto.

Javier se sobresalta y da un pequeño brinco sobre la silla. Cualquiera diría que estaba haciendo algo que no debería hacer.

—Perdón, no sabía que estuvieses tan concentrado.

Él se apresura a inventar algo.

—Es que el antibiótico que estoy buscando lo han cambiado y ahora lo vende otro laboratorio y tiene excipientes distintos y no sé cuál de las dosis está financiada por la seguridad social...

África levanta una ceja.

—Pues decídete o tus pacientes van a tirar la puerta abajo. El ataque de un lobo no da para entretener a tanta gente durante mucho tiempo.

Javier la mira y sonrío forzosamente. Todavía tiene en la cabeza lo que acaba de leer. La verdad es que no se imagina a África llegando al ambulatorio de manera urgente porque no puede respirar. No impresiona de ser tan frágil.

Entonces recuerda lo que su profesora de psiquiatría les contó en la facultad: "la gente que sufre de trastornos ansiosos suele tratarse de personas fuertes, personas que aguantan mucho, hasta que un día se pasan de la raya y entonces tienen taquicardia, falta de aire, visión borrosa, sudoración y sensación de muerte inminente". "Creedme", había dicho ella, "nunca sabréis lo mal que se pasa hasta que sufráis una crisis en vuestras propias carnes".

La impresora ruge y escupe una receta. Javier recoge el papel, lo sella y lo firma.

—Durante diez días, cada ocho horas —ordena él.

África se guarda la receta en el bolso. Después se levanta de la silla y mira al médico.

—Cuando me llamen del veterinario te avisaré —dice ella.

Javier la observa. Le parece que está muy guapa con el maquillaje corrido y el pelo totalmente enredado. Aparta inmediatamente ese pensamiento y dice, con total seriedad:

—De acuerdo. Espero que no me cobren el sueldo entero por arreglar esa pata.

Ella se ríe.

—La salud de las mascotas no está incluida en la seguridad social — responde África—. Por cierto, no llevas la bata puesta.

Javier se mira y repara en ello.

—Gracias —responde él—. Oye África, antes de que te vayas...

Ella se gira y lo mira con curiosidad. Dios, tiene la barba rubia hecha un desastre, piensa. Pero esos ojos lo arreglan todo.

—Dime —dice la veterinaria con voz suave.

—¿Puedes traerme algo de café?

Javier sonríe pícaramente mientras el rostro de África comienza a avinagrarse a pasos agigantados.

—Vete a la mierda —responde ella—. Yo también tengo que trabajar.

Y se marcha.

Y el médico se vuelve a sentar, eso sí, no puede parar de reír. ¿Qué demonios le pasa esta mañana?

Cuando África sale de la consulta, nota los ojos de la gente clavándose como agujas en su espalda. De todas maneras sigue caminando hasta salir del centro de salud. No le apetece dar detalles de la noche más extraña que ha vivido jamás. Pese a ser un pueblo tan pequeño, Villafranca tiene una minúscula farmacia, que por descontado, no vende paquetes de preservativos

ni test de embarazo a los habitantes del lugar... Sólo se lo vende a los habitantes de pueblos vecinos que estén a más de 30 kilómetros de distancia. Igual que las gentes de Villafranca comprarán este tipo de cosas, en algún pueblo que esté, al menos, así de lejos. Por supuesto, eso no sucede con los antibióticos. Por eso África empuja la puerta de madera maciza y entra en el pequeño local, haciendo sonar la campanilla.

Al momento, sale un señor menudo y canoso. Unas enormes gafas metálicas de cristales gruesos enmarcan sus facciones llenas de arrugas. Embutido en su bata de licenciado, escudriña a la veterinaria por encima de sus lentes.

—¿Se ha vuelto a poner malo tu caballo? —pregunta él con suma seriedad—. ¿O vienes por lo del lobo? Curioso refugio habéis buscado el médico y tú para pasar la noche...

África piensa dos cosas en ese momento:

1. Quien diga que la costumbre de cotillear es puramente femenina: se equivoca.

2. ¿Quién habrá venido aquí en tiempo récord a contarle a este señor que...?

—¡Uy! ¡Qué alta me ha dado! —dice una señora que está sentada donde el aparatito de la tensión—. ¡Rogelio! ¡La alta me sube de dieciséis!

África se gira y la ve: Agustina. La incontinenca hecha mujer. Incontinenca urinaria y, sobre todo, verbal.

—Eso es porque lleva un mes sin comprar las pastillas, doña Agustina. La tacañería engorda las arterias —responde él.

—Pamplinas, don Rogelio —dice ella—. Me voy a tomar un café con churros. Hasta luego, niña. Espero que haya merecido la pena... Ya sabes —le dice a África con una media sonrisilla siniestra.

Y sale de la farmacia para tomar el camino sin retorno hacia una irremediable diabetes. Casi se puede escuchar a su páncreas pidiendo clemencia.

África está sudando frío. Respira. Bueno, es un rumor. Es falso. Lo que importa es la verdad. Y ella sabe que la verdad es que no pasó nada con el médico. Y su conciencia está tranquila. Está muy tranquila. Eso sí, no puede evitar imaginarse a Agustina presentando el especial de Agustina's News Villafranca's Morning. Casi puede oír hasta la música de telediario... Por un

momento se pasa por su cabeza un híbrido entre Anne Igartiburu y doña Agustina, no sabe quién con el cuerpo de quién y diciendo: "¡Hola corazones!"

Uf, qué siniestro todo.

—Ya decía yo que ese médico no debía de ser tan desagradable. Con suerte aguantará aquí más de un año —dice don Rogelio, el farmacéutico, mientras recorta el código de barras de la cajita de antibiótico.

El hombre lleno de arrugas mira fijamente a África y mete la caja en una bolsita de plástico.

—Me ha mordido un lobo, Rogelio —puntualiza ella—. No tengo nada más que añadir.

—Sí, si no lo pongo en duda... Pero ya sabe... El príncipe después de matar al dragón... Consigue a la princesa... —y don Rogelio sonrío, enseñando todos los dientes.

Y si la cara de Agustina se le figuró siniestra, ahora don Rogelio acaba de adquirir las mismas bellas facciones de un tal Lord Voldemort y el símbolo de la farmacia acaba de transformarse en la marca tenebrosa. ¿Qué coño ha dicho de un dragón?

—¿Cuánto le debo? —pregunta África resignada.

El cotilleo es mucho más sabroso que la triste verdad: se perdieron, sin móviles, sin coche, sin calefacción y sin luz. Y sobre todo: sin sexo. Pero quítale el sexo a los cotillas del pueblo y más de uno morirá de pena.

África frunce los morros. Hoy está de muy mal humor.

Charo entra en la consulta del médico. Sonríe abiertamente, como todo el mundo hoy en Villafranca. Javier se pregunta por qué demonios aceptó un contrato en el que había que trabajar también los sábados por la mañana.

En fin, es tarde para arrepentirse.

—Dígame —comienza él, que curiosamente, también está de buen humor (aunque sea sábado, haya dormido en un coche y casi haya sido pasto de los lobos).

—He cambiado de idea, quiero que me mire el lunar.

Javier del Pozo observa a la individuo que tiene frente a sí y desconfía. Desconfía mucho.

—¿Y ese cambio de opinión, querida? —pregunta él con un tono de voz más afable de lo habitual.

Charo parece sonrojarse al oír la palabra querida.

—Bueno, ahora que usted y la veterinaria juegan... Ya sabe, en el mismo equipo, pues no me importa que le eche un vistazo. Supongo que compartirán la opinión de que hay que mandarme al dermatólogo.

A Javier se le escapa una carcajada enorme que deja desconcertada a su paciente. Charo observa al médico, que no consigue serenarse. El ataque de risa se ha apoderado de él y ahora no es capaz de concentrarse.

—No sé qué me hace más gracia... El verbo jugar con todos los significados que pueda tener o la palabra equipo...

Charo se indigna.

—¿Es usted tan poco serio como el chándal que lleva hoy? Si sigue así con África, me temo que ya nos podemos olvidar del aseado y bien vestido doctor que pasaba aquí consulta con su camisa y su corbata.

Javier logra, poco a poco, recuperar su humor habitual: el malo.

—¿Qué pasa? ¿Le ponen los hombres de traje?

Charo, que ya estaba indignada, ahora se pone roja como un tomate de pera, de esos que se usan para el salmorejo. De hecho, parece que alguien ha untado su cara con salmorejo y después la ha rociado con vinagre. Y quizá, esos colores, no se deban exclusivamente al enfado.

Porque oiga usted, otra cosa no, pero el médico vestido de traje, pues no estaba mal... Pese a su mejorable trato personal, claro.

—Supongo que a África no. Si no, no iría usted tan mal vestido —responde la paciente intentando rescatar parte de su dignidad.

Javier decide ignorar ese último comentario y se enfoca en mirar el lunar del cuello. Sí, es bastante feo.

—Le voy a pedir cita preferente a dermatología. —dice él.

Charo abre la boca en una mueca de susto.

—¿Es muy malo? —pregunta ella acongojada.

—Podría ser peor que malo —responde él secamente.

—Podría usted tener un poco más de tacto.

—Tengo todo el tacto que soy capaz de tener, lo siento mucho.

Charo tuerce el morro y hace un gesto de desagradado con la mano. La airea de manera inconexa, como si quisiera abanicar al médico.

Javier teclea el informe de derivación, mientras la mujer del guardia de seguridad del centro de salud lo mira aviesamente.

—¿Usted y África...? ¿En el coche...? ¿No cree que podían haberlo hecho en una casa, bajo techo? Debería darles vergüenza el escándalo que han montado. Imagínese que les hubiesen visto unos niños.

Javier le extiende el volante para dermatología.

—¿Necesita algo más? ¿Alguna receta?

Charo olvida momentáneamente lo que estaba diciendo.

—¡Pastillas para dormir! —dice ella.

Javier sonríe, contento de haber cambiado el tema de conversación. Si le siguen preguntando, acabará diciendo que él y África tuvieron un final feliz en el coche, sólo para hacer callar a las cotorras.

Le extiende a Charo un par de recetas de Orfidal y se despide de ella secamente.

—Adiós y cierre la puerta.

—Y usted haga el favor de arreglarse un poco para venir a trabajar.

Y la mujer, de cabello corto, de un color rubio oscuro indefinido, de ese que comienzan a llevar algunas mujeres pasados los cincuenta, medio grisáceo, medio castaño y medio amarillo, sale de la consulta con la barbilla tan alta, que bien pareciera que llevaba un collarín invisible.

Por fin llega el crepúsculo. El sol ha desaparecido por el Oeste y en el cielo aún quedan rastros de rosa y malva. África pasea por el exterior de su casa. Pisa con sus deportivas el verde que crece espontáneamente sobre la tierra mientras las dos perras de aguas; Sol y Luna, saltan y corren a su alrededor. Las dos llevan sendas pelotas de tenis en la boca y no hacen más que dejarlas a los pies de África, para volverlas a coger inmediatamente y salir corriendo.

—Hoy no, chicas —dice ella.

Le duele la herida, a pesar del ibuprofeno. A pesar del paracetamol y a pesar del Nolotil. Al menos no ha tenido fiebre. Sostiene entre sus manos una taza de chocolate caliente. Respira hondo y llena sus pulmones de olor a romero y a hierba. Mira el todoterreno, que está aparcado junto a la verja de la entrada. Se resiste, pero sabe que tendrá que cambiarlo. No puede confiar en un coche que puede dejarla tirada en mitad de la montaña.

Se sienta en el banquito que tiene en el porche y apoya la espalda en la fachada. Qué día tan largo. Saborea un sorbito de chocolate y disfruta de la temperatura que reina ahora, a finales de agosto, casi de noche. El verano toca a su fin y luego vendrá el duro invierno. Con la nieve, las cadenas, la chimenea, la calefacción y los calcetines gordos.

África echa de menos los calcetines gordos y suaves que usa en invierno. Y es de las pocas cosas que le hacen ilusión cuando el frío llega para quedarse.

Se pregunta cómo será el invierno este año con Javier del Pozo... ¿El médico se apañará bien con el cachorro?

—Supongo que necesitará ayuda, al menos al principio —reflexiona ella en voz alta.

Claro, el cachorro... Le operarán el lunes...

Entonces la veterinaria se incorpora de un salto y grita:

—¡Mierda! ¡Rafa!

Mira el reloj: las nueve y media. Corre hacia el interior de la casita y busca su teléfono, que dejó cargando sobre la encimera de la cocina. Tiene cinco llamadas perdidas. El WhastApp está echando humo. Vaya, y encima lo tenía en modo silencio. ¿Por qué demonios existirá el modo silencio?

África tiene una extraña costumbre: la de que el teléfono no suene.

Una llamada entrante de nuevo. Rafa.

—¡Lo siento! Lo había olvidado por completo —se disculpa ella corriendo.

—¿Estás en Villafranca? —pregunta él anonadado desde el otro lado del teléfono—. Bueno, tranquila, ¿qué te ha pasado?

Pero, por el tono de voz, África deduce que su amigo está un poco cabreado. Normal. Ella también lo estaría, ¿verdad?

—El coche nos dejó tirados ayer... Y me mordió un lobo... Javier ha tenido que coserme la herida y bueno, al final el coche arrancó —se aturulló ella al responder.

—¿Un lobo? ¿En el coche? África si no querías quedar, habérmelo dicho antes de las nueve. No hace falta que te inventes mil excusas.

—Te lo juro, puedes venir si quieres y te enseñaré mi brazo. Te invito a cenar en mi casa, mi coche está roto y no puedo conducir con el dolor de la herida.

Rafa suspira al otro lado de la línea.

—Está bien. Tú ganas, pero que sepas que no me apetece conducir a mí tampoco.

Y cuelga.

África se sienta en un taburete y se muerde la lengua. Lo cierto es que no le apetece nada ver a Rafa, ni cocinar, ni cenar con él. Además ha sido muy borde.

—Bueno, le he dejado tirado sin avisar... —dice ella.

Y de pronto, suena el timbre.

—Qué rápido ha llegado, ¿no? —murmura África mientras se dirige a abrir la puerta.

Javier pasea de un lado a otro frente a una verja negra. Se detiene un momento y observa el paisaje que se ve desde lo alto de la colina. Unas nubes reflejan los últimos rayos del sol, teñidas de color naranja y rodeadas del violeta que da entrada al azul marino nocturno. El médico está preocupado por su paciente. Quiere ver la herida. Por eso se ha acercado a ver a África. Obviamente es un tema puramente profesional. Tendrá que preguntarla si ha tenido fiebre, si le duele mucho y si se está tomando el antibiótico correctamente. También quiere pedirle perdón por si ha sido maleducado estos últimos días.

Javier del Pozo ha decidido que le conviene llevarse bien con la

veterinaria del pueblo, más que nada porque dentro de poco va a tener que atender a un cachorro y por el bien del animal, debe tener una buena relación con ella.

Por el bien del perro. Sí, eso es.

Un grillo comienza a cantar por la cercanía y la leve brisa de finales de verano golpea su rostro.

Allá va.

Llama al timbre y espera pacientemente.

Capítulo 13

—¿Cómo has llegado tan deprisa...? —pregunta la veterinaria al abrir.

Los perros ladran con energía y el médico tiene que hacer un ejercicio mental importante para no parecer asustado. Aunque le esté gruñendo un husky de cincuenta kilos.

Javier mira a África, sin saber muy bien qué responder a esa pregunta que casi no ha escuchado gracias a los ladridos.

—He subido andando... Pero he tardado lo normal —contesta finalmente.

Ella se percata de que no es Rafa quien está frente a sus ojos. Con asombro, descubre que se siente infinitamente aliviada y además, contenta. No sabe si es por no tener que ver al malhumorado de su exnovio, o más bien exrollo de hace más de un lustro, o por ver al médico aún vestido con la ropa del día anterior y con la barba cada vez en peor estado, frente a su puerta. Manda callar a los perros y éstos se tranquilizan.

—Ah. No, es que... Creía que eras Rafa —dice África—. ¿Ha pasado algo?

Javier se da cuenta de que no ha explicado el motivo de su visita. Tampoco es que lo tenga... Bueno, lo tiene, pero no es nada que no hubiese podido esperar hasta el lunes. Porque, claramente, los sábados por la noche no abren las tiendas.

—Quería comprar una cama para mi cachorro —dice él de pronto.

El buen humor se esfuma del bonito rostro de la joven y pasa a convertirse en un fruncimiento de entrecejo avinagrado.

—La clínica está cerrada, ven el lunes a primera hora o cuando salgas de trabajar y podrás comprar lo que quieras, doctor —responde—. ¿Querías algo más?

Javier hace verdaderos esfuerzos por encontrar otra excusa.

—Quería ver qué tal está tu herida y si has tenido fiebre. Y si te duele o controlas bien la analgesia.

África se mira el brazo. La gasa está bien adherida y el dolor sigue ahí pero la deja vivir. Devuelve la mirada hacia el médico y siente un pequeño cosquilleo en el estómago. ¿De verdad quería ver la herida? Por Dios, si no es capaz ni de tomarle la tensión a Pepe. Su ceño se relaja y de repente la veterinaria toma conciencia de lo bonito que está el atardecer y de lo agradable del canto de los grillos. Mira el reloj, faltará como poco, media hora para que Rafa llegue al pueblo.

—Estoy bien. Creía que si me ponía peor tendría que volver al ambulatorio. Esto de que te visite el médico es un lujo asiático —responde ella, ahora con una media sonrisa—. ¿Quieres pasar? Tengo cerveza en la nevera.

Y Javier, muy sorprendido, y sin activar su filtro cerebro-boca, dice:

—¡La verdad es que sí!

Mientras África lo guía hacia la cocina, va hablando.

—O sea, que has venido a visitarme.

Javier va a decir que no cuando se da cuenta de que ya es tarde para disimular.

Sí, ha ido a verla. ¿Por qué no iba a querer verla? Es la única persona que conoce en el pueblo y que sea joven como él. ¿Acaso es malo hacer amigos?

—Sí... Es que no tenía nada que hacer y como aquí no conozco a nadie...

Ella sonrío de espaldas al médico.

—Bueno, has tenido suerte. Olvidé que había quedado con el veterinario que va a arreglar la pata de tu cachorro. Si no, no me habrías encontrado aquí.

Javier recuerda a Rafa y se le agria el gesto.

—Pues no sé como ibas a ir con el coche roto. ¿Has hablado con el taller? —pregunta él en un intento por cambiar de tema.

África se deja llevar por la conversación mientras le da una lata de cerveza sin alcohol al doctor del Pozo.

—Ven, vamos a sentarnos en el porche. Se está muy a gusto fuera.

Y salen al exterior, donde el azul marino pálido que precede al oscuro ya reina en prácticamente todo el firmamento. Las estrellas comienzan a dejarse ver. Además allí, a diferencia del bosque, no hay una cúpula formada por las ramas de los árboles que impida ver el cielo.

Se sientan en unos asientos de mimbre de exteriores que puso África el año pasado para poder cenar fuera en las noches de verano (siempre que el clima de Villafranca lo permitiese, claro).

—Me da pena, pero creo que voy a tener que cambiar el todoterreno —dice la veterinaria, rompiendo el silencio que se había formado momentáneamente entre ellos.

—¿Cuántos kilómetros tiene? —pregunta el médico con bastante interés.

—Poco más de cien mil —responde.

Javier se sorprende.

—Pues no son muchos para que esté fallando tanto.

—Ya... Bueno, pero no me gusta llevar un coche que me deje tirada... Lo que pasó ayer no dejó de ser peligroso —comenta ella.

Por un instante recuerda al lobo y se estremece, aunque, por lo general, nunca ha tenido miedo de los animales. De pronto se da cuenta de que el médico está sonriendo tontamente.

—¿Qué te hace gracia?

Él señala el todoterreno con un movimiento de cabeza y dice:

—Mariano Rajoy le ha hecho un bollo al techo con su bastón —dice sin poder contener una carcajada.

—Ah, Pepe... Lo cierto es que la gente de por aquí no es muy normal... Pero les acabas cogiendo cariño —dice ella—. ¿Cómo le voy a hacer pagar el arreglo de la carrocería a un pensionista?

—Fue peligroso pero... Divertido —dice el médico.

Se miran a los ojos momentáneamente y la veterinaria retira la mirada. Le arden las mejillas. Tiene la sensación de que cuando sus pupilas se conectan con otras, parte de su alma queda al descubierto. Y, definitivamente, no está preparada para algo así.

—Así que sólo te apetecía charlar un rato —comenta ella, ahora con la mirada perdida en algún punto lejano del horizonte.

Javier se siente más cómodo y menos cortado.

—Sí. Me apetecía verte y, bueno, hacer las paces. Hemos empezado con mal pie y la verdad, no niego que tengo parte de culpa...

—¿Parte? —pregunta ella riéndose.

El médico observa la bonita sonrisa de ella. Los dientes no son perfectos, ni mucho menos. Hay un colmillo que está un poco torcido y los incisivos son demasiado grandes para su cara, pero la manera de sonreír es tan auténtica y contagiosa que le hace sentir una curiosa sensación de paz interior.

—Una gran parte —reconoce él.

Entonces Javier recuerda lo que ha leído esta misma mañana en el ordenador. Se pregunta, una vez más, qué pudo hacer que África acudiera de urgencias al ambulatorio por una crisis de ansiedad. Ahora que la tiene delante vuelve a sentir de nuevo esa curiosidad enfermiza por saber más.

—¿Por qué has venido a trabajar a un pueblo que está dejado de la mano de Dios? —pregunta la veterinaria—. Bueno, tal vez sea meterme donde no me llaman.

El médico deja de sonreír y recupera su semblante serio. Se recuesta hacia atrás en el sillón de mimbre, cruza una pierna sobre la otra y suspira. Mira el cielo, que gracias a las estrellas, ahora parece una cartulina oscura llena de purpurina. Los grillos siguen con su concierto y la temperatura comienza a descender.

—Necesitaba encontrarme a mí mismo —responde finalmente.

No va a dar más detalles. Al menos no de momento. O nunca. Nadie tiene por qué enterarse de que el Javier que es ahora no es el mismo que fue antes. De hecho, por eso vino a Villafranca, para empezar de cero. Sin pasado, sin historia. Ahora este pueblo para él es como un lienzo en blanco, sin borrones. Y es de esperar que siga siendo así.

De pronto un coche se detiene delante de la verja y el conductor apaga el motor. Un hombre ni muy alto ni muy bajo, y que le resulta a Javier vagamente familiar, sale del vehículo y pulsa el timbre que hay fuera. Al sonar, los perros se alborotan y comienzan a emitir ladridos ensordecedores.

—Oh, ahí está Rafa... —dice ella mientras se levanta del sillón.

—¿Y qué hace aquí? —pregunta el médico con un tono algo más agresivo del que le hubiera gustado utilizar.

—Le he invitado a cenar. Ya sabes, si la montaña no va a Mahoma...

Javier pone los ojos en blanco y siente como la indignación va creciendo dentro de él. Lo estaba pasando bien. Estaba relajado, hablando con África de todo y de nada. La temperatura era buena, las estrellas bonitas y la cerveza

fría. ¿Por qué cojones ha tenido que venir este subnormal a fastidiarlo todo?

Gruñe por lo bajo.

Desde el primer momento le cayó mal. Igual que hay simpatías espontáneas, también hay antipatías ¿no?

África abre la verja y saluda al veterinario con un par de besos. Ella parece evitar el contacto pero no lo consigue; Rafa no pierde la ocasión de abrazarla por la cintura.

—Y encima es un baboso —farfulla por lo bajo.

Se acercan hacia el porche y Javier ve que Rafa lleva una botella de vino en una de sus manos.

—Estaba aquí Javi, que ha venido a tomarse una cerveza de mi nevera —le dice África a Rafa, quien le estrecha la mano al médico.

El apretón de manos está cargado de tensión. Rafa esperaba tener a la veterinaria para él solito y Javier, simplemente, se hubiese conformado con no haberle visto la cara al idiota ese.

—África me ha invitado a cenar, al parecer se le ha roto el coche —dice él.

—Sí, ayer tuvimos una especie de aventura en el bosque con el todoterreno y el lobo.

—Es verdad, lo del lobo —dice él, como si estuviese ya enterado de hasta el más mínimo detalle—. Bueno Javi, ha sido un placer, ya te veré la semana que viene cuando vengas a recoger a tu perro.

Rafael lleva una camisa negra (quizá puede que también tenga el alma negra, según Javier) y el pelo lleno de gomina. Apesta a colonia, lo cual es una inequívoca señal de que quiere pillar cacho (o de que ha nacido con una malformación olfativa que le impide hacerse una idea real de los olores que emite su cuerpo). Por un momento Javi piensa en África y se resiste a marcharse de allí. ¿Y si ella no quiere nada con él? Antes ha intentado evitar el abrazo y ahora, la verdad, no parece entusiasmada. Y, lejos de estar contenta, tampoco está relajada, sino tensa y nerviosa. Una de dos: o está coladita por el tal Rafa (lo cual a Javier le parece inverosímil del todo), o no sabe como quitarse el marrón de encima.

—Bueno, había pensado en quedarme a cenar con vosotros... Verás, es que acabo de mudarme y están reformando mi casa... Así que estoy sin cocina y no tengo nada para comer... —miente él.

Por un momento, el médico teme que África tenga un brote de mala leche y le mande a freír espárragos (y con razón porque le está fastidiando el plan), sin embargo, una luz asoma en los iris oscuros de ella, que parece ver una salida perfecta al jaleo en el que se ha metido con Rafa casi sin darse cuenta.

—Oh, es verdad, me lo dijiste —le sigue ella el rollo—. La verdad es que he hecho pasta al pesto para una legión, así que comida hay de sobra, cerveza y vino también. ¿Qué dices, Rafa? Siempre hay sitio para uno más.

Si Rafa hubiese pisado una rata muerta, su cara habría reflejado una expresión más amable en esa circunstancia que en estos momentos.

—Sí, siempre hay sitio para uno más —responde él, arrastrando cada palabra que dice como si fuera cada sílaba un minuto de parkímetro que tuviese que pagar a precio de oro en el centro de Madrid en un día de crisis de contaminación.

En el salón de África hay una mesa extensible en la que no faltó sitio para colocar tres platos, tres vasos, tres copas y tres juegos de cubiertos. Ella sabía, de alguna manera, que el médico se había dado cuenta de que no se encontraba a gusto en compañía de Rafa. E incluso de que temía que su exrollo (como ella lo llamaba), se pusiera terco si ella se negaba a enrollarse (por llamarlo de alguna manera) con él. En fin, agradeció para sus adentros que el doctor del Pozo hubiese decidido autoinvitarse a cenar. Ahora se sentía mucho más relajada.

Por otro lado, sabía que había sido bastante estúpida al invitarlo a su casa. Qué narices, al acceder a cenar con él. Ella evoca el momento en el que, en segundo de carrera, decidió trasladarlo a la zona amigos. "Lo siento Rafa, es que no te veo de esa forma", le había dicho ella, "me caes muy bien pero te mereces a alguien que sea capaz de quererte y yo no soy esa persona". Durante los tres años más que estudiaron juntos, formaron parte del mismo grupo de amigos y Rafa supo resignarse a su condición de "amistad". Sin embargo, nunca perdió la oportunidad de acercarse de más a África, y es por eso que a lo largo de la carrera, ella tuvo que tener mucha paciencia y mano izquierda para darle largas. Ahora que se reencontraban casi cuatro años después, la veterinaria pensó erróneamente que podría retomar la amistad con él, que ya se le habría pasado el "calentón" de la universidad y se comportaría acorde a la relación que tenían: exclusivamente amistosa.

Gran error.

Y ahí estaba ahora, sentada en una mesa, entre dos hombres: uno muy borde e imprevisible que había mentido sobre su cocina, y el otro demasiado previsible y desagradable para ella.

"¿Cómo habré llegado a esta situación?" se pregunta África para sus adentros. Porque jamás se hubiese imaginado hace un par de días encontrarse en semejante tesitura.

Se marchó a la casa de su difunto abuelo para vivir una vida tranquila, apartada del mundo y, con suerte, jubilarse rodeada de perros y libros allí en lo alto de la montaña.

—Vamos a brindar por mi nuevo amigo —dice de pronto Javier, que parece estar divirtiéndose mucho a costa de Rafa.

—¿Yo? —pregunta el veterinario en un alarde más de egocentrismo (lleva toda la noche hablando sobre sí mismo).

—No, hombre. De mi perro, Bistec —dice el médico.

África contiene la risa. Esos comentarios hirientes propios del doctor del Pozo son los que suele tener para sus pacientes, así que Rafa está recibiendo el mejor trato posible, viniendo de él.

—No sé si tu perro va a estar muy contento contigo, tío. Eres más borde que la madre que te parió —dice Rafa mientras levanta la copa para hacer chinchín.

Sin embargo, aprieta tanto el cristal con sus dedos, que África teme que estalle en su mano (y no porque pueda cortarse, si no porque acaba de comprar el juego de copas hace poco).

—Lo sé, África me lo dice muy a menudo —responde Javier sonriendo.

Ella aún está conteniéndose para no reír. Pero es imposible. Estalla en una gran carcajada y el médico la observa con diversión. Ahora ya parece más relajada, la verdad.

—Sí, es un tío muy borde, pero en el fondo tiene buen corazón —le dice ella a Rafa—. Si te trata mal, es que te aprecia.

—Así que a África debes de odiarla porque la tratas bastante bien —dice él mirando tan fijamente a los ojos del médico, que casi se queda bizco.

Rafa es un hombre de tamaño mediano, ni muy alto ni muy bajo, de pelo castaño, ojos de color indefinido (un castaño grisáceo con motitas oscuras) y

constitución delgada. Si hubiese sido menos egocéntrico tal vez África hubiera sido capaz de sentir algo por él, en algún momento.

—Por supuesto, la odio con todas mis fuerzas —responde el médico.

Brindan. Después África saca una tarrina de helado que se reparten como postre y, cuando ya están a punto de terminar la velada Rafa tiene una gran idea. ¿Y si acerca al médico a su maldita casa en obras y luego vuelve con África? Así mata dos pájaros de un tiro: queda bien con el capullo y se queda a solas con la chica.

—¿Quieres que te lleve a tu casa, Javier? —pregunta él.

—Oh, no, seguro que no te pilla de camino... Y como se te rompa el coche... Uf, no quiero pasarme toda la noche abrazo a ti debajo de una manta... Ya he vivido esa experiencia y es horrible —responde el doctor del Pozo en un tono que, de lo serio que parece, hace dudar de que el comentario haya sido realmente sarcástico.

Rafael aprieta la servilleta que tiene en la mano hasta reducirla a cenizas. África traga saliva, acaba de relatar con bastante exactitud lo que ha pasado la noche anterior entre ella y el médico, algo que no le había contado a Rafa, en absoluto.

—Bueno, al menos el lobo no os mató —responde el veterinario de mal humor.

—Ni el frío, gracias a Dios, África es una estufa —dice el médico, ahora con una gran sonrisa, porque sabe que está jodiendo en lo más vivo de su alma al Rafa de los huevos.

África se pone roja como un tomate y se levanta.

—Bueno, voy a recoger los platos. Haced lo que os dé la gana, yo me voy a acostar en un rato. Mañana tengo cosas que hacer —dice ella como indirecta hacia ambos caballeros.

"Largaos de mi casa" hubiese sido demasiado cortante.

—Eh, escucha Afri, esta semana podríamos vernos un día... Más tranquilos, ya sabes. Podría invitarte a cenar a mi casa —susurra el veterinario cerca de ella.

A África le recorre un escalofrío, pero de los malos. De esos que te estremecen cuando ves una cucaracha muy grande o una araña con las patas muy largas.

—Imposible, madrugo mucho y de momento, estoy sin coche.

—Puedo venirte a buscar —insiste él.

África recuerda de pronto una película de Ryan Reynolds... ¿Cómo era? Ah, sí. Sólo amigos. Al final uno de los dos chicos que quiere enrollarse con la prota sólo está buscando lo que se conoce como "el polvo de la venganza" por haberle rechazado durante el instituto. El escalofrío se hace más intenso.

—No, no puedes porque creo que voy a viajar a Madrid a ver a mi hermano. Reunión familiar, ya sabes —miente ella.

Y miente fatal, piensa Javier. Además según le dijo ella, sus padres vivían en la ciudad, aquí cerca... Mientras que su hermano estudió medicina en Madrid y se quedó allí a trabajar.

—Bueno Rafa, vámonos o África nos va a morder un ojo. La conozco, está cansada y harta de nosotros.

El veterinario y el médico caminan hasta la puerta y África no se molesta en acompañarlos.

—Hasta luego —se despide ella.

Rafa no se despide del médico. Atraviesa la verja, se sube al coche, arranca, enciende las luces y desaparece. Entonces, Javier, que aún no ha llegado a la salida, decide darse media vuelta y volver con África.

—¿Te ayudo a fregar? Se te va a levantar el apósito y te va a doler —dice él.

La veterinaria, que estaba concentrada en el estropajo, salta y grita al mismo tiempo.

—¡Joder! ¡Qué susto!

Javier echa a reír.

—¿Te hace gracia, pedazo de idiota?

—Oye, oye... Sin faltar, por favor.

—Anda, coge esa cacerola y frégala. Mientras voy a limpiar las migas del mantel.

Javier obedece la orden como si fuera un soldado raso.

—¿Tan horrible ha sido dormir conmigo en el coche? —pregunta ella con una pizca de indignación en la voz mientras desliza el recogemigas sobre la tela.

Javier, que se está esmerando en acabar con hasta la última gota de pesto del antiadherente, se detiene un momento y evoca el momento en el que enredó sus dedos en los rizos de ella. No fue horrible, en absoluto.

—Hubiese sido peor tener que dormir abrazado a tu gran amigo Rafa. Uf, con lo que apesta a colonia hubiese amanecido ebrio —responde él de manera ingeniosa.

Sin querer, África ríe al recordar el pestazo a Hugo Boss que emanaba Rafa. Sí, hubiese sido una experiencia mortificante el tener que pasar la noche en un habitáculo tan reducido con él.

—Tienes toda la razón —responde África—. La verdad, no sé por qué he tenido que invitarlo a cenar. Creí que asumiría que sólo somos amigos pero...

—¿Asumir que sólo sois amigos? Si no llego a estar yo aquí mañana amaneces atada a tu cama —dice él.

Ella termina con las migas y dobla el mantel. Javier ya está aclarando la cacerola y en breves va a ponerse con una sartén.

—Vale, no hace falta que seas tan brusco. Rafa jamás haría nada sin mi consentimiento, pero sí, venía con esa intención y se hubiese llevado un gran chasco.

—A veces os empeñáis en ser nuestras amigas cuando es imposible —dice él recordando, sin querer, un episodio amargo de su vida—. A veces, simplemente es mejor alejarse... Y dejar vivir a la otra persona.

—Te juro que lo intenté alejar pero es como una puta rémora —responde fuera de sí África—. Y vamos a dejar el tema, por el amor de Dios.

Ella guarda el mantel en uno de los cajones y después introduce la pastilla de detergente en el lavavajillas, que está lo bastante lleno como para poder ponerlo en marcha. Javier, sin darse cuenta, posa sus ojos en las caderas de ella, que se está inclinando de una manera demasiado sugerente sobre los botones de dicho electrodoméstico. Rápidamente deja de mirarla y respira. Demasiado tiempo sin oler una mujer, se dice a sí mismo.

"Y más tiempo que voy a estar así, toda mi vida si soy capaz", piensa. Es una decisión que ha tomado hacia poco y que le hace sentir mucho menos culpable, mucho más libre y por tanto, más feliz: no volverá a tener nada con ninguna mujer nunca más. No se lo merece, eso es todo.

África puede ser una buena amiga en un pueblo tan lleno de gente mayor.

Quizá pueda acercarse a tomar una cerveza con ella algunas tardes y hablar del tiempo. Sí, le gusta ese planteamiento. ¿Y si se echa novio? Bah, no hay que pensar en eso ahora.

—¿Y tú por qué viniste a vivir aquí? —pregunta él cambiando de tema.

Ya han terminado de recoger. África saca de la nevera una botella de vino rosado y coge dos copas.

—¿Quieres quedarte un rato? —pregunta ella—. Pero ya te voy diciendo que no es para echar un polvo, sólo para charlar un rato. Estoy de los nervios y ahora no podría dormir aunque me pusiera valeriana intravenosa.

Javier se ríe.

—Puedes estar tranquila, aunque si te ves muy necesitada siempre podemos llamar a tu amigo Rafa.

De nuevo África se ríe. El médico se da cuenta de que disfruta de hacerla reír. Tiene una risa auténtica y contagiosa. De modo que ríen los dos.

—Eres gilipollas —le dice ella entre carcajadas.

—Todo el mundo me adora, ya lo sabes —contesta él elocuentemente.

—Pues esta casa que ves, era de mi abuelo... Murió hace casi tres años y me la dejó a mí.

—¿Eres su única nieta?

África niega con la cabeza mientras sirve el vino en las copas.

—No, pero yo era la única que venía a visitarlo. Desde niña siempre me gustaba estar con él. No me presionaba para que fuese mejor que los demás ni para que "diera la talla". Me quería tal y como era. Un día, le dije que de mayor quería vivir aquí con él. Supongo que se lo tomó al pie de la letra porque cuando se leyó su testamento... Me había dejado la casa.

—¿Tus padres no te quieren tal y como eres? —pregunta Javier con curiosidad.

—Mis padres se creen perfectos y quieren que sus hijos estén a su altura. A mí me parece una mierda de altura y he preferido marcar yo mis propias metas —responde África—. Supongo que cuando me enteré de que tenía una casa propia y dinero más que suficiente para hacer las reformas necesarias, decidí aislarme del mundo en este bonito lugar.

—O sea que estás huyendo de algo.

—Oye, ¿ahora eres psicólogo? No huyo de nada. Me gusta este lugar y aquí puedo tener la vida que quiero, es todo —resume ella, poniendo punto y final a la conversación.

Sin embargo, Javier no pilla la indirecta y comete un error.

—Cuando tuviste aquella crisis de ansiedad... ¿Fue por Rafa? ¿O por tus padres...?

Gravísimo error.

África abre mucho los ojos y lo mira, sin saber muy bien qué pensar.

—¿Has leído mi historial? —pregunta ella con un tono de voz tan plano y tan carente de expresión que a Javier se le hiela la sangre en las venas.

Capítulo 14

Javier sabe que tiene pocos segundos para justificarse de una manera coherente.

—Siempre reviso el historial de mis pacientes. Por si tienen alguna alergia a medicamentos —responde.

Y ha dicho la verdad. Lo que ocurre es que él no esperaba encontrar una crisis de ansiedad en los ficheros antiguos de África.

Ella resopla y deja la copa de vino sobre la mesa.

—Creo que no ha sido buena idea... Esto —dice la veterinaria refiriéndose a ambos dos.

—¿El qué?

—Has invadido mi privacidad. Hay cosas que los amigos se cuentan cuando están preparados para abrirse y tú no has sabido esperar a que saliera de mí. Obviamente tengo mis problemas y seguro que tú tienes los tuyos, pero no era el momento, joder. No lo era.

Se levanta.

—Es tarde, deberías irte —le invita ella a marcharse.

Javier se levanta del sillón. No sabe si responder o nadar y guardar la ropa.

—Creo que no es para tanto, África. Ha surgido así. Las crisis de ansiedad le ocurren a mucha gente...

—¡Ya basta! —grita ella—. No eres mi amigo. Como mucho eres mi médico. Y ni mucho menos vas a convertirme en tu obra de caridad para redimirte de lo que sea que te sientas culpable. Búscate a otra.

Javier se cabrea. No entiende nada. ¿Qué narices le ha ocurrido? ¿Es bipolar? ¿Ciclotímica? ¿Distímica? ¿Exagerada o histérica?

Tal vez haya metido el dedo en la yaga. O tal vez esté con la regla, piensa él. Y no es que sea machista, pero a veces con la menstruación... Las sensibilidades se acentúan.

—No, no basta. Estábamos hablando como personas adultas y normales. Te he hecho una pregunta porque sí, lo leí en tu historia, porque soy tu médico. Y

si me he pasado, te pido perdón, no volverá a ocurrir.

—No, no volverá a ocurrir. De verdad, quiero que te vayas, necesito estar sola —dice ella.

Antes de salir por la puerta, Javier se gira y dice:

—No necesito obras de caridad para redimirme. A lo mejor la que las necesita eres tú y por eso no dejaste que me tirara del puente. Adiós, África.

Y se va.

La veterinaria se queda en pie, en el salón. Los perros ya están dormitando en sus respectivas esquinas. El vino se ha quedado a medias y se está calentando. Pero ella no le presta atención a la botella de lambrusco. Javier ha cerrado la puerta con un sonoro portazo, lo cual la ha hecho sobresaltarse. Ahora sólo mira en esa dirección, como si los acontecimientos fuesen a rebobinarse en cualquier momento para volver al punto de partida.

Por un instante, piensa que ha sido muy exagerada al contestar de esa forma...

—No, lo que me ha molestado no ha sido que haya leído el historial... Lo que realmente me ha sentado mal ha sido que me preguntara de esa forma tan directa. Es demasiado personal y no nos conocemos tanto... ¿Quién se ha creído que es...? —está hablando sola.

Boomer levanta la oreja momentáneamente, pero después vuelve a dormir. La pequeña Sol está gimiendo en sueños.

África decide subir al piso de arriba. Deja las copas de vino y la botella tal cual están en la mesita de café. No se siente con fuerzas para recoger. Cuando llega a su buhardilla convertida en dormitorio, se desviste y se pone un camisón de algodón blanco con un bonito estampado floral. Dobla sus vaqueros y los deja encima de la silla, lo mismo con la blusa. Es de esa clase de ropa que se ha puesto lo suficiente como para no mezclarla en el armario con las prendas limpias, pero que aún no está lo bastante usada como para lavar. Debería de existir una especie de armario para esa ropa que está en tierra de nadie.

—O eso, o soy muy maniática —comenta ella, como si centrar su atención en la ropa le hiciera olvidar el incidente con el médico.

Se dirige al lavabo y pone un poco de pasta de dientes sobre el cepillo eléctrico. Cuando ha terminado de usarlo, se enjuaga con agua y después con un colutorio.

Vuelve a la habitación y se sienta con las piernas cruzadas a lo indio sobre el edredón. No tiene sueño. En su mesilla sólo hay una foto enmarcada. En ella, una niña de unos diez años, con rizos oscuros y ojos vivos, abraza el cuello de un hombre mayor, de pelo canoso con profundas arrugas alrededor de los ojos.

Una lágrima se resbala por la fina piel de la mejilla de África. Es la única foto que piensa que merece la pena guardar. La única que le recuerda que no siempre ha estado sola.

—Ojalá vivieras —le dice a su abuelo.

Tras un domingo de ninguna novedad, de pijama, manta, televisión y café, llega el lunes. África se levanta de la cama y siente que no puede con su cuerpo. Le duele hasta el último músculo, hasta el último hueso, hasta las pestañas.

Al ir al baño, observa en el espejo que sus ojos están inyectados en sangre y le pican.

—Será un virus —dice ella.

Estira el brazo hasta alcanzar un armarito que tiene en lo alto. Saca la caja de paracetamol de un gramo y extrae un comprimido del blíster. Se lo traga con un poco de agua y listo. Quizá una ducha mejore esa sensación de destemplamiento que tiene encima.

—Eduardo García.

—Yo.

—Pase después de María.

—Caridad Jiménez.

—Sí, yo.

—La siguiente.

—Arturo Fernández.

Un hombre levanta la mano.

—Después de Caridad.

Javier vuelve a la consulta donde María, una mujer de unos treinta años, espera sentada frente a la mesa del médico. Él toma asiento y abre la historia clínica de su paciente en el ordenador. Por fin, le presta atención a la persona que tiene delante y ve, con cierto fastidio, que está llorando a lágrima viva.

—¿Tiene conjuntivitis? —pregunta él, sabiendo de antemano cuál va a ser la respuesta.

—No —responde ella y solloza.

Javier se levanta de su silla y se sienta en la que está justo al lado de su paciente.

—¿Quiere que le recete algo para los nervios? —pregunta él, siendo todo lo cariñoso que puede.

—No —casi grita ella—. Sólo necesito que me dé su punto de vista.

—¿Ha fallecido alguien cercano a usted? —pregunta el médico.

—¡No! —exclama María sorbiéndose los mocos.

—Bueno, soy todo oídos —dice Javier, resignado.

—A mi marido... —se interrumpe por el llanto—. A mi marido...

Javier está pensando que quizá su marido haya encontrado a otra mujer fuera del hogar. Eso podría justificar el llanto. Pero podría haberse ido a llorar con una amiga o con su madre, piensa él fastidiado.

—Le han echado del trabajo —alcanza a decir ella—. Y yo estoy en paro desde hace mucho... Y... Y...

Sigue llorando.

—¿Y...?

—¡Estoy embarazada de gemelos! —exclama ella.

Javier se echa para atrás, hasta que su espalda queda apoyada sobre el respaldo de la silla. Ahora entiende el drama. ¿Pero qué va a hacer él? Es imposible que pueda darle un trabajo a esa mujer o a su marido. ¡Ni siquiera él tiene trabajo seguro! Tendrá que volver a firmar el contrato en tres meses, si es que le quieren mantener allí.

—Cuanto lo siento —dice él con voz grave—. ¿Qué opciones tienen?

—¿Usted sabe si necesitan a alguna mujer aquí en el centro de salud? Podría limpiar o ayudar a la administrativa... Por favor.

Los ojos anegados en lágrimas de ella le rompen el corazón al doctor del Pozo. Quién lo diría.

—No puedo darte trabajo, María. No tengo esa capacidad. ¿Te están siguiendo los ginecólogos de algún sitio? Porque yo aquí no te he derivado a obstetricia de la seguridad social. Es la primera vez que te veo.

La paciente parece calmarse al centrar su atención en las palabras de Javier.

—Fui por la privada... Por el seguro médico de mi marido... Pero ahora ya no lo tiene...

Y de nuevo solloza.

Javier intenta tranquilizarla. Es necesario para que ella pueda pensar con claridad.

—Bueno, míreme. María, vamos a hacer dos cosas.

Ella asiente y se seca las lágrimas con la manga del jersey. Se sorbe los mocos y suspira. El médico vuelve a su silla, frente al ordenador. Teclea un informe de derivación a las consultas de obstetricia del hospital e imprime el volante.

—Tome. La llamarán para que vaya la semana que viene. ¿De acuerdo? Así la seguirán los ginecólogos de la pública.

—Vale —responde ella.

—Y, en cuanto al trabajo, no puedo hacer nada María. Ojalá pudiera. Si puedo aconsejarle algo es que no se rinda, que echen currículums en todas partes y que si se ven obligados a cambiar de ciudad, no duden. Ahora mismo las cosas están muy difíciles.

—Vale —responde María de nuevo.

—Eh, míreme.

Ella levanta la mirada. Sus ojos son verdes, muy bonitos, pero marcados por una ansiedad y fatiga intensas. Cuántas noches sin dormir deben de arrastrar esos párpados que ya no pueden ni con el peso de sus pestañas.

—¿Sus padres pueden ayudarla? —pregunta Javier.

—Mis padres fallecieron hace años y mi suegra, que está viuda, está en una residencia —susurra.

"Hay que joderse", piensa él. Pero por decencia, esta vez se ahorra decirlo en voz alta.

—Lo siento mucho María. Me gustaría seguirla durante el embarazo. ¿Podría pedir cita conmigo cuando la vean los ginecólogos?

Ella esboza una pequeña sonrisa de agradecimiento.

—Sí, doctor.

Entonces María se levanta de la silla y se dirige hacia la puerta.

—Gracias doctor —susurra ella antes de desaparecer.

Javier la ve desaparecer y entonces, nota un nudo en la garganta. Odia esa parte de su profesión, la de ver problemas graves que no está en su mano solucionar. ¿Qué va a hacer? ¿Mandarles a ella y a su marido una pastilla para los nervios? Por Dios, lo normal es que estén nerviosos. Son humanos. El hecho de que lo único que pueda hacer por ella sea ponerle un Loracepam lo atormenta. Bueno, y ni siquiera, porque está embarazada.

Javier apoya los codos sobre la mesa y entierra su rostro entre las manos. Entonces la puerta de la consulta vuelve a abrirse y un señor de unos sesenta años más o menos, entra en ella como un elefante en una cacharrería, interrumpiendo así los pensamientos del médico.

—Siéntese —dice Javier sin mucho ánimo.

Eduardo cierra tras de sí y se sienta frente al doctor del Pozo.

—Doctor, me sale pus por ahí abajo. Ya sabe.

Y de pronto, cualquier resquicio de humanidad que pudiese albergar el alma de Javier momentos antes se evapora dando paso al cabreo más infinito.

—¿Por el pene?

—Efectivamente.

—¿Y su mujer? ¿Tiene síntomas?

—No, ella al menos no me ha dicho nada, doctor —responde él.

—¿Y tienen relaciones habitualmente?

Eduardo tuerce el morro y después niega con la cabeza.

—Es muy *complicao* ponerle la mano encima a mi Lola, doctor. Aunque cuando se deja... Es un volcán.

Javier reprime una náusea. No quiere saber ciertas cosas. No le interesan.

—Entonces no es ese el volcán que le ha contagiado. Y, dígame, ¿quién es? Porque también necesitará antibióticos.

—No sé a qué se refiere, doctor.

A Javier le sale humo por las orejas.

—¿Que a quién se está tirando, don Eduardo?

Entonces Eduardo se levanta de la silla, con una indignación habitual en muchos pacientes del doctor del Pozo y se prepara para dar una contestación audaz.

—Ahórreselo —dice Javier—. Voy a imprimirle la receta y ya está. Ahora, usted sabrá dónde la está metiendo... Porque no es trigo limpio.

Le da la receta en mano y don Eduardo se marcha con las mejillas coloradas y los puños apretados.

Javier cierra el historial de Eduardo y reniega mentalmente de ciertas cosas. Nota que vibra su bolsillo. Su móvil está recibiendo una llamada entrante.

—Dígame —contesta él.

Justo en ese instante se abre la puerta y el médico le hace un gesto al siguiente paciente para que espere.

—¿Es usted Javier del Pozo? —se escucha al otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo.

—Le llamamos de la clínica veterinaria "Tu mejor amigo", es para corroborar los datos del cachorro y para informarle del coste que tendrá la operación.

—Sí. De acuerdo. Dígame.

—Le informo de que el coste por ingresar al animal de urgencias ha sido de doscientos euros y la intervención tendrá un coste de mil cien euros con todas las revisiones y pruebas que hagan falta hasta el alta incluidas.

A Javier casi se le cae el teléfono de las manos.

—¿Disculpe? ¿Ha dicho un total de mil trescientos euros?

—Sí, efectivamente señor del Pozo.

—Espere un momento —responde él.

Coge todo el aire que le permiten sus pulmones al expandirse al máximo.

—La madre que parió al Rafa de los huevos... Va a vaciarme los bolsillos el muy cabrón —susurra.

—¿Javier, está usted ahí? —pregunta la administrativa de la clínica.

—Sí, ¿puedo pagar con tarjeta, verdad?

—Por supuesto.

—Pues muy bien. Dos tercios de mi sueldo serán para ustedes este mes.

La mujer ríe entre dientes al otro lado de la línea.

—La intervención será mañana a primera hora y el miércoles podrá usted llevárselo. Tenga en cuenta que el cachorro necesitará ciertos cuidados y medicamentos que deberá adquirir a parte del precio que le hemos presupuestado.

—Muy bien. Vaciaré mis bolsillos, no se preocupe. ¡Todo sea por la salud de mi perro!

—Estupendo, señor del Pozo. Muchas gracias.

—A usted —y cuelga.

—Sacacuartos —dice entonces para el cuello de su camisa—. Voy a tener que pedirle un maldito préstamo al banco para poder pagarlo. Joder... Puto Rafa, puto Rafa, puto Rafa... ¡Oh, pobre perro! ¡Le darás un hogar! ¡Cuánta felicidad! ¡Mírale! ¿A qué es mono? —farfulla él imitando la voz femenina de África—. ¡Rescata un perro en la montaña y te quedarás con una mano delante y otra detrás!

—Disculpe, ¿se encuentra usted bien? —pregunta Caridad, la siguiente en ser atendida.

Javier la fulmina con la mirada.

—Me encuentro perfectamente, pase.

Se recompone y hace como si no hubiese pasado nada. Bueno a él no le ha ocurrido nada especial, el problema lo tiene su bolsillo.

—Siéntese, Caridad —dice él mientras en su mente se cuece la decisión de ir a la clínica veterinaria de la loca del caballo nada más acabar la consulta para pedir una explicación acerca del robo a mano armada que acaba de sufrir.

África extiende dos recetas para Kiko, un pequeño Yorkshire que necesita

antihipertensivos de manera crónica, omeprazol y antiinflamatorios para su lesión del menisco. El pobre, con doce años, ya contribuye a ensanchar el bolsillo de las farmacéuticas. ¡Hasta los animales entran en el bucle infinito de los fármacos!

—Aquí tiene —dice ella, justo antes de llevarse los dedos a las sienes.

Maldito dolor de cabeza. Cada vez es más fuerte.

—¿Estás bien, África? —pregunta amablemente la dueña, una mujer de unos cuarenta y algún años que parece bastante más joven de lo que es.

—Sí, sí... No te preocupes, será un virus de estos... He debido de coger frío —dice ella—. Si quieres vete a casa y me pagas mañana o la semana que viene... Ahora creo que voy a cerrar y me voy a meter en la cama.

—Bueno, como quieras. Mejórate y si no, ve al médico que a veces es bueno que te miren, por si acaso.

El médico. Uf, antes muerta, literalmente.

—No, no será necesario. Hasta luego Kiko —le dice ella al perro mientras lo acaricia detrás de las orejas.

Dueña y mascota desaparecen de la clínica y África gasta unos minutos en dejar su cabeza apoyada sobre el escritorio. Juraría que en la vida le ha dolido así. Y madre mía, qué náuseas tiene. ¿Pero qué clase de virus es este?

—Oh, hay demasiada luz aquí —piensa ella—. Y los ojos...

—África, ¿qué te pasa?

Javier ha entrado en la clínica hecho un basilisco, con la intención de echarle una bronca monumental a África por tener que pagar mil trescientos euros y ahora, la encuentra así, deshecha y tendida sobre su propia mesa, agarrándose la cabeza como si la fuese a estallar y casi sollozando.

Ella levanta la mirada como puede y entonces ve al médico. No sabe si es de verdad o se lo está imaginando. Tirita. A lo mejor es un espejismo, por la fiebre.

—Me encuentro fatal... —gime ella.

El doctor se acerca hasta quedar a su lado y se arrodilla para su rostro quede a la altura del de África.

—Mírame —dice él con cariño mientras coge el mentón de la veterinaria.

Ella se gira sin ofrecer mucha resistencia.

—Tienes los ojos muy rojos... —dice él.

Entonces ella se agarra con más fuerza la cabeza.

—Ay... —llora—. Me duele mucho.

—¿La cabeza? —pregunta él con preocupación.

—Todo el cuerpo y la cabeza lo que más... Ayer... Ayer estaba un pelín resfriada pero hoy... Cada vez es peor —Javier ve como se le escapa una lágrima de dolor.

Entonces, el médico decide tomar cartas en el asunto. Se las apaña para levantarla de la silla y llevarla en brazos escaleras arriba. Por suerte, tiene fuerza más que suficiente para cargar con el poco más de cincuenta kilos que debe de pesar ella.

La tumba en el sofá. Después mira a su alrededor, ya que no ha olvidado que la veterinaria tiene unos cuantos perros dispuestos a amenazar a cualquier intruso. Respira aliviado al ver que no están allí. Deben de encontrarse jugando en el jardín.

África respira superficialmente y muy deprisa.

—Escucha —le dice él casi al oído—. Voy a levantar tus piernas hacia arriba y me tienes que decir si te duele más la cabeza, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —responde ella con un hilo de voz.

Javier efectúa la maniobra y entonces, África se queja y se sujeta la nunca con desesperación.

—¿Tienes termómetro? —pregunta él.

—Sí... Está... Arriba en el baño... En un...

—Tranquila, voy a buscarlo.

Javier sube corriendo el siguiente tramo de escaleras y llega a la buhardilla, hecha dormitorio. Por un momento piensa que el lugar es encantador, pero se da cuenta de que no tiene tiempo para admirar la decoración. Busca el baño con la mirada y lo encuentra tras una puerta entreabierta. Entra y, enarca las cejas al ver la grandísima bañera que tiene la veterinaria allí. Pero no tiene tiempo.

No tiene tiempo. Está casi seguro de que es meningitis. Pero necesita tomarle la temperatura. Después llamará a una ambulancia. Localiza un pequeño armario colgado de la pared y lo abre. Rebusca en los estantes con

una mano y al fin, se hace con el pequeño aparatito.

—Aquí está —dice él.

Baja de nuevo rápidamente y encuentra a África hecha un ovillo sobre los cojines. Está temblando y le lloran mucho los ojos. Parece tan frágil que Javier sólo quiere protegerla.

—Toma —dice él—. Póntelo.

Ella se introduce el termómetro bajo la axila y espera a que pite. Después, el propio Javier se lo quita y lo mira.

—Treinta y nueve y medio. África, voy a llamar a una ambulancia para que te trasladen al hospital.

Ella entonces parece revivir momentáneamente. Es la adrenalina.

—¿Qué? ¿Al hospital? No, por Dios. Mi padre trabaja allí, te lo dije. No quiero verle. No quiero que se entere de esto y me vea... Así. Javi por favor, si necesito un antibiótico tú me lo puedes mandar... —suplica ella.

Javier la mira sorprendido. Primero porque le ha llamado Javi y eso le ha hecho sentir extraño. No mal, si no, raro. Y quizá le haya gustado. Pero ese no es el mejor momento para analizar dicha sensación.

Segundo, ¿quién no querría ir a un hospital en el que trabaja su padre? Seguro que la iban a tener en palmitas. Pero ella no, como siempre, llevando la contraria al mundo.

—Necesitas que te hagan una analítica y una punción lumbar, África, entra en razón —dice él, arrodillado frente a la temblorosa veterinaria—. Además eres veterinaria, ¿sabes a la cantidad de bacterias que estás expuesta todos los días? Yo podría ponerte antibióticos pero lo haría sin saber cuál es el mejor... Sería matar moscas a cañonazos, ¿entiendes?

—No, no quiero...

Javier intenta rebuscar en su mente algún argumento que pueda persuadirla para que cambie de idea.

—Escucha —dice él.

Le agarra la mano y le acaricia uno de sus rizos. Ella parece sentirse reconfortada.

—Me dijiste que tu padre es el director médico... ¿Tú crees que el jefe de todo el maldito hospital sabe qué pacientes están ingresados? Claro que no...

—¿No?

—No, África. Además, puedes pedir que haya confidencialidad y estarán obligados a no comunicárselo. Pero seguramente no sea necesario.

—¿Me lo prometes? —pregunta ella—. No puedo decirte por qué, no estoy preparada para hablar de ello, pero no quiero verle, ni a él ni a mi madre.

Javier la observa detenidamente. Su manera de hablar ahora es tan suave y parece tan vulnerable...

—Te lo prometo.

Entonces África lo mira y se recrea en el azul tan bonito de los ojos del médico. Se encuentra tan mal, tan enferma, que realmente necesita que alguien se encargue de ella.

—Vale, entonces, llama a la ambulancia.

—Muy bien —dice Javier, ya más aliviado.

—Pero, Javi —dice África.

Él desvía su mirada del móvil a la veterinaria.

—¿Has cambiado de idea? —pregunta él.

Ella niega con la cabeza.

—A lo mejor es demasiado pedir y sé que casi no nos conocemos... Pero yo tampoco tengo aquí grandes amigos ni familia... ¿Podrías...?

—¿Ir contigo al hospital?

África desvía la mirada, le da vergüenza. Pero sus mejores amigas las dejó en Madrid, porque ella estudió veterinaria allí, aunque a diferencia de su hermano, regresó a su provincia de origen. Sus padres no quiere ni verlos. No sabe cómo mirarlos a la cara y guardar silencio con todo lo que ha visto. Y su hermano, también está en Madrid.

—Sí —responde ella en un susurro.

Javier sonrío.

—Lo daba por descontado —responde él.

El médico marca el teléfono de emergencias y le comunica la situación de África al teleoperador. Se identifica como médico de familia de Villafranca y le comunican que van a enviar un helicóptero por ser la situación del pueblo de difícil acceso rápido para una ambulancia. Al doctor del Pozo se le encogen las tripas: odia volar.

—Javi —dice ella de nuevo.

—Dime —responde él.

—Entiendo que leyeras mi historial... Pero hay cosas que de momento...

—Prefieres no contarme. No hace falta que lo hagas, perdóname. Fui peor que todas las cotorras de este pueblo juntas.

África emite una risa débil que hace sentir muy bien al médico.

—Sí, eres un cotilla —bromea ella.

Él se sienta en el sofá, a su lado y, sin pedirlo siquiera, África se recuesta sobre el médico, igual que sucedió hace un par de noches en el todoterreno.

—No tardará en llegar el helicóptero —dice él—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy mal... —susurra ella—. Muy mal.

Capítulo 15

Pese a trabajar con agujas y jeringuillas, África odia los pinchazos... Sobre todo, cuando es ella quien los recibe.

—Ya está —dice el enfermero—. Vía colocada.

Pero está demasiado cansada y dolorida como para quejarse. A estas alturas, la cabeza y los músculos le fastidian mucho más que mil agujas juntas.

El helicóptero comienza a coger altura y Javier se agarra a la barandilla que tiene a mano y cierra los ojos. La veterinaria está tumbada en la camilla y tiene la frente perlada de gotitas de sudor. También ha cerrado los ojos.

El viaje no resulta demasiado largo. Veinte minutos es lo que tardan en aterrizar en la azotea del hospital y ni dos en sacar a África del helicóptero para llevarla hacia las urgencias. Javier procura estar cerca de ella en todo momento. Cada vez la ve más postrada y desvitalizada. Las ojeras comienzan a marcarse más alrededor de sus ojos oscuros y el sudor la envuelve por completo.

La trasladan a una cama de la observación de urgencias y le entregan un pijama limpio del hospital. Javier sale por fuera de la cortina que le proporciona algo de intimidad y espera a que ella, con las escasas fuerzas que le quedan, se cambie de ropa.

—Ya está, Javi —dice ella con la voz apagada.

Él traspasa la cortina blanca de nuevo. África ya está en la cama y se ha tapado con las mantas. Sigue tiritando.

—Supongo que ahora te pondrán algo para la fiebre —susurra él.

—No te vayas todavía, por favor —le pide ella.

Javier la mira, sorprendido.

—¿Quién ha dicho que me voy a ir? Tal vez sí, me iré a la sala de espera para sacar un sándwich de la máquina y luego volveré.

África se ríe. Despacio y bajito, pero se ríe.

—Es verdad, ¿por qué has venido a verme?

Javier de pronto recuerda que el motivo de su visita a la veterinaria fue su

cabreo monumental por el maravilloso precio que el estupendísimo Rafa le había hecho para la intervención del cachorro.

—Porque... Eh... Quería preguntarte si es normal que me vayan a cobrar mil trescientos euros por operar a Bistec —responde él.

África lo mira con una expresión extraña.

—Lo voy a pagar, claro... Entiendo que el animal necesita que le arreglen la pata...

—¿Mil trescientos?

—Sí, eso he dicho.

—¿Sólo la operación?

—Se supone que incluye las revisiones y las pruebas hasta el alta.

Entonces el rostro de África se relaja y suspira.

—Ah, entonces está bien. Es buen precio.

Pero el médico se exalta, sin querer, al oír esas palabras.

—¿Buen precio? Le voy a tener que pedir un préstamo al banco.

—Oye, ¿y qué te crees que costaría operar a una persona si no lo cubriera la seguridad social? ¡Mucho más!

—Ya, ya...

—Disculpen, ¿África?

Una mujer joven, con bata y fonendoscopio y un cabello rubio brillante les sonrío. Los ojos azules de Javier se encuentran con los verdes de ella.

—Olga —dice él.

Javier palidece, pero África está demasiado agotada como para darse cuenta.

—Javi —dice la doctora—. ¿Qué... Qué haces aquí...?

Ambos guardan silencio unos segundos sin saber qué decir. África los observa y llega a la conclusión de que se conocen y de que, quizá, no se alegran de verse el uno al otro.

—Es mi vecino, me ha traído al hospital —dice África—. Ha sido muy amable.

—¿Ya no vives en Madrid? —le pregunta atónita al médico, también atónito.

—No, me mudé —contesta él secamente—. Ahora el asunto es África... Creo que tiene meningitis, si te sirve de algo.

La expresión de la tal Olga parece recomponerse un tanto, sin embargo Javier tiene todos los músculos en tensión.

—Ah, sí. Hola África, soy la doctora Olga Sánchez, te atenderé aquí en urgencias hasta que te suban a planta. Voy a hacer una buena historia clínica.

—Os dejo solas, voy a la máquina a coger algo de comer... —se despide él.

Y se va con la mandíbula apretada y la respiración agitada. Olga mantiene la serenidad mientras África frunce el ceño. Sabe que algo pasa pero se encuentra muy enferma y débil como para indagar en ese momento.

La guapísima doctora de iris verdes y cabello brillante y ondulado comienza a hacer el interrogatorio. Es cariñosa y simpática. Parece inteligente.

—Vamos a hacerte una punción lumbar y una analítica. Pero como tienes náuseas, primero vamos a mirarte el fondo de ojo. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Muy bien, ahora te traigo el consentimiento para la punción —informa ella—. Ya verás como te irás sintiendo mejor con la medicación.

Después, Olga le dedica una sonrisa sincera a África y se despide. Sin embargo, a la veterinaria le parece oír voces en el exterior de la cortina. Cierra los ojos e intenta dormir, pero el sonido llega a sus oídos y no puede evitar escuchar algo que, en teoría, no es asunto suyo.

—No sabía que vivías aquí, podríamos quedar algún día, creo que necesitamos hablar, Javi.

—No tenemos nada de qué hablar —responde él—. Lo mejor es que vayamos cada uno por un camino distinto y con suerte no nos volveremos a encontrar.

—Javi tenemos que hablar de eso... Hace ya mucho tiempo y es necesario reconciliarse con el pasado, no podemos estar toda la vida atormentándonos.

—Eso lo dices porque no era tu hermano.

Silencio. África entreabre los párpados. Pero al sentir la cortina moverse, los vuelve a cerrar.

—Bueno, adiós —se despide Olga del médico.

Él no responde. Sólo la ve alejarse hacia el control, y sentarse frente a un

ordenador. Una pequeña lágrima se resbala por la mejilla de la doctora, pero se la limpia rápidamente con la manga y retoma su trabajo como si no hubiera pasado nada.

Javier atraviesa la cortina y vuelve al lado de la veterinaria.

—¿De qué la conoces? —pregunta África con la misma voz que tendría una guitarra si se le hubiesen roto un par de cuerdas.

—De la universidad —responde Javier sin aportar ningún detalle adicional y en un tono lo bastante áspero como para dar por zanjado el tema.

África guarda silencio y decide dormir. Se siente como si tuviese una Black and Decker taladrándole las sienas y el malestar y la tiritona aún están en auge.

—¿Cómo te encuentras? —rompe Javier el silencio.

La mira muy serio y concentrado. Pone su mano masculina sobre la frente llena de sudor de ella y frunce los labios.

—No estoy en mi mejor momento —responde África.

—Espero que no tarden mucho en hacerte la punción —dice él—. Necesitas tratamiento.

Capítulo 16

Javier es consciente de que no todo el mundo tiene la habilidad suficiente como para hacer una punción lumbar limpia y rápida. Así que espera que la veterinaria no haya tenido la mala suerte de que alguien trastea más de la cuenta en su duramadre.

—Colócate de lado... —le dice Olga a África—. Deja tu espalda al borde de la cama... Así...

La veterinaria se va posicionando según las instrucciones de la doctora.

—Y ahora lleva tus rodillas al pecho. Fenomenal.

Olga localiza con un bolígrafo en la espalda de África el punto que equidista de ambas crestas ilíacas. Desinfecta con una gasa que lleva clorhexidina e introduce con decisión una aguja con guía. A la primera. La veterinaria nota la molestia y emite un leve gruñido.

—¿Cómo estás? —susurra Javier en su oído.

El médico se ha arrodillado al otro lado de la cama y está pendiente de los gestos de la enferma.

—Bien —dice África—. Pensaba que sería peor —bromea ella en un susurro.

El médico la sonrío.

—Ya está —dice Olga mientras extrae la aguja.

—No sabía que se te daba tan bien el rollito este de pinchar a la gente —le dice él a la rubia, tratando de rebajar, con su comentario, la tensión que se respira en el ambiente.

Ella le devuelve una sonrisa bañada en amargura.

—Me enseñaron bien —responde Olga—. África, ahora tienes que estar tumbada un ratito y sin hacer movimientos bruscos. Puede que te duela un poquito la cabeza, si eso sucede, nos avisas ¿de acuerdo? —le dice utilizando un tono de voz aterciopelado y cargado de amabilidad.

La veterinaria la sonrío.

—De acuerdo y gracias —contesta.

Olga se despide y Javier le dirige una última mirada cargada de cosas que

siempre quiso decirle, pero no dijo. Ni las dirá, probablemente.

—¿Fue tu novia? —pregunta África con una sonrisa traviesa.

Javier la mira sorprendido. ¿Su novia? Pues no, precisamente.

—Fue la novia de mi hermano —dice él—. Pero no me apetece hablar del tema.

África comprende. Además, nota que está empezando a tiritar y los escalofríos le recorren la espalda con tal violencia que hacen que se convulsione entera.

—¿Me tapas? Estoy helada.

Javier extiende la manta hasta los hombros de ella. Después saca el teléfono y comienza a toquetear la pantalla. África lo mira con curiosidad. ¿Dónde está ese Javier tan borde y antipático que llegó a Villafranca hace tan solo unos días?

—¿Qué estás haciendo? —pregunta ella.

Javier la mira, sorprendido. ¿Le estaba mirando? Se le escapa una sonrisa.

—Pedir un préstamo de mil trescientos euros por la aplicación del banco, así podré pagarle a tu amigo Rafa.

África echa a reír. Es una risa floja y debilucha, acorde con el estado físico, pero a fin de cuentas, es una risa. Y es que le hace mucha gracia.

—¿Así que al final vas a adoptar a Bistec?

Javier se sienta en el sillón del acompañante, ya que al fin han subido a África a la planta, donde existen ciertas comodidades que uno no encuentra en las urgencias (como el sillón).

—¿Y qué hago si no? ¿Y si le hubiese dejado en la montaña, sólo y con la pata rota?

África responde:

—Estaría muerto.

Javier ríe.

—Morirá igual dentro de trece o catorce años.

—Ya, pero lo hará de viejo y sin calidad de vida. Ahora todavía puede dar y recibir cariño y jugar a la pelota. Ya verás que bien te lo vas a pasar —dice la veterinaria.

Javier asiente con la cabeza en silencio. Todavía tiene los ojos claros de

Olga clavados en su conciencia. Mira a África, quien le observa con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—¿Estás bien? —pregunta ella—. Pareces revuelto.

El médico agacha la cabeza y dobla sus hombros. Es la manera que tiene el cuerpo de mostrar un alma que se desploma, ya exhausta, por luchar contra las nubes negras que se forman en nuestros pensamientos.

—Estoy revuelto —confirma él en voz baja—. Pero no puedo hacer nada para evitarlo. De hecho, creo que me merezco estar revuelto.

—La fustigación debería tener un límite, Javi —dice África.

Afortunadamente, el chute de analgesia que le han puesto hace que la joven esté lo bastante entera como para intentar consolar a su acompañante, que por suerte, no tiene meningitis como ella. Aunque su estado es tal, que casi podría decirse que tiene alguna clase de infección emocional.

—Con todos mis respetos, África, no sabes de lo que estás hablando. Así que mejor, cállate.

La joven guarda silencio y, aunque exteriormente parece calmada, se siente como si el médico acabase de propinarle una patada en el estómago. Ella sólo quería ayudar.

—Lo siento —susurra.

Javier no responde.

—Voy a ir a la cafetería a comer algo, vuelvo en quince minutos —dice tras unos minutos más de silencio.

Olga no ha vuelto a presentarse en la habitación de la veterinaria. Ahora el caso está en manos del servicio de infecciosas del pequeño hospital, que no es más que un médico de unos cincuenta años apasionado de las garrapatas que se hizo internista para poder estrechar su amorosa relación con sus amigas las bacterias (tanto las intracelulares como las extracelulares).

—África, buenos días —dice el doctor Casa con una gran sonrisa.

La veterinaria, que tras cinco días de ingreso se encuentra mucho mejor gracias a los antibióticos, se incorpora sonriente y envuelta en una bata polar

que Javier le compró en una tiendecita del hall, y le estrecha la mano al entrañable señor de gafas redondas y barba grisácea.

—Al final, tu meningitis por leptospirosis se ha quedado en nada, ¿eh? —dice el doctor, orgulloso de haber tratado semejante caso.

Un caso relativamente poco frecuente que con el beneplácito de su paciente, África del Olmo, podrá publicar en alguna revista científica. Oh, y qué ilusión le hace.

—Bueno, menos mal que mi médico de cabecera estuvo atento —responde ella.

—Veo que Javier no está hoy con usted, dele recuerdos de mi parte. Vengo a decirle que a medio día le traeré su alta y podrá marcharse a casa. ¿Qué le parece?

—Tenía muchas ganas de escuchar eso —contesta la joven mientras se coloca sus rizos oscuros tras las orejas.

—Pues me alegro, ahora la voy a explorar para comprobar que todo está bien y santas pascuas.

Cuando el médico por fin se va de la habitación, la veterinaria coge su móvil y marca el número del doctor del Pozo.

—Dime —responde él—. Ay, Bistec para. Para ya, no muerdas eso. ¡Deja el calcetín! —grita de pronto en tono militar. Seguro que lo han oído hasta en Murcia.

África separa un momento el aparato de su oreja y lo mira perpleja.

—Si hablas a tu perro como si fuera una persona no vas a lograr grandes resultados —comenta ella—. Por cierto, me dan hoy el alta.

—Ah, qué bien. Aunque no tengo coche. ¿Quieres que vaya a recogerte en tu todoterreno?

—No... Ni se te ocurra porque no quiero volver a quedarme en el bosque de noche y que me muerda otro lobo y me provoque, de paso, otra meningitis.

—Ya te he dicho que el lobo no tuvo nada que ver, eres veterinaria, has estado en contacto con pis de animales y probablemente ese haya sido el origen de tu bacteria.

—Bah, lo que tú digas. Los médicos siempre tenéis que saberlo todo —farfulla ella—. Estaré allí más tarde, ¿has dado de comer a mis perros y a Pan, como te dije?

—Lo he hecho... Lo mejor que he podido —dice él.

—Bueno, luego se verá —ríe ella—. Un beso.

—Un beso.

Y cuelgan.

Javier mira fijamente al cachorro. Está degollando uno de sus calcetines y cada vez que intenta arrebatárselo tiene que correr en círculos alrededor de la mesa, como si el animal fuese su monitor de fitness y se hubiese propuesto hacerle sudar la gota gorda. Y eso con la pata escayolada, que se supone que no debe moverla en exceso. Javier no sabe cómo se las va a apañar para hacer que la criatura guarde alguna clase de reposo.

—Me rindo... Cómete el calcetín si quieres... Ya lo cagarás —le dice el médico al cachorro con la voz cargada de rencor y la frente empapada de sudor.

Entonces, como si Bistec hubiese comprendido las palabras exactas, se planta frente a su dueño en la alfombra y agacha el culete. Y hace fuerza.

Un olor desagradable inunda las fosas nasales de Javier. Ahora tendrá que limpiar.

Por suerte, hoy es el día en que se celebra el patrón de Villafranca y es fiesta en el pueblo, así que no tiene que pasar consulta. Se siente tan afortunado por poder dedicarle el día entero al maldito animal que come todo lo que pilla y mea sobre todo lo que tiene debajo...

—Qué maravillosa es la vida —dice el médico entre dientes—. Ay, África, en lo que me has metido...

Bistec emite pequeños ladridos, propios de un cachorro de su edad. Quizá quiera salir a la calle, piensa Javi. En la clínica "tu mejor amigo" le dijeron que el animalillo ya estaba vacunado y que en una semanita le podría sacar.

—Lo siento amigo, tienes que quedarte en casa al menos cinco días más —le dice.

El médico de Villafranca se da una ducha rápida y se viste con un vaquero y una camiseta fina azul marino. Después se calza sus deportivas.

—No me mires así, yo sí que puedo salir a la calle y necesito comprar algo

para comer —le explica a Bistec.

Después, Javier coge su cartera, su móvil y se marcha. Cierra la puerta con un par de vueltas de llave y el cachorro se queda sólo, con todos los muebles y camas a su merced.

En la calle, se queda maravillado al ver que se está montando un mercadillo medieval en toda regla. Ya hay tartas artesanales expuestas que huelen especialmente bien y hogazas de pan que prometen estar libres de cualquier tipo de conservante del demonio. Se acerca a un puesto y compra una de ellas. Observa también un puesto en el que están expuestos varios artículos de corcho: bolsos, monederos, botes para lápices, mochilas... Sigue caminando y de nuevo más puestos de dulces artesanales. Huelen bien.

Más hacia delante, casi llegando al centro de salud, llega a los puestos de ropa. Es demasiado hippy para su gusto, pero igualmente, se detiene a observarla.

Pasa un buen rato más recorriendo la zona y mientras, las calles del pueblo comienzan a llenarse de gente que viene desde muchos puntos cercanos de la región a las fiestas de Villafranca.

El tumulto creciente hace que el médico sienta la necesidad de alejarse de allí. No se siente a gusto en las aglomeraciones y necesita tener asegurado un espacio vital en el que desenvolverse, así que comienza a caminar en una dirección aleatoria. Entonces, se da cuenta de que sus pies le han guiado hasta la verja de la entrada de la clínica veterinaria.

Mira el desastre que hizo ayer a última hora con el pienso mientras todos los perros de África le perseguían en manada, ladrándole y gruñéndole por entrar en su territorio. Esparció todos los granos alrededor de la finca y después vació deprisa y corriendo, una botella de agua en uno de los bebederos.

—¡Javi!

El médico se da la vuelta y ve a una mujer de rizados negros bajándose de un taxi. Le sonrío y él le devuelve la sonrisa.

—No sabía que había fiestas aquí ahora —dice él.

África se echa al hombro la mochila, donde lleva su pijama, su bata y algunos útiles de aseo que Javier tuvo la amabilidad de llevarle cuando estaba ingresada. Después saca las llaves de su bolsillo y abre la verja.

Se detiene un momento ante la puerta y observa el suelo lleno de pienso mientras sus perros se sientan frente a ella y la miran con devoción moviendo el rabo a toda velocidad.

—Me fue difícil... —comienza a decir Javier.

Ella echa a reír.

—Entiendo, a veces se ponen un poco desagradables con los extraños —dice África—. ¿Quieres pasar a casa o estabas por aquí de casualidad? Todavía hay cerveza sin alcohol en la nevera, me temo.

Javier observa los ojos oscuros de ella, que relucen alegres y su sonrisa, que le reconforta bastante.

—Imaginé que no tardarías en llegar y quería comprobar que te encuentras bien.

África lo mira conmovida. Parece que no queda casi nada de ese hombre de carácter repugnante y aburrido que llegó al pueblo para insultar a sus pacientes. Se acerca a él y pillándolo de sorpresa, le da un fuerte abrazo.

—Muchas gracias por todo, si hubiera sido por mí, no hubiese ido al hospital —susurra ella.

Javier respira profundamente. Nota el calor corporal de ella y la suavidad de su camiseta. Huele a champú y a vainilla. Sin darse cuenta, se relaja y se deja llevar.

—¿Tu padre? —pregunta él cuando al fin se separan.

—No le vi al final —responde África—. Oye, tengo ganas de conocer mejor al cachorro que tienes. ¿Me invitas a tomar una cerveza en tu casa?

Javier abre mucho los ojos. ¿En su casa? Bueno, no es que esté sucia si obviamos la cama sin hacer y los platos del desayuno desparramados por la mesa... Y la cafetera sin limpiar... Bueno, al menos lo de la comida está en la pila.

—Vale, pero dame media hora —dice él—. ¿Sabes dónde vivo?

África sonrío.

—Sí, luego te veo —dice ella.

Javier se va corriendo con la intención de que en los treinta minutos de descuento que tiene, la casa vuelva a su ser.

Atraviesa el mercadillo y se las apaña para mezclarse entre la gente. Pasa

delante de la plaza y tuerce en una esquina, por delante de una bonita fuente antigua que expulsa agua helada por su caño.

Al fin llega a la casa, sube las escaleras, saca la llave y abre.

—Hay que joderse...

Bistec está tumbado encima de un cojín que ha degollado y cuyo relleno ha esparcido por todo lo largo y ancho del parquet.

Capítulo 17

Javier querría echarle una buena bronca al cachorro, pero se da cuenta de que no tiene mucho tiempo para obrar el milagro de que la casa parezca un lugar habitable. Observa la cocina con fastidio y decide meterlo todo al lavavajillas. Da igual si es sartén, cacerola, plato o cafetera. Todo. A dentro. Lo cierra y pasa la bayeta por la encimera. Por un momento escucha en su subconsciente los gritos de su madre sobre el antiadherente y su mala relación con dicho electrodoméstico. Bah, otro día lavará la sartén a mano. Hoy no tiene tiempo.

—Bueno, más o menos —se dice a sí mismo—. Casi parece que está todo en orden.

Después corre hacia el salón y con una bolsa de plástico en mano, se las ingenia para guardar en ella todo el relleno esparcido y lo que queda de cojín.

—Ya lo arreglaré en otro momento —se dice.

Después deja la bolsa bien escondida en el maletero de uno de los armarios. Sin embargo algo perturba sus sentidos. De pronto, arruga sus fosas nasales y reprime una mueca de asco. Nota algo blandito bajo su suela. Levanta el pie y mira la suela.

—Oh... Leches —dice—. Mierda, mejor dicho —se corrige.

Suena el timbre. Javier se acelera malamente y mira sus deportivas como si fueran sus enemigas. Se las quita y las lleva al baño.

—No, aquí no, si África usa el baño... No puede estar esto así... —farfulla.

Así que ni corto ni perezoso y probablemente, sin haber reflexionado antes al respecto y haber llegado a la conclusión de que con un poco de agua y detergente podría haber solucionado el problema, las mete en el cubo de la basura.

El timbre suena de nuevo.

—¡Un momento! —grita él.

Mira la alfombra. Sólo queda ella. Está sucia, llena de pelotillas, pelos de perro, migas de pan que se quedaron sin barrer y sobre todo: un gran zurullo canino que Bistec ha tenido la amabilidad de depositar hará no mucho tiempo (porque huele muy mal y si lo tocara, cosa que no va a hacer bajo ningún concepto, descubriría que aún está caliente).

Piensa en enrollarla y tirarla al contenedor que hay tras su casa. Sería una toda una azaña dejarla caer por la ventana y encestarla en él, pero África se daría cuenta de que algo raro está sucediendo. Podría enrollarla y guardarla en algún armario... Pero toda la casa se apestaría con el olor a caca de perro. Al final, decide ir a la cocina y coger mucho papel absorbente. Muchísimo. Después se sienta frente a la mierda y trata de llevársela con el montón de papel. Y en parte, funciona. Pero hay restos que se quedan pegados a los pelillos de la alfombra. Y Javier no sabe si echarse a llorar o coger una tijera y recortar el trozo de alfombra que está pringado y encestarlo en el contenedor.

—¡A la mierda! —y nunca mejor dicho.

Entonces decide enrollar la alfombra y ocultarla en algún rincón de la casa...

—¡Javi por Dios, ábreme que estoy echando raíces en tu felpudo! —se escucha desde la puerta.

El médico se sobresalta con la alfombra a medio enrollar y recuerda que hace ya un rato que sonó el timbre. Joder.

Se levanta del suelo y se resigna a explicar que su alfombra está llena de caca. Supone que ella lo entenderá, puesto que tiene nosecuántos perros y en su momento, fueron cachorros.

—Perdón, es que Bistec se ha cagado en mi alfombra —dice él con una sonrisa sardónica.

África le observa. Tiene la camiseta manchada de agua y grasa y el pelo desordenado. Sus calcetines grises llevan un tomate monumental y se escapa el dedo gordo a través de la tela. A la veterinaria la imagen, en lugar de espantarla, le parece absolutamente enternecedora y siente de manera repentina un gran instinto de protección hacia el desagradable médico de Villafranca.

Ella se ríe.

—No pasa nada, ahora lo arreglamos. Pero déjame entrar, que voy cargada.

Javier la observa y por primera vez cae en la cuenta de que la joven lleva un transportín en una mano y otras muchas bolsas en la otra.

—¿Todo eso es para mí? —pregunta él—. Espera, ¿cuánto dinero me va a costar? Mi banco ya no va a financiarme nada hasta que me jubile.

De nuevo, ella se ríe. Deja las cosas sobre el sofá y de pronto, un animalillo inquieto sale de la cocina y la recibe con un cordial movimiento de rabo.

—Oh, mi pequeñín... Ven aquí gordito... —dice ella emocionada al ver a la criatura.

África se sienta en el suelo (lleno de migas de pan, aunque no parece importarle) y le hace gestos al cachorro para que se acerque.

—Eres un buen perro —le dice y éste responde lamiéndole las manos—. Oh, cuantos mimitos... Déjame que te vea esa patita... Así... Bueno, qué bien te portas.

Javier gruñe.

—Será contigo. Conmigo no hace más que roer calcetines y mear la alfombra.

África suspira y se gira para mirarlo a los ojos.

—Ven, siéntate aquí conmigo —dice ella señalando el suelo que está a su lado—. Voy a enseñarte lo que tienes que hacer.

Javier se sienta al lado de la veterinaria mientras la joven saca de su bolsillo unas galletas con forma de hueso.

—Mira Bistec, qué rico.

África pone el manjar en el hocico del cachorro y lo guía hasta que el animal apoya los cuartos traseros en el suelo y se sienta. Entonces se lo da a comer.

—Muy bien —le refuerza ella.

Lo repite pero esta vez, levantando el dedo índice.

—Este será tu signo para que se siente —le explica a Javier.

El cachorro obedece de nuevo.

—Muy bien —dice ella con su femenina voz musical.

Javier observa la escena maravillado. No sabe si por la voz dulce y los ojos sonrientes de la veterinaria o por lo bien que se está portando Bistec por

primera vez desde que lo ha traído a casa.

—¿Puedo probar yo? —pregunta él, sintiéndose como si tuviera ocho años y le estuviese pidiendo a su hermano poder pintar con el boli de cuatro colores nuevo que le regalaron por su cumpleaños.

Se le empañan los ojos al recordar la escena. Pero rápidamente se recompone. África lo mira con ternura y le entrega una de las galletas.

—Toma —dice.

El médico repite la misma secuencia de gestos y el cachorro obedece plácidamente. Le da la galleta.

—Buen perro —le dice él.

Le acaricia tras las orejitas y el animal emite algo parecido a un ronroneo perruno. África sonríe, está claro que perro y dueño hacen buena pareja. Entonces, la veterinaria se levanta del suelo y coge una de las bolsas del sofá. Saca un paquete de algo que Javier no reconoce y se lo enseña al médico.

—Esto son pañales.

—¡No me jodas que tengo que ponerle pañal al perro, hombre! —exclama él aterrorizado.

África se carcajea descontroladamente al ver la redacción del doctor del Pozo.

—¿Qué te hace gracia? Nunca jamás voy a cambiar un pañal. ¡Nunca!

—¿Ni cuando tengas hijos? —pregunta ella.

—No voy a tener hijos ni voy a casarme. ¡Nunca! —exclama él.

África frunce el ceño y se muere de curiosidad. ¿Qué tiene en contra del matrimonio? ¿Y si algún día se enamora de verdad? ¿No querrá tener hijos? Por un momento se siente desconcertada, pero entonces se ordena a sí misma calmarse y poner orden en su cerebro.

—Bueno, bueno. Vamos a relajarnos.

—¡Relájate tú y cámbiale tú los pañales!

—¡Javier del Pozo vas a escucharme de una vez! ¡Deja de gritar! —exclama ella.

Y él, enmudece y se pone firme como si fuera un soldado.

—Vale —responde el médico en un casi inaudible susurro.

—Estos pañales son para ponerlos en el suelo y enseñarle a que haga pis en

ellos, al menos mientras sea cachorro. Mira, ven.

Y después de un buen rato en el que Javier ha aprendido lo que es un buen pienso y un mal pienso. Lo que son los pañales, las pelotas que pitan y las cuerdas para jugar... Cómo se cepillan los dientes de un perro y cada cuanto tiempo hay que darle una pastilla para desparasitarlo... Después de entender que los gritos no sirven de mucho y de que vale mucho más la pena comprar un repelente para los muebles que desgastarse la laringe en broncas... Y finalmente, cuando ha memorizado todos los métodos que hay para evitar que la criatura coja pulgas o que le pique un mosquito y le pegue la temida leishmaniosis... Al fin se han sentado en el sofá y han abierto un par de latas de cerveza.

—No sabía que para tener un perro había que hacer un máster —dice él antes de dar un trago.

—Oye, ¿y si damos una vuelta? Hay fiestas, a lo mejor ponen buena música.

—¿Música de pueblo? ¿De esa que bailan los señores de ochenta años?

—Los pasodobles son a las ocho de la tarde, antes de que los adultos mayores frágiles de riesgo se vayan a dormir... Ahora ya son las nueve, quizá pongan algo mejor.

Javier se ríe ante la descripción tan eufemística que ha hecho África de los ancianos y da otro trago de la lata de Mahou.

—Está bien, pero sólo una vuelta. Mañana tengo consulta a las ocho de la mañana —advierte él.

Dejan a Bistec en la cocina con agua y pienso (y un pañal extendido en una esquina), y salen de la modesta casita, desde cuya entrada hay que descender por una antigua y encantadora escalera de madera oscura.

No tardan en verse envueltos por el bullicio, las cervezas, los bocatas de calamares, la panceta, globos... Casi todos los feriantes van vestidos de época medieval y de fondo suena música celta, muy apropiada para la ocasión.

África se va deteniendo en los puestos y más de una vez compra alguna piedra o alguna pulsera.

—Esas son las típicas chorradas que almacenarás en un cajón y no utilizarás jamás —le dice el médico a la veterinaria.

Ella lo mira con fastidio.

—Eres un viejo carcamal atrapado en el cuerpo de un hombre quejica y aguafiestas —le responde—. ¿No vas a comprar nada? Mira qué sobaos pasiegos hay ahí.

Javier los mira y se le hace la boca agua. Pero si los compra...

—Tienen buena pinta, pero no quiero ser diabético antes de los cuarenta años.

África gruñe por lo bajo y eleva las manos al cielo. Javier se ríe. Entonces, la joven se detiene en la entrada de un callejón pequeño flanqueados por los gruesos muros de piedra de dos edificios antiguos y cruzado, en su parte superior por un arco de piedra que une ambas paredes.

—Ven —dice ella.

Es uno de sus rincones favoritos del pueblo. Los dos cruzan el arco de piedra y salen a una pradera verde, libre por completo de gente y ruido. Como si nadie se hubiese molestado en posar sus ojos en el estrecho callejón y por tanto, nadie hubiese tenido el placer de descubrir aquel maravilloso paisaje.

África se sienta sobre la hierba, dándole la espalda a Villafranca y a sus fiestas. Javier se sienta a su lado. Frente a ellos la ladera de la montaña cae y les muestra un valle salpicado de distintos tonos de verde que ya se van apagando a medida que el sol se esconde tras los montes del Oeste. África siente la brisa del final de la tarde en sus mejillas y el olor del romero al respirar. La veterinaria mira al doctor del Pozo que parece haberse quedado absorto en el horizonte. Ella se detiene en los ojos azules y en la barba de unos pocos días, rubia con destellos dorados. Está serio y meditabundo. Ella se da cuenta de que el tórax de Javier sube y baja con cada una de sus respiraciones. ¿En qué estará pensando?, se pregunta. ¿En Olga? Se muere de curiosidad por preguntarle, por saber más. Por entender por qué razón se puso tan tenso y tan pálido al ver a aquella doctora en urgencias.

—¿Por qué no quieres casarte ni tener hijos? —pregunta África.

Y entonces se tapa la boca. ¿Qué demonios? Ha debido de desactivarse su filtro cerebro-boca. Sí, será eso.

Él no deja de mirar hacia el horizonte. Parece estar relajado. Entonces

responde, con una voz suave y serena:

—Porque no me lo merezco.

—Creo que no eres quien para decidir lo que te mereces —dice ella, presa de una indignación que no comprende bien—. Si has hecho algo malo, y te arrepientes profundamente, no necesitas más. Sea lo que sea, está claro que no volverás a cometer el mismo error, ¿entiendes? Ser un infeliz toda tu vida no va a cambiar nada.

Ella observa con incredulidad como una minúscula lágrima se resbala por la mejilla del médico. Pero no está llorando. No solloza ni grita ni gime. Sólo una lágrima silenciosa.

—Lo siento —susurra ella—. Otra vez me he metido donde no me importa, perdóname.

Entonces él esboza una sonrisa triste.

—Te voy a contar una historia —dice él—. Pero quiero que no me interrumpas. Y sobre todo, que no hagas juicios, ni hacia un lado ni hacia otro. Sólo escucha y comprende.

Habla pausadamente con la mirada perdida en algún punto entre el cielo y las montañas. Comienza a refrescar y África cierra la cremallera de su chaqueta.

—De acuerdo —responde ella.

La veterinaria nota un gran nudo en el estómago, no de pena, si no de nervios. Le tiemblan hasta las manos.

— Hace veintiocho años nacieron dos hermanos gemelos en Madrid. Se llamaban Javier y Carlos.

"Vivieron una infancia cargada de amor y cariño. Entre ellos estaban muy unidos. Se intercambiaban la ropa y los juguetes. Se ayudaban a hacer los deberes y tenían los mismos amigos. Parecían una sola persona.

Crecieron y llegó la adolescencia. Los dos eran muy inteligentes y responsables, pero comenzaron a verse diferencias entre ambos. Uno de ellos, Carlos, se echó novia con quince años. Se llamaba Olga y era, sencillamente, la mujer perfecta. Javier y Carlos se distanciaron, porque uno de ellos había encontrado a otra alma gemela.

Llegó la selectividad y los tres tuvieron la dicha, o desdicha, de ser admitidos en la misma universidad para estudiar medicina.

Carlos y Olga hacían sus propios planes, se quedaban en casa a ver películas o iban al cine. A veces quedaban a cenar con los amigos de la universidad, pero normalmente Javier no estaba incluido en dichas salidas.

Entonces Javier, como si le hubieran arrancado una parte de sí mismo, comenzó a vivir por su cuenta. Se echó nuevos amigos. Salía y entraba. Nunca encontró a la mujer ideal. Salía con chicas, se acostaba con ellas y las conquistaba.

Eran pequeños triunfos. De alguna manera, Javier culpaba a Olga por haberle separado de su hermano. Y llegó a pensar que las mujeres no podían traer nada bueno. Una gilipollez enorme, por cierto. Pero Javier era joven, estaba enfadado y frustrado porque la relación con su hermano se hubiese enfriado, ya que había sido su mejor amigo hasta los quince años.

A estas alturas ya sabrás, África, que yo soy Javier y Carlos, mi hermano."

África asiente en silencio.

—El último año de la universidad fue duro a nivel académico. Olga venía mucho a casa a estudiar y se sentaba en nuestro escritorio. A veces dormía con mi hermano en su cama y mi madre nos hacía la cena y la comida a los tres. Ellos tenían la complicidad que suele tener una pareja enamorada y bien avenida. Y a mí me daba envidia. No sé si envidia de Olga por no poder estar yo más tiempo con mi hermano o envidia de mi hermano por haber encontrado a una mujer tan especial como ella.

"La vida continuó su curso y yo seguí conociendo mujeres. Amigas de amigos, chicas de bares, en la academia en la que preparaba el MIR... Bueno. La verdad es que no encontré a nadie que me hiciera sentir lo que mi hermano sentía con Olga.

Unos meses antes del examen, del MIR, empecé a notar que Olga me miraba mucho. Cada vez que me giraba hacia ellos, allí estaban los ojos verdes de ella. Estaba guapísima y obviamente a ningún hombre le hubiese importado ser observado por una mujer así.

Decidí ignorarlo todo lo que pude. Sin embargo, un día durante la siesta, sentí que unos labios me besaban. Yo estaba en ese estado en el que no estás dormido del todo, pero tampoco estás completamente despierto. Despegué unos párpados y vi su melena rubia salir de la habitación.

Mi corazón estaba acelerado. ¿Qué había pasado? Quizá, aunque

improbable, me había confundido con mi hermano. Así que, aferrándome a esa posibilidad, decidí no mencionar nada a nadie. A mí me atraía mucho, pero jamás se me hubiera ocurrido ponerle una mano encima a la novia de Carlos. Jamás."

Entonces Javier guarda silencio unos segundos y traga saliva. África no pasa por alto que los ojos del médico se llenan de lágrimas.

—Continúa —dice ella—. Por favor.

—Llegó el MIR —dice él—. Tras muchos meses estudiando, hicimos el examen y hubo una fiesta. Recuerdo aquella noche como si fuera ayer. Yo estaba realmente agotado y no me apetecía ni bailar, ni beber, ni tontear con nadie. Salí fuera de la discoteca y me senté en el bordillo de un portal. El examen me había salido regular y no me sentía liberado de la presión, en absoluto. Me acuerdo de ver a Olga, que había salido de la sala siguiéndome. Se sentó a mi lado y me acarició la barba.

¿Por qué te has marchado? Me preguntó, más cariñosa de lo habitual.

"Le dije que no me apetecía estar rodeado de gente y que necesitaba pensar. Ella me dijo que llevaba muchos días fijándose en mí y que le había parecido que estaba sufriendo.

Pareces triste, me dijo."

—¿Y lo estabas? —pregunta África, sin darse cuenta de que está interrumpiendo.

Javier sonríe de medio lado.

—Estaba harto de estudiar y harto de no tener a nadie con quien compartir mi vida. Eso pone triste a cualquiera. En fin. Entonces Olga me dijo algo que no olvidaré jamás.

Dijo: ya no estoy enamorada de tu hermano. Me confesó que le tenía mucho cariño y que le daba pánico enfrentarse a la realidad de que ese sentimiento había muerto dentro de ella. No quería hacerle daño.

"Yo sé que decía la verdad. Pero entonces dijo otra cosa que me trastocó completamente: estoy enamorada de ti.

Y se puso a llorar en mi hombro. Estaba desconsolada. Yo no entendía nada. ¿La quería? No, yo creo que no estaba enamorado de ella. Era muy guapa, inteligente, cariñosa... Y me atraía, como te puede atraer una preciosa flor en mitad de una pradera verde. Pero en ese momento no fui consciente.

Impulsado por el poco alcohol que llevaba en sangre y el deseo de consolarla, la besé. Para variar no fue la clase de relación que yo solía entablar con otras chicas. No la besé agresivamente, ni traté de calentarla para llevármela a la cama. Fue un beso suave y tranquilo. Yo me sentía solo y desamparado y ella también. Pero aún así, fuimos estúpidos e irresponsables."

Javier se calla nuevamente. Otra pequeña lágrima se escapa y recorre en silencio su mejilla. África no dice nada. Prefiere darle tiempo.

—Mi hermano salió de la discoteca buscando a Olga. Y la vio, besándome a mí. Él había bebido más que nosotros dos. Quizá presentía que su relación no iba bien del todo y por eso sintió la necesidad de llenar sus venas de alcohol.

"Nos observó. Su mirada fue peor que mil puñetazos seguidos en el estómago. Olga se levantó deprisa y fue a abrazarle. Lo siento, dijo ella. Tenemos que hablar, Carlos, perdóname. Yo no dije nada. Sabía que no había palabras en el mundo que pudieran arreglar eso. Aunque solo hubiese sido un beso, un maldito beso que para mí no significó gran cosa y que fue fruto de un impulso irresponsable y descerebrado, bastaba para hundir a mi hermano en la miseria más absoluta. Era su Olga, el amor de su vida, la mujer con la que había compartido nada menos que diez años de su juventud.

Se fue y nos dejó allí. Al rato fui consciente de que él tenía las llaves del coche en el bolsillo. Corrí hacia donde habíamos aparcado. Pero el coche ya no estaba. Recorrí varias calles, por si había aparcado en otro sitio. O por si lo veía en marcha. Pero no lo encontré.

Regresé a la discoteca y tampoco encontré a Olga. No la volví a ver desde ese día. No tuvo la decencia de presentarse en el funeral. "

—Oh, Dios mío. ¿Funeral? —dice África ahogando un respingo.

—Iba muy borracho. Y llevaba el coche muy deprisa. Lo estrelló. Afortunadamente no hubo más víctimas —dice él con un tono de voz neutro.

La veterinaria no sabe qué decir. Está bloqueada. No acaba de procesar las palabras del médico. Sólo tiene una cosa clara: no fue culpa suya. Fue una conjunción de eventos catastróficos, eso está claro.

—Pero Javi... No... No eres el responsable... Nadie le obligó a coger el coche... Fue... Fue mala suerte —balbucea ella—. No puedes condicionar toda tu vida...

—Te he pedido que no hagas juicios —dice él en voz baja—. Por favor.

África deja de hablar y se esfuerza por no decir nada más.

—Mis padres no saben lo que pasó... Bueno, saben que hubo un accidente y que había bebido... Pero no he sido capaz de contarles... Esto.

Y entonces el médico agarra sus rodillas y se hace un ovillo sobre la hierba. Lloro en silencio. África le acaricia el cabello, tratando de consolarlo.

Pasado un rato, Javier se levanta del prado.

—¿Quieres una cerveza? —pregunta él con una sonrisa.

—Estaría genial —responde la veterinaria.

Capítulo 18

Curiosamente, todos los días sale el sol por la mañana en Villafranca. Hay lugares en el mundo donde el sol no se pone nunca y sitios en los que los vampiros podrían formar una familia sin preocuparse gran cosa por el astro rey.

Por suerte, en Villafranca no hay vampiros, los únicos que chupan la sangre son los de siempre: los que ponen multas a los coches mal aparcados. Su sed es insaciable.

Javier llega caminando al centro de salud. Son las ocho menos cuarto de la mañana y tiene aún el café en el estómago. Se toca el párpado derecho. Le molesta. Hoy se ha levantado de la cama con un bulto en el ojo. Un orzuelo que promete dar guerra durante unos días.

Se abrocha la cremallera de su chaqueta de punto y continúa avanzando por el camino que recorre todos los días a la misma hora. Ha sacado a Bistec hace un rato y éste ha hecho sus necesidades. Javier espera que no le dé por comerse otra vez el pañal, en lugar de orinar en él. Aunque África ya le ha advertido que hay cachorros que son un poco destructivos y que el suyo es candidato a pertenecer a dicha categoría privilegiada. "Tranquilo, dentro de unos meses se le pasará", había dicho ella.

Aún así Javier está relativamente contento con Bistec. La criatura ha hecho enormes progresos en el último mes, sobre todo gracias a la ayuda de la veterinaria, que se ha aficionado a pasarse por su casa un par de veces en semana con la intención de enseñar al cachorro normas de convivencia básicas. Eso sí, luego Javier tenía que invitarla a cenar o a algo de comer a cambio de la clase perruna.

El médico sonríe. Ha llegado al centro de salud. Saluda a la administrativa y entra en su consulta. Se pone la bata. Aún está sonriendo. La verdad es que está encantado con la rutina que viene repitiendo el último mes. África se ha convertido en una buena amiga con quien charlar y tomarse una caña algunas tardes y además le está echando un súper cable con Bistec.

Se pone el fonendoscopio alrededor del cuello y se sienta frente al

ordenador. Imprime la lista de pacientes que tiene para ver en esa mañana. Se toca el párpado otra vez. Ahora sonrío menos. Qué fastidio.

Sale a la puerta de la consulta y llama a la primera afortunada de la mañana.

—Doña Rosa Riego Ramos —dice él de buen humor—. ¿Qué tal va la sección de jardinería? —pregunta él con ironía.

La señora, de unos noventa años, esboza una sonrisa desdentada y adorable.

—Bien, la verdad. Ayer planté pepinos en mi huerto —responde ella con la voz ajada por el paso de los años.

Javier le devuelve la sonrisa.

—Pase, buena mujer.

Doña Rosa camina a pasitos pequeños, apoyando su bastón sobre las baldosas de la sala de espera. Tras unos instantes, logra acceder al interior de la consulta y Javier cierra la puerta detrás de ella. La anciana toma asiento y el médico también.

—Cuénteme —dice él, de buen humor.

Ella esboza una sonrisa postiza y mira al médico a través de los espesos cristales de sus gafas.

—Se me han acabado las pastillas del colesterol... Si es usted tan amable de hacerme unas recetas...

El doctor del Pozo sonrío.

—Por supuesto. ¿Simvastatina de veinte?

Abre el historial de doña Rosa y después accede al sistema de recetas.

—Pues hijo, ahora no me acuerdo, seguro que lo puede mirar ahí, en el ordenador —responde ella.

Javier asiente, con cierto fastidio. En el historial aparecen no solo las últimas pastillas que la anciana toma, si no todas las que ha tomado anteriormente y ahora ya no consume. Ay, señor.

—Oiga, doctor. Tiene usted el ojo hinchado —afirma la anciana hipercolesterolémica.

—Veo que tiene buen ojo —responde Javier mientras le da al botón de imprimir—. Usted no tiene receta electrónica aún, ¿no?

—Uy, yo soy una mujer analógica. Prefiero el papel de toda la vida.

Javier sonríe cortésmente y después coge las recetas que ha escupido la impresora para entregárselas a doña Rosa.

—Aquí tiene —dice él.

Entonces, doña Rosa se levanta de la silla como de un brinco y acerca su rostro tanto al del médico, que él piensa que va a asfixiarse en una de las arrugas de la mujer, tan profundas como la fosa de las Marianas.

—Oy, oy, oy, oy, oy... ¡Muchacho! —exclama ella agarrando el ojo del médico con sus dos dedos—. ¡Vaya orzuelo que te ha salido ahí!

—Señora, haga usted el favor de dejar mi párpado tranquilo —dice él con toda la educación que se ve capaz de reunir.

—De eso nada, esto requiere mano experta. Mi mano, experta. Vamos a recurrir al truco de toda la vida, ya verá usted qué bien.

Javier, que no sabe si retirar la mano de la anciana de su ojo por miedo a que ésta le rasgue la córnea con una de sus largas uñas, reza una plegaria en su interior. Con horror el médico contempla como doña Rosa saca con su otra mano un manojo de llaves de su diminuto bolso y selecciona una.

—Ésta —dice sonriente—. Es mi llave de los orzuelos.

Entonces, la anciana, ni corta ni perezosa le pega un lametazo con la lengua al metal y lo restriega por el párpado del médico de Villafranca, con mano experta, eso sí.

Javier se quiere morir.

—Ale, ya verás qué bien. Mañana estarás como nuevo.

Doña Rosa coge sus recetas y se marcha, dejando al médico patidifuso, de tal manera, que no se atreve a moverse de la silla... No vaya a ser que la saliva de doña Rosa le resbale por la cara o algo.

—Hay que joderse...

África pincha la aguja en el lomo de un cachorro e introduce la vacuna. La saca. Visto y no visto.

—Muy bien, qué bueno eres —le dice al pequeño pastor alemán—. Toma, te lo has ganado.

Le da una galleta pequeña con forma de hueso y la criatura la olisquea antes de masticarla. Su dueña, una chica de unos veinte años, lo coge en brazos y lo baja de la camilla.

—Ya está —dice África—. Recuerda que en tres meses hay que desparasitarlo de nuevo.

Salen de la consulta y le cobra la vacuna a la dueña en la recepción. Justo en ese instante un hombre abre la puerta de la clínica haciendo resonar la campanilla en los tímpanos de la veterinaria.

—Buenos días —saluda él educadamente luciendo una sonrisa.

En su mano derecha lleva un pequeño transportín en el cual se adivinan unos bonitos ojos gatunos.

—Buenos días —responde África, quien no pasa por alto los dientes blancos y perfectos del desconocido.

El cachorro de pastor alemán y su dueña se despiden de la joven y se marchan. Entonces, el hombre que hasta la fecha África no había visto por allí jamás, se levanta de una de las sillas y se acerca al mostrador.

—Disculpe que la moleste, me pregunto si serían tan amables de atender a mi gato de urgencias... Soy nuevo en el pueblo...

África le devuelve la sonrisa.

—Sí, sin problemas. Ahora no tengo a nadie. ¿Le parece bien si abrimos una ficha para su mascota?

—Por supuesto —responde él.

África le observa por el rabillo del ojo mientras busca el archivo. El desconocido se trata de un hombre bastante alto de cabello muy oscuro y ojos casi negros. Parece relativamente joven. Tendrá treinta y algunos, supone ella.

—¿Su nombre?

—Óscar Gadea —dice él.

África se ríe sin querer.

—Me refería al de su gato, disculpe.

Entonces, Óscar ríe con ella. Tiene una forma de reír muy atrayente. Varonil y sin estridencias.

—Sí, se llama Solomillo.

África abre mucho los ojos y mira a su nuevo cliente.

—¿En serio? —pregunta divertida—. Qué original... Un amigo mío tiene un perro que se llama Bistec.

De nuevo, Óscar ríe.

—Cuando nació, mi gato, como todos, era un pedacito de carne y mi sobrina pequeña decía que parecía un filete gordito muy mono. De ahí el nombre.

África se derrite ante semejante historia. Desde luego parece un hombre sensible.

—Dime la fecha de nacimiento, por favor —le pide ella.

—Trece de agosto de 2015.

—Vaya, ese día es mi cumpleaños —dice África, muy sorprendida al ver tantas casualidades juntas.

—No es verdad, ¿cómo es posible? —pregunta él muy sonriente—. Entonces felicidades con un mes de retraso, más o menos.

—Gracias —responde ella notando cómo arden sus mejillas.

Termina de rellenar la ficha de Solomillo y enseguida lo pasa a la consulta.

—¿Qué le ha ocurrido? —pregunta África cuando ya tiene a la criatura en la camilla metálica.

—Tiene diarrea, bastante y lleva dos días sin comer —dice él resuelto.

África sonríe y coge un termómetro, después lo introduce en el recto del pequeño gato y espera a que pite. Sí, tiene bastante fiebre. Quizá haya que ponerle un antibiótico, reflexiona ella.

Óscar se ha sentado en una de las alcochadas sillas negras que hay frente a la mesa castaña de la consulta. Lo observa todo con gran curiosidad. Se detiene en los pesados tomos que descansan en las estanterías y después posa sus ojos sobre unas fotos enmarcadas en las que sale la veterinaria rodeada de perros. Tiene otra de un caballo. Sin embargo, le parece extraño que no haya fotos de otras personas. Su novio o marido, si tiene, no está por allí.

Después observa a África del Olmo (eso pone en el pequeño letrero que hay sobre la mesa). Se comporta con el gato como si ella hubiese sido su dueña toda la vida. Rebose amor por el animal, sin conocerlo. Tiene una sonrisa bonita aunque tiene un diente algo mal colocado, algo que le proporciona encanto, desde luego.

Ella vuelve a introducir al gatito en el transportín y se sienta frente al ordenador para rellenar el historial.

Después abre un cajón y saca un taco de recetas. Escribe el nombre del medicamento junto con su dosis y su posología. Arranca el trozo de papel y se lo entrega a Óscar.

—Cada ocho horas. Diez días. Si empeora, vuelve a traerlo —dice ella con una sonrisa.

Óscar se fija sin querer en ese diente que está fuera de su sitio pero que le parece adorable y le dedica una bonita sonrisa a la veterinaria.

—Muchas gracias. ¿Cuánto te debo?

—Ven, vamos a la caja.

África mira el reloj. Las siete de la tarde. Se da media vuelta y mete la cabeza debajo de la almohada. Hacía mucho que no se echaba una siesta de pijama y orinal. Pero es que hoy ha madrugado mucho para limpiar y adelantar toda la ropa que tenía para planchar. Es lo que tiene vivir sola. Tú te lo guisas, tú te lo comes.

Sin embargo, el destino no la deja remolonear mucho más. Suena su móvil.

Lo coge y saluda con un sonido gutural, más propio de un aborigen indígena que de una mujer somnolienta.

—Joder, África qué mal te sienta dormir a estas horas —dice Javier al otro lado del teléfono.

—¿Para eso llamas? —pregunta ella malhumorada.

Ahora recuerda por qué normalmente no se deja caer en la tentación de semejantes siestas, porque suele levantarse aún peor de lo que se acuesta. Tiene el estómago revuelto, sensación de ardor y está mareada. Oh, por favor. No es bueno dormir tres horas después de comer. No, señor. Si la noche existe es para algo.

—No, la verdad es que pensaba ir a pasear con Bistec y era por si te apetecía dar una vuelta por la montaña con tus perros.

África sonrío ante la perspectiva de salir. Pero entonces recuerda que tiene toda la casa desordenada, una lavadora sin tender, un lavavajillas sin colocar

y, sobre todo, la sensación de que una apisonadora la ha aplastado durante la siesta.

—Me encantaría pero tengo mil cosas que hacer en casa... Montaña de ropa sin planchar incluida y además, mal cuerpo. No debería haber dormido tanto.

—¿Quieres que vaya y te hago compañía? A lo mejor te puedo ayudar.

La veterinaria tiene una idea.

—¿Sabes hacer pizza?

Javier se encoge de hombros.

—Es muy fácil —responde él.

—Vale, pues yo pongo el vino y el horno —África cuelga.

Entonces ella se despereza y decide que una ducha con agua tibia puede ser el remedio perfecto para el mal cuerpo que tiene. Camina hacia el baño y se va quitando la ropa, que deja en el suelo tirada para que haga juego con todo el desorden que reina bajo su techo.

—Luego lo recogeré —dice.

Mira la bañera y suspira al saber que no dispone de tiempo suficiente como para darse un largo baño relajante de espuma en compañía de sus cantantes favoritas. Después mira el plato de ducha y la mampara transparente que lo envuelve.

—Tendré que conformarme con esto —dice mientras se introduce en él y abre el agua caliente a la mitad y un tercio de la fría.

Se lava el pelo con una pizca de champú y luego aplica algo de mascarilla para cabellos rizados en las puntas. Se enjabona mientras tanto y después se aclara. Todo deprisa, sin disfrutar especialmente del agua que relaja sus músculos ni del sonido que hacen las gotas al salir disparadas hacia la mampara.

No tiene tiempo.

Sale con el pelo chorreando y deja un reguero de agua por las baldosas hasta que se lo envuelve en una toalla. Camina de vuelta a la habitación enfundada en su albornoz y selecciona ropa interior limpia y un chándal negro que le queda bastante bien y además es muy cómodo. Ya vestida, se quita la toalla de la cabeza y peina su cabello, aún húmedo. Después lo deja secar al aire. Baja las escaleras y observa la montaña de ropa que tiene sobre el sofá. Abre la tabla de planchar y enchufa la plancha.

Se acabó vagupear.

Javier mira el teléfono con perturbación. ¿Por qué ha dicho que hacer pizza es fácil? Hombre, es fácil la pizza que se mete tres minutos al microondas y sale cocinada. Pero África ha mencionado la palabra: horno. Recuerda que de pequeño siempre vio el horno como un reloj más de la casa y cuando creció, el horno se convirtió en el cronómetro más eficaz que le hacía ponerse las pilas por las mañanas. Recuerda los pequeños números rojos iluminados. Odiaba cuando pasaban de las 7:45. Eso significaba que iba a llegar tarde ese día.

Sin embargo, más allá de estas anécdotas, el horno nunca había sido representado por su mente como una herramienta para cocinar y mucho menos pizza.

—Bueno, si he aprendido a poner la lavadora, podré usar el horno. Sé utilizar un ordenador, un ipad, hasta sincronizo mis zapatillas con mi teléfono para medir la distancia que corro... No puede ser tan difícil usar el horno.

Entonces, como en toda persona nacida después de la invención de Internet, se le enciende una bombilla en la cabeza.

—¡San Google! —exclama.

Coge su Ipad y escribe en el buscador: receta pizza horno fácil tontos.

Para tontos, quiere decir. O para gente que no está acostumbrada a usar el horno. Lee una de las entradas que aparecen en primer lugar. Entonces descubre que puede utilizar la base de la pizza prehecha y sobre ella añadir los ingredientes que le apetezca. Pues sí, no parece difícil. Escoge una receta de pizza vegetariana y se apunta en una lista los ingredientes.

Por suerte, en Villafranca hay un súpermercado, que es pequeño pero abre hasta las ocho. Mira el reloj. Las siete y media.

Va a tener que correr.

A las ocho y cuarto África mira el sofá. Sólo queda una camiseta. Está arrugada, y echa un higo, igual que su espalda de tanto planchar. La mira y una sensación súbita de pereza se apodera de ella. Si total, es una camiseta más.

La última. Un trapillo que tardaría veinte segundos en planchar. Pero, madre mía, qué pereza.

—Ahí se va a quedar —concluye triunfal, como si hubiese logrado ganar una especie de rebelión.

Agarra la plancha y la desenchufa. La deja sobre la mesita baja y después dobla la tabla de planchar y la guarda en su sitio. Con la camiseta arrugada en la mano, sube las escaleras hacia su habitación y allí extiende la prenda sobre la silla.

De pronto, suena el timbre. Ya estaba tardando en llegar, piensa África.

Los perros, que hasta aquel momento habían estado tranquilamente dormitando repartidos por el salón, se yerguen en guardia y comienzan a ladrar como si trabajaran para Securitas Direct.

—¡Vale! ¡Ya está bien! Es Javi, ya lo conocéis... —les dice África, aún sabiendo que sus palabras van a caer en saco roto.

La veterinaria abre la puerta y Javier observa el curioso atuendo deportivo de ella.

—¿Sigues limpiando? —pregunta él con una sonrisa.

Va cargado de bolsas. África se hace a un lado para dejarlo pasar y éste camina directo a la zona de la cocina. Ya conoce a la casa y a la dueña lo bastante bien como para abrir la nevera sin preguntar y localizar los refrescos sin el menor tipo de problema.

—Acabo de terminar —dice ella—. Veo que has traído para hacer pizza. Mi horno funciona... Pero el temporizador está roto y cuenta mal el tiempo.

Javier comienza a sudar frío.

—Creo que podrías haberme avisado antes.

África se ríe ante la expresión horrorizada del médico.

—Bueno, puedes poner el temporizador en ese maravilloso Iphone que tienes.

—Este maravilloso Iphone que tengo —dice sacándose el aparato del bolsillo y mostrándoselo a África—. Tiene una mierda de batería que se acaba a las dos horas de cargarlo.

—Eres un quejica —dice ella—. Venga, vamos a cocinar que tengo hambre.

África se acerca a la encimera y va sacando de las bolsas los calabacines,

el pimiento verde, tomate, la masa precocinada...

—Pon a precalentar el horno, Javi —le dice ella al médico.

Éste se agacha frente al aparato y lo reta con la mirada. No puede ser tan difícil. Tiene un par de roscos que parece que se giran. Uno es el del tiempo y otro el de la temperatura. Leches, hay un tercero que tiene como rayas, arriba, arriba y abajo... Odia el horno.

Resopla y selecciona una temperatura de doscientos grados, después pone el temporizador media hora (total, como funciona un poco mal... Para asegurarse de que caliente). Al ver que el chisme no se enciende mira el tercer roscos con sospecha. Quizá sea... Lo gira y selecciona el que da calor desde abajo y desde arriba. Entonces, la luz del electrodoméstico se enciende y se empieza a oír el tic tac distorsionado del temporizador roto.

Javier se autoaplaude mentalmente a sí mismo. "Soy un crack", piensa él orgulloso de su hazaña.

África, mientras, ya ha extendido la masa y ha picado casi toda la verdura. Dios mío, qué rápida es.

—Eh, eh, espera. Eso lo iba a hacer yo —se queja él mientras se sitúa a su lado.

Ella lo mira, divertida. Pero entonces, la sonrisa desaparece al darse cuenta de lo que el pobre médico tiene el ojo.

—Oh, Dios, Javi. ¿Cómo no te había visto eso antes? ¿Te duele?

—Es sólo un orzuelo —dice él, recordando la llave de la anciana empapada de saliva en su ojo.

Le recorre un escalofrío. Con suerte, no se le infectará el párpado.

—Tengo un buen remedio para eso —dice la joven.

A Javier se le encogen las entrañas.

—Si tiene que ver con chupar una llave y restregármela por la conjuntiva, olvídalo —se adelanta él.

África lo mira extrañada.

—¿Chupar una llave? No entiendo nada. Espera voy a por una cosa.

Al momento, regresa con un pequeño cojín que cabe en la palma de su mano.

—Son semillas que se calientan en el micro —dice ella mientras introduce

el cojín en el microondas.

Lo pone un minuto. Después lo saca y se acerca a Javier. Se pone de puntillas para llegar a su cara y muy cerca le dice:

—Cierra los ojos, vas a notar alivio muy rápido —dice ella.

Él hace caso mientras la veterinaria posa con sumo cuidado el saquito de semillas caliente sobre el párpado inflamado. Javi siente un agradable cosquilleo en la mejilla producido por el calor que desprende el pequeño cojín.

—Sujétalo tú —dice África—. No aguanto de puntillas todo el rato.

Entonces el médico percibe el suave aroma a vainilla que desprende el cabello de ella y se le acelera el pulso. Lo cierto es que, desde que habían dormido en el todoterreno hacía ya bastante tiempo, no había vuelto a tenerla tan cerca. Bueno, sin contar el incidente de la meningitis, claro.

Él agarra el saquito y deja que África se aleje.

—Te va a bajar la inflamación, ya verás —dice ella sonriente.

Javier quiere decir algo, pero su mente está bloqueada. En su cerebro solo flota una nube de olor a vainilla con forma de rizos oscuros.

La veterinaria lo mira preocupada.

—¿Estás bien?

El médico despierta. Sí, está fenomenal. Mejor imposible.

—Sí, sí. De maravilla. Se nota muchísimo la cosa esta —dice de carrerilla.

Metan la pizza en el horno y mientras se hace se sientan en el sofá y hoy, por primera vez, dejan la cerveza y abren una botella de vino.

—El vino va mejor con la pizza, me gusta más —dice él.

África sostiene su copa medio llena, lo huele. Se trata de un vino tinto muy suave, como a ella le gusta. Deja caer su espalda sobre el sofá y sonrío. Por fin se sienta, lleva toda la tarde sin parar.

—Gracias por venir —dice ella—. Me gusta hablar contigo.

Javier la mira sorprendido por semejante confesión. Aunque no sabe de qué se asombra puesto que llevan bastante tiempo pasando las tardes juntos. Pasean, ella le ayuda a educar a Bistec y él la invita a cenar verdura cocida casera y filetes a la plancha cuando se hace tarde.

África no sabe si es por el vino, pero se siente inusitadamente cómoda. La

enternece ver a Javi con el saco de semillas en el ojo y con la copa de vino en la otra mano. De pronto le asalta una sensación de paz desconocida para ella. ¿Qué es? Será que flota en el ambiente, piensa. Ese sentimiento de no necesitar nada más, ahí sentada con él, hablando de todo y de nada, con una pizza en el horno y un orzuelo en su ojo. Como si se conocieran de siempre. Los ojos azules de él la observan de una manera especial hoy, como si por fin, hubieran encontrado su casa. Un refugio.

Javier, por otro lado, nota cómo su párpado se va relajando. Le molesta menos. Da un sorbo al vino y después respira pausadamente. África está en silencio, pero no le incomoda en absoluto. Ambos son capaces de estar minutos sin mediar palabra y no sentirse fuera de lugar. La mira, hoy está muy guapa. Lleva el pelo recogido en un moño desaliñado y un chándal arrugado que tiene un lamparón de grasa que probablemente no salga ni con el detergente más agresivo del mundo. Se sonríen.

Ella con su mancha de grasa y él con su orzuelo. Qué escena.

—Ayer llamó mi madre —dice Javier—. Sólo quería saber qué tal estoy.

África se inclina hacia él mostrando interés.

—¿Y qué le dijiste?

Javi se encoge de hombros.

—Que estaba bien pero que no podía hablar porque estaba pasando consulta. Así que nos despedimos y colgué.

—Javi... —dice ella acercándose a él.

Sin darse cuenta de lo que está haciendo, África se apoya sobre el regazo de él y lo abraza de tal manera que el brazo del médico queda sobre los hombros de ella.

—Ya, ya lo sé. No puedo evitarla siempre... Pero me siento tan... No merezco que me quiera ni que se preocupe por mí.

A África se le empañan los ojos y no sabe si es por las palabras de él por el tono frío e inexpresivo con el que las ha pronunciado.

—Ya ha perdido a un hijo... No le quites tú al otro —dice ella.

—Si supiera lo que pasó de verdad, ella preferiría perderme de vista.

—No lo creo. Mi abuelo decía que los hijos son como los dedos de una mano: te duele igual si te cortan uno, que si te cortan otro.

Javier abraza con más fuerza a la veterinaria y ésta cierra los ojos, disfrutando del contacto. Asombrada, se encuentra a sí misma deseando que aquel momento no se acabe nunca. Que dure para siempre. Y, al percatarse de eso que está creciendo dentro de ella, se agolpan un montón de pensamientos alarmantes en su cabeza que trata de reprimir, al menos, durante unos segundos más.

Bastantes segundos más, de hecho.

Lo cierto es que Javi está tan agusto con ese menudo cuerpo entre sus brazos, que se deja caer sobre el respaldo del sofá y apoya su barbilla sobre el cabello negro rizado que huele tan bien.

Los dos saben que algo está ocurriendo pero guardan silencio y dejan el tiempo pasar. Se encuentran demasiado a gusto juntos como para hacer caso a todas esas excusas que, nadando en su mente, tratan de perturbar el momento.

Pero entonces, empieza a oler a quemado, a pizza quemada, en concreto.

—¡Mierda! —salta África—. ¡Se nos ha olvidado poner el temporizador del teléfono! El del horno está roto.

Ambos se levantan del sofá rápidamente. La veterinaria apaga el horno y lo abre. Javi, con la ayuda de una manopla y un paño saca la bandeja y la pone sobre la vitro.

La pobre masa tiene los bordes calcinados y las rodajas de calabacín se han convertido en alquitrán para asfaltar carreteras.

El médico empieza a reírse y África le sigue.

—Hay gazpacho en la nevera... —dice ella—. Aunque la verdad, ya no tengo mucha hambre. Quizá haya sido por el vino.

Lo cierto es que se está poniendo nerviosa. Nota que le sudan las manos y tiene el pulso un pelín desbocado. Trata de respirar profundamente pero a media inhalación le brinca el corazón y le fastidia el intento de controlar su sistema nervioso autónomo. Que vive Dios que es autónomo, porque va completamente por su cuenta.

—Sí, tal vez —dice el médico, que mira el reloj porque le da vergüenza mirarla a ella—. Se ha hecho tarde, mañana tengo que pasar consulta... Ya sabes, madrugar...

África sufre una desilusión completamente inesperada, pero disimula y sonrío. Aunque, en su interior, no comprende las prisas que le han entrado a

Javi por desaparecer de su casa.

—Sí, que si no te vas a quedar dormido delante de tus pacientes y no es plan... —responde.

Javier coge su móvil y lo mete en el bolsillo de su pantalón. Después se pone la cazadora y se despide de la veterinaria con un adiós tan frío que a ella casi le entran ganas de llorar. Casi.

Algo ha pasado. Pero ninguno de los dos sabe qué. Ni si es bueno, o no.

Deben de ser las tres de la mañana, o las cuatro. El silencio de la madrugada es capaz de perforar los oídos de los insomnes como si fuera mil veces peor que una taladradora a las doce del medio día.

Javier ha tenido una pesadilla y ahora es incapaz de pegar ojo. Bueno, ahora que lo piensa fríamente tampoco ha sido un sueño horroroso, es lo esperable que ocurra en el futuro, sólo que tal vez, en el sueño se han distorsionado sus emociones. Sí, debe ser que estaba alterado.

Lo repasa una y otra vez. Recuerda cada imagen con una nitidez tan precisa que parece que haya estado viendo una película.

Primero se miró las manos y las vio arrugadas y llenas de manchas seniles. Claramente era un anciano en el sueño. Caminaba despacio, por una de las callejuelas de Villafranca, cuando un niño pasaba a su lado corriendo.

—¿A que no me pillas, abuela? —decía risueño.

Entonces, ante él aparecía una mujer, también anciana, pero bella a fin de cuentas. Una África en la última época de su vida le sonreía.

—¿Qué tal Javier? ¿Cómo lo llevas?

Él iba a contestar cuando aparecía otro anciano al lado de ella y la cogía de la mano. Su marido. Entonces, aterrado, volvía a mirarse las manos, viejas y sin esperanzas y lloraba.

Y así está ahora, sentado en su cama, a las tres o cuatro de la madrugada, con el silencio desgarrándole los sentidos y los ojos abiertos de par en par.

Y no es para menos, se ha enamorado cuando se había prometido a sí mismo envejecer solo para así mitigar su dolorida conciencia.

Quizá esta sea la mejor manera de redimirse, piensa él, sufriendo por todo el sufrimiento que él ha causado a terceras personas.

Sin embargo, se propone, por el momento, alejarse de la veterinaria, porque corre el riesgo de quebrantar la promesa.

Capítulo 19

Bistec está hecho un ovillo encima de la cama, con la carita apoyada sobre el brazo extendido del médico, que, aunque pretende dormir, no lo consigue. Juraría que lleva ya dos semanas sin pegar ojo. Lo nota cada vez que se mira en el espejo y ve sus marcadas ojeras... Como si se hubiese ido de fiesta durante cuatro noches seguidas. Pero nada más lejos de la realidad.

África cierra la puerta de la clínica con llave y le da la vuelta al pequeño cartel, indicando así que ya está cerrada. Mira el reloj. Son las dos y media. Recuerda que dejó un táper con guisantes en la nevera anoche, así que sólo tendrá que hacerse una tortilla para completar el menú.

Sube las escaleras, saliendo de la clínica y entrando en su salón. Los perros la siguen por la casa meneando el rabo. Ella les dedica unos minutos, les acaricia y les dice cosas bonitas. Después les sirve a cada uno su ración de pienso en sus respectivos platos y llena el más grande con agua fresca. Entonces mira el móvil. Decepcionada y cabreada, ve que no hay ningún mensaje.

Ayer le escribió a Javi porque había comprado un peluche muy mono para Bistec y tenía intención de llevárselo y así intentar arreglar eso que debió de romperse hace dos semanas cuando estuvieron abrazados en el sofá.

Pero Javi dijo que estaba muy ocupado y que ya se verían en otro momento. Lleva evitándola ya muchos días. A la basura el maldito peluche. O para Sol y Luna, que adoran los juguetes. Boomer pasa de todo lo que no sean pelotas y Rey... El mejor juguete de Rey es una buena cuerda para morder.

—Quizá piense que he intentado ligar con él... A lo mejor invadí su espacio... —dice ella, reflexionando en voz alta—. Pero nadie le obligó a cogerme con fuerza y a olerme el pelo...

Se desploma en el sofá, sin ganas de freírse la tortilla ni de comer guisantes. De nuevo, repasa en su mente cada segundo de aquel abrazo. Fue de

lo más inocente. Ella sólo quiso reconfortarle. Le tiene aprecio, es todo. Y además África es sensible y, por tanto, no le gusta ver sufrir a la gente. Y menos a la gente que aprecia. Y como a Javi le aprecia, pues le abrazó...

—No entiendo nada. Lo más probable es que se haya dado cuenta de que no le gusta y no quiere que me haga expectativas. Pero yo tampoco quiero salir con él... Sólo quiero recuperar lo que había antes. Estábamos a gusto... —dice.

No sabe por qué está hablando en voz alta. Podría pensarlo y ya está. Sin embargo, cuando oye su propia voz, con su entonación y sus pausas, se da cuenta de cómo se siente.

Dolida.

Ya desde el primer momento tenía que haberse dado cuenta de que el médico no era una persona muy cuerda y equilibrada. Es de esa clase de personas que por su inestabilidad hace sufrir a los que le rodean.

—Sólo fue un abrazo... No le he pedido matrimonio, ni salir, ni nada... ¿Una amiga no puede abrazar a un amigo? —pregunta indignadísima—. Por el amor de Dios, ¡ha salido huyendo como si le hubiese dicho que estoy embarazada!

Frunce los labios. Capullo. Idiota. Creído de mierda.

Ahora gruñe.

Bah, si con razón no tiene novio. No entiende a los hombres.

Bueno, a los que entiende, le parecen previsibles y aburridos y a los que no entiende, no los soporta. La exasperan. Y ahora es cuando África, comienza a reflexionar sobre el misterio de la mente masculina.

—A ver, los hombres son personas. Sí, son personas. Algunos parecen un poco animales, pero en el fondo, son personas. Y las personas quieren amor. Pero por otro lado, los hombres también se dejan llevar por... El pito. Sí, por el pito —gesticula con las manos rápidamente, como si le estuviera dando una conferencia a las cuatro pobres criaturas caninas que la escuchan—. Sin embargo, Javier no parece pensar con el pito. O sea, tuvo una temporada en la que el pito pensaba por él. Pero ahora, con la culpabilidad que siente, se supone que ha tenido una especie de "despertar espiritual" y está buscando llevar otra clase de vida. ¿Por qué iba a asustarse de un maldito abrazo? No me he insinuado. No... Ah. Mierda de capullo asqueroso. ¡Que le folle un pez! ¡Un avestruz! Un avestruz violador gigante... —farfulla ella por lo bajo, estrechando los párpados y mirando agresivamente hacia su entorno.

Rey la mira, asustado. Para ser un perro, ha entendido demasiado bien la última frase. Fin de la reflexión. Conclusiones existenciales: los hombres que piensan con el pito son previsibles y los hombres que ya no piensan con el pito son un coñazo.

Conclusión última y final: bah.

África se da cuenta de que está desvariando. Si sigue tirando de ese hilo mental, sus pensamientos van a seguir una línea peligrosa para su salud. Así que lo más sensato es cortar el hilo por lo sano y ocupar su cabeza en otra cosa.

La veterinaria mira por la ventana. El cielo azul turquesa está salpicado de diminutas nubes blancas, de esas que llaman de evolución, y el sol se encuentra aún lo bastante alto. Mira el móvil: veinte grados. Quizá, sea un buen momento para cabalgar por la montaña y dejar que el viento se lleve el mal rollo general que tiene en el cuerpo.

Pan avanza al trote con tranquilidad. Conoce las piedras del sendero casi tan bien como la amazona que lo monta. África nota cómo el olor a bosque relaja sus sentidos mientras algunos pájaros cantan de fondo alternándose con un apacible silencio. Podría vivir así siempre. Hasta que fuera demasiado vieja y no pudiese cabalgar, entonces sus paseos se reducirían a ir al centro de salud a buscar recetas y...

—¡Oh, mierda! —dice al visualizar la cara de Javier, más viejo, pero aún siendo el médico de Villafranca.

Después la veterinaria suspira aliviada: en ese pueblo ningún médico suele durar demasiado. No se jubilará trabajando allí, desde luego.

—Ya basta —se dice a sí misma con la intención de apartar al doctor del Pozo de su cabeza.

Continúa su ascenso por el camino de tierra con la intención de llegar a un mirador que hay en lo más alto. No suele subir allí muy a menudo, sólo cuando necesita desconectar y replantearse la vida. Y parece ser que está viviendo uno de esos momentos.

Cuarto de hora más tarde, los árboles dan paso a la fina hierba y el paisaje se abre ante los ojos de ambos. Unas barandillas de madera se adivinan al

fondo de la explanada, hacia donde África se dirige.

Cuando las vistas indican que ha llegado al lugar correcto, desmonta a Pan y anuda las riendas a uno de los troncos que forman el mirador. Después, apoya sus codos sobre la madera y se inclina hacia delante. Deja su mirada vagar por el paisaje hasta hacerse uno con él, de tal manera que sus pensamientos desaparecen y su mente se vuelve sedosa y tranquila, como los prados verdes que se extienden ante ella, ondulantes sobre las curvas laderas de la cordillera y parcialmente cubiertos por algunas nubes bajas. Sin querer, se le llenan los ojos de lágrimas. Y llora.

Llora en silencio, emocionada por poder contemplar algo tan bonito. Ese paisaje, piensa ella, siempre ha estado allí, está y estará y sobrevivirá a todas las experiencias buenas y malas de la gente que habita los pueblos que se vislumbran desde allí. Por eso le relaja tanto contemplar aquellas vistas: porque siempre serán igual de bonitas, pase lo que pase, gane quien gane las elecciones, muera quien muera, nazca quien nazca y lllore quien lllore. Las montañas siempre le ofrecerán a todo aquel que las conozca, un pedacito de felicidad, un rincón tranquilo y maravilloso en lo alto del terreno hasta donde, por suerte, no alcanzan a llegar los dramas.

África da un respingo y se enjuga las lágrimas con la manga de su chaqueta. Se siente sola. Tiene amigas, sí. Pero ella decidió alejarse. Las dejó en Madrid y con algunas habla de vez en cuando. Porque ellas la llaman... Pero ya están dejando de llamar. Lógico, no obtienen mucha respuesta de la veterinaria, que se ha enfrascado en su pequeña y reducida rutina de Villafranca y parece no querer saber nada más del mundo exterior.

Ella sabe que cuando descubrió lo de su madre, algo en su cabeza se rompió. O más bien, en su alma. Pero no entiende por qué, si en el fondo, se lo imaginaba.

Su padre trabajaba mil horas al día, y quien sabe si también tendría alguna aventura. En casa había mucho dinero para todos y ninguna clase de tiempo en familia. Tanto ella y su hermano habían crecido siendo criados por diversas niñeras. La adolescencia la pasó llena de granos, con brackets y poco éxito entre los chicos (ahora que lo piensa, afortunadamente). Una de sus amigas se quedó embarazada con dieciséis años. Otra se quedó con un corazón roto. Y ella, con las ganas.

Sin embargo, África siempre tuvo a alguien a quien contar las cosas y de quien tomar ejemplo: su abuelo. Él era su guía, su orientación. Siempre le

daba consejos con cariño y sabiduría. Jugaban juntos a las cartas. Su abuelo le daba todo lo que una persona que te quiere te debe dar: una parte de su tiempo.

Otra lágrima se desliza por la mejilla de África: recuerda cuando se murió. Era lógico: se trataba de un hombre mayor y es ley de vida... Pero no por ello menos triste.

Cuando faltó su abuelo y descubrió que su madre tenía un lío... Quiso alejarse de todo. Además, estuvo a punto de empezar a salir con uno de los "pretendientes" que su progenitora escogía para ella. "Necesitas un hombre que se gane bien la vida y te tenga como una reina".

—Total, para acabar poniéndole los cuernos... No. Prefiero estar enamorada y confiar plenamente en la persona con la que decida compartir mi vida...

África no sabía cómo, siendo su abuelo como era, su madre había llegado a convertirse en una mujer extremadamente superficial y materialista. Y su padre... ¿Qué iba a decir? A su padre ni lo conocía. Bueno, sí sabía quién era, lo veía a la hora de la cena, intercambiaba algún "buenas noches" o "buenos días" con él y poco más. Si era inteligente, tonto, amable, irritable, bueno, malo, íntegro, sabio... No lo sabía. Lo único que sabía de él era que había emitido un espermatozoide que ganó la carrera y se convirtió en África.

Y ahora piensa en Javi.

—Pobre —dice ella refiriéndose al médico—. Está claro que no hay nadie que no tenga alguna clase de drama a sus espaldas.

Saca un pañuelo del bolsillo y se limpia las lágrimas de la piel. Y cree que ya basta de desahogarse por hoy. Ya que en el fondo es feliz: ha elegido la vida que quería desde pequeña: vivir en la casa de su abuelo, en el pueblo, rodearse de animales y seleccionar cuidadosamente a las personas que deja entrar en su vida. No vaya a ser que... En fin.

Cuando está a punto de montarse de nuevo sobre Pan, siente una presencia a su lado.

—Hola —saluda Óscar.

—Hola, qué casualidad —dice ella, esperando que el dueño de Solomillo no se haya dado cuenta de que estaba llorando.

Óscar sonrío.

—Sí, estoy explorando la zona. Soy escritor y estoy buscando un entorno

pintoresco para mi próxima novela —dice él.

África abre mucho los ojos, sorprendida.

—Vaya, qué profesión más bonita. ¿De qué va a ir la historia? —pregunta ella, cada vez con la voz más firme.

Óscar se rasca la cola de la ceja y respira hondo.

—Intento cambiar de género. Hasta entonces estaba muy enfrascado en la novela negra... Pero ahora quiero escribir algo más contemporáneo, espiritual... Algo que transmita paz. Quizá sea porque yo necesito un poco de tranquilidad —se ríe y África se siente muy identificada con esas palabras.

—Ya somos dos. El mundo puede estar cayéndose a tu alrededor, pero si tu conciencia está en paz, puedes encarar la vida de otra manera —responde la veterinaria pensando en el médico y en su bucle de autolamentación.

Óscar la mira fijamente.

—Sabias palabras —dice él—. Pero la paz de espíritu es un bien escaso. Nuestros pensamientos buscan constantemente la manera de perturbarnos. O la vida misma...

África esboza una sonrisa divertida.

—Aún no me has dicho de qué va a ir tu historia —insiste ella.

—De un niño —dice él—. No hay nada más inocente que un niño. Un niño de entre siete u ocho años que interpreta la vida como un juego. Su mejor amigo es un perro que lo sigue a todas partes.

—Es precioso —opina África.

—Gracias —responde Óscar con una sonrisa sincera—. Por cierto, Solomillo está mucho mejor. Sus cacas ya no son líquidas.

El escritor se ríe y África con él. Finalmente, ella decide que ya es hora de volver a casa y se despide amablemente.

—Espero volver a verte por el pueblo —dice él.

—Igualmente —responde ella antes de hacer trotar a Pan.

Óscar ve alejarse a la veterinaria y piensa que se trata de una mujer compleja e interesante de conocer en profundidad. Como todo buen escritor, analiza y desmenuza las personalidades de la gente de su alrededor para poder luego, cogiendo cosas de aquí y de allá, crear sus propios personajes.

África sube la cuesta arriba que atraviesa Villafranca hasta llegar a su acogedora casita blanca. Ya desde varios metros de distancia, puede ver la silueta de un coche oscuro aparcado frente a la verja. Nerviosa, acelera un poco el ritmo de Pan.

—¿Rafa? —se pregunta en voz alta.

Porque si no, ¿quien iba a ir a verla a aquellas horas en un coche así...?

Un hombre baja del asiento del conductor y a África casi se le para el corazón.

Su hermano.

Nunca estuvieron muy unidos. Así que si está aquí, es que hay un motivo especial que lo ha traído.

—Afri —dice él a modo de saludo—. Tenemos que hablar.

Ella lo observa desde lo alto mientras acaricia las suaves crines del caballo. Manuel del Olmo, el gran médico, el orgullo de su padre y el ojito derecho de su madre. Tiene el pelo tan oscuro como África, pero los ojos son grisáceos y algo más pequeños que los de su hermana. Viste una camisa y unos pantalones chinos claros. Tan elegante como de costumbre.

Desmonta a Pan y entonces mira a Manuel desde abajo. Es increíblemente alto. Lo era ya con doce años.

—Ven, vamos dentro —dice, guiándolo hacia la casa—. Voy a dejar a Pan en el establo de fuera.

Mientras África se encarga de dejar a su caballo bien atendido, se da cuenta de que su hermano lo observa todo con bastante curiosidad. Los cuatro perros se han acercado a olerle, pero no le ladran. Sin embargo, Manuel se muestra indiferente con los animales, está ocupado analizando la fachada principal.

—La has reformado —concluye él.

—Sí, lo necesitaba —responde África.

Es la primera vez que su hermano la visita desde que vive en Villafranca. Ella abre la puerta de la entrada y hace pasar a Manuel, dejando a los perros fuera, en el jardín.

—Siéntate si quieres —dice ella fríamente.

Pero Manuel decide pasearse con total libertad por el salón y la cocina, observando minuciosamente cada detalle.

—Te ha quedado muy bien la casa —comenta él antes de tomar asiento en el sofá.

—¿Quieres un café o una infusión? Quizá un refresco —le ofrece África.

Manuel declina la oferta con educación y le hace un gesto a su hermana para que se siente junto a él. Su semblante serio no augura nada bueno.

—¿Qué ocurre? —pregunta ella en un aterrado susurro.

—Hace dos semanas, nuestro padre se empezó a encontrar un poco mal. Le molestaba el estómago, malas digestiones...

—Sí, sigue.

Manuel asiente con la cabeza.

—La semana pasada le subió la bilirrubina por las nubes, se puso de color amarillo, según me ha dicho mamá. Así que lo llevaron a urgencias de su propio hospital, ese que no está muy lejos de aquí.

África se sonroja. Sí, sus padres viven en la ciudad más cercana desde que a él lo nombraron director médico. Justo donde ella estuvo ingresada hace no mucho por aquella meningitis que Javi le diagnosticó. Y, pese a ello, no ha les ha hecho ninguna visita todavía.

Tampoco ellos se han molestado en ir a ver a su hija.

—La bilirrubina... —dice ella, instándole a seguir y temiéndose lo obvio: una mala noticia.

—Lo ingresaron y le hicieron una eco, un tac, analíticas con marcadores tumorales... Una gammagrafía ósea de todo el cuerpo y un PET —termina Manuel del Olmo.

África dice lo que su hermano tiene en la punta de la lengua.

—De páncreas, ¿verdad?

Manuel afirma moviendo la cabeza. La veterinaria se deja caer sobre el respaldo del sofá y cierra los ojos. Respira hondo, mareada. Bueno, tiene setenta años. Ha vivido una vida larga. No tan larga como otras... Pero larga.

Quiere llorar pero no le salen las lágrimas. Abre los ojos de nuevo, pero los cierra inmediatamente. Todo le da vueltas.

—Están en casa, por si quieres ir a verles. Le están llevando los de

paliativos a domicilio.

África encoge las piernas y abraza las rodillas. Busca en su mente algún recuerdo de la infancia con su padre. Son pocos, pero alguno hay. A la veterinaria le sorprende cómo su padre, cuando ambos (Manuel y ella) eran niños pequeños, les dedicaba más gestos de cariño: sonrisas, abrazos, atención... Después todo eso fue disminuyendo y transformándose en exigencias para que sus hijos se convirtiesen en potenciales versiones de sí mismo.

No obstante, una tierna imagen de un hombre enseñándole a utilizar el yoyó a una niña de siete años que se hacía un lío con la cuerda del juguete sirve como detonante para una explosión de llanto.

—¿Se puede saber por qué lloras? —pregunta Manuel fríamente—. Tengo entendido que todo lo que tiene que ver con nuestros padres te es indiferente, al menos eso dice mamá.

África mira a su hermano con los ojos empañados. Lo ve distorsionado por la humedad de sus párpados. Pero aún así intuye la expresión de reproche en su rostro.

—Para ti es fácil estar con ellos: hiciste todo lo que se esperaba de ti. Estudiaste medicina, te casaste con una mujer con patrimonio y les hiciste la pelota a más no poder. Además, no sabes lo que yo sé.

Manuel se ríe.

—Tú siempre fuiste un bicho raro. Pero ya dice mamá que no se le pueden tirar perlas a los cerdos.

Esa frase irrita profundamente a África, pero ésta se contiene. No merece la pena.

—Tú sabes que mamá le pone los cuernos a papá, ¿verdad?

Manuel resopla con suficiencia, molesto por la obviedad.

—Pues claro. Y papá también. ¿Qué quieres? Llevan muchos años casados. La chispa se pierde. Se aburren el uno del otro. Hasta yo echo canas al aire de vez en cuando.

África abre mucho los ojos.

—¿Qué? Si no estás bien con tu mujer solúcnalo o divórciate pero no lo hagas eso.

—¿El qué? La tengo cariño. Estamos a gusto. Pero la carne es débil.

África, tienes una visión del mundo irreal, lo ves todo de rosa y la vida no es así.

La veterinaria se levanta del sillón enfurecida.

—¿Y cómo es la vida? A ver, explícamelo. ¿Qué sentido tiene casarse con alguien si sabes que vas a ser infiel al año de matrimonio por que estás aburrido? Eso no es amor, es conveniencia, es sexo, es aburrimiento... Es otras cosas pero no amor.

Manuel se ríe.

—Tú sabes mucho de amor, digo. Por todos los novios que has tenido, ¿no? Venga, lo único que quiero es que dejes de culpabilizar a nuestros padres por algo que es mucho más común de lo que te crees.

—No les culpabilizo. Simplemente me alejo de mis padres porque no quiero esa vida para mí. Y por desgracia, ellos sí. Si fuera por mamá ahora estaría casada con un hombre rico de esos que se van de putas todos los fines de semana.

—Ella te diría que te enrollaras con tu monitor de tenis y solucionado — responde Manuel medio en broma, medio en serio.

África observa a su hermano y siente que entre ambos hay una brecha muy profunda respecto a la visión del mundo. Respecto a todo, más bien.

—No nos vamos a poner de acuerdo. ¿Cuánto tiempo han dicho que le queda a papá?

—Un mes, como mucho — responde Manuel.

África asiente.

—Iré a verles — dice ella.

—Bien, pues que sea pronto. No vaya a ser...

Entonces, su hermano sale de la casa sin despedirse y camina hasta la verja. Se sube en su coche y arranca.

África se queda de pie en el salón, incapaz de moverse. Incapaz de llorar. Incapaz de pensar.

Javier tiene los ojos rojos. Lleva casi dos horas leyendo artículos en su Ipad con la intención de ponerse un poco al día con los nuevos tratamientos y

protocolos de la diabetes. Sin embargo, no se siente muy fino. No presta mucha atención ni tampoco retiene lo que lee. Además, Bistec está todo el rato arañándolo con su patita para que le haga más caso.

—Ya te he tirado la pelota diez veces —le dice el médico a su fiel amigo de cuatro patas.

El perro ronronea como si fuera un gato.

—Está bien, me rindo.

Javier cierra el Ipad y coge al cachorro en brazos hasta dejarlo sobre sus rodillas. Después le acaricia el lomo con delicadeza mientras el animal termina por tumbarse panza arriba sobre él.

—Eres un buen perro —le dice él, imitando a África.

Entonces arruga el gesto y una sensación de inquietud le invade el estómago. Hace ya muchos días que no la ve, y lo peor es que no nota que el tiempo haya obrado ningún cambio en sus sentimientos. Ninguno.

De manera completamente inesperada suena el timbre. Mira el reloj. Son las diez de la noche. Javier piensa que tal vez alguien del pueblo necesite atención médica. No sería extraño porque ya ha ocurrido más veces.

Abre la puerta totalmente desprevenido ante lo que va a encontrarse.

—África —dice él sobresaltado.

Ella baja la cabeza.

—Hola —murmura con la voz tomada de tanto llorar—. ¿Puedo... Pasar?

Javier se hace a un lado para que la veterinaria entre en su casa. Después cierra la puerta y observa con preocupación cómo ella se mantiene de pie, sin moverse, justo delante del sofá. Lleva el pelo recogido con una goma de la que escapan varios mechones rizados. Bistec se acerca a ella moviendo el rabo, pero África ni se inmuta, cosa que hace que Javier se estremezca profundamente.

El médico duda, pero finalmente, se acerca hasta quedar frente a ella. Con un dedo sujeta su barbilla y la obliga a mirarlo a los ojos.

—Oh, Dios... ¿Qué ha pasado? —pregunta él al ver los párpados inflamados y las conjuntivas ensangrentadas.

África va a contestar, pero se apodera de ella otro ataque de llanto.

El médico la atrae hacia sí y la abraza con fuerza, mientras ella solloza

compulsivamente.

—Cuéntame, qué te ha pasado, por qué estás así... —Javier se separa un poco de ella y la mira con tristeza.

África quiere hablar pero no le salen las palabras. Él siente de pronto un gran instinto de protección y la abraza de nuevo, mientras las lágrimas siguen brotando desconsoladamente.

Pasados unos instantes, ella logra recuperar el dominio de sí misma y, antes de contarle a Javier lo de su padre, quiere saber por qué él ha desaparecido todos esos días sin dar explicaciones.

—Javi —comienza ella, mirándole a los ojos—. ¿He hecho algo que te haya molestado? Dime qué hice para que te marcharas de mi casa y no haya vuelto a verte. Somos personas adultas y, si te he ofendido o molestado, me gustaría saberlo para pedirte perdón.

Javier siente que el pulso se le acelera, ¿qué ha hecho África? Nada malo, nada en absoluto. Lo único que ha hecho es ser ella misma y devolverle al médico la alegría por la vida. Él no cree que deba culparla por ello.

—No has hecho nada malo, Afri... Pero eso no es el tema de ahora. Dime, ¿qué ha pasado para que aparezcas aquí, a las diez de la noche llorando en plena crisis nerviosa? Necesito que me lo cuentes... Ven vamos a sentarnos.

Ella asiente, sin fuerzas para insistir en su pregunta. Se deja caer sobre el sofá y entierra el rostro entre sus manos.

Él le acaricia el cabello y un olor familiar a vainilla le inunda los sentidos.

—Mi padre se está muriendo —dice África, así sin más.

Es la verdad. Javier observa la sorprendente fragilidad de la mujer que tiene delante, al igual que le ocurrió cuando la encontró hundida en fiebre cuando tuvo meningitis. África es una mujer que parece muy fuerte, con un carácter tranquilo y una mente lo bastante fría como para no achantarse en momentos tensos. Pero claro, no hay fortaleza sin debilidad y él, como médico, ya debería estar acostumbrado a que todas las personas son delicadas a su manera.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta Javier—. Debe de ser joven si aún es el director médico del hospital.

Ella niega con la cabeza.

—Pasa de los setenta, pero trabaja por gusto y no ha querido jubilarse,

tampoco le han obligado a irse a casa, como a otros.

Su voz está quebrada, rota.

—¿Qué... Tiene? —pregunta él con tacto.

—Cáncer de páncreas diseminado —susurra ella.

Javier guarda silencio, está seguro de que África necesita desahogarse y decide darle tiempo para que organice sus ideas y las exprese en voz alta.

—Mi padre no sabe querer —comienza África—. ¿Sabes? Fue siempre muy amable conmigo hasta que decidí que no quería ser médico como él. Nunca entendió mi buena relación con mi abuelo ni mi pasión por los animales. Según él yo nunca llegaría a nada. Pero, ¿qué clase de padre puede querer a sus hijos en función de lo que éstos consigan en la vida? En el fondo, siempre he esperado que reflexione y me acepte. Sé que no soy como mi hermano, ni tan inteligente ni tan brillante, ni tan guapa y femenina como mi madre. Soy como soy: un maldito desastre que adora a los perros y que le gusta estar sola en un pueblo que no aparece ni en los mapas. Y eso no es malo... No soy una asesina, no les he "deshonrado"... A veces me pregunto por qué mi padre no me quiere. Y ahora que se va a morir... Siento que ya lo he perdido definitivamente...

África comienza a llorar de nuevo mientras Javi la observa con el alma llena de tristeza. Él siempre se sintió querido por sus padres. Le imponían disciplina y normas, pero cuando él necesitaba cariño o una simple conversación, allí estaban. Recuerda una vez en concreto, cuando estuvo un mes entero con la pierna escayolada, sentado en el sofá. Su madre lo acompañó todos los días. Veían películas juntos, jugaban a las cartas, hablaban, y durante ese mes comió macarrones con tomate más veces que en todos sus años de vida juntos. Adoraba los macarrones (aún le gustan).

—No sé qué decir —declara el médico—. Me encantaría poder afirmar sin temor a equivocarme que tu padre te quiere, pero a su manera y que, quizá, él tenga miedo de seas tú quien no le acepte a él... Sin embargo, creo que hay maneras de querer que son infinitamente peores que directamente no querer... Tal vez, debas hablar con él a solas antes de que sea demasiado tarde... A lo mejor, en sus últimos momentos se alegre de tenerte cerca y entonces, sabrás, más allá de lo que te podamos decir los demás, que tu padre te quiere... Aunque sea a su manera.

—Si hubiese sido más lista... Si me hubiese gustado la medicina... Tal vez

me miraría de otra manera —se lamenta África, que, claramente está en bucle.

—Cuando alguien te quiere, África, no importa lo lista que seas o cuanto te guste la medicina. Se quiere o no se quiere. Las condiciones no forman parte del amor en ningún caso —dice Javier muy serio.

La veterinaria deja su mirada perderse entre los muebles del salón. Se siente agotada.

—A mí nadie me quiere así —dice ella de pronto—. Supongo que algún día sabré lo que se siente.

África se levanta del sofá con la sensación de estar aún más sola que antes de entrar en la casa del médico. Él le ha dicho cosas cargadas de sentido común y, que en cierto modo, la han ayudado. Pero ha sido tan frío, tan distante... Si ha perdido un amigo, será mejor que lo asuma cuanto antes, se dice a sí misma.

—Bueno, me alegro de verte Javi —dice ella con una sonrisa mal fingida.

Él, bloqueado pensando en lo equivocada que está la mujer que tiene delante, reacciona alarmado.

—¿Ya te vas? Espera.

Se levanta y la persigue. La agarra del brazo y la mira a los ojos casi con violencia.

—¿Cómo puedes decir que nadie te quiere? Estás muy equivocada. En este pueblo todos te queremos —dice él, tratando de recuperar el control sobre sus palabras—. Seguro que si mañana te mueres, Dios no lo quiera, toda la gente de Villafranca lloraría en tu velatorio.

África entonces suelta una carcajada, completamente inesperada. Es un risa sarcástica y llena de dolor.

—La gente necesita el amor cuando está viva, no cuando está muerta, Javier. Pero bueno, supongo que ahora estoy vulnerable y por eso me siento así —dice ella, tratando de restarle importancia al asunto.

Javier. No ha dicho Javi.

Él la sujeta por los hombros y continúa mirándola.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta África nerviosa.

—Tengo que decirte algo, pero no sé cómo hacerlo —responde él.

—¿Vas a decirme por qué llevas dos semanas evitándome? —pregunta ella

en un susurro.

Él asiente en silencio con la cabeza mientras afloja la presión sobre los hombros de la veterinaria.

—No quiero que te vayas de aquí pensando que nadie te quiere porque es una falsedad. Yo te quiero, te quise desde que me abrazaste en ese puente y me salvaste de mí mismo. Y te quise más aún cuando metiste a tu caballo en mi consulta. Fue lo más genial que me ha pasado en la vida. Y estoy seguro de que te querré siempre y jamás te olvidaré. Eres como una fuente en un desierto, África. Pero yo no tengo derecho a beber de ese agua. Me merezco morir de sed, ¿entiendes? Tengo demasiada culpa y rencor hacia mí mismo como para poder hacerte feliz. Tú mereces a alguien mejor y yo merezco estar solo para purgar mis errores.

África tiene las mejillas llenas de lágrimas, pero esta vez no son por su padre. De pronto comienza a sentir rabia e ira hacia el médico.

—¿Por qué no dices nada?

—Si tu manera de quererme va a ser alejarte de mí, que sepas que me parece una mierda, por mucho romanticismo barato que le quieras añadir a tu discurso —responde ella con la voz temblorosa.

Javier acepta sus palabras con resignación. Sabe que no va a ser fácil. Pero África parece no darse por vencida. Se pone de puntillas hasta quedar muy cerca de su cara.

—Lo que pasa es que eres un egocéntrico incapaz de salir de su propio sufrimiento. A veces, flagelarse se convierte en un acto casi adictivo. Y tú no puedes vivir sin ello.

—No me hables así, te lo pido por favor —dice él—. Cada uno afronta las desgracias como puede, África. Tú te sientes sola y yo me siento culpable.

—¡Pues me parece una mierda! —grita ella fuera de sí.

Entonces le pega un puñetazo suave en el pecho.

—Te odio —dice África llorando—. Te odio mucho.

El médico sujeta los puños de ella antes de que lo sigan golpeando.

—Chsss... Tranquila, tranquila.

La abraza y le acaricia los mechones sueltos. La nota llorar y escucha con impotencia los sollozos. Después, ella se separa ligeramente, pero el médico no la deja alejarse más. Se acerca y sus narices chocan mientras las

respiraciones de ambos se sincronizan en un mismo ritmo. La besa, justo lo que se prometió a sí mismo que no haría bajo ningún concepto.

Pero cómo va a soportar no beber agua de la única fuente que hay en su desierto. Eso es algo que no se le puede pedir a ningún hombre.

Capítulo 20

A no ser que ese hombre esté decidido a morir deshidratado en las arenas del Gobi sólo para castigarse a sí mismo.

—Espera, para —dice Javi al separarse bruscamente de la veterinaria—. Es mejor que no empecemos esto.

África lo mira muy confundida. Está tan alterada que todo lo que hay a su alrededor le parece absolutamente irreal.

—¿Qué...? —pregunta ella con un hilo de voz—. Es demasiado tarde, ya lo hemos empezado —susurra a la vez que se hace consciente.

Sí, piensa él. Ya lo habían empezado mucho antes. Riéndose juntos, tomando cerveza juntos, paseando juntos, discutiendo. Todo eso al final sabe mejor que el mejor de los besos. Se supone que ese es el motivo por el que las personas se casan o se juran acompañarse el resto de sus vidas: para que no se acaben las cervezas juntos, ni las risas juntos, ni los enfados juntos.

—Sí, tienes razón —asume él mirándola a los ojos.

África siente una punzada de esperanza, un pequeño destello de ilusión que le encoge las tripas.

—¿Y entonces qué hacemos? —pregunta ella con la voz cargada de incertidumbre.

Por un momento, el médico imagina los años que están por venir. La imagina a ella vestida de blanco. La imagina embarazada. La imagina en la cama, con él, una noche cualquiera, desnuda. Se imagina a sí mismo calentando una papilla para un bebé de un año. Después su mente avanza de golpe muchos años y se ve a sí mismo como un anciano, jubilado, con sus achaques y su mal humor por los dolores de rodilla. Se sigue viendo con ella. Se dan la mano. Van juntos al ambulatorio, van juntos a comprar el pan. Se van de viaje cultural con otro grupo de ancianos. Sus hijos ya son mayores. Van a la universidad.

Pero de pronto, en su mente se cuele la dolorosa imagen de un sueño que tuvo hace no mucho: un niño gritando a su abuela, que iba con otro hombre.

Sí, eso es lo que se merece, desde luego. Si su hermano no va a poder tener una vida así es por culpa de él y, por tanto, no tiene derecho a ser feliz de esa manera.

De hecho, si se diera a sí mismo permiso de vivir todo lo que ha imaginado, los remordimientos se carcomerían el alma hasta dejarla seca.

—Javi... —susurra África mientras le acaricia una de las cejas con un amor infinito—. Dime qué hacemos... Por favor...

Él sujeta la muñeca de ella y detiene el contacto. No está bien. Todo lo que le haga sentirse querido no está bien. Se merece el desprecio del mundo y sobre todo, el desprecio de sí mismo.

A la veterinaria se le congela la sangre al notar que Javier aparta su mano de la cara. Ya sabe lo que va a decir. Así que antes de que él abra la boca, ella contraataca.

—No, no está bien lo que haces. No te va a llevar a ninguna parte. ¿Crees que tu hermano querría esto? ¿Que te castigues? Eres un maldito egocéntrico, te piensas que eres la única persona que ha cometido un error con consecuencias fatales. Es humano, Javier. No eras tan perfecto como te creías, vaya por Dios. Y por eso ahora, porque piensas que al no ser perfecto no tienes derecho a nada, haces... Esto. Te recluyes en tu casa, pasas de tus amigos, le das la espalda a tus padres...

—No menciones a mis padres —interrumpe él muy serio, casi amenazante.

Pero África suelta una carcajada siniestra.

—Claro que les voy a mencionar. No te atreves a pedirles perdón, a sincerarte con ellos. Si se lo dijeras, te perdonarían porque tú no tuviste la culpa. Pero como eres tan egocéntrico y te crees tan perfecto, piensas que todo gira en torno a ti y que tú eres el responsable de toda la mierda que se caga a tu alrededor. Pues mira, no.

La veterinaria se aleja bruscamente de él y lo mira por última vez antes de abandonar la casa.

—Lo siento, África —dice Javier con los ojos empañados—. Esto me duele a mí más que a ti.

Ella no reprime las lágrimas, las deja libres, como tiene que ser. Sirven para que las desgracias salgan hacia fuera y no te consuman por dentro.

—No eres la persona que más sufre del mundo, recuérdalo —dice ella

antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

Javier nota el ruido del portazo en sus huesos. Cierra los ojos y aprieta los puños. Entonces deja que salgan, las lágrimas. Porque los hombres también lloran.

África entra en su casa descompuesta. Ahora no está llorando, simplemente le tiemblan las manos y las piernas. Se siente descoordinada. Quiere sacar una taza de un armarito para prepararse una tila pero sólo consigue dejar caer la porcelana contra el suelo y romperla.

—¡Mierda! —grita.

Se lleva la mano al pecho, se está ahogando. Juraría que no entra aire suficiente en sus pulmones como para mantenerla con vida. Siente opresión, un peso que cae sobre su tórax y no le permite expandir su caja torácica. Hiperventila. De pronto comienza a notarse el corazón. Va muy rápido, a maticaballo. Las palpitaciones se le suben al cuello y comienza a marearse.

Pero entonces, una vocecita susurra en su cabeza: es una crisis, respira despacio, estás bien, no pasa nada.

Se lo repite una y otra vez a sí misma: estás bien, no pasa nada. Es ansiedad. Respira despacio. No pasa nada. Está bien.

Es la segunda vez en su vida que experimenta semejante cantidad de estrés. La anterior fue corriendo al ambulatorio convencidísima de que se estaba muriendo. Era una crisis de pánico.

Poco a poco, recupera su respiración normal y el corazón se serena. Procura dejar su mente en blanco mientras recoge los restos de la taza y coge otra limpia y entera para llenarla de agua y calentarla en el microondas. El temblor de las manos no ha desaparecido del todo, pero al menos lo domina.

Unas horas después, hacia las cuatro de la madrugada, se queda dormida sentada en el sofá, con la taza de tila vacía sobre la mesita y sus perros rodeándola. Aunque se siente terriblemente sola y extraviada, realmente nunca lo está.

—Francisco, pase —dice Javier desde la puerta de la consulta.

Un hombre de ochenta y muchos años, acompañado por su mujer, también de la misma quinta, se levanta de una de las sillas de la sala de espera y camina con su andador dando pasitos pequeños, hasta cruzar el umbral.

—Venga Paco, que nos van a dar las uvas —le dice la mujer, que si bien no lleva andador, tampoco le iría mal.

Pero el médico ni siente ni padece. Contempla la escena con absoluta indiferencia, como si se encontrase en un mundo paralelo lleno de sombras grises. Nada le importa, la verdad.

Al fin, tras siglos de espera, los ancianos alcanzan su meta y se sientan frente a la mesa del médico de Villafranca. Javier toma asiento frente a ellos.

—Cuénteme —dice él.

—Pues que estoy muy cansado —dice el pobre anciano—. Me mandó usted unos análisis y vengo a ver qué tal...

Javier asiente y abre la analítica en el ordenador. Sus ojos se posan rápidamente sobre la hemoglobina. Muy baja. Luego mira la ferritina: muy baja. Y el hierro... Bajísimo.

Y entonces piensa: "este señor está sangrando por alguna parte".

—Paco, ¿ha visto usted sangre en sus deposiciones? ¿O ha hecho cacas negras?

El señor enarca las cejas y abre mucho los ojos, adoptando un semblante de absoluta desorientación

—¿Eh? No, no. Todo normal.

El médico suspira profundamente. Creía que se libraría, pero no.

—Voy a tener que hacerle un tacto rectal, don Francisco —dice él mientras se levanta de la mesa y se dirige a la caja de los guantes de nitrilo.

Se pone dos en cada mano, uno sobre otro. En fin. Es la vida. Unos meten el dedo y a otros, se lo meten. Y ninguna de las dos cosas es agradable, la verdad.

Pero hoy a Javier le da igual. Lleva en este estado de indiferencia ya bastantes días. Si le pusieran delante la película más triste del mundo o la música más bonita, no sería capaz de llorar. Y no hay nada más amargo que no poder hacerlo.

El paciente ya se ha tumbado, pantalones abajo, de ladito en la camilla. Lubricante en mano Javier dice:

—Va un dedo, no se asuste.

Pasado ya el drama, de vuelta a las sillas y quitados los guantes, Javier toma una decisión.

—Le voy a mandar a urgencias, don Francisco. Quizá le ingresen porque tiene anemia y hay que averiguar por qué.

—Pero doctor, hoy no puedo, es que veré estoy acabando una cosa... ¿Le cuento un secreto?

—Paco, no empieces —dice su mujer en tono amenazante.

—Lamentablemente no me pagan para ser confidente, don Francisco — responde Javier mientras redacta el volante para enviar al anciano al hospital.

El anciano, haciendo caso omiso de las palabras del médico, se arrima a la mesa y dice:

—Pues escribo relatos eróticos, doctor.

—Paco, cállate —le dice la mujer, a quien, por cierto, se le ha puesto la cara blanca como el pelo de un tigre siberiano.

A Javier le parece tan absurdo lo que acaba de oír, que su cerebro ni si quiera se molesta en registrarlo. Le entrega el volante para ir al hospital a su paciente.

—En serio, doctor. Mi mujer es mi mayor inspiración... Tantos años y aún...

—Paco, he dicho que te calles —repite la mujer, virando su rostro del blanco polar al rojo sangre.

Pero entonces, al médico se le llenan los ojos de lágrimas de repente. No sabe por qué no puede controlarse. Se le escapan y los ancianos se dan cuenta. Él se las limpia como puede con la manga de la bata. Pero siguen brotando. Le encantaría tener más de 80 años y seguir enamorado de África. Pero sabe que no va a ser así y eso... Eso hace que haya perdido el control sobre sus emociones en mitad de la consulta, frente a sus pacientes.

—¿Se encuentra bien, doctor? —pregunta la mujer acongojada—. Si quiere le puedo traer una manzanilla de casa.

Javi niega con la cabeza y esboza una triste sonrisa.

—No ocurre, nada. No se preocupen. Vayan al hospital —dice él.

—Muy bien, pero anímese, no queremos que se nos vaya otro doctor —dice don Francisco.

Entonces los ancianos se levantan de la silla y con su andador, avanzan lentamente hacia la puerta hasta desaparecer tras ella.

El médico se desploma sobre el respaldo de la silla.

—Hay que joderse —dice con amargura.

Lleva media hora en el coche, mirando fijamente hacia una preciosa puerta de madera que se encuentra al final de un paseo empedrado que atraviesa una fresca y bien cuidada pradera verde. La elevada verja de barrotes negros custodia la finca. Apoya la cabeza en el asiento y respira lentamente. Mira la casa y algunos flashes de su niñez se disparan en su mente. Recuerda unas merceditas blancas y el olor del perfume de su madre el día de la boda de su tía. De su padre solo recuerda sus pantalones de traje. Pero no su cara. Rebusca en el marasmo de su memoria y no encuentra grandes reliquias felices entre sus recuerdos. Quizá, uno de los días que recuerda con más ilusión, fue cuando un gatito negro se coló en la casa y la perseguía a todas partes. Sonríe al rememorar el momento en el que vació medio brick de leche semidesnatada en un plato y lo dejó en el suelo de la cocina. El animal se puso bastante contento.

Sus padres no tardaron en echarlo de la casa cuando se enteraron.

—Bueno, ya está bien —dice con decisión.

Se baja del coche y cierra la puerta. No puede evitar mirar sus deportivas. Quizá no haya elegido el mejor atuendo para visitar la elegante residencia de su familia. Aunque adore los pantalones vaqueros y los jerseys de punto, es probable que su madre emita algún comentario denigrante acerca de su ropa.

Se obliga a seguir avanzando por el camino empedrado. En unos instantes tendrá que reunir fuerzas para entrar en la casa. Suspira y se arma de indiferencia.

Llama al timbre desprovista completamente de expectativas sobre quién abrirá la puerta. Su madre seguro que no. Su padre... A saber, las personas a veces cambian radicalmente su comportamiento cuando se enteran de que se van a morir pronto. Gente que nunca ha tenido interés por nada, de repente se

da cuenta de que le gustaría viajar por todo el mundo. Gente que siempre ha sido muy activa, de pronto se desinfla y dice: hasta aquí hemos llegado. Con lo predecible que es la muerte de un ser humano, que impredecible es la reacción cuando llega, a pesar de que todo el mundo sabe que es una cita ineludible.

Un escalofrío sacude sus extremidades: su padre va a desaparecer pronto. Pero lo que más le estremece no es eso. Lo que más la perturba es que a pesar de que su padre pase a mejor vida y de que su cuerpo se sepa bajo toneladas de tierra, su vida no cambiará nada. No echará de menos a nadie. No faltará nada de su día a día. Hablará con las mismas personas, tendrá las mismas alegrías y las mismas penas. Lo que le hace ilusión le seguirá haciendo ilusión y probablemente no perderá el apetito. Nada. Se morirá, habrá un funeral, su madre acudirá vestida de negro y probablemente con ropa demasiado ajustada y la falda demasiado corta.

En fin.

Se abre la puerta. Y su padre mantiene las buenas costumbres, como la de mandar al servicio a recibir invitados.

Una mujer vestida con pantalón negro, camisa blanca abotonada hasta el cuello y un pulcro moño alto, sonríe educadamente desde el otro lado del umbral. Está claro que trabaja aquí.

—¿Puedo ayudarla?

África devuelve la sonrisa.

—Sí, he venido a ver a mi padre. Soy África.

Ella se hace a un lado y la invita a pasar.

—Espere aquí, voy a informar de su llegada —dice.

La veterinaria mira las baldosas del suelo. Brillan relucientes. Como siempre. Las contempla con indiferencia.

Unos minutos después aparece de nuevo la mujer de uniforme.

—Venga por aquí —dice.

África la sigue. Recorre un camino que le resulta muy familiar. Escaleras arriba, entre cuadros, estatuillas y espejos que adornan los pasillos, acaban llegando a una puerta doble con pomos dorados.

—La está esperando.

Abre la puerta del despacho de su padre. Un sitio que siempre estuvo

vedado para ella y su hermano cuando eran niños.

—África, hija. Pasa, siéntate y ponte cómoda —dice él desde su trono, al otro lado de la preciosa y pulida mesa.

Ella, que aún no se ha atrevido a levantar la vista del suelo, avanza hacia una de las sillas. Se pregunta qué parte de la genética de su padre habrá heredado ella.

Se sienta mientras él carraspea.

—Mírame, hija —dice él con su voz autoritaria.

África obedece. Sí, los ojos oscuros, tan oscuros como la noche son de él.

—Supongo que has venido porque te has enterado —dice él con su fría sonrisa—. Bueno, es ley de vida.

África asiente con la cabeza, sin atreverse a decir una palabra.

—Tendrás una buena herencia a pesar de todo —continúa hablando él—. Sé que tu madre no aprueba tu modo de vida, pero yo soy un poco más indulgente. Y, a fin de cuentas, eres hija mía.

África eleva la mirada de nuevo.

—No necesito su herencia, padre. Sólo he venido a despedirme, por si no le vuelvo a ver más —arranca ella desde el fondo de su garganta.

No deben de quedar demasiadas personas en el país que todavía llamen de usted a sus padres.

Se forma un silencio incómodo.

—No creo que tu vida vaya a cambiar mucho cuando yo no esté —dice él con una honestidad y una sencillez poco habituales en su persona—. Y realmente, me da pena. No he sido un buen padre. Ni un buen marido. Creo que no he sido una buena persona.

África lo mira fijamente, sin reconocer al hombre que tiene frente a ella. Él también la mira, sin rodeos, sin reproches, sin todo eso a lo que su hija está acostumbrada.

—Eso no me corresponde a mí juzgarlo —dice África en un susurro.

Él sonríe.

—No, tú lo has padecido. Sé que es tarde para hacer examen de conciencia, pero es lo que tiene que se acerque el final. Ojalá todos lo hiciéramos cuando aún hay remedio —dice él—. Ahora, es cuando pienso que no debí haberme

casado con la mujer con la que me casé. Que no debí haber sido tan autoritario y tan frío con mis hijos. Que no debí haber trabajado tanto. He sido muy estúpido.

Los ojos de la veterinaria están llenos de lágrimas. De pronto, tantos años después, se da cuenta de que su padre es un ser humano lleno de sombras y tristezas. No lo justifica, ni mucho menos, pero sí suaviza el rencor que ella ha sentido hacia él durante toda su juventud.

—¿Por qué lloras, hija? —pregunta él.

África juraría que es la primera vez, de todas las que ha llorado delante de su padre, siendo niña y adulta, que se molesta en preguntar por qué.

—Por nada... Y por todo —responde.

Entonces su padre se levanta de la silla y camina despacio hasta su hija. Se pone en cuclillas frente a ella y la mira a los ojos.

—Estoy orgulloso de ti.

—La verdad, no veo por qué. No he hecho nada de lo que tú querías que hiciera.

—Por eso estoy orgulloso —responde su padre con una gran sonrisa.

Entonces África pierde el control sobre sus lágrimas y le da un abrazo a su padre.

—Papá... —dice ella entre sollozos.

—Me ha costado entender que lo que los hijos necesitan de un padre es, por encima de todo, amor. Y me arrepiento de no habértelo dado ni a ti ni a tu hermano.

Se separan y su padre encuentra otra silla donde sentarse justo al lado de ella.

—Me han dicho que dejaste muy bonita la casa del abuelo —dice él.

Ella asiente, mientras se limpia las lágrimas con el puño de la chaqueta.

—Sé que no quieres el dinero, que tienes una clínica y que te va bien. Pero yo te voy a dejar una parte, la que te corresponde. Guárdala, a veces la vida puede venir mal dada y te puede hacer falta. Quizá, si tienes hijos, esté bien que tengas recursos.

África no responde. ¿Hijos? A este paso... Muy difícil, piensa ella.

—No creo que los vaya a tener. Pero se lo agradezco, padre.

—Bueno, haz lo que tú decidas hacer. ¿Tienes novio?

La veterinaria se sobresalta ante la pregunta. ¿Novio? Piensa en Javi pero inmediatamente lo retira de su cabeza. Lo cierto es que le gustaría poder abrazarlo y besarlo siempre que quisiera. También le gustaría dormir acurrucada en su costado y verle la cara de recién levantado por las mañanas. Pero no, no es su novio y no llegará a serlo a no ser que reconfigure sus taras emocionales y se espabile de una vez, joder.

—No, no tengo novio —acaba por responder ella.

—Pero hay alguien —intenta averiguar su padre—. Oh, perdona que sea tan cotilla, pero me gustaría saber si esa persona te trata bien.

—Sí, me trata muy bien. Pero creo que no puede ser —concluye ella.

—Tonterías. ¿Te puedo contar algo?

—Sí, claro —responde África.

—Cuando tenía dieciocho años me enamoré de una chica de mi clase, en la universidad. Nunca he vuelto a querer a nadie como a ella.

—¿Cómo era? Muy guapa, imagino.

Su padre se ríe.

—No... Físicamente era del montón. Bajita, morena, sin grandes curvas. Cara agradable... No me hubiera girado a mirarla por la calle.

—¿Entonces?

—Tenía un gran sentido del humor y era muy cariñosa... Sobre todo, nos entendíamos. Siempre sabía cuando estaba de buen humor y cuando estaba irritado por algo. Parecía que me leía la mente.

—¿Fuisteis novios?

Su padre negó con la cabeza.

—Estuve meses pensando en confesarle lo que sentía por ella.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Su padre se reclina para atrás en la silla y su rostro cambia por completo. Una mueca de dolor aparece en sus labios.

—Se acostó con mi mejor amigo. Creo que ella no me quería igual que yo la quería a ella.

—Vaya, lo siento mucho...

—No, yo debí habérselo dicho mucho antes, pero no me atreví y ella entendió que no me interesaba...

—¿Te lo dijo?

—Sí, el día que se casó.

África abre mucho los ojos.

—¿Y qué pasó?

—Que nos acostamos y luego no volvimos a vernos.

Entonces, su padre se levanta de la silla.

—Estoy cansado, África. Será mejor que te vayas. Me voy a acostar.

El hombre camina hasta la puerta del despacho y la abre. Ella se incorpora y sigue sus pasos.

—Adiós, padre —se despide ella.

Javier cierra de un portazo la puerta de su casa. Se deja caer sobre el sofá y se autolamenta. Cualquiera diría que el amor es como una enfermedad. Realmente, si tuviera que compararlo con algún diagnóstico diría que es estremecedoramente parecido al trastorno obsesivo compulsivo. Los pensamientos y las imágenes perturban constantemente su cerebro. Los ojos de África parecen observarlo desde todas partes. Su voz. Su olor.

Todo le huele a vainilla.

Se supone que el enamoramiento se pasa, es un furor hormonal que pone patas arriba el cerebro durante algunos meses y luego se desvanece. Así que sólo le queda esperar y tratar de entretenerse.

Con esa intención, busca su ordenador portátil que juraría que ha dejado al lado de la tele esta mañana. Lo encuentra. Lo enciende y abre uno de los artículos en pdf que tiene pendiente de leerse. El diagnóstico precoz del EPOC en atención primaria. Resopla. Si esto no le da carpetazo a sus hormonas...

CAPÍTULO 21

África acostumbra a hacer la compra los martes y los jueves a las ocho de la tarde en el pequeño súper que hay en el pueblo. Tiene un par de filas de estanterías, unos escuetos refrigeradores con cuatro yogures, un par de bricks de gazpacho y la zona de mantequillas, además de un escaso surtido de lácteos.

Javier, que como buen médico es un hombre observador, también se ha dado cuenta de la costumbre de la veterinaria de pasarse por el mercado ciertos días y a ciertas horas. Y no es que él no tenga su propia rutina, que la tiene, es sólo que ha ido modificando sutilmente sus horarios hasta que algunos martes y algunos jueves se desliza por el súper con alguna excusa: se le han acabado los yogures, le falta una lechuga, se le han podrido las mandarinas...

Eso sí, nunca habla con ella. Se conforma con verla, desde el otro lado de las estanterías. Se asoma y contempla los rizos negros con la intensidad suficiente como para retener la imagen en su mente hasta el siguiente martes o jueves.

África también es consciente de que Javier últimamente aparece mucho por allí. Pero ella piensa que es por azar, porque si él realmente quisiera verla, no necesitaría espiarla en el supermercado, le bastaría con ir a su casa y sacar una maldita cerveza de la nevera. Pero claro, como se siente culpable y toda esa mierda emocional de los cojones, pues tiene que conformarse con olfatear su colonia de hombre en el pasillo de los calabacines. Arroja un pepino contra su cesta con cierta agresividad, gesto que no le pasa desapercibido al médico. Está enfadada, claramente.

Decide ir a la caja y pagar. Javier observa como África coloca toda su compra en el mostrador de la cajera. Lo hace rápido y de mala gana. ¿Qué le habrá pasado? Sin ser muy consciente de su impulso, se acerca a ella y comienza a ayudarla a colocar su compra en bolsas.

—¿Cómo estás? —pregunta él de repente.

La veterinaria tensa todos y cada uno de los músculos de su cuerpo mientras empieza a sudar. No sabe si lo que tiene por dentro es alegría y

nervios de volver a hablar con él o lo que está es más cabreada que una mona precisamente por lo mismo.

—Muy bien, gracias —responde África con sequedad—. Espero que tú también sigas igual de bien que la última vez que te vi.

Entonces, agarra sus bolsas y sale del mercado. Él la sigue.

—África, espera un momento, podríamos tomar algo si quieres —sugiere el doctor del Pozo.

La veterinaria se gira allí, en mitad de la calle de un pueblecito pequeño lleno hasta las cejas de viejas al visillo. Pero le da igual, ya está cansada de que las señoras de Villafranca opinen sobre la vida de todos. "Algún día se morirán y se llevarán todos sus juicios a la tumba", piensa su lado más cínico.

—Llevas días mirándome desde el pasillo de las latas sin decirme nada. Y ahora quieres tomar algo, permíteme que me sorprenda —responde ella.

Sin embargo, a la veterinaria no le pasan por alto los ojos empañados del hombre que tiene delante. Si sólo supiera la de veces que él ha estado a punto de abrazarla, de hablar con ella, de pasar por alto todos sus traumas... Pero no lo sabe. Lo intuye, pero no con la suficiente seguridad.

—Bueno, quizá... Podríamos ser amigos, como éramos antes. Hablar de vez en cuando —dice él.

África enarca las cejas con asombro. Esto es la definición más clara de no comer ni dejar comer. La joven deposita las bolsas de la compra a un lado, en el suelo y se acerca a él. A Javier se le corta la respiración. Se miran con esa intensidad a la que están acostumbrados. Ella acerca su boca a los labios de él, quedándose a un par de centímetros. Él estira sus brazos hasta rodear la cintura de la veterinaria.

—¿Lo ves? —susurra ella—. No podemos ser amigos. Sólo nos destrozaríamos mutuamente. Así que si ya has decidido que no quieres nada más allá de eso conmigo, es mejor que no hablemos, que no nos veamos y que nos olvidemos definitivamente.

Una lágrima se escapa de uno de los ojos claros y ella la recoge con uno de sus dedos.

—Pero eso es injusto, yo no concibo la idea de que pases a ser una extraña después de todo lo que hemos hablado... Creo que no hay que exagerar las cosas, podemos ser buenos amigos, ¿no crees?

África sonríe amargamente.

—Piensa que es el martirio ideal con el que castigarte, que es lo que est s deseando... Fustigarte para así sentirte menos culpable.

—No es tan fácil, África, joder...

—S , sí lo es. Y eres tú el que lo hace complicado. Te has prometido a ti mismo algo que eres incapaz de cumplir.  Crees que pasando tu vida solo y frustrado remediar s en algo lo que ocurrió? No.

Javier la suelta y da un paso atrás.

—Me haces daño cuando me hablas así —le reprocha él.

Entonces ella se indigna aún más.

— Que te hago daño? Daño me lo haces t  a mí cuando me propones que seamos amigos.  A qu n quieres engañar? Mira, si te quieres complicar la vida y sufrir para redimirte, me parece estupendo, pero no pienso participar de ello.

Entonces, la veterinaria se da media vuelta, coge sus bolsas y camina en dirección a su casita blanca, que se encuentra a unos quince minutos andando.

Javier la mira mientras se marcha y reflexiona sobre todo lo que le acaba de decir. Sí, es verdad, él se merece sufrir pero ella no. Lo justo es dejarla ir. No interferir más en su vida. Aunque le va a resultar muy difícil no pensar en África cada minuto, cada hora, cada noche y cada mañana. Bueno, lo superar , se dice a sí mismo.

Vuelve a casa conteniendo la angustia que le oprime el pecho y con la intención de darle un paseo a Bistec y tirarle la pelota en uno de los prados que hay detrás de la iglesia, aunque ya apenas quede luz en el horizonte. Tal vez así se relaje.

A medida que África se acerca a su casa, la idea de envolverse en una mantita y refugiarse del mundo en una esquina de su sofá con una novela se vuelve cada vez más tentadora. No tiene hambre, así que no cenar . Le echar  de comer a los perros y a Pan. Además le cepillar  las crines. Sí, eso es. Y ya después, se atrincherar  en el salón con unos calcetines calentitos y un rollo de papel higiénico por si acaso, sólo por si acaso, le da por llorar.

Entra en la cocina y coloca las verduras en el frigorífico. Iba a cocinar una crema de verduras, pero hoy ya no tiene fuerzas. Se calza sus botas de montaña y sale de nuevo de la casa para ir al establo, donde Pan está recostado dormitando. Enciende la luz, una solitaria bombilla que cuelga del techo de madera lleno de vigas y se agacha al lado del precioso animal. Lo acaricia y lo cepilla al mismo tiempo.

—Eres tan lindo —le dice al caballo, que responde con un suave relincho.

Disfruta del tacto aterciopelado del lomo, después retoma su ardua tarea con las crines. Están un poquito más enredadas de lo normal porque ha llovido estos días y se le han encrespado más de la cuenta. Entonces, mientras está absorta en la tarea, los perros comienzan a ladrar. Alguien debe de estar esperando en la puerta.

La veterinaria deja los cepillos en el suelo y se incorpora. Con sus vaqueros gastados, su forro polar y sus botas de faenar, camina hacia la verja con inquietud. Tal vez Javi haya cambiado de idea, quizá haya recapacitado.

Entonces, cuando sus pasos la llevan a unos pocos metros de las rejas negras y ve una figura que para ella es del todo inconfundible, sabe al instante que su padre ha muerto.

Su hermano la saluda con la mano desde el otro lado. Un coche negro está aparcado detrás de él. Entonces, se abre una puerta y unas piernas femeninas, enfundadas en unas medias negras se deslizan hacia fuera del vehículo: su madre.

Sí, para que ella esté aquí algo muy gordo ha pasado.

—¿Cuándo ha sido? —pregunta África mientras abre la puerta y les invita a pasar con un gesto.

—Esta mañana nos ha avisado la chica. Estaba echado en la cama. No ha sufrido —dice él como quien habla del tiempo.

África asiente, se gira y camina a la vanguardia para abrir la puerta de la casa. Los perros ladran y acosan a los extraños visitantes. Su madre, pese a sus tacones y su artificial melena rubia bien cuidada, se apaña bien para deshacerse de los molestos animales. Al hermano de la veterinaria, sin embargo, le ponen un poco más nervioso y se apresura por entrar.

—Tranquilo, los dejaré fuera —dice África refiriéndose a las criaturas de cuatro patas.

Aunque ella opina lo mismo que sus animales de las dos personas que acaban de entrar en su casa. No va a ladrar y a gruñirles porque es una persona con mínimas normas de educación.

—Hija, arréglate un poco porque habrá gente importante en el velatorio —saluda su madre.

Es la primera vez que abre la boca. Sólo la primera.

Pero África no tiene ganas de discutir.

—Sí, madre. Podéis esperar aquí mientras me ducho y me visto. Mañana será el entierro...

—A las once de la mañana —señala su hermano.

África asiente con la cabeza de nuevo y sube las escaleras. Entra en el baño y se mete en el plato de ducha. Mientras se enjabona con el champú deja su mirada vagar por los azulejos, las estanterías, los frascos de gel... El vapor de agua llena sus pulmones.

Entonces se echa a llorar y sus sollozos quedan perfectamente camuflados entre el bullicio que forma el agua al chocar contra la mampara.

A veces, en algunos velatorios, lo que menos importa es el muerto.

África está sentada en un sofá de cuero que da al cuartito en el que el cuerpo de su padre está expuesto vestido de traje, en el ataúd y cuidadosamente maquillado para disimular la reciente visita de aquella a la que todos temen.

Sólo ella lo está mirando. Hace rato que ha dejado de acompañar a su hermano y a su madre a saludar a unos y a otros.

Lo cierto es que nadie de los que están allí le es conocido ni apreciado. La familia de su madre era su abuelo, quien ya falleció hace tiempo y la familia de su padre... En fin. Gente como él que nada tiene que ver con ella y su estilo de vida. Ha saludado amablemente a sus tíos y a sus primos, pero hace tanto que no les ve que casi le ha costado reconocerlos.

Finalmente, ha abandonado la misión de socializar. No está allí para eso aunque el resto de la gente opine y actúe de otra forma.

Contempla el cuerpo mientras de fondo escucha frases aisladas que su

mente filtrante selecciona a capricho: "era un hombre muy inteligente...", "muy buen médico", "muy elegante", " qué pena...", "supongo que habrá dejado bien colocados a los hijos", "ahora tendrán que repartir el patrimonio"...

—Basta —susurra ella y cierra sus oídos definitivamente.

Está sola en el sofá. Es la única que se dedica a mirar y grabar en su memoria la última imagen que verá de su padre. Ese padre al que no le hacía mucha gracia ver cuando estaba vivo.

En fin, todas las virtudes crecen cuando uno pasa al otro lado. Es el mejor maquillaje de la personalidad, el de la parca.

De pronto, África siente una cálida presencia a su lado. Es una mujer que huele a vainilla, como ella. Se gira y la observa. Se ha sentado en el otro extremo del sofá y observa el ataúd con verdadera tristeza, de esa que la veterinaria ha echado en falta las últimas horas. Si tuviera que definir lo que esa señora, de unos sesenta y muchos, quizá setenta y algún años, le transmite, elegiría la palabra paz.

Viste una camisa oscura, gris y unos pantalones de vestir negros, muy elegantes. Sus facciones son suaves. No sabría decir si ha sido una mujer guapa o fea, y qué más dará realmente. Sólo que tiene una mirada cargada de humanidad y comprensión. Además, nadie parece conocerla. Algunos la observan desde lejos con curiosidad, pero no ha habido una mano amiga que la salude.

Entonces se gira hacia África.

—Tú debes de ser su hija, imagino.

Ella asiente y rápidamente le tiende la mano.

—Encantada —dice ella—. Me llamo África.

—Yo soy Esther. Fui... Compañera de tu padre en la universidad pero por cosas de la vida perdimos el contacto —añade.

La veterinaria la contempla conteniendo su sorpresa. Ella debe ser... Y es tan distinta de su madre... ¿Cómo un hombre puede haberse ido a emparejar con otra mujer tan opuesta?

—Ya, imagino. Lo cierto es que yo tampoco tuve mucho contacto con él... Aunque era mi padre... Pero al final, cuando ya sabía que se acercaba la hora, tuve una bonita conversación con él —dice África mientras se limpia una lágrima que se escapa sin querer.

Esther sonríe con cierta melancolía.

—Lo cierto es que uno nunca sabe lo que es importante de verdad hasta que algo realmente importante ocurre —dice con un tono de voz suave—. Yo tenía dos hijos y quizá fui una madre muy exigente en lo académico. Sin quererlo, les creé una presión... Bueno, ahora sólo tengo un hijo. Los dos estudiaron medicina, ¿sabes? Y uno de ellos se suicidió justo tras hacer el MIR. Luego me enteré de que le había salido muy mal y quizá... Si sólo hubiese sido más transigente...

África, que no sale de su asombro, observa como las lágrimas se escapan de los ojos de esa curiosa mujer. Mientras, se pregunta por qué todo el mundo de esa familia se echa la culpa de lo que hizo el hermano de Javier.

—¿Y su otro hijo? ¿Cómo está? —pregunta la veterinaria haciéndose de nuevas.

Esther niega con la cabeza.

—No lo sé. Lo llamo a menudo, pero no me suele coger el teléfono. Creo que en el fondo me culpa de lo que pasó y no puedo estar en desacuerdo con él.

África quiere tirarse de los pelos, porque uno piensa que se mató porque pilló a su novia besando a su hermano y la otra piensa que fue porque el examen le salió fatal. Quizó fue porque las dos cosas sucedieron al mismo tiempo, el chico había tomado más alcohol de la cuenta y además no encontró recursos suficientes en su interior como para gestionar tal amalgama emocional. A veces, buscar culpables es inútil y sólo prolonga el conflicto en el tiempo sin aportar soluciones.

—Creo que conozco a su otro hijo —dice África—. Ahora es médico rural en mi pueblo, Villafranca.

Esther eleva las dos cejas, como pillada por sorpresa.

—¿Sí? ¿Y qué tal está? Me gustaría hablar más con él y verle, pero no quiero ser muy pesada —dice Esther.

Las palabras honestas de la veterinaria se adelantan a su mente prudente, quizá porque está en un momento en el que no es capaz de sopesar bien qué decir y qué no o quizá porque está viendo una oportunidad de que dos personas hundidas en la culpa, recapaciten juntas y hablen sin miedo.

—Pues está mal. Él se siente culpable de lo que le ocurrió a su hermano.

Algo debió de ocurrir en la fiesta aquella de después del examen y dice que es culpa suya. En fin, está afectado y según dicen las cotillas del pueblo, ya sabe usted cómo son los pueblos, está perdidamente enamorado de una chica de allí y no quiere tener nada porque ha decidido vivir su vida solo y apartado. Discúlpeme si he sido demasiado directa, pero creo que necesita saberlo.

Esther arruga las cejas, compungida.

Se lleva las manos a los ojos y se inclina hacia delante.

—No hija, no te preocupes. Imagino que tú debes ser esa pobre chica —dice sin levantar el rostro de sus rodillas.

—Imagina bien. Creo, que si ha sucedido la increíble casualidad de que usted se encuentre justo delante de mí, es porque tengo que decirle que ambos necesitan hablar y que aunque él no coja el teléfono, una visita de su madre y un abrazo, no le irían nada mal.

Esther se incorpora y observa los ojos de África.

La veterinaria se ahorra el decir que Javier intentó tirarse por aquel puente aquel fatídico día. No aportará nada más que sufrimiento añadido.

—¿Tú crees que debería ir a verle? —pregunta la madre del médico con los ojos inundados.

—No lo creo, lo sé. Debe ir a verle y ambos deben dejar de sentirse culpables.

Esther se levanta del sillón y se inclina para darle a África dos besos en la mejilla.

—Me alegro de haberte conocido, África —dice con una sonrisa muy triste.

Después, permanece unos segundos frente al cuerpo de su padre y susurra algo inaudible para el resto. Entonces, se marcha.

Capítulo 22

África contempla las luces del atardecer desde su ventanal. La taza humeante calienta la palma de su mano mientras una mantita polar cuelga sobre sus hombros.

Es domingo.

Respira despacio y tranquila mientras deja que su mirada vague por las escarpadas laderas llenas de árboles y desfiladeros que se extienden al otro lado de la colina. Piensa que tal vez pueda volver los fines de semana para relajarse. Se sienta en una mecedora sin perder de vista el precioso horizonte mientras piensa en la decisión que ha tomado hace apenas unos días: la de regresar a la ciudad y cambiar radicalmente el rumbo de su vida.

Ya ha encontrado a la persona perfecta para cuidar a Pan y sus perros se irán con ella. Buscará una casita pequeña con jardín cerca de algún parque donde pueda darle a sus animales un soplo de aire fresco.

Ha pasado un mes desde que falleció su padre y, por tanto, desde que conoció a la madre de Javi. La semana siguiente esperó a que el médico llamara a su puerta y le contara que todos sus traumas se habían resuelto, que había hablado con su madre, que ambos se habían perdonado a sí mismos. Pero no ocurrió. Y la siguiente semana tampoco.

Se encontraron posteriormente un par de veces en el súper. No se hablaron, al menos con palabras. De nuevo, Javier había recuperado su actitud esquiva y África comenzó a desesperarse.

—Pero ya soy demasiado mayor y tengo muy poca paciencia para perder la paz de espíritu por un hombre a estas alturas —dice en voz alta de repente.

Entonces, decidió que no quedaba otra que alejarse de allí. Ya había asumido que estaba enamorada de él y que, como no había ninguna posibilidad de ser correspondida de la manera en que ella lo necesitaba, lo mejor sería poner tierra de por medio.

Así de simple. Y así de complejo.

Da otro sorbo de su taza. Bueno, al menos ya tiene trabajo, dentro de dos

semanas se incorporará a una nueva clínica que un empresario emprendedor ha puesto en marcha a las afueras de Madrid, en un barrio nuevo. África suspira y deja caer una lágrima. Pero es que no puede seguir así. Su vida se ha estancado, o más bien, se ha enroscado alrededor de un hombre que la perturba profundamente.

Javier está sentado en uno de los muros de piedra que limitan el prado que hay tras la iglesia. Bistec corre por la hierba con la pelota en la boca y a ratos se revuelca sobre el terciopelo verde. Él disfruta de ver a su mascota derrochando energía. El bendito animal está feliz de correr a su aire por el campo y, de alguna manera, eso le transmite paz, que no le viene nada mal.

Se sube la cremallera del cuello del jersey, a última hora de la tarde se levanta una brisa un tanto fría allí en las montañas. Mira el horizonte y descubre que los últimos rayos que despiden el día se reflejan en las nubes, quienes devuelven generosamente un resplandor rosado que contrasta con el azul pálido del cielo que comienza a apagarse a cada minuto que pasa.

—Bistec, vámonos a casa —le dice a la criaturilla peluda.

El animal se incorpora inmediatamente y sigue a su amo, que se baja de la piedra y camina por el prado hasta la salida. Juntos, dan un paseo hasta llegar a la casita del médico.

Javier se plantea cenar cualquier cosa: como una lata de sardinas, sin ir más lejos. No le gusta cocinar y menos para él sólo. Quizá, si viviera con alguien que le importara lo suficiente como para arremangarse a hacer una ensalada con muchas cosas o un plato de pasta al dente... Pero el único que vive con él es un perro que se conforma bastante bien con un plato de pienso.

Coge la lata y la vuelca en un plato. Se come el pescado con las espinas incluidas. Si muere de una perforación de estómago, pasará a mejor vida y no tendrá que preocuparse más por los sentimientos descontrolados que le mortifican diariamente.

Bistec se sube al sofá y se enrosca a su ladito. Le acaricia, disfrutando del aterciopelado lomo. Sin embargo, algo le llama la atención esta vez. El animal tiene los músculos tensos y las patas se le empiezan a mover descontroladamente.

Javier deja el plato sobre la mesa y se sienta frente al pequeño peludo.

—Bistec, Bistec.

Pero el perro no responde. Tiene la mirada fija, las pupilas muy dilatadas y el hocico le espumea como si se hubiese tragado media botella de lavaplatos. El animal no responde a nada.

Entonces, el médico no encuentra otro remedio que el de cogerlo en brazos y salir de su casa corriendo en busca de África.

Lo bueno de las mudanzas es que te permiten hacer limpieza. Frente a ella hay tres montones de ropa: la que se salva, la que hace mucho que no se pone pero puede volver a utilizarse y la que va a ir directa al contenedor.

Saca de su armario una camiseta de tirantes rosa, que no sabe exactamente cuándo compró ni para qué. Es demasiado ajustada para ser cómoda y tiene demasiado escote como para que sólo pueda utilizarse a modo de pijama. Se la prueba. Es sexy, pero indecente. ¿Dónde va a ir con eso puesto?

Cuando se mira en el espejo recuerda de pronto que el origen de aquella prenda se remonta a unos cuantos años atrás, cuando África tuvo la intención de hacer pilates un par de veces en semana y para motivarse, se compró aquel trapo ajustado del Decathlon.

Al final hizo pilates dos veces en una semana y nunca regresó.

—A lo mejor, si me apunto al gimnasio en Madrid... —reflexiona en voz alta—. La guardaré, por si acaso.

Continúa contemplándose. Entonces una imagen se desliza por su mente y se llena de una especie de sentimiento amargo y feliz al mismo tiempo. ¿Cómo sería su cuerpo con un embarazo? ¿Cómo sería sentir a un bebé dentro de ella?

—Mierda de reloj biológico. Mierda de instinto maternal —dice.

Lo cierto es que tener hijos es algo que siempre le ha llamado la atención, pero no está dispuesta a hacerlo sin poderles ofrecer un padre de carne y hueso. Y, de momento, ese padre brilla por su ausencia. Respira hondo. Tiene veintinueve años, es pronto y aún le quedan unos cuantos óvulos.

La veterinaria sacude la cabeza y espanta semejante hilo de pensamientos de su cerebro. En su lugar, se centra en continuar con la clasificación de su ropa. En Madrid empezará de nuevo, conocerá gente, amueblará una casa

distinta... Sí, será una oportunidad para rehacerse de los acontecimientos del último año.

Suena el timbre. Más que sonar, retumba, una y otra vez. Alguien lo aporrea con ansiedad desde fuera y todos sus perros ladran al unísono.

África mira su reloj. Son las nueve y media. Ni muy tarde pero tampoco lo bastante pronto como para que aún sea de buena educación presentarse sin avisar. Luego debe de tratarse de una urgencia.

Baja corriendo las escaleras, olvidándose por completo de la ropa que lleva puesta. Abre y se encuentra frente a ella con un perro desfallecido en brazos de un dueño ansioso de ojos azules.

—Oh, Bistec... Ven, pasa, vamos abajo —dice ella—. Vosotros fuera, fuera, venga no molestéis —regaña a sus perros después.

Javier sigue a la veterinaria hacia el sótano, que no es otra cosa que la clínica. Le duelen los brazos de cargar con el animal durante todo el trayecto, pues ahora que ya ha crecido, no pesa cuatro kilos como cuando le llevó allí por primera vez, sino veinticinco.

—Déjalo en la camilla —ordena África.

Rápidamente lo examina. Le mira las pupilas al animal que, afortunadamente, son reactivas a la luz aunque están un poco dilatadas.

—¿Ha comido algo? ¿Se ha podido tragar alguna pastilla por accidente? ¿Droga? —pregunta ella.

Normalmente, como buena profesional, no suele cargar sus preguntas con ansiedad ni miedo, pero ahora su tono de voz la delata. Adora a ese perro y adora a su dueño. Y es consciente de que ambos están pasándolo muy mal.

—Joder África, no. No ha comido nada. No dejo nada a su alcance... Lo... Lo saqué esta tarde y estuvo corriendo en el prado que hay detrás de la iglesia pero no... Joder, lo llevo siempre allí y no hay restos de comida ni nada... Nunca he visto chavales fumando ni...

—Vale, vale, tranquilo —dice ella—. Abre ese armario de ahí y acércame los cables con las pinzas, vamos a hacerle un electro.

Bistec se mantiene en pie sobre la camilla pero su lomo se mantiene arqueado de una forma antinatural, como contracturado y le tiembla la cabeza mientras babea más de la cuenta.

Las manos femeninas enganchan las pinzas en las cuatro axilas del animal y

después con un spray pulveriza un poco de agua sobre ellas. Enciende el aparato.

Mientras se imprime el electrocardiograma, le pregunta de nuevo qué es exactamente lo que ha ocurrido.

—Ya te lo he dicho, se ha puesto rígido y parecía que convulsionaba y echaba espuma por la boca, después, de camino aquí se le ha pasado y ahora está así, como si se hubiera fumado media plantación de marihuana.

Javier habla con nerviosismo. No se separa de su animal, lo mira como si fuera el centro del universo y África suspira como si la estuviera mirando así a ella.

—Bueno, pues se me ocurren dos cosas —dice ella tratando de apartar su mirada del médico—. Una de ellas es que esté intoxicado con algo y la otra es que haya tenido una crisis epiléptica.

—Ya, eso ya se me había ocurrido a mí —comenta él.

África pone los ojos en blanco, vale, sí es médico... Obviamente algo se imaginará.

—Toma, el electro está perfecto.

Ella retira las pinzas y guarda el cacharro en el armario mientras Javier repasa la tira de ritmo sin saber muy bien cuál es el patrón normal de los perros en el electrocardiograma.

—Sujétale un momento —dice África mientras le agarra al pobre Bistec una de sus patitas negras y pasa una maquinilla de esquilar para dejarle una zona totalmente libre de pelo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Javier con el mismo tono angustiado con el que sus pacientes solían hablarle en las guardias de urgencias que él tanto odiaba.

—Voy a ponerle una vía con un poco de suero glucosado, para hidratarle, lavarle si es que está intoxicado y aportarle hidratos que necesita si es que ha convulsionado de verdad... —dice—. Ahora no dejes que se mueva, por favor.

Introduce la aguja en la zona que ha rapado previamente y el animal hace un amago de retirar la pata, pero Javier no se lo permite.

—Ya casi está —dice ella.

Retira la aguja y deja la vía puesta. La fija con una especie de esparadrapo y después le conecta el tubito del suero. Acaricia su lomo y le da un suave

beso en la orejita.

—Muy bien, pequeño —le dice en un susurro—. Ya sabes que eres un buen perro, siempre has sido muy bueno —le dice mientras le masajea el lomo con cariño.

Javier observa la escena y por primera vez se da cuenta de que la veterinaria lleva una diminuta camiseta de tirantes muy escotada y muy ajustada, dejando a la vista su ombligo y parte del canalillo. Joder.

Mira hacia otro lado y respira. Se avergüenza de sí mismo porque no sabe cómo puede prestar atención a esas cosas estando como está el pobre Bistec que tantas alegrías y compañía le proporciona. Si es que soy un puto egoísta, se fustiga a sí mismo.

—Javi, ¿estás bien? Puedes estar tranquilo, Bistec está bien, mira, ya las pupilas le han vuelto a su tamaño normal, bájalo de la camilla y nos lo llevamos al salón con el palito de sueros.

Él asiente y coge a la criatura de veintinco kilos en brazos mientras África sujeta el suero. Ambos suben escaleras arriba y se sientan en el sofá con Bistec entre los dos.

Entonces se hace el silencio. Ninguno de los dos sabe donde mirar. Observan al animal, que dormita entre ambos y después miran hacia la alfombra. Cualquier cosa menos mirarse el uno al otro.

Tampoco se hablan.

No saben qué decir.

La última vez que se vieron fue para discutir, ¿qué van a decirse ahora?

África podría preguntarle si su madre ha ido a verlo pero se muerde la lengua, no es asunto suyo.

—Echo mucho de menos hablar contigo —dice él en un arranque de sinceridad y de ternura.

Ella por primera vez se atreve a mirarlo a los ojos. Tiene unos ojos tan bonitos. Tan expresivos.

—Yo también —responde la veterinaria.

Javier no dice nada. Solo la mira y trata de grabar el momento en su memoria ya que, hace tanto tiempo que no la tiene delante que no sabe bien si está viviendo un espejismo con fecha de caducidad.

—Pues hablemos —dice él armándose de valor.

—¿De qué quieres hablar? —pregunta ella con una pizca de sarcasmo.

—Quiero que me cuentes que has estado haciendo últimamente, por ejemplo —insiste él.

África sonrío con amargura.

—Preparar una mudanza, ¿y tú?

—Yo pasar consulta en el ambulatorio —responde Javier—. Espera, ¿te mudas? ¿Aquí cerca?

África percibe el sutil deje de alarma en la voz masculina.

—Me vuelvo a Madrid —responde ella como si tal cosa.

—¿Por qué? —pregunta él—. ¿Ha ocurrido algo?

Ha dejado de acariciar a Bistec. Se nota el pulso acelerado, le sudan las manos.

—Sí, he encontrado trabajo allí —dice ella—. Y necesito cambiar de vida... Me siento estancada aquí, aislada de todo el mundo.

A Javier se le suben los latidos del corazón al cuello.

—Yo tenía entendido que a ti te gustaba esta vida... Y no estás aislada, toda la gente del pueblo te quiere, tienes amigos, tu caballo... ¿Qué vas a hacer con Pan? ¿Quién lo cuidará? El animal te necesita —dice Javier muy serio—. ¿Y tus perros? ¿Los vas a dejar? ¿Dónde vas a encontrar una casa en una ciudad que te admita tener cinco perros enormes, África?

Sin querer, el médico ha elevado el tono de voz.

—Ni se te ocurra hablarme así —dice ella con los ojos empañados—. No eres mi padre, no tienes derecho a regañarme y a decirme las cosas que ya sé y ya he solucionado, por cierto.

—Soy tu amigo y te doy mi opinión, solo eso —responde él.

—Ah, ahora eres mi amigo. Pues los amigos no dejan de hablarse, ni se espían en el supermercado ni se besan, por cierto.

Javier se levanta del sofá y se acerca a la zona de la cocina. Abre la nevera, como si fuera su casa y saca una cerveza sin alcohol. África hace mucho que no compra cervezas como Dios manda.

Se miran.

—No hay cerveza normal, si eso es lo que me ibas a preguntar.

—¿Por qué?

—Porque no bebo sola, Javier.

—Bueno, pues me conformaré con esto. ¿Hay pizza? O algo que lleve chocolate.

África lo mira, confusa. Se acerca a él y le arranca la lata de cerveza de la mano, la devuelve al frigorífico y lo cierra.

—Oye, doctor del Pozo, no me malinterpretes, pero no me parece muy normal que vengas a mi casa y asaltes mi nevera. Ya no existe esa clase de relación entre nosotros.

Javier la mira y piensa que es un gilipollas. Sí, no tiene otra palabra.

—África, si te marchas, ¿me olvidarás?

Ella siente una punzada en el pecho cuando descubre una lágrima que escapa de los ojos azules del médico.

—No me hagas esto, por favor. No puedes tenerme aquí esperándote eternamente.

—Sólo quiero saber si conseguirás olvidarme aunque te marches, porque... Por eso te vas ¿a que sí?

Se retan mutuamente con el silencio. Ya se conocen demasiado bien como para maquillar las medias verdades con excusas vacías.

—¿Tan importante crees que eres?

—Tú sabrás qué soy yo para ti —responde él.

—Creo que el que se tiene que aclarar eres tú, no sabes lo que quieres. Pero yo sí sé lo que no quiero.

—¿Y qué no quieres, África?

—Sufrir.

Javier se desespera. No sabe muy bien qué hacer ni qué decir para evitar que ella se vaya. Quizá la decisión ya esté tomada.

—No te entiendo.

—No necesito que lo entiendas ni que lo apruebes. Sólo te estoy informando —dice ella con cierto grado de satisfacción al notar el creciente nerviosismo del médico.

África abre de nuevo el frigorífico y saca un yogur. Esa va a ser su cena. Después, haciendo como que ignora al hombre que está a su lado, abre el

cajón de los cubiertos y saca una cucharita.

—Vale —dice él—. ¿Me das un yogur a mí también? Tengo hambre.

Ella se gira y lo mira con furia.

—¡Coge el puto yogur y vete! —le dice perdiendo completamente las formas.

—¿Por qué te pones así? Sé que no puedo convencerte de que te quedes porque el motivo por el que te marchas soy yo.

—Sí, eres tú. Bravo por tu inteligencia. ¿Y qué haces? Pedirme un yogur. Un puto yogur.

Ella se acerca a él y lo mira a los ojos.

—Dime que me quede. Pero dime que me quede para ser algo más. No voy a soportar más tiempo esta estupidez tan grande que estamos viviendo ahora mismo.

Por primera vez, Javier del Pozo se siente entre la espada y la pared. Perder a África sería un castigo muy justo por haberle fallado a su hermano, desde luego, pero una parte de sí mismo se rebela contra la idea.

Bistec duerme en el sofá. Emite un suspiro y ambos se giran a mirarlo.

La veterinaria sufre un ataque repentino de ternura y tristeza y sus ojos se llenan de lágrimas hasta desbordarse. Lo cierto es que no quiere marcharse de allí.

El médico se percata de que ella está llorando y en un impulso se acerca para abrazarla y acariciar su cabello. Ella lo rodea con sus brazos y se refugia en su pecho. Entonces se siente segura y se abandona a esa bonita sensación de haber encontrado un hogar. Con una de sus manos acaricia la barba de tres días de él y descubre que está a punto de perder el control. De llegar al punto de no retorno. De querer arrepentirse al día siguiente de algo que ahora mismo desea con fuerza.

—Afri... —susurra él en su oído.

Ella contiene la respiración al notar su aliento en el cuello. Él lo nota. Recorre la espalda de la veterinaria con los dedos haciendo suaves círculos y arrancándola suspiros.

Y se besan.

Y deciden no contenerse más.

Capítulo 23

Javier se pregunta si hay algo que le dé más paz en el mundo que sentir la respiración de África bajo su brazo y su piel suave bajo sus manos. Sí, probablemente haya algo que pueda darle más paz: tener todo eso todos los días restantes que le queden por vivir.

El médico nota un lametazo sobre su pie. Bistec ha regresado de su profundo sueño y se ha bajado del sofá para hacer compañía a la pareja que yace sobre la alfombra. El animal utiliza hábilmente sus cuatro patas para situarse entre ambos y hacerse una rosquilla peluda... Menos mal que África le quitó la vía y el suero en un ataque de cordura antes de quedarse dormida en brazos de Javier.

Él contempla la escena y sufre de pronto una desagradable sensación opresiva en el pecho al recordar que ella se marcha del pueblo. Acerca su nariz al cabello rizado y oscuro y respira hondo. Huele a una mezcla entre vainilla y flores. No quiere perderla. Aunque su conciencia lo torture toda su vida por haber besado a la novia de su hermano en el momento más inoportuno, no quiere que África se aleje de él. No soporta la idea.

—Afri... —susurra él en el fino oído de ella.

Ella sonrío con los ojos cerrados y estira su brazo hasta rodear la cintura masculina.

—Un ratito más —dice.

—¿Quieres chocolate con churros? —pregunta él.

África abre los ojos momentáneamente. Lo cierto es que ayer no cenó y luego hizo... Ejercicio.

—Uf, ahora que lo dices... —responde ella.

—Sólo tienes que decir que sí y yo te lo traigo —dice él mientras recorre la espalda desnuda con uno de sus dedos.

—Vale, sí quiero —dice África mientras cierra los ojos de nuevo al sentir el contacto.

Javier la besa durante un par de segundos y después se levanta de la alfombra. Busca su ropa, que está desparramada en el sofá y se viste rápidamente.

Se agacha de nuevo y besa la nariz de la veterinaria.

—Te quiero —dice él y a ella se le acelera el corazón— Vuelvo en seguida.

África observa cómo Javier abre la puerta y desaparece al cerrarla. Cierra los ojos de nuevo y trata de dormir, pero ya es imposible. La realidad estalla en su cerebro, poniendo todos sus planes del revés.

Se sienta sobre la alfombra y tapa su cuerpo desnudo con la mantita polar beige que normalmente utiliza en el sofá para ver películas y leer en invierno. Bistec se hace un ovillo a su lado.

—Dios mío, y ahora qué...

El médico rebusca en sus bolsillos mientras camina calle abajo. Encuentra las llaves de su casa pero nada más. Debió dejarse la cartera en la mesa de su salón cuando Bistec comenzó a convulsionar. Mira el reloj y al comprobar que no son ni las nueve, piensa que le dará tiempo a pasar por casa antes de acercarse a la cafetería donde todas las mañanas Pepe obsequia a Villafranca con unos grasientos (y magníficos) churros.

Aprieta el paso y tras bajar la cuesta, gira a la derecha y después tuerce a la izquierda, sorteando las fachadas de piedra que le dan a Villafranca ese aspecto tan rural y pintoresco. Al fin, llega hasta las escaleras de madera que ascienden a su casa. Las sube de cuatro en cuatro y abre la puerta. Una bofetada de aire cargado le golpea al entrar. Levanta las persianas y abre las ventanas del salón y la cocina. No recuerda cuándo fue la última vez que ventiló.

Camina hasta su habitación, la cama lleva revuelta y sin arreglar muchos días y hoy, por primera vez, le molesta el desorden. Decide hacerla en un minuto, ventilar también el cuarto y meter en un cajón todos los papeles que tiene desparramados encima de la cómoda.

Mucho mejor.

Encuentra su cartera en el pequeño aparador que hay en el recibidor, la

mete en su bolsillo junto con las llaves y antes de salir de casa, cierra las ventanas. En unos pocos minutos, el aire se ha renovado y ha cambiado radicalmente el olor a médico desgraciado que había en el interior de la vivienda.

Y, cuando está a punto de girar el picaporte de la puerta principal, suena el timbre. Javier se sorprende pero después imagina que África habrá decidido acompañarlo. No sería extraño.

Abre, entusiasmado ante la idea.

—Hola, cariño ¿cómo estás? —dice su madre con una sonrisa asustada—. Sé que no te he avisado, pero como es tan difícil hablar contigo... No me sueles coger el teléfono —se justifica ella rápidamente.

Javier se bloquea, igual que ha cerrado las ventanas de su casa, su cerebro se cierra en banda y no logra encontrar una respuesta a la situación. De pronto recuerda a su hermano, a Olga, y la desgracia completa se escenifica en su mente fotograma a fotograma.

—Pasa —logra decir finalmente y con un tono tan frío que casi hace llorar a su madre— Iba a ir ahora a comprar unas cosas...

Entonces ella, que siempre ha sido muy respetuosa con la voluntad de sus hijos, decide que hoy no es ese día.

—Creo que puedes dedicarle unos minutos a tu madre —responde ella con firmeza mientras se sienta en el sofá.

Sin embargo, no se molesta en desabrigarse, como si la visita estuviese destinada a durar poco tiempo.

África lleva dos horas largas (casi tres) sentada en el sofá esperando un desayuno que parece que no llegará nunca.

Bueno, pero los churros son lo de menos. Lleva media hora llamando por teléfono a Javier y éste no responde. Ni un mensaje ni... Nada.

La veterinaria comienza a sentir un nudo en su estómago porque algo le dice que este hombre ha vuelto a introducirse en su capullo de culpabilidad y que, debido a eso, se ha arrepentido de lo que ocurrió anoche y ha salido huyendo. Ahora en vez de ir a comprar tabaco, se llama ir a buscar unos

churros para desayunar.

África se plantea a sí misma la posibilidad de levantarse del sofá, vestirse (en lugar de cubrir su cuerpo desnudo con la mantita), hacerse un café y seguir preparando su maleta. Algo le dice que sus planes no van a cambiar. La única diferencia es que ahora, al haber hecho el amor con él, se siente emocionalmente destruida y duda de que vaya a poder recuperarse de ello algún día.

Se envuelve con fuerza en la manta y se incorpora con los ojos llenos de lágrimas. Avanza paso a paso hasta la nevera y con una mano libre y temblorosa, saca un brick de leche. Llena una taza y la introduce al microondas. Mientras observa el recipiente dar vueltas sobre sí mismo, apoya sus manos en la encimera y entonces, algo cae al suelo. Lo ha tirado sin querer.

Se agacha y recoge... Un Iphone. No es el suyo.

Inspecciona el teléfono para ver si la caída ha causado daños. Descubre que la pestañita del volumen está desplazada, dejando una ranura naranaja a la vista e indicando que el aparato se encuentra silenciado. Enciende la pantalla y ve las diez llamadas perdidas que han quedado registradas en el móvil del médico.

Se lo ha dejado allí.

Sin querer, desliza la vista hacia abajo y descubre que hay más llamadas perdidas y mensajes a parte de los suyos. Son todos de Olga.

“Javi, necesito hablar contigo, por favor”, “cógeme el teléfono”, “tenemos que hablar”.

África, suele ser una persona racional, imparcial y pausada, pero claro, todas esas virtudes no sirven de mucho cuando una está enamorada.

Cuando una mujer está colada hasta las trancas por un hombre, a menudo el resto de féminas que pretenden acercarse a él se convierten en seres despreciables a los que habría que acuchillar por la espalda. Como la pobre Olga en estos momentos.

—Será zorra la muy puta —dice África sin medir sus palabras—. Y él... ¿Y si no es culpa lo que siente? ¿Y si realmente quiere jugar conmigo? No sería raro. Hay tantas a las que han engañado. Claro, porque como a mí me gusta, me empeño en creer que él me quiere pero por sus gilipolleces psicológicas no se siente capaz de estar conmigo. No, me niego. Esto ya es de coña, vamos. Por el amor de Dios.

Bistec observa a la veterinaria con los ojos bien abiertos y las orejas elevadas. No la entiende pero percibe la energía negativa que desprende por cada uno de los poros de su piel.

—¿Y de qué tienen que hablar? ¿De cómo le puso los cuernos a su hermano? Claaaaaro. Lo normal. “Oye Javi y si follamos y ya total, de perdidos al río, ¿no?” “Javi es que en el fondo siempre he estado loooooo por ti y ahora podríamos superar aquel pequeño percance y...” ¡ZORRÓN! Y el otro, vaya pedazo de imbécil, capullo, prepotente, subnormal...

Se bebe la leche caliente de un trago. No se ha molestado en añadirle café porque si no quizá, le dé una crisis de ansiedad (que ya anda cerca).

—Y, claro, ahora va y se marcha y me deja aquí, dos horas. Bueno, casi tres. Y encima me deja su perro y su teléfono. ¿Dónde coño se ha metido? No entiendo nada.

África sube a su habitación, escoge un conjunto de ropa interior blanca y se viste con unos vaqueros y un jersey negro con escote de pico. Se ata sus rizos negros con una goma de pelo del Mercadona y se calza sus botas de montaña.

—Bien, me voy a tranquilizar —miente.

Sale al jardín y sus perros acuden a recibirla con lametones y zarpazos. Tienen una mezcla de mimos, hambre, ganas de jugar y ganas de salir de paseo. Se tendrán que conformar con unas escasas caricias y unas croquetillas de pienso. África nota que el móvil de Javier vibra en su bolsillo. Lo saca y ve otro mensaje de Olga: “Llámame, por favor, es urgente”.

La veterinaria frunce los labios y respira hondo, tratando de dejar sus celos de lado y de dar un poco de voz al sentido común que por norma suele regir su vida cotidiana. Se sienta en el banquito de madera verde que tiene a la salida del establo y recapacita mientras el aire frío de la mañana le congela los labios y el cuello. Las lágrimas aún no se animan a salir, saben que tienen que reservarse para dentro de un rato.

África trata de reflexionar como si se tratase de una persona completamente ajena a la situación. Si el médico se ha dejado su perro y su teléfono allí casa y aún no ha vuelto, es probable que su intención no haya sido abandonarla y salir huyendo.

Y los mensajes de Olga...

África piensa que quizá no sea correcto lo que está a punto de hacer pero, si es urgente, es urgente ¿no?

Por tanto, decide devolver la llamada (algo que en un Iphone puede hacerse con el teléfono bloqueado).

—¿Hola? —responde una voz masculina al otro lado—. ¿África, eres tú?

Cuando el tiempo se para, todo a tu alrededor pierde la forma y el sonido, tu corazón parece que deja de latir y por un momento, te sientes desfallecer. Cuando algo te impresiona, asusta o hiere lo suficiente, el cerebro hace que todo parezca irreal y difuso, incluso tu persona se desdibuja hasta hacerte parecer que no eres dueña ni de tu propia respiración.

África cuelga y el móvil se le cae de la mano. Ella se deja caer sobre el respaldo frío del banco verde. No siente nada.

Ojalá pudiera llorar pero no le sale ni una lágrima.

Javier utiliza el teléfono de la que fue la novia de su hermano para llamar a la veterinaria. Una y otra vez. Cada minuto lo intenta, sin obtener respuesta. Él se imagina lo que debe de estar pasando por la mente de África: probablemente algo que no tiene nada que ver con la realidad que él está viviendo justo ahora.

Lo malo de ser médico es que cuando alguien a quien quieres enferma, eres claramente consciente de cuál va a ser la evolución desde el primer momento. Las personas que son ajenas al mundo sanitario tienen un tiempo muerto para aclimatarse a la situación. Pasan por varias fases: tal vez mejore, los médicos están en ello, se encuentra en buenas manos, aún hay muchos tratamientos por probar, a ver qué tal mañana, veremos si dentro de una hora está mejor, a ver lo que dice el cardiólogo...

Pero Javier sabe que si a su madre no le meten pronto un catéter y le desobstruyen las coronarias, se morirá. Y da igual lo que ningún compañero de profesión pueda decirle para intentar calmarlo.

Ya sabe lo que hay.

Nunca había montado en helicóptero hasta que llegó a Villafranca. Y ya va por la segunda vez.

Rememora lo sucedido hace apenas una hora. Su madre se sentó en el sofá. Él notó rápidamente el gesto de tristeza y decepción que se dibujaba en su

rostro ya salpicado por múltiples líneas de expresión.

—Hijo, cuéntame qué ocurrió aquella noche —había dicho ella.

Él se sentó junto a su madre y, sin atreverse a mirarla a los ojos, le contó lo que ocurrió con Olga y cómo su hermano se marchó borracho con las llaves del coche en el bolsillo.

—Hay algo que no sabes —dijo entonces ella—. El examen no le había salido bien.

Javier por primera vez levantó la cabeza y la miró, suplicando alguna clase de perdón.

—Ya... Bueno todos salimos preocupados, es normal. Cuando uno acaba de hacer el MIR no tiene buenas sensaciones.

—Tu hermano sacó un número 9500. No hubiese podido escoger plaza —había confesado ella—. Ya sabes que siempre sacaba las mejores notas en los simulacros. Él creía que iba a estar entre los quinientos primeros.

Javier, entonces, había roto a llorar. Como un niño pequeño, sus lágrimas escaparon sin control y su madre lo abrazó con el mismo cariño con el que lo achuchaba cuando aún era un bebé de meses de edad. Pero ella lo soltó repentinamente y se llevó la mano al pecho. Empezó a sudar, a marearse, tenía náuseas.

—Duele mucho —dijo casi sin voz.

El médico llamó a emergencias y en quince minutos llegó un helicóptero.

Y ahora está en la sala de espera de una UCI médica compartida a medias con los cardiólogos y su unidad coronaria esperando a que un cateterismo le salve la vida a su madre.

Olga fue una de las adjuntas que dirigieron los primeros momentos que pasó su madre en el box vital, hasta que llegaron corriendo los cardiólogos. Ahora ella está sentada a su lado.

—Tus padres vinieron a verme ayer, intenté llamarte pero no me cogías el teléfono —dice Olga—. Espero que no te enfades, pero les conté lo que sucedió esa noche y le pedí que nos perdonara. Tu madre me dijo que no importaba, que nadie tenía la culpa, que se sentía fatal porque te estuvieras martirizando y que no podía consentir perder al hijo que le quedaba, habiendo perdido ya a uno.

—¿Y mi padre?

—Tu padre dijo que tu hermano siempre había tenido muy poca resistencia a la frustración y que si había alguien culpable de todo aquello fue él por exigirle tanto.

—Joder —susurra Javier—. Yo... Yo... Estuve con África anoche. ¿Y mi padre por qué no está aquí? Pensé que no había venido... Tengo que hablar con él. ¿Tienes su teléfono?

—Bueno, tengo el que me dio tu hermano hace cinco años.

Javier abre la lista de contactos e introduce el nombre de su padre con los dedos temblorosos. Lo encuentra y llama. Después de tres timbrazos, consigue respuesta.

—¿Diga?

—Papá, soy Javier. ¿Dónde estás?

—Estaba durmiendo, tu madre ha debido de salir... Ya sabes que le gusta pasear temprano todos los días... Escucha... Estamos en Villafranca, pensábamos ir a verte a medio día.

Javier mira el reloj. Son las once de la mañana.

—Escucha, mamá ha venido a verme antes a primera hora y ahora estamos en el hospital, en el que está en la ciudad, se... Se encontraba mal y la hemos traído, es mejor que vengas, ¿vale?

El médico no quiere decirle a su padre por teléfono la realidad de la situación, ¿y si se pone tan nervioso que tiene un accidente con el coche? No merece la pena.

—¿Y por qué no me habéis dicho nada? ¿No me podría haber llamado ella antes? —dice con cierto tono de indignación, muy parecido, por cierto, al de su hijo cuando se enfada.

—Ya te estoy llamando yo. Pero escucha antes quiero que hagas algo.

—A ver, dime.

—Esta noche he estado en casa de una amiga.

—¿Amiga?

—Calla y escucha, papá. Es la casa blanca que hay en lo alto de una colina, la única cuesta arriba que hay en el pueblo, y si no pregunta por la casa de la veterinaria. Me dejé el móvil allí y además ella puede traerte al hospital, sabe cómo llegar. Así no vienes solo y yo estoy más tranquilo.

—Hijo, yo he venido conduciendo hasta este pueblucho que está donde Dios perdió el nombre, creo que seré capaz de llegar hasta allí.

—Hazme el favor y ve a verla a ella. Que ya tienes setenta y cinco años por Dios, no estás para conducir tú solo y nervioso como estás... —la ansiedad de Javier atraviesa el teléfono y de alguna manera, consigue que su padre intuya la gravedad de la situación.

—Eres un coñazo, hijo, pero vale.

—Date prisa —dice Javier antes de colgar.

Los perros han desistido. Ahora se pasean por la finca y juegan a sus anchas, al margen de su dueña, que parece petrificada sobre la madera verde. África está tiritando, pero le da igual. Todo, absolutamente todo, le da igual. ¿Y si se pilla una gripe? Qué más da. ¿Y si se muere hipotérmica perdida? Mejor. Ya total... Quizá esa soledad tan intensa que siente se la ha buscado ella solita. Fue la propia África la que decidió exiliarse al pueblo de su abuelo, abandonar a sus amigas, a sus padres. También relegó su vida amorosa a un último plano... Total, para acabar como su madre, acostándose con algún monitor de tenis mientras su padre se iba con otras... No, ella no quería eso y si era lo único que había en el mundo, prefería abstenerse.

Y Javier... Pues un tullido emocional que sólo la hace llorar. Sí, sí... Ella es muy feliz cuando él está cerca, el problema es que él siempre se va. Y la deja sola, triste y jodida.

—Me tenía que haber metido a monja, me lo pasaría genial haciendo pasteles y vendiéndolos en la puerta del convento. Me dedicaría a rezar y a leer. Y a esperar a la muerte.

De pronto, el timbre suena, los perros ladran enfurecidos y ella se sobresalta de tal manera que siente que el corazón se le va a salir por la boca.

Se levanta y nota un latigazo de dolor que recorre su espalda. Lleva demasiado tiempo sentada ahí fuera. Se acerca a la puerta de barrotes negros que separa su finca del resto del pueblo, ensordecida por los ladridos de sus amigos de cuatro patas. Allí encuentra a un hombre más bien mayor con pinta de estar un poco despistado.

—Disculpe, ¿es usted la veterinaria?

África asiente con la cabeza.

—Sí, pero hoy está cerrado, lo siento.

Capítulo 24

—Discúlpame, no vengo por eso. Soy el padre de Javier del Pozo, creo que lo conoces.

La veterinaria abre los ojos de par en par, las rarezas van en aumento. Sin embargo, rápidamente contesta.

—Sí, pero no está aquí, si es lo que quiere saber —dice amargamente.

—Por supuesto que no está aquí, está en el hospital, ha tenido que llevar a mi mujer a urgencias porque se encontraba mal y me ha pedido que viniera a recoger su teléfono y me ha dicho que usted sería tan amable de llevarme hasta la ciudad.

A la joven de rizados oscuros se le escapa una sonrisa de alivio (no es que se alegre de las desgracias ajenas), un suspiro y ay, Dios. Se ha cargado el móvil del médico.

Invita a pasar al padre de Javier hasta la casa mientras ella vuelve corriendo al banco de madera y recoge el teléfono del suelo.

—Seré idiota —se dice a sí misma.

Ya en el salón, África mira avergonzada el Iphone de Javier: tiene la pantalla rota en mil pedazos... Lo dejó caer de sus manos cuando él contestó en el teléfono de Olga...

—Si quieres espero fuera, en el coche —dice el padre de Javier, que está siendo sometido a un tercer grado por Bistec, el único perro que hay en el interior de la vivienda en esos momentos, sin saber que esa criatura adorable de cuatro patas pertenece nada menos que a su hijo.

—No, de verdad, no hace falta. Tardo un momento —dice África mientras sube escaleras arriba con el teléfono roto y con la intención de vestirse con algo un poco más decente que los vaqueros manchados por las patas de Luna y Rey y el jersey con la espalda empolvada del banco en el que ha pasado más

de una hora sentada.

Elige unos pantalones negros y una blusa azul pastel con unos botines de ante marrón, se cambia en un santiamén y después se lava los dientes a toda prisa, se recoge los rizos con una pinza y se echa una pizca de colorete. Toda la operación no le ha llevado más que cinco minutos: fruto de la adrenalina.

Con el abrigo puesto, el bolso en la mano y en la otra un Iphone para tirar a la basura, baja las escaleras y se encuentra con el padre de Javier, que está haciéndole carantoñas a Bistec sin saber que es su nieto perruno.

—Es el perro de su hijo —dice ella con una sonrisa.

—No me digas, a él nunca le han gustado los perros. Me sorprende. Bueno, vámonos.

África asiente y ambos salen por la puerta, dejando al pobre Bistec sólo tumbado sobre la alfombra.

Por lo menos, los perros de África ya han dejado de ladrar, pero miran a su dueña compungidos. ¿De verdad nos vas a dejar sólo sin sacarnos a dar un paseo?

“Lo siento, pequeños”, piensa ella.

Javier estira su espalda sobre el respaldo duro y frío de la sala de espera. Inspira con fuerza y traga saliva. Olga pone su mano sobre la pierna del médico.

—Tranquilo. Nos dirán algo dentro de poco.

—No estoy tranquilo —responde él—. Ya sabemos lo que hay.

—Bueno, pero ya sabes que los infartos son algo que hoy en día se controla y se trata, ten un poco de confianza.

Javier mira a la rubia de ojos azules. Sigue siendo extremadamente guapa y el tiempo aún no ha hecho mella en su piel. Sin embargo, aunque siente respeto y aprecio hacia ella, no siente atracción ninguna.

En realidad, no siente atracción por ninguna mujer que no sea África, por lo que al no cogerle el teléfono le ha generado el triple de ansiedad de la que ya venía soportando. Suplica para sus adentros que su padre haya sido capaz de llegar hasta la bonita casa blanca, recoger su teléfono y traer a esos

maravillosos y enormes ojos oscuros al hospital.

Unos Crocs rosas resuenan por el pasillo: pertenecen a una cardióloga ataviada con pijama verde, dueña de una melena pelirroja recogida tras las orejas y un gorro verde de esos de quirófano a medio poner sobre su cabeza. Sale de la unidad coronaria con aires de satisfacción.

—¡Olga! —dice ella con una sonrisa—. ¿Tú eres Javi, verdad?

—Sí, es él —dice la rubia.

Javier asiente a la vez que nota los latidos de su corazón en el cuello.

La cardióloga, que debe rozar los treinta y cinco años, se sienta al lado del médico de Villafranca con una sonrisa.

—Tu madre está perfecta, cielo. No era un infarto, tiene un Takotsubo. ¿Habéis discutido o ha tenido algún susto...?

Olga emite una risa nerviosa, no de alegría, si no de estrés.

—Pues no me extraña nada lo que me dices —comenta ella.

Javier respira agitadamente.

—Ha venido a verme... Llevábamos dos años sin vernos y sin hablar... Y bueno, mi hermano murió hace cinco años...

La cardióloga apoya su mano en el hombro del doctor del Pozo.

—Vale, tranquilo, habrá sido eso. Le hemos hecho el cateterismo y en la imagen hemos visto que no tiene ninguna coronaria obstruida y que el corazón tenía un déficit de movilidad apical, ya sabes, típico de la miocardiopatía de Takotsubo o síndrome del corazón roto, como lo quieras llamar. El pronóstico es muy bueno... Debes estar tranquilo. Además ten en cuenta que este síndrome es típico de mujeres posmenopáusicas que tienen un susto, les roban o les dan malas noticias o algo les sobresalta, entonces los síntomas son muy parecidos a los del infarto e incluso las pruebas (excepto el cateterismo) arrojan resultados muy similares. La vamos a tener un ratito más controlada con nosotros y en dos-tres horas si todo va bien, que irá bien, la subimos a planta, ¿de acuerdo? Después es probable que tarde dos o tres semanas en recuperarse del todo, así que habrá que tomárselo con calma.

Los músculos de Javier poco a poco se destensan, da las gracias en un casi inaudible susurro y se despide de la amable y sonriente doctora que acaba de informarle.

Olga rebusca en el bolsillo de su bata y saca un billete de cinco euros.

—Te invito a desayunar, ¿quieres? —dice ella.

Pero Javier no la está escuchando. De nuevo unos pasos al fondo del pasillo le hacen levantar la mirada.

Salta de la silla y se pone en pie. Su padre camina hacia él con la cara pálida como una vela recién comprada y una mujer lo sigue de cerca.

Es África.

—Olga, explícale a mi padre lo que ha ocurrido, por favor. Tengo que hablar con ella un momento —le pide él a la que una vez fue su amiga.

—Vale —responde la rubia—. Pero tengo que volver a trabajar en un rato —dice mientras fija su mirada en África.

Javier saluda a su padre con prisas, aunque con cariño. Le da un abrazo y le dice: “mamá está bien”. Entonces se para frente a la veterinaria y ella deja de respirar.

—Te he roto el Iphone —confiesa avergonzada—. Lo... Lo siento.

Ella lo saca del bolsillo y se lo enseña. Va a caer una bronca y lo sabe.

—Trae, dámelo —dice él.

África se lo entrega, entonces Javier lo tira al suelo y el móvil termina de romperse. Ella lo observa, atónita.

De pronto, el médico se abalanza sobre la dueña de esos ojos marrones que tanto le han quitado el sueño en los últimos meses para besarla y abrazarla.

África deja correr algunas lágrimas por las mejillas mientras disfruta del contacto. Está enamorada y se siente completamente a merced de sus impulsos. Oficialmente, tiene una debilidad y es él. Y le dejaría hacer con su cuerpo todo lo que él quisiera. Incluso trenzas.

Javier huele la vainilla en el cuello de la veterinaria mientras la abraza con fuerza contra él.

—Te juro que si te quedas conmigo en Villafranca, te dejaré romper todos los Iphones que quieras.

Pero una alarma roja se enciende en el cerebro de África.

—¿Cómo amigos, Javier?

Se miran a los ojos, él sonríe con esos labios rodeados de barba rubia que la vuelven loca.

—No, no quiero que seas mi amiga nunca más.

Capítulo 25

Óscar se siente orgulloso de sí mismo. Al fin ha terminado la novela. Toda la inspiración que parecía haber extraviado en Madrid, entre tanto estrés, coches, contaminación y ruido, había vuelto al fin durante su estancia en la recóndita Villafranca. Las montañas verdes, el frío matutino, el silencio del medio día y, sobre todo, la bellísima veterinaria, que aunque no se ha atrevido a pedirle salir, ha estado muy presente en su imaginación.

Teclea la palabra “fin” en letras grandes bajo el último párrafo. Exhala largamente, satisfecho.

—Solomillo, esto tenemos que celebrarlo.

El gato alza las orejas pero su cara de aburrimiento no cambia.

—Voy a darte una lata de paté para gatos —dice el escritor.

El animal se incorpora rápidamente, sabiendo lo que significa eso. Camina tras su amo y observa salivando, esa masa pastosa que Óscar deja caer en su platito. Ñam, eso va a estar rico.

El escritor saca una copa del armario y una botella de vino blanco sin abrir de la nevera. Frunce el ceño. Lo malo de aislarse del mundo es que cuando necesitas compartir cosas buenas con alguien, el mundo se ha aislado de ti.

Y Óscar detesta beber solo.

Quizá hoy que está cargado de optimismo y seguridad en sí mismo pueda acercarse a la clínica de África e invitarla a una copa de vino para celebrar el final de su novela. Así, como amigos.

Ella lo va a entender sin problemas: ambos viven solos, están en un pueblo pequeño, se han conocido hace apenas dos o tres meses. Tal vez sea una buena manera de iniciar un acercamiento.

—Despacio, con cuidado. Mamá, no corras.

—Javier, hijo mío, no estoy inválida, puedo subir escaleras.

—Ya, pero te vas a fatigar si te empeñas en subirlas a zancadas.

—Bueno, si queréis puede quedarse en el sofá, se abre como una cama y yo prometo no molestar —dice África, quien ha preparado por primera vez desde que vive allí, el cuarto de invitados.

El día anterior, antes de que a la madre del médico le dieran definitivamente el alta, ella regresó a su casa y puso sábanas limpias, un nórdico nuevo que tenía sin estrenar y una preciosa colcha que estaba doblada en el armario. Limpió los muebles y colocó un espejo de cuerpo entero en la habitación que hasta entonces ella había estado utilizando.

Hizo compra. Verdura, legumbres, arroz, pescado, pollo, yogures y hasta chocolate.

Cocinó un arroz con pollo y judías verdes que a su juicio salió riquísimo para poder dar de comer a la familia de Javier al día siguiente y después se encargó, como vino haciendo la última semana de sacar a pasear a Bistec junto con sus otros cuatro perros que ya al fin, habían integrado al amigo de Javier como uno más de la manada. Sin embargo, África ya estaba temiendo la adopción del próximo cachorro, que debía tener ya unos seis meses y estaba en casa de su amiga Sara, esperando a ser recogida. La iba a llamar Lola, y como todo buen cachorro, la perrita daría un poco más de trabajo de lo normal.

—No, hija, no te preocupes, demasiado has hecho ya —dice la madre de Javi—. No quiero encima colonizarte el sofá.

—Como vosotros queráis, no es molestia.

Javier, que está ayudando a su madre a subir las escaleras, mira de reojo a África y le guiña un ojo. Ella se sonroja inmediatamente.

Él se quedará a dormir en casa de la veterinaria hasta que su madre se encuentre repuesta por completo y pueda volver a Madrid. Pero África ya no tiene más camas, salvo la suya que mide un metro y cincuenta centímetros de ancho y es lo bastante grande como para acoger a un hombre de aproximadamente treinta años de edad, guapo y enamorado. De ella.

“Pero nada de hacer ruido”, le ha hecho prometer, que se muere de vergüenza al pensar que su ¿suegra? Oh, Dios mío, tiene suegra, pueda escucharlos por las noches. El suegro no le preocupa, los hombres se desconectan por la noche de una manera... Que da miedo.

Bueno, bueno, no llevan tanto tiempo juntos como para poder llamarlos

suegros. Aún.

Suena el timbre, pero no el de la puerta principal, si no el cacharro que pita cada vez que alguien entra en la clínica. Porque, la vida viene como viene, pero hay que seguir trabajando para poder comer.

—Un momento, ha venido alguien para que lo atienda —anuncia África.

—Vale, hija, sin problemas, tú a lo tuyo que no queremos estorbarte.

—No estorbáis, ni mucho menos, no quiero oír esas tonterías —dice la veterinaria con una sonrisa mientras baja escaleras abajo, hasta el sótano.

Y es que la clínica tiene otra entrada, a un lado de la fachada blanca, para no obligar a sus clientes que traen mascotas enfermas a vérselas con sus cuatro (ahora cinco, y próximamente seis) perros en el jardín.

Cuando al fin pone sus pies en la sala de espera, África enarca ambas cejas en una mueca de confusión, pues juraría que ella es la dueña de una clínica veterinaria y no de una tienda de vinos ni de copas.

—Vale, espera... Tú... Ya recuerdo, tenías un gato. ¿Solomillo? ¿Dónde lo has traído? —pregunta ella con una sonrisa educada pero distante.

Óscar comienza a sudar, no ha sido buena idea.

—¿Recuerdas cuando nos vimos arriba en la montaña? Sólo quería decirte que he terminado mi novela y, como estoy aquí solo en el pueblo y sólo te conozco a ti, quería brindar con alguien. Si te parece bien.

África siente de pronto una oleada de ternura. Recuerda bien aquella conversación, cuando ella salió a montar a Pan y se detuvo en su mirador favorito. Necesitaba pensar y se encontró al escritor allí arriba. Entonces empieza a recordar retazos de las palabras que intercambiaron.

—¿El niño de tu novela se hace mayor? Dime, cómo acaba —dice ella mientras coge una de las copas y se deja servir un poco de Albariño.

Óscar, gratamente sorprendido al ver que la veterinaria recuerda todo lo que él dijo, se anima a destripar parte de la historia.

—No, es un niño que no crece nunca, pero la gente a su alrededor lo sigue tratando como tal, sin embargo es tan tranquilo y sabio como un inmortal de doscientos años. Así que se las apaña para sobrevivir en distintas épocas de la historia.

Óscar se sienta sobre uno de los asientos y ella lo imita. Lo cierto es que es un hombre agradable y le parece muy intelectual.

—¿Y el perro que lo sigue a todas partes? —pregunta África divertida.

—Eso no te lo voy a contar, lo tendrás que leer —se hace el interesante.

La veterinaria da un sorbo. Está rico. Bebe un poco más.

—Bueno, pues cuando salga, me lo compraré y te buscaré para que me lo dediques —dice ella con cariño.

Lo cierto es que le parece un hombre muy agradable y le ha sorprendido el detalle de traerla vino. Es un solitario, como ella.

—¿Sabes? Agradezco mucho haberte conocido. Gracias a ti recuperé la inspiración. Cuando te vi allí arriba, sola, con el caballo... Se ve que eres muy especial —añade Óscar, quizá haciendo un poco la pelota, quizá a sabiendas, quizá con dobles intenciones.

—Ya, eso ya lo sé yo. Mi novia es muy especial —salta Javier desde la puerta de la sala de espera—. ¿Me invitáis a un poco de vino? Porque si no hay vino para mí, pues habrá que joderse.

África pone los ojos en blanco, pero no tarda en echarse a reír. Se siente insultantemente feliz. No como Óscar y su dignidad que andan ambos rodando montaña abajo.

Han pasado ya unos cuantos meses desde que los padres de Javier regresaron a Madrid, sin embargo, se han aficionado a visitarlo a él y a su chica al menos una vez al mes, así que se puede decir, que ha recuperado a su familia y África ha sido adoptada por unos maravillosos padres postizos que la cuidan y la consienten como si fuera su propia hija.

Sin embargo, el asunto que que trae a colación esta parte de la historia es fundamentalmente económico. ¿Para qué demonios va a estar Javier pagando el alquiler de su casita del médico si duerme todos los días en la cama de África? Todos los días come en casa de África, cuando hace compra la mete en la nevera de África y se ducha en el baño de África, tanto así que ya podría decirse que es también su baño, puesto que sus cuchillas de afeitar, su gel de baño, su champú y su colonia ahora compiten con el maquillaje y las cremas de la veterinaria por un espacio en las estanterías del que él llama “el spa”.

Así que, hace un par de días, habló con el dueño de la “casita del médico” y le dijo que daba por finalizado el contrato y que le devolvía las llaves, ya que

había encontrado un alojamiento un poco más “definitivo”, aunque nunca se sabe.

Pero en Villafranca, los rumores vuelan, se transforman, digievolucionan o como se quiera llamar. Así que allí está medio pueblo armando jaleo en el consultorio pensando que el médico de familia que les ha estado atendiendo durante un año ha sido víctima de la maldición del pueblo y ahora, se marchará y estarán un mes o dos esperando hasta que un nuevo doctor esté dispuesto a trabajar donde Dios perdió las manzanas que Adán y Eva al final no se comieron.

—A ver, es imposible que el doctor atienda a trescientas personas esta tarde, queridos míos —anuncia la administrativa del centro de salud, asustada por la avalancha de pacientes que se han amontonado esa tarde frente a la consulta del doctor del Pozo.

¿Habrá epidemia de gripe? No, en el mes de agosto es imposible. Si acaso golpes de calor... Pero en Villafranca nunca sube tanto la temperatura.

—Ya pero yo necesito mis pastillas para dormir y si se va a marchar, ¿voy a estar un mes con insomnio? No señor, no me voy de aquí sin un taco de recetas —dice una mujer de unos sesenta años con cierta adicción al género de las benzodiazepinas.

—Bueno y yo un mes sin echar un polvo, que mi marido sin viagra no tira —salta Agustina indignadísima, ganándose un gran codazo de su marido, sentado justo al lado de ella y con cara de haberse comido media caja de guindillas.

—¡Venga ya Agustina, si ya no tienes edad ni para el vaginesil! —le grita Charo desde la otra esquina—. Yo sin mis recetas de Algidol no me marcho de aquí.

—A ver lista, que el Algidol no lo cubre la seguridad social —dice alguien cercano, también sediento de recetas de a saber qué.

—¡Pues yo como farmacéutico ya les voy diciendo a todos ustedes que me van a desabastecer, así que las compras se hacen poco a poco! No creo que todo el paracetamol, el lormetazepam y las cajas de Viagra de Agustina sean necesarias y urgentes en el momento actual. —avisa Lord Voldemort desde el mostrador de la administrativa.

—Eso dilo por ti, majo, que ni duermes ni follas y así tienes la cara que tienes —Charo como siempre, repartiendo a diestro y siniestro.

—¡HAYA PAZ! —una voz masculina y profunda se impone en la sala de espera.

Javier del Pozo entra en mitad del berenjenal, vestido con su bata blanca, su camisa y su corbata y el fonendoscopio negro alrededor de su cuello. Su sola presencia genera un silencio sepulcral, pues ya tiene fama de malas pulgas (aunque sabe mucho, según la señora que se comió el filete empanado con arena).

—¿Se puede saber qué se celebra hoy en este lugar? —pregunta Javier ocultando con éxito el terror vivo que siente al ver tanta gente agolpada en la puerta de su consulta.

—No, más que celebración esto es un luto, doctor del Pozo. Se marcha usted y nosotros sin nadie que nos recete los medicamentos.

—Me marchó una semana de vacaciones a Canarias, Dolores. Luego vuelvo y seguiré pasando consulta.

Agustina suspira, aliviada, y su marido, más.

—¿Entonces por qué ya no vive en su casa? —pregunta Charo—. Porque ya nos han dicho que ha entregado las llaves.

Javier decide salirse por la tangente. Saca la llave de la consulta, abre y antes de cerrar la puerta dice:

—Ah amigo, si ya lo sé yo, está viviendo con la veterinaria... Si ya decía yo, que ahí había tema —dice el farmacéutico siendo fiel al más puro estilo Jorge Javier (ya me entendéis).

Un murmullo generalizado se extiende entre el gentío.

—Juro por mi vida que al que no esté aquí por una causa mínimamente justificada, se le va a inyectar Nolotil en el culo para que no vuelva a quejarse sin motivo.

—Si yo no quiero, no va a pincharme —dice otra señora allá entre la muchedumbre.

—Pruébeme y verá —dice Javier tan serio, tan serio, que cuando llegan las tres de la tarde, sólo ha atendido a cuatro personas que estaban para mandar al hospital.

Capítulo 26

Javier lleva nervioso toda la noche. África se lo ha notado, pero lo achaca al miedo que tiene el médico a los aviones. Están despegando. El cielo azul pastel se encuentra completamente libre de nubes y les permite vislumbrar los relieves, las casas y las montañas que se ven cada vez más pequeños. Javier aprieta la mano de África hasta dejar los finos dedos femeninos sin circulación.

No soporta despegar, no soporta aterrizar y en general, no soporta volar.

“Pero va a merecer la pena, si todo sale bien”, piensa él tratando de centrarse en otros asuntos.

Los paneles que indican la necesidad de abrocharse el cinturón de seguridad continúan iluminados. Javier respira hondo, suelta la mano de África y agarra la revista de contenido superficial que la compañía aérea pone a disposición de los clientes para anunciarles viajes que probablemente jamás se podrán pagar. “¡Mira este hotel de 9 estrellas de Dubai! ¡El lujo cerca de ti!”, rezan algunos de los titulares.

Cerca de ti, los cojones, piensa él, contento de haber encontrado algo que le cabree lo suficiente como para distraerse.

África, por el contrario, se ha puesto los auriculares, ha cerrado los ojos y se ha dejado llevar por Adele. En un momento dado ha tenido que acariciar la mano del médico para tranquilizar sus nervios. “No soporta ninguna situación que escape a su control”, reflexiona ella.

—Estimados pasajeros, les comunicamos que nos encontramos a una hora del aeropuerto Tenerife Norte, pueden desabrocharse los cinturones y en breves tendrán a su disposición todos los servicios que ofrece nuestra línea, gracias por viajar con nosotros.

África descuelga uno de los cascos de su oreja y mira a Javier.

—¿Qué ha dicho?

—Que el avión se cae y vamos a morir todos —contesta Javier con una sonrisa.

—Creo que tú te hubieras dado cuenta antes que el piloto, llámame loca —responde ella divertida—. Tienes las turbinas monitorizadas y has contado las salidas de emergencia y... Lo peor de todo: te has leído el manual del chaleco salvavidas.

—No quiero morir joven, quiero tener hijos y esas cosas.

África se sonroja repentinamente y oculta una sonrisa girando la cabeza hacia el pasillo. Una amable azafata les ofrece aperitivos y champán.

Van en primera clase.

Javier se ha empeñado. “Si nos matamos, al menos que sea con estilo”, había dicho él.

—Sí, por favor —indica él.

Ambas copas están llenas cuando brindan.

—Por Bistec —dice Javier.

—¿Y por nosotros no? —pregunta África.

El médico se ríe.

—Si Bistec no hubiera tenido una crisis epiléptica... Esto no hubiese sido posible.

—Y si no lo hubieses recogido en la montaña, tampoco.

—¿Ves? Tenía razón al brindar por él.

—Sí, por Bistec.

Y chin-chín.

Lo cierto es que Javier parece haber superado la aprehensión inicial que le ha hecho hiperventilar durante los primeros minutos del despegue.

El resto del viaje se hace muy ameno. La conversación nunca acaba entre ellos, algo que descubrieron hace ya un año, cuando las tardes y noches transcurrían en el porche de África entre refrescos y cervezas haciendo como que eran amigos. Cuando el cielo se volvía rosa y el viento refrescaba la temperatura del ambiente de finales de agosto del año pasado, ya se habían descubierto el uno al otro, solo que aún no lo sabían.

—Estoy agotada —África se deja caer sobre el colchón enorme de la suite.

Javier se tumba a su lado.

—Te dije que patearse toda Santa Cruz después del viaje iba a ser una paliza.

—Me lo he pasado genial —responde ella—. ¿Quieres bajar a cenar?

Javier suspira.

—Preferiría que nos subieran algo y darnos un baño... ¿Has visto el jacuzzi?

África se pone en pie de un brinco y va hasta el baño, donde descubre otra puerta a parte de la zona de aseo y retrete. La abre y casi chillla.

—Me va a sentar muy mal volver a Villafranca.

Javier aparece detrás de ella y le rodea la cintura con los brazos.

—Bueno allí tu baño parece un spa también.

Jose y Quique están reventados. Jose porque está saliente de guardia y Quique porque escribe sus novelas por las noches y de día suele dormir, pero hoy no ha descansado lo suficiente por razones obvias.

Están sentados delante de una cinta que transporta maletas a las once de la noche en el aeropuerto de Tenerife Norte.

—Joder tío, la última vez que nos metemos en algo así —dice Quique.

—No me jodas que yo he dormido solo dos horas.

—Bueno, esto solo lo hacen los amigos de verdad.

—Ya se lo cobraremos en cervezas, tú tranquilo —añade Jose, el cardiólogo—. Si pudiera me arrancarían los ojos de lo que me escuecen.

—Eres un quejica.

—Mira ahí está el equipaje.

Desayuno incluido.

Creo que no hay persona en el mundo que no adore esa palabra cuando acaba de despertarse en un magnífico hotel tras haber viajado el día anterior.

Y cuando el desayuno incluido viene acompañado de preciosas mesas y sillas forradas de una mimosa y brillante tela blanca rodeadas de personal amable y de tostadas con jamón ibérico, aceite de oliva y tomate natural, es probable (y

ya habido casos) que el viajero alcance el Nirvana (sin necesidad de pasar por horas y horas de meditación interrumpidas constantemente por hijos, perros, lavadoras que pitan o la olla exprés que se ha calentado más de la cuenta).

El café con leche de avena que sabe a vainilla es la guinda del pastel.

—Hace mucho que no cerraba la clínica y me iba de vacaciones —dice África saboreando cada sorbo y cada momento.

—¿Cuánto exactamente?

Ella hace memoria y entonces se sorprende de sí misma.

—Nunca, desde que la abrí hace dos años... Supongo que trabajaba para no pensar —añade.

—¿Y ahora sí te apetece pensar?

—Ahora ya no me da miedo —responde África.

Javier sonrío y se levanta de la silla. Coge dos vasos.

—Voy a buscar más zumo, ¿de qué lo quieres? —pregunta.

—Me fío de ti —dice ella con una voz relajada y feliz.

Después del desayuno regresan a la habitación y deciden pasar el primer día en la playa, dejándose mimar por el sol, la arena y el agua salada. Así que cogen el coche hacia Costa Adeje en busca de un rinconcito al lado del mar. Javier se encarga de meter el protector solar en la bolsa ya que África ha confesado que nunca se echa crema y él teme por el melanoma, ese que siempre acecha a los veraneantes imprudentes. Le va a untar la espalda él mismo si es necesario (que lo será, probablemente).

Sonríe ante la idea.

—¿De qué te ríes? —pregunta África desde el asiento del copiloto.

—De ti —responde él.

Ella sonrío, pero por un instante un pensamiento fugaz que cruza por su mente, como un cometa que se enciende y se apaga en la atmósfera de manera casi inmediata, le arruina el momento.

—Era una broma, no te habrás enfadado, ¿no? A veces eres un poco impredecible —dice Javier, notando el cambio brusco de polaridad que ha sufrido la veterinaria.

África observa el mar a través de la ventanilla.

—No, para nada —responde.

Pero de pronto se ha vuelto taciturna y pensativa, cosa que últimamente no viene siendo muy frecuente. El médico se angustia... Un poco. Tal vez haya recordado a su padre. Javier se enteró después de que “empezaran a salir oficialmente”, ya que en la fecha en la que él había fallecido, no se hablaban (sólo se miraban de reojo en el supermercado).

Sí, debe de ser eso, piensa Javier, aplacando sus nervios. Media hora después llegan a una playa algo apartada del resto del mundo. La arena negra se cuele entre los dedos de sus pies mientras caminan hacia un rincón donde la arena, sin ninguna arruga que la manche, espera pacientemente que alguien extienda sobre ella un par de toallas.

Pese a que no se encuentran en un lugar masificado, sí que hay un puñado de familias y algunas parejas dispersas alrededor de la orilla.

Una niña pequeña, con manguitos en los brazos y un cinturón de esos que flotan atado a su minúscula cintura corre descontroladamente con una diminuta pala de plástico en la mano, como un pollo decapitado.

—Uy —dice África al notar a la criatura estamparse en sus piernas.

La pequeña se cae encima de la arena y, cuando parece que va a llorar, se queda mirando las brillantes uñas de los pies de la veterinaria que ella misma pintó de turquesa antes de coger el avión.

—Qué bonitas —dice la niña como alucinada mientras toca la más grande, la del dedo gordo.

África sonríe, enternecida.

Una madre cabreada grita unos metros más atrás.

—¡Daniela! ¡Ven aquí!

Javier contempla la escena y su imaginación le hace visualizar un futuro bonito pero el momento se tuerce cuando la sonrisa de África desaparece y un semblante de tinte melancólico viene a sustituirla.

Él apoya su mano en la cintura de ella.

—Eh, ¿te encuentras bien? ¿Estás triste? —pregunta el médico.

La veterinaria se sobresalta. No sabía que sus pensamientos pudiesen leerse así de bien desde fuera de su cabeza.

—No, es simplemente que estoy un poco cansada, he dormido mal —

miente ella.

¿Qué va a decirle? Oye Javi, ¿tú no me dijiste que no querías tener hijos? ¿Cuándo vas a querer casarte? Dios, sería ir muy rápido, no llevan ni un año juntos (aunque el año ha sido intenso y se han conocido casi mejor siendo amigos que si hubiese habido sexo desde el principio...).

África está preocupada porque quiere avanzar y tiene miedo de que Javier no quiera.

“Mira Javi, qué niña tan adorable, ¿encargamos una?”.

Se muere por ser madre. Quiere formar una familia. Pero ni ella entiende el porqué de esas prisas. Aún son jóvenes, se tienen que conocer mejor, las cosas van despacio...

Le mira mientras se quita la camiseta. Tiene una mancha café con leche en el hombro izquierdo que destaca sobre su piel blanca, esa que siempre acaba cogiendo un nada favorecedor tono acangrejado si no se aplica protector solar cada... ¿cinco minutos? Da igual, ella adora esa piel tan delicada, adora esa mancha café con leche y le encantaría tener una hija o un hijo con la misma mancha en el mismo hombro.

Pero él todavía no ha sacado el tema de los niños, ni de casarse, ni de nada de eso en ningún momento.

Quizá ella esté pecando de impaciente e insegura. Las cosas fluyen y surgen solas... Eso dicen por ahí.

Javier está mucho más tranquilo por la noche. El humor de África ha mejorado mucho a lo largo del día, se han bañado en el mar, han jugado a las cartas y han bebido cerveza mientras reían juntos. Quizá es cierto, y estaba cansada... De ahí esa expresión de tristeza que había notado por la mañana.

Ahora ella sonríe frente a él, sentados en un magnífico restaurante de la costa con las olas rompiendo cerca de la terraza. El médico observa con detenimiento la bonita piel bronceada de África, es suave porque ya la ha tocado y contrasta con la tela blanca del vestido que ha elegido para cenar esa noche.

Es preciosa.

La botella de vino no tarda en vaciarse al ritmo que el marisco abandona los platos. Se miran, ríen, se susuran. Y un ligero pero sabroso sorbete de limón

culmina la cena.

La veterinaria se siente muy intrigada. Javi ha estado muy cariñoso (más de lo normal en él) durante la noche, y tiene esa mirada especial. Por eso, cuando la mano masculina se introduce en el bolsillo interior de su americana, a ella se le sube el corazón a la garganta y se le iluminan los ojos.

El médico lo nota, satisfecho de la reacción.

—Espero haber acertado —dice él cuando le entrega una pequeña caja aterciopelada, cuadrada y oscura.

África la recoge entre sus delicadas manos casi con ansiedad y antes de abrirla, lo mira a los ojos, completamente entusiasmada.

—¿Qué... Es? —pregunta ella.

Él sonríe.

—Ábrelo, es algo especial.

África desliza la tapa hacia arriba y contiene el aliento. Javier observa detenidamente, necesita saber cómo reaccionará ella.

—Ah... Qué... Bonitos —dice la veterinaria.

—¿Te gusta el tamaño? Sé que si son muy grandes te pesan y eso lo odias... —dice el médico en referencia a los pendientes que brillan desde el pequeño cofre.

África se esfuerza por sonreír y asentir. Pero está a punto de explotar.

Se levanta de la silla.

—Voy al baño —dice.

Y Javier, muy satisfecho, la ve desaparecer camino de los servicios.

África se mira al espejo.

—¡Hay que joderse! —exclama cabreada.

Una señora sale de uno de los retretes y la mira con cara de susto.

—Hija mía, los hombres no tienen remedio —dice la mujer cuando aprecia las lágrimas y el rímel entremezclados en las mejillas de la veterinaria.

Capítulo 27

Javier asume el precio a pagar. Desde que han llegado a la habitación del hotel, África se ha encerrado en el baño y no le ha dirigido la palabra nada más que para informarle:

—Me voy a dar un baño, voy a tardar.

Él sabe que lo tiene merecido, pero no le importa, se siente feliz. El débil eco de la música que África ha puesto en su Iphone se deja escuchar al otro lado de la puerta. Adele canta y el médico se resigna a que no va a ver a su novia de cuerpo presente hasta dentro de, por lo menos, un par de horas.

Se pone su pijama de lino verde y se tumba en la cama con el mando de la tele en su poder. Se dice a sí mismo que es por una buena causa, aunque solo espera que el cabreo de África no suponga la ruptura de la relación en menos de veinticuatro horas, que es básicamente el tiempo que necesita para que todo se solucione. Su teléfono pita, él echa un vistazo y ve un mensaje de Jose. Ya están aquí. Javier sonríe pensando que quizá esté loco. Y es que lo está. Coge su móvil y abre la galería. Comienza revisando las fotos de los últimos días: momentos felices en los que África ríe, él ríe, Bistec duerme panza arriba en su sofá, ella está montando a caballo y sus rizos revueltos caen sobre sus hombros. No quiere perderla. Recuerda cómo se sintió cuando le dijo que se marchaba a Madrid. Si hubiese sido un árbol en aquel momento, todas sus hojas se habrían caído de repente y sus raíces se hubiesen secado de inmediato. Dependía de ella. Porque, aunque deseáramos que no fuese así, dependemos de las personas de las que nos enamoramos. Son las que más poder tienen para hacernos felices, pero también para destruirnos.

Avanza hacia atrás en el tiempo y comienzan a aparecer fotos de su hermano y de Olga. Y de los tres juntos. Se le escapa una lágrima, pero descubre con cierta tranquilidad, que ya no siente culpa. Ha aceptado que él ya no está y que, preso de su propio laberinto emocional, tomó su decisión y sufrió las consecuencias. Que no hay culpables, que no hay nadie a quien haya que sentar en el banquillo de los acusados.

De pronto, siente unos dedos acariciando su pelo, recorren su nuca y su cuello

con delicadeza. Se gira y África le sonríe con ternura.

— El querría que fueras feliz —dice su novia.

—Le echo de menos —reconoce Javier, por primera vez en voz alta—. Lo cierto es que me refugiaba en mi culpa para no aceptar que se había ido.

África se sienta a su lado, envuelta en un esponjoso albornoz.

—A veces es más fácil refugiarse en la autolamentaci n que sumergirse en la realidad.

—Te quiero —dice él.

Ella lo abraza y se tumban sobre los cojines. África respira profundamente muy relajada. Se encuentra en el mejor sitio del mundo y espera poder refugiarse en él siempre que lo necesite, por eso esperaba un anillo.

“Pero quizá sea demasiado pronto”, reflexiona. Cierra los ojos mientras él desliza sus dedos entre los mechones húmedos de la veterinaria.

Sus rizos ni siquiera se deshacen con el agua y eso le encanta a Javier. Apaga la luz y le da un beso en la frente.

—Vamos a descansar, mañana va a ser un día intenso—dice él.

África ronronea suavemente como respuesta y pasa su fino brazo sobre la cintura del médico.  l sonríe para sus adentros.

La veterinaria nunca ha sido muy sensible a los olores. Por eso, cada vez que intenta hacer arroz con leche, se le quema, porque no huele el desagradable aroma a carbonizado que desprende el potingue de la cacerola.

Sin embargo, el olor a animales lo tiene bien grabado en su mente. Y aquí huele a pienso y a pelos. Y también a cacas.

— D nde demonios me has traído? —pregunta ella a Javi.

 l se ha encargado de vendar eficazmente los ojos de África.

—A un lugar... Sorprendente —dice él riéndose.

—Aquí apesta a bo iga de vaca —responde ella arrugando la nariz—. Hasta yo lo huelo.

Javier mira a su derecha, donde hay un elefante haciendo sus necesidades. Vaya momento tan oportuno para ponerse a cagar. Todavía le revienta la sorpresa.

—Hay que joderse —dice él.

—¿Qué pasa? ¿Por qué hay que joderse ahora?

—Pues porque un perro ha dejado aquí un regalito y el dueño no lo ha recogido —miente él.

África arruga aún más la nariz.

—Pues no sé qué le dan de comer a ese perro, pero tiene un problema intestinal.

Javier contiene la risa ante el comentario. Al fin, tras dar mil vueltas por el Loro Park, llegan al delfinario. Javier reza porque las criaturas que están apaciblemente nadando, no comiencen a hacer gorgoritos, porque si no, su novia se va a enterar de que no están paseando por el campo.

Se deslizan escaleras abajo y una chica joven y sonriente abre una puerta de esas que sólo están ahí para el personal del zoológico. Por suerte un contacto de su amigo Quique ha conseguido que los dejen entrar fuera de horario de apertura al público, si no hubiese sido imposible mantener el misterio con aquello repleto de niños gritando: “¡Mira mamá, un rinoceronte!”

Camina unos metros más. Giran a la derecha y después a la izquierda. Y entonces, Javier retira la venda de los ojos y África mira a su alrededor. Está en un vestuario.

—Eso es para ti —señala él.

Un traje de neopreno gris y rosa cuelga de una percha.

—Yo te aviso, no sé hacer surf ni nada que se le parezca —dice ella.

—Póntelo y luego sal por esa puerta, yo estaré fuera esperando —dice él.

África obedece. Se desviste y después se las ve y desea para entrar en ese trapo infame que se pega a todo su cuerpo. Al fin lo consigue. Se pone unas cangrejas que también parecen estar ahí para ser utilizadas por ella y sale del vestuario. Y allí está él, con otro neopreno y un cubo lleno de pescado al lado de una especie de lago de agua limpia llena de delfines que saltan y nadan sin parar.

África los observa completamente absorta. Son... Preciosos. Javier la contempla en ese mismo instante, su novia tiene una luz tal en la mirada que todo aquello que toque con sus pupilas se convertirá automáticamente en el mismo centro del universo. Y él quiere ser, para el resto de su vida, el centro

de ese universo.

Se da cuenta de que le sudan las manos y le tiemblan las piernas. Mira el teléfono, está todo preparado. Sus dos amigos llevan en el parque dos horas.

—Bueno —susurra él con nervios—. Que sea lo que Dios quiera.

Da la señal, que consiste en mandar un wassap a su amigo Jose en el que pone: “venga, coño que ya estáis tardando”.

África sonrío mientras los delfines van y vienen. Lo cierto es que está deseando nadar con ellos, pero no sabe si la dejarán o la visita solo permite verlos de cerca. Suspira y mira a Javier, a quien encuentra particularmente extraño. Tiene los ojos como empañados y sonrío de medio lado. Pero justo antes de preguntarle si se encuentra bien, nota algo que araña su espalda.

Grita sobresaltada y se da media vuelta. Un ladrido y un rabo que se mueve de izquierda a derecha incansablemente la saludan. La veterinaria tarda unos segundos en aceptar que Bistec se encuentra con ella en un delfinario en Tenerife. Aún así no sabe muy bien donde encajar todo aquel escenario. Bistec insiste, le echa la pata, se pone panza arriba y jadea de felicidad.

—Hola, pequeño... Sí, te quiero, te quiero —dice ella mientras le rasca el lomo enérgicamente— Y, ¿qué haces tú aquí?

Bistec responde con lametones, ella le acaricia las orejas, el cuello... Y, de pronto se da cuenta de que algo cuelga del collar.

—¿Pero qué...?

África sigue una cadenita de unos dos centímetros que une la hebilla del collar con lo que parece una cajita forrada de terciopelo azul marino. Entonces se gira hacia el médico y él inspira profundamente.

Ella piensa por un momento que será otro collar o unos pendientes o algo parecido a lo que sucedió en la cena del día anterior. Se sorprende a sí misma asustada ante la idea de llevarse otro chasco.

—Ábrelo Afri —insiste Javier casi en un susurro.

Los segundos parecen eternos, el mundo se para, hasta su corazón parece haberse pausado momentáneamente. El médico retuerce sus manos tras su espalda.

La veterinaria reúne fuerzas y destapa la cajita. Una sortija sencilla, con un diminuto y elegante brillante se deja ver y reluce cuando un pequeño rayo de sol la alcanza tangencialmente. Ella la extrae cuidadosamente. Bistec, que

parece consciente de la trascendencia del momento, se mantiene quieto como una piedra.

África introduce su cuarto dedo en el interior de la joya. Como un guante (de su talla). Entonces cierra la cajita y la desengancha del collar de Bistec.

Se incorpora. Javier, que se ha ido acercando sigilosamente, hinca la rodilla en el suelo y sostiene una de las manos femeninas entre las suyas.

Se aclara la voz con un ligero carraspeo. No tiene preparado un discurso, simplemente va a decir lo que piensa y lo que quiere.

—África, me gustaría estar a tu lado todo el tiempo que estés dispuesta a quererme, me gustaría que mis hijos fueran los tuyos y que tú fueras quien los enseñara a montar a caballo. Quiero que mis hijos hereden tus ojos, tu sonrisa y todo lo que hay en ti que hace que mi vida sea bonita. Quiero que sigas siendo mi Norte y que no me dejes extraviarme de nuevo. Quiero que mis primeras canas me salgan a tu lado... Solo si tú quieres lo mismo conmigo... ¿Qué me dices?

África se retira una lágrima con la manga del neopreno.

—Te digo que sí, sí quiero —responde.

Bistec, que parece haberse descongelado, empieza a ladrar y a mover el rabo. Ha descubierto a los delfines que nadan a escasos metros de él y como no ha visto jamás una criatura semejante, encuentra adecuado avisar a sus dueños haciendo mucho ruido y poniéndose muy nervioso.

Javier se incorpora, le duele la rodilla de haberla clavado en el pavimento duro de cemento con tanta fuerza. Probablemente se haya hecho una herida. Pero le da igual. Coge a África en brazos y le da un beso de esos que uno desea que nunca se acaben.

Los dos amigos del médico aparecen en escena aplaudiendo y silbando. La veterinaria se ríe. Pero entonces un pensamiento se apodera de su mente como una nube negra que entra para dominar un cielo azul en un día de sol.

—Javier —dice ella muy seria.

—¿Qué ocurre?

Ella eleva una ceja y sus ojos negros taladran los azules del médico.

—Dime que no habéis facturado al pobre perro para subir al avión.

Bistec ladra. Eso es un sí en su idioma canino.

Javier, que creía que su novia acababa de sufrir un arrepentimiento repentino, suspira aliviado y echa a reír... Justo antes de lanzarla al agua con los delfines.

Otra chica más o menos joven entra en el delfinario vestida con un neopreno, la culpable de haber permitido una pedida de mano en aquel lugar. Quique se acerca y le da un beso en la mejilla. Jose le mira de reojo muy serio (tío, es tu ex). Pero el amigo se encoge de hombros. ¿Y qué más da? Uno tiene que tener amigos hasta en el infierno.

—Bueno, pues vamos a empezar —dice ella con una sonrisa.

EPÍLOGO

Parte I

Hace dos años que África estuvo en Madrid por última vez. Estuvo en la boda de una amiga del colegio. Nunca imaginó que la siguiente ocasión que tuviera que volver a la ciudad sería para repartir las invitaciones de la suya.

Javier lleva ya varios días en casa de sus padres, en la capital. Resulta que han tenido una visita sorpresa de unos primos lejanos y él ha decidido aprovechar la oportunidad para invitarles, de sorpresa, a la boda.

Suspira al comprobar que un camión circula por delante de ella a setenta kilómetros por hora. Mira por el retrovisor izquierdo, cambia de carril y lo adelanta.

Sonríe. Sube la música y pisa el acelerador. Le gusta conducir y también, en ocasiones, disfruta de la soledad. Una explanada de campos amarillos y el cielo azul que los cubre rodea la autopista y relaja sus pupilas y su alma. Lleva en el maletero ropa para cuatro días, las invitaciones y su ordenador. Ah, y una novela.

Nunca viaja sin una novela encima.

Cuando llegue a Madrid, aparcará delante de la que fue su casa durante unos años y dejará en ella dos invitaciones: para su madre y para su hermano. Mientras sus manos dirigen el volante y sus ojos vigilan el tráfico inexistente sobre un asfalto que parece estar ahí sólo para ella, su mente rescata momentos de su infancia y de su adolescencia.

Hasta los diez años vivió en una ciudad, cerca de Villafranca, donde se encuentra el hospital en el que su padre ejerció como director médico los años antes de su jubilación. Después vivieron en Madrid unos cinco años durante los cuales su padre formó parte de la gerencia de un hospital privado de la capital. Más tarde, regresaron de nuevo a su provincia natal donde él retomó el puesto de director médico hasta que se retiró. Durante aquella época, África permaneció los años que duró su carrera de veterinaria en la residencia de Madrid y al terminar, regresó con sus padres. Entonces su abuelo falleció,

heredó su casita de Villafranca y ella vio cielo abierto para empezar una nueva vida por su cuenta en el pueblo que siempre había sido para ella lo más parecido a un refugio de una familia que ejercía sobre ella una presión que no podía soportar.

Su madre, que había hecho un buen negocio casándose con su padre, de linaje noble (según los papeles que lo demuestran), siempre quiso para su hija un hombre de categoría (y con un apellido digno de que llevaran sus nietos), se opuso firmemente a que estudiase una carrera de “animales”. Se encargó a poner frente a ella a bastantes criaturas masculinas con pedigree para que se echara un buen novio y se olvidara de ayudar a parir a las vacas y de poner vacunas a perros. Hubo una época en la que África estaba convencidísima de que la habían adoptado... Hasta que visitaba a su abuelo y recordaba que había rasgos que se saltaban generaciones.

Cuando se quiere dar cuenta, la autopista anuncia el peaje de entrada en la comunidad de Madrid. Unas montañas del horizonte señalan el fin de la comunidad de Castilla y León y el paso a la capital. Saca su tarjeta de la cartera, paga los diez euros que se le exigen y la barrera se levanta. Calcula que en una hora escasa habrá llegado a su destino.

Javier está sentado en un banco, rodeado de gente que se ha ido. Unos antes y otros después. Algunos tienen cerca coronas de flores frescas que aún desprenden un olor agradable. Otros, flores de papel o plástico. Otros están solos pero presentes en los recuerdos de alguien que jamás olvidará.

“Aquí descansa Carlos del Pozo, 1989-2010”, “Tu familia y tus amigos te recuerdan”. Y una rosa que el médico ha depositado cuidadosamente sobre la lápida.

Es la primera vez desde que su hermano falleció, que se atreve a poner los pies cerca de su tumba.

Javier respira hondo, saca de su bolsillo un sobre y extrae del sobre una cartulina. Es una invitación un poco especial y lleva un texto algo más largo que el resto de las otras. En ella no hay ninguna dirección ni ninguna hora que indique dónde y cuándo se celebrará el evento.

“Para un hermano:

No hay un solo día en el que no me acuerde de ti. Es muy duro seguir y tomar

decisiones sin la persona con la que he compartido absolutamente todo desde que era niño. Ojalá todo hubiera sido diferente. Ojalá pudiese cambiar lo que ocurrió.

Te echo de menos. Mamá y papá también.

Me voy a casar con una mujer tan maravillosa que a veces pienso que me la has enviado tú desde donde quiera que estés. Estuve a punto de seguir tus pasos. Me sentía la criatura más miserable del mundo y me imagino que debió ser algo parecido lo que tú sentiste cuando decidiste que te marchabas. Ojalá hayas encontrado la paz.

Te merecías otra cosa. Te merecías una vida larga y llena de retos, de cosas bonitas, de gente que te hiciera feliz. Me hubiese gustado estar a la altura cuando me necesitabas. Te pido perdón.

Cuando me case, habrá un asiento vacío a mi lado que he reservado para ti.

Te quiero, hermano.”

Javier introduce la invitación enrollada en una botella pequeña de vidrio y después enciende una cerilla y quema el papel dentro del recipiente. En seguida, la carta se transforma en puñado de cenizas. El médico deposita la botella al lado de la rosa y derrama dos lágrimas silenciosas.

Permanece allí durante una hora más. El silencio del cementerio arrulla a sus pensamientos y tranquiliza su alma. Mira a su alrededor antes de marcharse. Una sonrisa de humildad se le escapa sin querer.

Todos acabaremos de la misma manera.

Pero antes, espera casarse, y vivir felizmente unos años más.

Su madre ha dicho: “bueno, al menos, es médico”. Su hermano ha dicho: “al menos, habrá alcohol en la boda”. Y sin más, África se ha despedido de ellos sonriendo por haber sobrevivido tras entregar las invitaciones y se ha marchado a la casa de los padres de Javier, donde sus suegros le han preparado la cama nido del cuarto de adolescente de su novio.

Su suegra, la mujer más adorable que existe en el mundo, de la que su padre se enamoró por alguna razón, le prepara un vaso de leche caliente con galletas a la pareja antes de que se vayan a dormir.

—Mamá, ya somos mayores, no tomamos galletas antes de ir a la cama

—dice Javier a regañadientes.

África, que ya tiene los carrillos llenos (las galletas están muy ricas), dice:

—¿Perdona? —con la boca llena—. Ya me como yo las tuyas.

Últimamente tiene mucha hambre. Al médico no le da tiempo a responder. Se ha quedado sin sus galletas y sin media taza de leche.

Su madre se ríe a carcajadas y después se sorprende encontrando en África unos cuantos rasgos físicos que le recuerdan mucho al padre de ella, un hombre que ya por todos es sabido, fue muy especial en su vida.

La veterinaria debería haber sabido que comer demasiado azúcar por la noche trae sueños pesados y cortes de digestión.

Hacia las tres de la madrugada, Javier la escucha revolverse en la cama.

Ella se encuentra en lugar blanco, reluciente, brillante y diáfano. Un sitio repleto de paz. Un hombre que le resulta vagamente familiar aparece vestido con unos vaqueros y una camiseta blanca sencilla. Tiene unos ojos azules preciosos, casi transparentes y felinos. Idénticos a los de Javier. Pero no es él.

—Carlos —dice ella sorprendida.

—Encantado de conocerte —saluda él.

Se sienta sobre una especie de banquito blanco que África juraría no haber visto antes. La veterinaria se sienta junto a él. Sus rizos negros contrastan con el blanco de su camión.

Carlos extrae de un bolsillo una cartulina blanca que ella reconoce nada más verla.

—Oh, Dios mío.

Él ríe.

—¿Dónde estoy ahora? Es un sueño, imagino —dice ella.

—Estamos en tierra de nadie —responde Carlos—. Verás, quiero darte las gracias por haber llegado a tiempo, en aquel puente, aquel día. Aquel día en el que mi hermano casi tiene a bien seguir mis pasos.

—¿Has leído la invitación? —pregunta África que, lejos de sentir miedo por estar hablando en un sueño con alguien que ha fallecido, siente una calma en su espíritu muy fuera de lo común.

—Claro, no tengo nada que perdonar a mi hermano. Yo soy el

responsable de mis actos y de mis emociones. Quiero que sea feliz.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que así sea —responde África.

—Y tú tienes que ser feliz con él... Y con la criatura que llevas dentro, me temo —añade riéndose—. Vas a acabar con todas las galletas que tiene mi madre en la despensa.

Se mira su barriga y sabe al instante que es verdad. Está embarazada.

—No desperdiciéis la vida, África. Es muy bonito lo que os queda por vivir —dice Carlos muy serio.

—No lo haremos —responde ella.

—Me tengo que ir —se levanta—. Recuerdos de tu abuelo —y se va.

La sensación de paz la abandona y se despierta bruscamente sintiendo unas terribles náuseas. Javier, que lleva despierto ya un rato porque su futura mujer se ha propuesto molerlo a codazos, es testigo de como ella sale disparada hacia el baño y se arrodilla junto a la taza del váter.

—Me han sentado mal las galletas —dice después de vomitar.

Javi se agacha junto a ella y acaricia su espalda. El contacto la relaja y su respiración se normaliza. Entonces el recuerdo de una conversación en sueños la sacude por completo.

—Estoy embarazada —dice de pronto—. Llevo dos meses sin regla. Por eso tengo tanta hambre... Claro... Ahora cuadra todo.

Javier nunca ha estado tan feliz de presenciar una vomitona. Acaricia los tirabuzones negros con una sonrisa de esas que nunca se pueden forzar.

—¿Y cómo le quieres llamar?

África se gira hacia el médico. Sus ojos azules la observan con todo el amor que una persona puede regalarle a otra.

—De momento, monstruo de las galletas —dice ella mientras reprime otra náusea.

Javier se ríe. Vale. Ya habrá tiempo para decidirlo... Después de la boda.

—Mierda, ya he encargado el vestido... Espero que no se me note la tripa dentro de un mes... O habrá que ensancharlo —reflexiona África en voz alta.

—Bueno, lo que hay que hacer ahora es llevarte al ginecólogo y te tengo que tomar la tensión y vamos a ver la glucemia... Comes muchas galletas —

comienza a desvariar Javier.

—Como me quites las galletas te juro que te mato —amenaza ella.

—La diabetes gestacional... —dice Javier en plan académico.

—Métetela por donde te quepa pero tú vas a ser mi marido, no mi médico así que no me jodas Javier del Pozo —dice África antes de vomitar de nuevo.

—Te quiero —responde él con cara de bobo—. Te quiero más que a nada en este mundo y si te pasara algo yo...

África se incorpora y se enjuaga la boca con agua y colutorio. Parece que ya se le ha asentado el estómago. Entonces se abraza a él y le besa el cuello.

—He soñado con tu hermano, ha sido bonito —le confiesa al médico.

Javier frunce el ceño.

—¿Y qué te decía?

África se separa lo justo como para poder mirar esos ojos claros y expresivos que la engancharon desde el primer día que los vio.

—Que no tiene nada que perdonarte. Quiere que seas feliz...

—¿Eso has soñado?

África sonrío.

—Parecía muy real —responde ella—. Supongo que serán sueños vívidos de esos que produce el exceso de azúcar por las noches.

Javier abraza a su mujer. No le hace falta estar casado para considerarla así. Es su mujer y lo decidió de esa manera hace ya mucho tiempo. Probablemente ya sabía que iba a enamorarse de ella cuando un caballo enorme entró en su consulta de Villafranca.

—Soy muy feliz —susurra él en el oído de ella.

Recorre la espalda femenina con sus manos, su cintura, su vientre, sus glúteos. Es preciosa. Ella se estremece y suspira.

—Yo también —responde África.

Parte II

Una niña corre en círculos huyendo de un cachorro de labrador negro. Tendrá

unos cuatro años, su cabello es negro azabache y muy rizado, pero sus ojos son de un azul casi transparente y vivo, como si a alguien los hubiera pintado con acuarela diluida. Lleva un chándal rosa y unas zapatillas blancas embarradas.

—¡Abuela! ¡Socorro! ¡Sushi quiere comerse mi bocadillo!

Una África algo más mayor, de rizos canosos y bellas arruguitas, pero tan enérgica como de costumbre, aparece en el patio. Coge a su nieta en brazos y quita el bocadillo de queso del alcance de la cachorrita.

—Sushi, siéntate —dice con autoridad.

La cachorra obedece mientras su rabito ondea rápidamente de un lado a otro. El queso sigue pareciéndole muy interesante.

—Ven, Carla, vamos a la cocina y pintas un ratito mientras te acabas la merienda, ¿quieres? Así me haces compañía mientras el abuelo termina de trabajar en la consulta.

—Pero el abuelo se ha jubilado, ¿si terminas de cocinar también te jubilas de cocinar, abuela?

África se ríe. Qué más quisiera.

—Me temo que no, corazón. Jubilarse significa que dejas de trabajar porque ya eres una persona muy mayor que necesita descansar porque ha trabajado muchos, pero que muchos, años.

—¿Y cuántos años ha trabajado el abuelo? —pregunta la criatura con una curiosidad muy propia de los niños inteligentes.

—Mmm, unos cuarenta y un años, más o menos —responde la veterinaria.

—¿Y todos los años ha trabajado en el mismo sitio? —pregunta Carla.

—Casi todos. Ven toma, te has dejado el estuche en el cuarto de papá y mamá —le dice a la niña.

Deja a la pequeña en su trona y le dibuja un perrito de ojos grandes que ella colorea de rojo chillón. África la contempla, es tan bonita.

—¡Mamá! Ya he terminado la consulta —dice Carlos, un hombre de unos treinta y algún años de ojos azules y pelo negro que ha heredado de su madre el amor por los animales y de su padre el fuerte carácter antigilipollecés.

También ha heredado la clínica veterinaria y ahora es él quien se encarga de

sacarla adelante todos los días.

—Vale, pues vamos a cerrar y preparamos todo. Dentro de una hora tendremos en el ambulatorio a medio pueblo bebiendo cerveza y comiendo tortilla —señala África, que se siente un poco agobiada ante la idea de haberse metido en organizar una fiesta sorpresa de jubilación para su marido—. Lo que no sé es si vamos a poder esconder toda esta broma de tu padre, es muy listo.

—Yo quiero tortilla —dice la pequeña Carla desde su trona.

—Tengo una entera para ti —dice Carlos.

—Gracias papá —responde ella son una sonrisa de diminutos dientes de leche.

—Venga mamá, no te agobies tanto —le dice a la veterinaria casi jubilada—. Alma llegará en veinte minutos, dice que ya han pasado el puente del lago.

—Mi hija siempre con el tiempo pegado al culo —rezonga África, en qué hora y quién la mandaría organizar aquello.

—La abuela está nerviosa, papá —señala la nieta con una elocuencia especial que hace que África relaje su rostro y suelte una risotada auténtica.

La veterinaria se detiene un momento frente a la estantería del salón.

Una foto de Bistec hace que se le escape una lágrima. Está enterrado en el jardín, y una piedra con forma de corazón señala el lugar preciso.

Javier del pozo se rasca la coronilla llena de cabellos canosos. Le queda una paciente por atender. Pero antes de hacerla pasar, observa cada rincón de la consulta. Lo cierto es que le produce mucha nostalgia despedirse de aquel lugar en el que han transcurrido casi treinta y seis años de su vida. Y eso, que cuando llegó allí pensó que no iba a durar mucho. Se suponía que había una maldición que impedía que un médico trabajase en aquel pueblo durante más de un año.

Sonríe para sus adentros. Ha visto varias generaciones de Villafranca pasar por sus manos. Muertes y nacimientos. Alegrías y también desgracias.

Y ahora se marcha.

Gracias a Dios han encontrado un nuevo médico, recién salido de su residencia, que va a sustituirlo a él. Esperemos que éste tampoco tenga ganas de arrojarse al río.

Después de revisar cada esquina, cada rayo de sol que se cuele entre las gasas, los sueros, las pinzas, la encimera blanca, la pila, la camilla en la que tanta gente se ha tumbado... Decide que es hora de terminar.

Pone un pie en la sala de espera y ve que está todo demasiado vacío. Un destello de decepción le recorre por dentro, pero lo niega rápidamente. ¿A quién se le ocurriría venir a despedirse del médico? Cada cual tiene su vida.

—Marisol, pasa.

Marisol, una señora de unos cincuenta y muchos años, muy arreglada y fina que normalmente acude a la consulta del doctor del Pozo por motivos razonables, hoy tiene algo peculiar que contar.

Se sienta en una de las sillas mientras Javier cierra la puerta y toma también asiento.

—Cuéntame.

Marisol respira hondo y no sabe hacia dónde mirar. Le da mucha vergüenza pero alguien tiene que resolver su problema. Y no quiere tener que ir al hospital porque si no su marido tendría que llevarla y claro. Al menos ese es el discurso que tiene preparado para Javier.

—Pues verá, usted sabe que a mi edad el suelo pélvico hay que... Trabajarlo.

Javier levanta las dos cejas. No, no es ginecólogo, no quiere serlo, aunque haya ejercicio de ello involuntariamente en contadas ocasiones.

Pero su juramento hipocrático lo traiciona.

—Sí, ¿quiere consejos sobre como fortalecer el suelo pélvico?

—No, no se preocupe eso lo hago yo por mi cuenta —responde muy resuelta ella—. Solo que a veces la cosa... Se complica.

Javier siente que le arde el rostro. Probablemente se haya puesto rojo como un tomate. Pero no de vergüenza, si no de ganas de jubilarse de una vez por todas.

—¿Entonces? —pregunta él con *ese* tono.

—Verá, a mí me gustan los materiales biodegradables y no hay nada más biodegradable que algo que ha fabricado la naturaleza.

A Javier se le revuelve el estómago. No le gusta el derrotero que está tomando la entrevista. “La paciente refiere que le gustan los materiales biodegradables y no sé qué demonios tiene eso que ver con su suelo pélvico...”

O sí”, escribe en el ordenador. Luego lo borrará, por su salud jurídica y lo que pueda suceder en el futuro, claro.

—Y compré una bolsa de avellanas en la tienda de Jose... Bueno ya sabe donde los frutos secos, el hombre está a punto de jubilarse ya, como usted.

—No se vaya por los cerros de Úbeda, doña Marisol, cuénteme qué ha pasado con las avellanas —Javier ataca, directo a la yugular.

—Bueno, las he utilizado como bolas chinas... Normalmente utilizo nueces, que son más grandes y más fáciles de retener, como usted comprenderá.

Javier cuyo rostro está marcado por arrugas que han sido generadas por su gran expresividad, se atraganta con su propia saliva y empieza a toser, lo cual no le va mal para disimular ese ataque de risa floja que lucha por vencer a su fuerza de voluntad.

—No se ría, doctor, es un asunto serio —dice ella desconcertada ante la reacción del médico, que es más famoso por echar broncas que por reírse de sus pacientes en su cara.

—Discúlpeme, no estoy acostumbrado a estas cosas y hoy es mi último día y usted es mi última paciente, quizá esto sea más emoción que otra cosa — se disculpa él entre sonrisa y sonrisa.

—Bueno pues se me ha atascado una avellana entre mi vagina y el cuello de mi útero y no me hago para sacarla yo sola. Y no quiero pedírselo a mi marido porque él no sabe que yo hago estas cosas. ¿Entiende, verdad?

—Quizá debería ir al hospital para que la vea un ginecólogo, ¿no cree?
—Javier intenta esquivar su deber como primer intento.

—No voy a ir al hospital, usted tiene un potro y un espéculo.

—Pero me falta una matrona, recuerde que ella trabaja en el centro de salud de San Martín, quizá podría acercarse allí, es que no quiero hacerla daño, ya sabe que no tengo práctica y puedo ser torpe.

—No me voy a ir de aquí hasta que no saque la avellana de mi vagina, doctor.

Javier suspira y agría el gesto.

—Venga conmigo, vamos a pasar a la sala de enfermería, el potro lo tenemos allí.

El médico sale de la consulta y de pronto aparece una niña de rizos negros corriendo por la sala de espera.

—¡Abuelooooooooo! —grita ella.

El doctor del Pozo se alarma de manera inmediata. Coge a su nieta en brazos.

—¿Qué pasa Carla? ¿Por qué estás aquí tú sola?

—La abuela necesita ayuda —responde la criatura.

Javier olvida por completo las avellanas y el suelo pélvico y con paso ágil y preocupado se dirige hacia la calle con su nieta en brazos.

Al poner un pie fuera del centro de salud, una multitud aplaude y grita.

—¡Feliz jubilación! —corean.

Una especie de pancarta casera dice exactamente lo mismo. De pronto su mujer se desliga del bullicio y lo abraza, dejando a la pobre Carla asfixiada entre ambos. Se separa y le arranca a Carla de los brazos.

—¿Qué tal han ido las avellanas? —pregunta después con una sonrisa diabólica en la cara.

—Dime que no era una broma —dice él sin saber muy bien si sentirse aliviado por no tener que rebuscar una avellana perdida en una vagina o cabreado porque le han hecho creer que tendría que hacerlo.

África se ríe y Javier se pierde en su sonrisa, que tantos años le ha acompañado.

—Cásate conmigo, otra vez —le dice él de pronto—. Y nos vamos de luna de miel, lejos de aquí. ¿Qué me dices?

—Que sí, por supuesto —responde ella—. Pero hoy no va a poder ser, tienes que despedirte de todo el pueblo y convencerles de que no vengán a llamar al timbre cada vez que no estén de acuerdo con el médico nuevo.

Javier se ríe. La besa. Entrelaza sus dedos con los de su mujer. Bodas de plata o de oro, o de lo que coño sean.

—Abuelo, me estás aplastando —dice Carla.

FIN

